

BILL O'REALLY

Y MARTIN DUGARD

Matar a Kennedy

El fin de la Corte de Camelot

se

En enero de 1961, en plena escalada de la guerra fría, John F. Kennedy intenta frenar la expansión del comunismo mientras se enfrenta a las adversidades, la soledad y las tentaciones que entrañan ser el presidente de los Estados Unidos.

También su joven y bella esposa Jackie ha de adaptarse a vivir sometida al permanente escrutinio de la opinión pública. A pesar de las difíciles pruebas personales y políticas que Kennedy ha de superar, su popularidad sube como la espuma.

Por otro lado, JFK se hace con grandes enemigos: el dirigente soviético Nikita Krushev, el dictador cubano Fidel Castro y el director de la CIA, Allen Dulles. La política de mano dura de su hermano, el fiscal general Robert Kennedy, contra poderosos elementos del crimen organizado añade más nombres a la lista de enemigos jurados del presidente.

Y, finalmente, en el transcurso de un viaje preelectoral a Texas en 1963, Kennedy recibe un tiro mortal que sume a la nación en el caos. Jackie y todo el país lloran su muerte al tiempo que comienza la caza de sus autores.

Los avatares que llevaron al asesinato más tristemente famoso del siglo xx son casi tan dramáticos como lo fue el propio magnicidio.

Crónica apasionante de principio a fin, *Matar a Kennedy* describe el heroísmo y las falsedades de la Corte de Camelot logrando que la historia cobre vida y nos conmueva.



Bill O'Reilly & Martin Dugard

Matar a Kennedy

El fin de la corte de Camelot

ePub r1.1

Titivillus 22.08.2017

Título original: *Killing Kennedy: The End of Camelot*

Bill O'Reilly & Martin Dugard, 2012

Traducción: Paloma Gil Quindós

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Este libro está dedicado a mis antepasados,
los Kennedy de Yonkers, Nueva York.
Gente trabajadora, generosa y sincera.*

Nota a los lectores

22 DE NOVIEMBRE DE 1963

MINEOLA, ESTADO DE NUEVA YORK

APROXIMADAMENTE 14.00

Los alumnos de primer curso del instituto de secundaria Chaminade que estábamos en clase de religión con el hermano Carmine Diodati nos asustamos cuando la voz crispada de un locutor de radio inundó el aula dando la noticia por megafonía: el presidente John F. Kennedy había sido tiroteado en Dallas, Texas, y lo habían trasladado al hospital. Poco después nos enterábamos de que había muerto. Ninguno sabíamos qué decir.

La mayoría de los estadounidenses nacidos antes de 1953 recuerdan con exactitud dónde estaban cuando oyeron la noticia del asesinato de JFK. Los días que siguieron a aquel terrible viernes fueron jornadas de tristeza y perplejidad. ¿Por qué sucedió? ¿Quién mató en realidad al presidente? ¿Y qué país era este donde vivíamos?

El asesinato de JFK tuvo cierto impacto personal para mí. Mi abuela materna, Winifred, se apellidaba Kennedy. Los miembros de mi familia eran católicos irlandeses que sentían un hondo vínculo emocional con el joven presidente y los suyos: fue como si alguien de mi propia casa hubiera muerto violentamente. Yo era un niño normal de Long Island, la política nacional no me interesaba mucho. Pero conservo un vívido recuerdo de las fotografías de JFK que mis familiares tenían en sus casas; para ellos, era un santo. Para mí, una figura lejana que tuvo una muerte horrible, sus sesos esparcidos por la tapa del maletero de un coche. No he podido olvidar la imagen de su mujer, Jacqueline, reptando hacia la parte trasera de la limusina para recoger fragmentos del cráneo destrozado del presidente.



A Martin Dugard y a mí nos complace enormemente que millones de personas disfrutaran leyendo *Matar a Lincoln*. Nuestra idea es poner la

historia al alcance de todos, contar a los lectores exactamente lo que sucedió y por qué sucedió, con un estilo informativo pero también ameno. Después de escribir la crónica de los últimos días de Abraham Lincoln, seguir con John Kennedy nos venía dado.

Infinidad de veces se ha dicho lo mucho que los dos presidentes tenían en común. Sin duda, los paralelismos entre ambos son increíbles:

- Lincoln fue elegido por primera vez en 1860, Kennedy en 1960.
- Ambos fueron asesinados un viernes en presencia de su esposa.
- Sus respectivos sucesores, los dos apellidados Johnson, eran ambos del Sur y antiguos senadores.
- Andrew Johnson nació en 1808, Lyndon Johnson en 1908.
- Lincoln fue elegido para el Congreso en 1846, y Kennedy para la Cámara de Representantes en 1946.
- Ambos sufrieron la muerte de un hijo mientras ocupaban el cargo.
- El homicida Booth disparó en el interior de un teatro y fue a refugiarse en un almacén, mientras que el homicida Oswald disparó desde un almacén y buscó refugio en un teatro.

Allá por 1963, pocos estadounidenses sabían hasta qué punto el asesinato de JFK transformaría el país. Hoy en día, la historia es una disciplina difícil de impartir, siempre teñida de motivaciones políticas. Intentando disipar la niebla, este libro presenta los hechos; por desgracia, algunos todavía se ignoran. En nuestra narración, Martin Dugard y yo hemos llegado hasta donde llevan las pruebas. No nos adherimos a ninguna teoría ni creemos en conspiraciones, pero sí planteamos preguntas sobre lo que no se sabe o parece contradictorio.

Pero antes de que sigan leyendo, quiero decirles que nuestro libro se basa en los hechos y que parte de lo que sigue nunca se había dicho antes públicamente.

La verdad sobre el presidente Kennedy a veces es la de un caballero, y otras veces resulta inquietante; la verdad de cómo y por qué fue asesinado es atroz y nada más. Pero todos los estadounidenses deberían saber lo que ocurrió.

Se lo contamos aquí, en este libro que es todo un privilegio para mí ofrecerles.

Bill O'Reilly



29 DE MAYO DE 1917
22 DE NOVIEMBRE DE 1963

Prólogo

20 DE ENERO DE 1961

WASHINGTON, D. C.

12.51

El hombre al que quedan menos de tres años de vida posa la mano izquierda en la Biblia.

Ante él, el presidente del Tribunal Supremo, Earl Warren, recita el juramento presidencial:

—Jura usted, John Fitzgerald Kennedy...

—Yo, John Fitzgerald Kennedy, juro solemnemente... —repite con su acento de Boston el nuevo presidente, mirando al jurista cuyo nombre un día se identificará con su propia muerte^[1].

La distinción que delata la forma de hablar del nuevo presidente, nacido en el seno de una familia rica, podría alejarlo del electorado. Pero es muy animoso y de trato llano. Durante la campaña, había bromeado abiertamente sobre la inmensa fortuna de su padre, desactivando con humor y franqueza la distancia que esa diferencia en fortuna subrayaba para que el americano medio pudiera creerle cuando hablaba de construir un país mejor.

«Los pobres de Virginia Occidental oyeron a un hombre de Boston pedirles ayuda y se la dieron. En un ignoto maizal de Nebraska, moviendo la mano en un gesto muy suyo, les explicó con su marcado acento que Estados Unidos puede llegar a ser “grande”, y los granjeros lo entendieron perfectamente», se publicó a propósito del encanto de Kennedy.

Pero no a todo el mundo le gusta JFK. Ganó a Richard Nixon en las elecciones por un margen muy estrecho, al obtener solo el 49 por ciento de los votos: tal vez aquellos granjeros entendieran a Kennedy, pero el 62 por ciento de Nebraska votó a Nixon.

—Que ejercerá fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos...

—Que ejerceré fielmente el cargo de presidente de los Estados Unidos...

Ochenta millones de estadounidenses están viendo la investidura por televisión, otros veinte mil están allí en persona. Un manto de veinte centímetros de nieve ha caído sobre la ciudad de Washington durante la noche. El ejército ha tenido que despejar las calzadas con lanzallamas. Ahora el sol brilla sobre el Capitolio, pero un viento húmedo y brutal azota a la muchedumbre. La gente se abriga con sacos de dormir, mantas, gruesos jerséis y abrigos de invierno: lo que sea con tal de protegerse del frío.

John Kennedy, sin embargo, no parece notar el frío: ni siquiera lleva abrigo. A sus cuarenta y tres años, irradia audacia y vigor. No ha querido ponerse abrigo, sombrero, bufanda ni guantes con toda intención, para resaltar su imagen atlética. Esbelto, mide algo más de 1,80 metros, sus ojos son de un gris verdoso, su sonrisa deslumbrante, y está muy bronceado después de las vacaciones que acaba de disfrutar en la casa familiar de Palm Beach. Pero aunque JFK sea la viva estampa de la salud, su historial médico le ha dado muchas preocupaciones: ya ha recibido los últimos sacramentos de la Iglesia católica en dos ocasiones. Sus problemas de salud seguirán acosándolo en los años venideros.

—Y, hasta el límite de su capacidad...

—Y, hasta el límite de mi capacidad...

Entre el mar de dignatarios y amigos que rodean a Kennedy, hay tres personas cruciales para él. La primera es su hermano menor Bobby, a quien JFK eligió para fiscal general, aunque el interesado hubiera preferido otro puesto. El presidente valora más su sinceridad como asesor que su preparación jurídica: sabe que Bobby siempre le dirá la verdad, por dura que sea.

Detrás del presidente está el nuevo vicepresidente, Lyndon Johnson. Se puede decir, y el propio Johnson así lo cree, que Kennedy ganó la presidencia gracias a este alto y recio texano. Sin Johnson en el cartel electoral, quizá Kennedy nunca hubiera ganado Texas —«el Estado de la Estrella Solitaria»— ni su gran bolsa de veinticuatro votos electorales. El caso es que, por un apurado margen de cuarenta y seis mil votos, el cartel Kennedy-Johnson ganó en Texas: una hazaña que habrá de repetirse si Kennedy quiere conseguir un segundo mandato.

Por último, el nuevo presidente mira furtivamente a su joven esposa, cuyo rostro asoma por detrás del hombro izquierdo del fiscal Warren. Jackie Kennedy está radiante con su traje gris y su sombrero a juego. Su pelo castaño oscuro y un cuello de pieles enmarcan su terso rostro. Sus ojos de color ámbar brillan de emoción: no se advierte en ellos ni pizca de cansancio, pese a no haberse acostado hasta las cuatro de la madrugada. En las fiestas que dieron artistas como Frank Sinatra y Leonard Bernstein la noche previa a la investidura corría el alcohol. Jackie volvió a su casa de Georgetown mucho antes de que aquellas reuniones perdieran animación, pero su marido no la acompañaba. Cuando Jack al fin llegó, casi a las cuatro de la mañana, encontró a su joven esposa totalmente despierta, demasiado agitada para dormir. La nieve seguía cayendo sobre los conductores encallados en el blanco asfalto y sobre las fogatas que la gente encendía espontáneamente en las calles de Washington. Despuntaba el día cuando se sentaron a hablar. Él le habló de la cena que su padre había organizado al final, y conversaron sobre la ceremonia de investidura. Estaban nerviosos: aquel iba a ser un día extraordinario, y un día que además encerraba la promesa de muchos más en el futuro.

John F. Kennedy sabe perfectamente que la gente adora a Jackie. La misma noche anterior, cuando la multitud vio fugazmente a los Kennedy cruzando en su limusina las nevadas calles de Washington, el presidente electo pidió que dejaran encendidas las luces del habitáculo interior del coche para que la gente pudiera ver a su mujer. El *glamour* de Jackie, su estilo y su belleza, han cautivado al país. Habla bien el francés y el español, cuando no se la ve fuma un cigarrillo tras otro y prefiere el champán a los cócteles. Igual que su marido, tiene una sonrisa resplandeciente, pero en esta pareja ella es la introvertida y él el extrovertido: Jackie no confía mucho en los desconocidos.

Pese a su glamurosa imagen, Jackie Kennedy ya ha pasado por momentos muy dolorosos en sus siete años de matrimonio. Sufrió un aborto espontáneo en su primer embarazo, y en el segundo dio a luz a una niña que nació muerta. Pero también ha habido momentos de alegría, como el nacimiento de dos hijos sanos, Caroline y John, y la meteórica carrera de su joven y apuesto marido, que de ser un político de Massachusetts ha pasado a ser el presidente de los Estados Unidos.

La tristeza ha quedado atrás, el futuro parece brillante y sin límites. La presidencia de Kennedy, en palabras sacadas de la obra que acaba de estrenar con gran éxito el teatro Majestic de Broadway, parece destinada a evocar el

mítico reino de Camelot, el «mejor paraje que pueda existir para vivir felices por siempre jamás».



—Preservará, protegerá y defenderá la Constitución de Estados Unidos...

—Preservaré, protegeré y defenderé la Constitución de Estados Unidos...

El antecesor de Kennedy, Dwight Eisenhower, está junto a Jackie. Detrás de Kennedy están Lyndon Johnson, Richard Nixon y Harry Truman.

Normalmente, la presencia de uno solo de estos dignatarios en un acto obliga a extremar las medidas de seguridad; tenerlos a todos juntos en la investidura, sentados tan cerca unos de otros, es una pesadilla para los cuerpos del orden.

El servicio secreto está en alerta máxima. Su misión es proteger al presidente. El agente U. E. Baughman, de cincuenta y cinco años y con una larga trayectoria a sus espaldas, lleva trabajando como jefe del cuerpo desde la presidencia de Truman. Su previsión es que la buena forma física de Kennedy y su afición a mezclarse con la gente harán de su vigilancia un reto sin precedentes en toda la historia del servicio secreto. Hoy ya van tres veces que el enjuto Baughman, con su característico corte de pelo militar, ha estado a punto de desmontar todo el estrado, preocupado por la seguridad del presidente. Durante la tradicional plegaria de invocación, un humo azul comenzó a salir del atril y se temió que se tratara de un artefacto explosivo. Varios agentes se acercaron rápidamente a ver qué pasaba. Al final resultó que el humo procedía del motor que ajusta la altura del atril, y acabaron con el problema simplemente apagando el motor. Ahora los hombres de Baughman escrutan a la multitud, nerviosos por la enorme muchedumbre que se cierra en torno a ellos. Un fanático bien entrenado y armado con una pistola podría acabar con el presidente recién investido, y con dos antiguos presidentes más otros dos vicepresidentes, de cinco balazos efectuados sin vacilar.

Baughman es muy consciente de otro dato escalofriante. Desde 1840, todos los presidentes elegidos en sucesivos ciclos de veinte años han muerto en el cargo: Harrison, Lincoln, Garfield, McKinley, Harding y Roosevelt. Pero ya han transcurrido casi sesenta años sin que ningún presidente haya sido asesinado. Y ha sido gracias al buen hacer del servicio secreto: el mes pasado, sin ir más lejos, los agentes frustraron el atentado con dinamita que un antiguo trabajador de correos planeaba contra Kennedy. Este ciudadano descontento pretendía hacer volar por los aires al presidente. Pero una

siniestra pregunta no deja de incordiar a Baughman: ¿se romperá la cadena de muertes presidenciales o será Kennedy su próximo eslabón?

JFK se ríe de la idea de que podría morir en el cargo. Demostrando que no cree en malos augurios, el nuevo presidente ha escogido el dormitorio de Lincoln para pasar las primeras noches en la Casa Blanca: no parece que el fantasma de Abe le preocupe.

—Que Dios lo quiera así.

—... que Dios lo quiera así.

Terminada la jura, Kennedy estrecha la mano al fiscal general Warren, y luego a Johnson y Nixon. Por último, se encara con Eisenhower. Se sonríen cordialmente, pero la mirada de ambos es dura como el acero. El condescendiente apodo que Eisenhower ha puesto a Kennedy es «Little Boy Blue»^[2]. Le irrita que quien fuera un simple teniente en la Segunda Guerra Mundial, al que cree inmaduro e incapaz de gobernar, vaya a sucederle en la presidencia a él, el general que dirigió el desembarco de Normandía. Por su parte, Kennedy ve al viejo general muy poco interesado por algo que él considera una prioridad: enmendar los males de la sociedad estadounidense.

Kennedy es el presidente más joven elegido jamás, Eisenhower es el más viejo. La gran diferencia de edad entre ambos representa la distancia entre dos generaciones de estadounidenses, así como la que media entre dos visiones del país. En breves instantes, Kennedy va a pronunciar un discurso inaugural que subrayará más que nunca esas diferencias.

Kennedy, ya el trigésimo quinto presidente de Estados Unidos, suelta la mano de Eisenhower. Volviéndose pausadamente a la izquierda, sube al podio que tiene el emblema presidencial. Baja los ojos a su discurso y luego los sube para observar las miles de caras ateridas ante él. La multitud está impaciente: la ceremonia empezó con retraso, la invocación del cardenal Richard Cushing ha sido larguísima, y el sol cegaba tanto al poeta Robert Frost, de ochenta y seis años, que no ha podido leer los versos escritos por él especialmente para la ocasión. Nada parece haber ido tal como estaba previsto. Toda esta gente congelada de frío anhela algo que les compense. Unas palabras que marquen el fin del estancamiento de la política de Washington. Unas palabras que unan a una nación dividida por el macartismo, aterrorizada por la guerra fría y todavía con la segregación y la discriminación racial pendientes de resolver.

Kennedy, historiador, ganó un premio Pulitzer por su ensayo *Perfiles de*

coraje. Sabedor del peso de un gran discurso inaugural, lleva meses dando vueltas a las palabras que va a pronunciar. Anoche mismo, dentro de la limusina con las luces encendidas para que la gente pudiera ver a Jackie, releyó el discurso inaugural de Thomas Jefferson, y el suyo propio le pareció pobre en comparación. Esta mañana se levantó tras solo cuatro horas de sueño y, lápiz en mano, repasó su discurso una y otra vez.

Sus palabras resuenan como un salmo: «Dejemos aquí y ahora que corra la voz, a amigos y enemigos por igual, de que ha recogido la antorcha una nueva generación de estadounidenses nacidos en este siglo, templados por la guerra, instruidos por una paz dura y amarga, orgullosos de su antigua herencia...».

No es un discurso inaugural corriente: es una promesa. La mejor época de Estados Unidos está por llegar, afirma Kennedy, pero solo si todos se comprometen y arriman el hombro. «No se pregunten qué puede hacer su país por ustedes», dice en tono imperativo, subiendo la voz al pronunciar esta idea clave, «pregúntense qué pueden hacer ustedes por su país».

El discurso será aclamado al instante como un clásico. John Fitzgerald Kennedy define su visión del país en menos de mil cuatrocientas palabras. Y luego deja a un lado los papeles del atril, consciente de que ha llegado la hora de cumplir la gran promesa que ha hecho al pueblo estadounidense. Ha de afrontar la cuestión de Cuba y su dirigente prosoviético, Fidel Castro. Ha de abordar los problemas en un país remoto, Vietnam, donde un puñado de asesores del ejército de Estados Unidos lucha por instaurar la estabilidad en una región que lleva mucho tiempo sacudida por la guerra. Y, dentro del país, el poder de los sindicatos criminales de la Mafia y las protestas del movimiento por los derechos civiles son dos situaciones cruciales que exigen atención inmediata. En un terreno mucho más personal, habrá de limar asperezas entre el fiscal general Bobby Kennedy y el vicepresidente Lyndon Johnson, que no se soportan.

JFK mira atentamente al entregado gentío pensando en la gran labor que le espera.

No todos los invitados a la investidura han acudido: los famosos artistas de las fiestas de la noche anterior tenían reservados asientos privilegiados para este momento crucial de la historia de Estados Unidos, pero el frío se ha sumado al alcohol consumido hasta altas horas, y el cantante Frank Sinatra, el actor Peter Lawford y el compositor Leonard Bernstein —entre muchos otros

— no se han levantado hasta muy tarde, por lo que han visto el acto por televisión.

—Iré a la segunda investidura del presidente —repiten todos.

Pero no habrá segunda investidura. Porque el destino de John Fitzgerald Kennedy es entrar en colisión con el mal.



A más de siete mil kilómetros, en la ciudad soviética de Minsk, un estadounidense que no votó a John F. Kennedy está hastiado. Lee Harvey Oswald, que fue tirador de primera de la Infantería de Marina de Estados Unidos, ya no soporta la vida en el país comunista.

Oswald es un desertor. En 1959, a los diecinueve años, este enigmático viajero de complexión ligera y bien parecido decidió dejar los Estados Unidos, convencido de que sus creencias socialistas le valdrían una calurosa bienvenida en la Unión Soviética. Pero las cosas no le han ido como esperaba. Oswald, que nunca había cursado estudios secundarios, quería asistir a la Universidad de Moscú. En cambio, el gobierno soviético lo envió a trabajar a Minsk, a casi cuatrocientos cincuenta kilómetros al oeste de la capital, donde ahora suda la gota gorda en una fábrica de componentes electrónicos.

A Oswald le gustaba viajar constantemente, pero los soviéticos han restringido mucho sus desplazamientos. Hasta ahora, su vida había sido caótica y nómada. El padre de Oswald murió antes de que él naciera. Su madre, Marguerite Oswald, volvió a casarse y se divorció enseguida. Tenía pocos medios, y trasladó muchas veces al pequeño Lee: residieron en Texas, Nueva Orleans y la ciudad de Nueva York. Cuando Oswald dejó el instituto para alistarse en los marines, había vivido en veintidós casas distintas y había asistido a doce colegios; entre ellos, un reformatorio. La evaluación psiquiátrica allí realizada por orden de un juez habla de retraimiento e inadaptación social. Según el diagnóstico, tenía «una imaginación muy viva centrada en escenas de omnipotencia y poder, a través de las cuales intenta compensar sus fallos y frustraciones del momento».

La Unión Soviética de 1961 está muy lejos de ser el lugar ideal para nadie que busque independencia y poder. Por primera vez en su vida, Lee Harvey Oswald se ve atado a un sitio. Todas las mañanas se levanta para emprender la caminata hasta la fábrica donde trabaja como tornero largas jornadas, rodeado de compañeros cuyo idioma apenas entiende. Su deserción en 1959 apareció en la prensa estadounidense, porque era rarísimo que un marine

estadounidense rompiera el juramento de lealtad («Siempre leal») para pasarse al enemigo —aun cuando el marine en cuestión fuera tan prosoviético como para que sus compañeros lo apodaran «Oswaldskovich»—. Pero en Minsk es anónimo, y esto para él es algo totalmente inaceptable. La deserción ya no le parece una idea tan buena. En su diario, Oswald se confiesa completamente desencantado.

Lee Oswald no tiene nada en contra de John Fitzgerald Kennedy, no sabe mucho del nuevo presidente ni de la política que defiende. Y, aunque fuera un tirador excepcional en el ejército, ningún episodio de su pasado presagia que pueda representar una amenaza para nadie salvo para él mismo.

Mientras en Estados Unidos celebran la investidura de Kennedy, el desertor escribe a la embajada americana en Moscú. La nota es sucinta, va directamente al grano: Lee Harvey Oswald quiere volver a casa.



*Lee Harvey Oswald al solicitar la ciudadanía soviética en 1959.
(Bettmann/Corbis/AP Images)*

Primera parte



Burlando a la muerte

1

2 DE AGOSTO DE 1943

ESTRECHO DE BLACKETT, ISLAS SALOMÓN

2.00

Es febrero de 1961. En el escritorio del nuevo presidente hay un coco. Kennedy puede considerarse afortunado por estar vivo: en su corta vida, ya ha burlado a la muerte en tres ocasiones, y el insólito pisapapeles le recuerda la primera vez que hubo de mirar de frente su propia mortalidad. En la mudanza del nuevo presidente al Despacho Oval, sus ayudantes no se han olvidado de poner el coco en un lugar prominente: su jefe quiere tener bien a la vista ese fruto tan especial, pues le recuerda un incidente ahora famoso que puso a prueba su valor.



Dieciocho años antes, una templada noche de 1943, tres lanchas torpederas surcan el mar del estrecho de Blackett, en el Pacífico Sur, a la caza de buques de guerra japoneses en las inmediaciones de una zona muy disputada a la que llaman «La Ranura». Estas lanchas de veinticuatro metros de largo, con casco de caoba de cinco centímetros de grosor y propulsadas por tres potentes motores Packard son embarcaciones ligeras capaces de caer sobre los buques de guerra japoneses por sorpresa y hundirlos con su batería de cañones Mark VIII.

El capitán de la torpedera número 109, amodorrado en el puente de mando, no está del todo despierto ni del todo dormido. El joven subteniente ha parado dos de los motores de la lancha para ocultarla a los aviones de reconocimiento japoneses. El tercer motor suena suavemente al ralentí, las hélices apenas dejan estela en las irisadas aguas. El capitán mira el mar intentando divisar las otras dos torpederas, que no andarán lejos. Pero esta noche sin luna ni estrellas son invisibles en la oscuridad; igual que la 109.

El capitán ni ve ni oye al *Amagiri* hasta que ya es demasiado tarde. El

Amagiri es un destructor rápido del Tokio Express, el audaz experimento con el que los japoneses transportan tropas y armas en buques de guerra ultraveloces a las Islas Salomón, vitales desde el punto de vista táctico. El Express basa sus misiones en la velocidad y el amparo de la noche. El *Amagiri* acaba de desembarcar a novecientos soldados en Vila, en la isla de Kolombangara, y vuelve a toda prisa al bastión nipón de Rabaul, en Nueva Guinea, antes de que amanezca, para evitar que los bombarderos estadounidenses lo localicen y puedan hundirlo. El destructor *Amagiri*, más largo que un campo de fútbol, solo mide diez metros de manga, y su forma le permite cortar el agua a la increíble velocidad de casi cuarenta nudos.

En la proa de la torpedera 109, el alférez George «Barney» Ross, de Highland Park, en Illinois, también escruta la noche. Cuando un bombardero estadounidense hundió accidentalmente el buque en el que cumplía su anterior destino, Ross decidió presentarse voluntario como observador a esta misión. Ahora coge los prismáticos y, atónito, ve al *Amagiri* a unos doscientos metros avanzando a toda máquina hacia la lancha. Hace una señal para alertar al capitán, y este, al ver el buque en la oscuridad, maneja el timón con todas sus fuerzas intentando situar la torpedera frente al potente destructor y dispararle directamente; si no lo consigue, los estadounidenses están acabados.

Pero la torpedera 109 no puede maniobrar a la velocidad necesaria.

En un solo instante aterrador, el *Amagiri* parte en dos el casco de caoba de la lancha. La raja que se abre en el costado derecho atraviesa la embarcación en diagonal sin llegar a tocar el puente de mando; pero pasa rozándolo, y el capitán, creyéndose a punto de recibir un impacto mortal, piensa: «Esto es morir». Dos de los trece tripulantes mueren en el acto, y otros dos son heridos cuando, al segundo siguiente, la torpedera explota y se incendia. Los hombres de las otras dos lanchas estadounidenses que navegan por la zona, la 162 y la 168, han visto el choque y lo creen fatídico. Por eso no se entretienen buscando supervivientes en la noche; aceleran motores y salen de allí a toda velocidad, huyendo de otros buques de guerra nipones que quizá merodeen por los alrededores. El *Amagiri* tampoco detiene su marcha: sigue como un rayo hacia Rabaul. La tripulación ve arder a su paso la pequeña embarcación estadounidense.

Los hombres de la 109 se han quedado solos.

El capitán responsable de que el colosal destructor embistiera la lancha al

cogerle desprevenido es el teniente John Fitzgerald Kennedy, de veintiséis años. Este joven tan delgado y bronceado es un *playboy* formado en Harvard al que su padre obligó a cambiar la inteligencia naval por un destino de combate cuando se descubrió que la amante danesa del muchacho era sospechosa de espionaje para los nazis. Segundo retoño de una familia donde las grandes cosas se esperan del primogénito, Kennedy ha podido permitirse el lujo de llevar una vida frívola. Enfermizo de niño, de joven se aficionó a los libros y a las chicas y, salvo el mando de la torpedera 109 —una embarcación de segunda fila—, nunca ha mostrado interés por ningún puesto ni cargo político de relieve: esta ambición que se le exigía al hermano mayor, Joe.

Pero nada de eso importa ahora mismo. Kennedy ha de dar con la forma de salvar a sus hombres. Años después, cuando le pregunten por el inminente punto de inflexión de aquella noche, le quitará importancia:

—Fue involuntario. Me hundieron la lancha.

Sus palabras delatan que podrían haberlo sometido a un consejo de guerra por dejar que hundieran su torpedera y perder a dos de sus hombres. Pero el hundimiento de la 109 encarrilará los pasos de John F. Kennedy para siempre; aunque no por lo que acaba de suceder, sino por lo que sucederá a continuación.

La cubierta trasera de la 109 ya va camino del fondo del estrecho de Blackett, a unos trescientos sesenta metros de la superficie. Gracias a los compartimentos herméticos, la sección delantera del casco sigue a flote, y Kennedy reúne allí a los supervivientes para esperar ayuda. La estela del *Amagiri* apaga los restos en llamas de la 109. Eso le tranquiliza, pues temía que la gasolina prendiera munición que pudiera haber flotando en el agua, o los depósitos de combustible. Pero pasan las horas —una, dos, tres horas—, y se convencen de que la ayuda no llegará. Kennedy se da cuenta de que necesitan otro plan. El estrecho de Blackett está rodeado por todas partes de islotes que ahora albergan a miles de soldados japoneses. Sin duda, la explosión se ha visto desde tierra.

—¿Qué hacemos si vienen los japoneses? —pregunta Kennedy a su tripulación. Es el responsable último de las vidas de sus hombres, pero no sabe qué hacer. El casco empieza a hundirse, y las únicas armas de que disponen son una sola ametralladora y siete revólveres. Enzarsarse en un tiroteo sería absurdo.

En la isla de Gizo, que calculan estará a cerca de kilómetro y medio, se distingue claramente un campamento japonés; también saben de la existencia de otras dos grandes bases en las islas de Kolombangara y Vella Lavella, ambas a solo ocho kilómetros.

—Lo que usted diga, señor Kennedy. Usted es el jefe —responde uno de ellos.

Pero Kennedy no se siente cómodo al mando. Hasta ahora, gran parte de su trabajo en los meses que lleva siendo capitán de la 109 ha sido gobernar la lancha. En opinión de sus hombres, le interesa más perseguir a las chicas que mandar una torpedera. Kennedy se siente mucho más a gusto desempeñando labores de apoyo. De niño obedecía las órdenes de su autoritario padre y admiraba a su hermano mayor. Su padre, Joseph P. Kennedy, que había sido embajador en Gran Bretaña, es uno de los hombres más ricos y poderosos de Estados Unidos. Su carismático hermano Joe, a los veintiocho años, es un fulgurante piloto naval que pronto entrará en acción en Europa participando en misiones contra los submarinos alemanes.

La familia Kennedy sigue las consignas del patriarca: John Kennedy comparará un día su relación a la de las marionetas con el maestro de títeres. Joseph P. Kennedy no solo decide a qué se dedicará su descendencia; además, supervisa todos sus actos, intenta acostarse con sus amigas, y hasta llega a ordenar la lobotomía de una de sus propias hijas. Ya ha adjudicado a Joe el papel del político de la familia; de hecho, en 1940 se ocupó de que fuera delegado en la Convención Nacional Demócrata. En aquellas fechas, antes de la guerra, John se dedicaba a escribir y viajar, y muchos de la familia seguían creyendo que tal vez la escritura acabaría siendo su profesión.

Ahora, en esta trágica noche, Joseph P. Kennedy no está en el Pacífico para decirle a su hijo lo que hay que hacer.

—No hay reglas escritas para una situación como la nuestra, ni creo que podamos considerarnos ya una unidad militar —dice JFK a la tripulación para ganar tiempo—. Tenemos que hablar.

Sus hombres son tripulantes adiestrados para cumplir órdenes, no para planear estrategia. Los desacuerdos caldean los ánimos y discuten acaloradamente, pero Kennedy sigue sin tomar el mando. Esperaban que un buque o un avión de patrulla marítima ya hubieran acudido en su rescate. Pero la mañana ha dado paso al mediodía, y la torpedera 109 se hunde cada vez más. Aferrarse a lo que queda de ella es, con toda certeza, rendirse a una

disyuntiva: caer prisioneros de los japoneses o morir devorados por los tiburones.

Al final, John F. Kennedy toma las riendas.

—Nadaremos hasta allí —les ordena, señalando un grupo de islotes cubiertos de vegetación a cinco kilómetros al sudeste y explicando que aunque esos puntos de tierra estén más lejos que la isla de Gizo, que casi se ve tan cerca como para tocarla, en ellos es menos probable topar con soldados japoneses.

Cada cual se aferra a un madero a modo de flotador y todos nadan hacia las islas más lejanas. Kennedy, que formó parte del equipo de natación en Harvard, remolca a uno de los heridos con quemaduras graves tirando con los dientes de una correa que le ha atado al chaleco salvavidas. Durante las cinco largas horas que tardan en llegar a la isla, traga agua salada incontables veces, pero es un nadador fuerte y llega a tierra el primero. Dejando al herido en la orilla, sube a la playa tambaleándose para inspeccionar su nuevo hogar. El islote no es gran cosa: arena, unas cuantas palmeras y el arrecife que lo rodea. De lado a lado, no medirá más de noventa metros. Pero es tierra firme: después de más de quince horas en el mar, un auténtico paraíso.

Por fin llegan los demás, que se ocultan a la vista sumergiéndose en el agua de la orilla cuando una barcaza japonesa pasa a varios cientos de metros de la playa. Kennedy, exhausto por el ejercicio y atacado por las náuseas por haber tragado tanta agua de mar, se ha desplomado a la sombra de unos arbustos. Pero ahora, pese a sus mermadas fuerzas, algo ha cambiado en él: si antes rehuía el mando, ahora comprende que solo él que puede salvar a su tripulación.

JFK se levanta y se pone manos a la obra.



Kennedy mira la playa. La arena es blanca y cae en pendiente hacia el agua. Sus hombres han buscado refugio bajo las ramas muy bajas de unos árboles. Aliviado, divisa allí cerca un gran paquete envuelto en un chaleco salvavidas de kapoc procedente de la lancha 109: necesita ese paquete para lo que se propone hacer.

Dentro hay una lámpara de señales. Kennedy camina con paso vacilante hasta sus hombres y les comunica su plan: nadará hasta otro islote más cercano al canal que llaman el paso de Ferguson —una ruta muy transitada por las torpederas—, y hará señales con la linterna a cualquier lancha que se

arriesgue a surcar esas aguas en la noche. Si establece contacto con una, hará señales a su tripulación.

El capitán se prepara para nadar; todavía tiene ganas de vomitar y está mareado por la deshidratación y la falta de alimento. Para restarse peso, se quita la camisa y los pantalones mojados que se le han pegado al cuerpo y se amarra al cuello una pistola del calibre 30, como había hecho con los zapatos antes de la larga zambullida desde la lancha 109; pero ahora vuelve a calzarse para no cortarse los pies en el afilado arrecife. Por último, se ciñe bien el chaleco de kapoc sobre el cuerpo desnudo, y mete en él la linterna que es la clave del rescate.

El capitán vuelve al mar pensando en las gigantescas barracudas que habitan estas aguas; se dice que suben de las negras profundidades para arrancar de una dentellada los genitales a quien osa nadar por allí. Ahora mismo, sin pantalones, él mismo seguramente sea un incitante cebo.

Solo en la noche, da brazadas hasta que nota el roce del cuero de su calzado contra el arrecife. Camina pisando el puntiagudo fondo: forzosamente llegará un momento en que acabe el arrecife y empiece la playa de arena. Pero el arrecife parece infinito; y lo que es peor, el coral le hace repetidos cortes en manos y piernas. Cada vez que tropieza y cae en un hoyo inadvertido en el agua, las imágenes de las barracudas acuden a su mente como relámpagos.

Nunca llega a encontrar la esperada playa de arena. Atando los zapatos al flotador salvavidas, improvisa otro curso de acción, osado y un tanto temerario: salir a nado a mar abierto con la lámpara en alto, con la esperanza de que pase una lancha a la que hacer señales.

Pero justamente esa noche la Marina estadounidense no envía torpederas al paso de Ferguson. Kennedy patea el agua en la oscuridad más absoluta, esperando en vano oír el amortiguado sonido de unas hélices.

Al fin se da por vencido, pero cuando quiere volver con su tripulación nuevamente a nado, la resaca le impide avanzar y lo saca al estrecho de Blackett. Encendiendo la lámpara, hace frenéticas señales al pasar frente a sus hombres, que discuten sobre si esa luz que ven es o no una ilusión producto del hambre y la deshidratación. Mientras tanto, su capitán se aleja, adentrándose en la oscuridad más absoluta.

John Kennedy logra desprenderse de los pesados zapatos y los deja caer al fondo del mar, pensando que le será más fácil nadar soltando lastre. No es así. La resaca lo empuja mar adentro, cada vez más lejos. Por más empeño que

ponga, la corriente lo arrastra en dirección opuesta. Al fin, deja de luchar. Solo en la oscuridad, con el frío en el cuerpo y un revoltijo de pensamientos contradictorios en la mente, se deja mecer por el vaivén del agua, inerte. Es un joven curioso. Tiene fama de intentar llevarse a la cama a todas las chicas posibles, pero se educó en una familia católica. Y la fe que le ha fallado en los últimos meses ahora viene en su ayuda. La situación parece imposible, pero él no pierde la esperanza.

Y no suelta la linterna.



Kennedy flota durante toda la noche tan solo y desvalido como pueda estarse. Tiene la piel de los dedos arrugada y el cuerpo cada vez más frío.

Pero no le ha llegado su hora, todavía no. Al salir el sol, ve asombrado que la misma corriente que lo empujó mar adentro ha dado media vuelta y lo ha depositado justo en el punto de partida. Nadando, vuelve sano y salvo con sus hombres. Después de horas iluminando la oscuridad como una baliza, la lámpara al fin se apaga para siempre.

Pasan los días. Kennedy y sus hombres sobreviven exprimiendo caracoles vivos y lamiendo la humedad de las hojas. Llaman a su nuevo hogar «la Isla del Pájaro» por el abundante guano que cubre las hojas de los árboles. A veces ven combates aéreos en el horizonte, pero nunca un avión de salvamento. De hecho, mientras luchan por sobrevivir, sus torpederas hermanas ofician un funeral en su honor.

Al cabo de cuatro días, Kennedy convence a George Ross, de Highland Park, en Illinois, para intentarlo a nado esta vez los dos. Irán a la isla de Naru, donde es muy posible que se topen con soldados japoneses. A estas alturas de su odisea, consumidos por el hambre y la insoportable sed, ser capturados por el enemigo empieza a parecer preferible a una muerte segura.

El chapuzón en el agua dura una hora. En Naru dan con una barcaza enemiga abandonada y ven a dos japoneses alejarse a toda prisa en una canoa. Kennedy y Ross registran la barcaza en busca de víveres y encuentran agua y galletas. También descubren una canoa de una sola plaza. Tras pasar el día escondidos, Kennedy deja a Ross en Naru y rema en la canoa hasta el paso de Ferguson. Ya sin linterna ni otro medio de hacer señales a una torpedera, JFK, desesperado, corre demasiados riesgos. Pero aunque lo tiene todo en contra, casi al amanecer consigue regresar de nuevo a los suyos remando en la canoa.

Por fin recibe una buena noticia: los hombres a quienes tomaron por

soldados japoneses eran en realidad indígenas isleños. Cuando vieron a Kennedy y a Ross, fueron a remo hasta los tripulantes de la 109 para advertirles de la presencia de tropas japonesas en la zona.

A la mañana siguiente, Kennedy ve a los isleños en persona cuando su canoa se hunde intentando volver a Naru. Estos indígenas duchos en el arte de navegar llegan como por ensalmo para sacarlo del Pacífico y llevarlo a remo sano y salvo hasta George Ross. Antes de que se marchen, Kennedy talla un mensaje en la cáscara de un coco caído: «isla de naru... comandante... el indígena conoce posición... sabe navegar... once soldados vivos... necesitan embarcación pequeña... kennedy».

Con este críptico mensaje en su posesión, los nativos se alejan en sus canoas.



Cae la noche. Llueve a mares. Kennedy y Ross duermen bajo un arbusto, con los brazos y las piernas hinchados por las picaduras de insectos y los cortes que se han hecho en el arrecife. Los indígenas les han dicho dónde hay otra canoa escondida en Naru, y Kennedy convence a Ross para volver a salir en ella a mar abierto y esperar a que pase una torpedera.

Solo que el Pacífico ya no está en calma. La lluvia es ahora torrencial. Las olas alcanzan casi los dos metros de altura. Cuando Kennedy decide regresar, la canoa vuelca. Aferrados a su embarcación volcada, la empujan hacia tierra con todas sus fuerzas. Gigantescas olas rompen ahora contra el arrecife. La fuerza del mar arranca a Kennedy de la canoa y lo lanza a un remolino en el que se hunde girando en el agua. Una vez más, ve la muerte cerca. Pero cuando ya todo parece perdido, se da impulso para subir en busca de aire y logra llegar al arrecife. Ross, que también sigue con vida, anda por allí; y los dos juntos, pisando con cuidado el puntiagudo coral sin poder evitar hacerse nuevos cortes en los pies y las piernas, avanzan hacia la playa bajo el diluvio. Esta vez Kennedy no piensa en las barracudas, solo en sobrevivir. Demasiado extenuados para preocuparse de si los ven los japoneses, caen dormidos en la arena.

John Kennedy ha gastado todos sus cartuchos: ha hecho cuanto podía por salvar a sus hombres. Ya no puede hacer nada más.

Pero, como en un espejismo, al despertar ve a cuatro isleños en pie ante él. Está saliendo el sol. Ross tiene los miembros horriblemente desfigurados por las heridas del coral, el brazo hinchado como un balón de fútbol. La infección

también empieza a atacar el organismo de Kennedy.

—Le traigo una carta, señor —dice uno de los nativos en perfecto inglés.

Incrédulo, Kennedy se incorpora para sentarse a leer la nota. Los nativos habían llevado el coco a un destacamento de infantería neozelandés oculto en las proximidades. La nota, escrita por el oficial al mando, le sugiere dejar que los isleños lo acerquen allí a remo.

Y así es cómo John F. Kennedy, tendido en el suelo de una canoa y cubierto con frondas de palmera que lo ocultan de las aeronaves japonesas, es trasladado a remo a una base secreta en la isla de Nueva Georgia. Al llegar la canoa a la playa, un joven neozelandés sale de la jungla. Kennedy sale de su escondrijo y baja a la arena.

—¿Qué tal se encuentra? —le pregunta el neozelandés con formalidad y pronunciación británica—. Soy el teniente Wincote.

—Hola, soy Kennedy.

Se dan la mano, y Wincote señala la jungla con la cabeza:

—Venga a mi tienda, le daré una taza de té.

Kennedy y sus hombres enseguida son rescatados por la Marina de Estados Unidos. Y así, en el mismo momento de su final, la historia de la patrullera 109 nace como leyenda.



Otro incidente influyó en la carrera que llevó a John Kennedy hasta el Despacho Oval. Joe, su hermano mayor, no tiene la misma suerte que él burlando a la muerte: el 12 de agosto de 1944, el bombardero experimental que pilota, el *Liberator*, estalla sobrevolando Inglaterra. No hay cuerpo que sepultar ni recuerdo de la tragedia que pueda verse en el escritorio de JFK. Pero aquella explosión marcó el instante en que John F. Kennedy entró en política y emprendió el camino hacia el poderoso cargo que ahora ocupa.



Menos de seis meses después de acabada la guerra, John Fitzgerald Kennedy es uno de los diez candidatos en las primarias demócratas para el Congreso en el Undécimo Distrito de Boston. En esta ciudad profundamente partidista, los políticos y jefes de distrito veteranos prácticamente lo privan de toda posibilidad de ganar. Pero JFK, muy en su papel de quien lleva las de perder, estudia voluntariosamente cada sección del distrito. Como ayudante de campaña ficha a Dave Powers, otro veterano con buenos contactos al que

conoció en la Segunda Guerra Mundial. Powers, figura política en alza por derecho propio, al principio se resistió a ayudar a ese delgadísimo joven que se había presentado diciéndole: «Me llamo Jack Kennedy. Soy candidato al Congreso».

Pero meses más tarde, una fría noche de sábado en enero de 1946, Kennedy deja a Powers impresionado con su apabullante discurso de campaña en una sede de la asociación de veteranos de guerra American Legion. El público que abarrota el salón de actos pertenece a otra asociación: las Madres Estadounidenses de la Estrella Dorada, mujeres que han perdido a sus hijos en la Segunda Guerra Mundial. Kennedy solo habla diez minutos, explicando a las mujeres congregadas las razones por las que se presenta al cargo. Ellas no se fijan en que le tiemblan las manos por los nervios, pero sí escuchan las cuidadas palabras con que menciona su propio historial de guerra y señala la gran importancia del sacrificio de sus hijos, elogiando su valentía con voz honesta, sincera.

Al final hace una pausa y, bajando la voz, alude a Joe, su hermano caído:

—Creo saber cómo se sienten todas ustedes, las madres. Mi madre también es una Estrella Dorada.

Al concluir el discurso, las mujeres se agolpan en torno a él con lágrimas en los ojos; todas quieren tocar a este joven que les recuerda al hijo que han perdido para expresarle su apoyo. Es entonces cuando Dave Powers se convence y, a partir de ese momento, se pone al servicio de Jack Kennedy, fundando el núcleo de lo que acabará conociéndose como la «Mafia irlandesa» del presidente. Él es quien aprovecha la aventura de la torpedera 109 y la convierte en un aspecto primordial de la campaña publicando una transcripción de la historia de aquella noche de agosto de 1943. Esa historia demostrará la desinteresada valentía de un joven privilegiado a votantes que, de otro modo, tal vez no se hubieran sentido muy inclinados a votar por él.

La insistencia de Dave Powers en sacar el máximo partido de la lancha torpedera 109 le valió a John F. Kennedy su elección para el Congreso.



Durante sus primeros meses como presidente, la cáscara de coco en la que talló la nota de rescate recuerda a Kennedy el incidente que lo puso en camino a la Casa Blanca.

El coco también le recuerda a diario que debe en parte la presidencia a la aguda intuición política de Dave Powers, cinco años mayor que él. Este

bostoniano de elevada estatura trabajará para Kennedy desde aquella noche de enero de 1946. Ayudante personal del presidente, no pertenece a su Gabinete, ni siquiera es un asesor oficial; solo es un amigo íntimo del presidente que sabe adelantarse a lo que necesita y de cuya compañía disfruta enormemente el siempre leal JFK. A Powers lo han descrito como el «bufón de la corte» del presidente, y así es: su actividad en la Casa Blanca tiene ante todo una función social. El entregado Dave Powers hará lo que sea por John Kennedy.

Pero ni siquiera Dave Powers, con su gran intuición, sabe qué significa en realidad ese «lo que sea». Como tampoco prevé, mientras presencia el primer discurso político de John Kennedy, que un día también presenciará el último.



*El teniente John Fitzgerald Kennedy en el puente de mando de la PT-109.
(Fotógrafo desconocido, documentos de John F. Kennedy, documentos de
Presidencia, archivos del Despacho del Presidente, Biblioteca y Museo
Presidenciales John F. Kennedy, Boston)*



La familia Kennedy en su residencia de Hyannis Port en 1931. (Fotografía de Richard Sears, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



Joseph Kennedy y sus hijos Joseph y John F. Kennedy en Palm Beach, en 1931. (Fotografía de E. F. Foley, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



PT-109

2-8 de agosto, 1943

2

FEBRERO DE 1961

CASA BLANCA

13.00

El presidente de los Estados Unidos, desnudo, lleva a rajatabla su agenda del día. Como casi todos los días, a la una en punto de la tarde se ha escabullido para darse un terapéutico baño en la piscina cubierta que hay entre la Casa Blanca y el ala oeste. El agua está siempre a la temperatura ideal, unos 32.º C; le han prescrito nadar por su dolor de espalda, que le da problemas desde que estudiaba en Harvard. La odisea con el *Amagiri* exacerbó sus molestias lumbares, y llegó a operarse varias veces sin que le sirviera de nada. El persistente dolor es tan insoportable que Kennedy muchas veces usa muletas o un bastón para moverse, aunque casi nunca en público. Ha de llevar un corsé, dormir en un colchón muy duro e inyectarse cada cierto tiempo procaína, un anestésico para combatir sus dolores. Sus ayudantes saben ver en su mandíbula apretada un signo de su dolor de espalda. La media hora diaria de braza y el calor de la piscina forman parte de la terapia de Kennedy, pero la razón por la que en muchos de estos baños prescinde del traje de baño es su idea de la virilidad: un hombre de verdad hace braza *al natural*, como dicen los franceses, y no hay más que hablar.

Al presidente anterior, Dwight Eisenhower, el personal de la Casa Blanca jamás lo habría imaginado nadando desnudo en ningún momento o lugar. El anciano general y su mujer, Mamie, eran muy tradicionales. En la Casa Blanca jamás hubo ningún imprevisto durante los ocho años en que los Eisenhower vivieron allí.

Pero ahora todo ha cambiado. Los Kennedy son mucho menos formales que los Eisenhower. Ahora se permite fumar en el Comedor de Estado. Se ha abolido el protocolo de la línea de recepción, los eventos formales han cobrado un aire informal. La primera dama va a instalar un escenario en el

Salón Oriental donde actuarán destacados músicos estadounidenses, como el violonchelista y compositor Pablo Casals y la cantante Grace Bumbry.

Aun así, la Casa Blanca sigue siendo un sitio serio. La agenda diaria del presidente se articula en torno a varias horas consecutivas de trabajo intenso con ratos intercalados de reparador descanso. Se despierta cada mañana sobre las siete, e inmediatamente se pone a leer en la cama las noticias del día y los comunicados de prensa del *New York Times*, el *Washington Post* y el *Wall Street Journal*. Kennedy lee muy rápido, es capaz de procesar mil doscientas palabras por minuto. En solo un cuarto de hora ha terminado con la prensa y pasa a la pila de informes sobre lo que está sucediendo en todo el mundo.

A continuación, desayuna en la cama. Y desayuna bien: zumo de naranja, beicon, tostadas con mucha mermelada, dos huevos pasados por agua y café con leche. En general, no come mucho. Vigila escrupulosamente su dieta para no sobrepasar nunca los ochenta kilos. Esclavo de sus hábitos, desayuna lo mismo casi todos los días de la semana.

Poco antes de las ocho de la mañana, se mete en la bañera para ponerse un poco a remojo. Durante el baño, y durante el resto del día, tiene la costumbre de tamborilear constantemente con la mano derecha, como si esta fuera una extensión de su gran actividad mental.

El presidente llega al Despacho Oval a las nueve en punto de la mañana. Se recuesta en la silla para atender al resumen de su agenda del día que le recita su jefe de Gabinete, Ken O'Donnell. A lo largo de la mañana, mientras Kennedy responde llamadas y escucha los informes de sus asesores sobre lo que sucede en el mundo, su personal suele interrumpirlo. Todos ellos han sido cuidadosamente escogidos. Además del bufón de la corte Dave Powers y del despierto Kenny O'Donnell, hijo del entrenador de fútbol del Colegio Universitario de la Santa Cruz, están el académico Arthur Schlesinger, catedrático de Historia en Harvard y asesor personal; Ted Sorensen, abogado y asesor personal oriundo de Nebraska; y Pierre Salinger, que fue niño prodigio del piano y ahora es su secretario de prensa.

Dejando a un lado a la secretaria personal del presidente, Evelyn Lincoln, la Casa Blanca de Kennedy recuerda mucho a una residencia de estudiantes: un grupo de hombres todos muy leales a su carismático líder. La conversación suele caer en lo soez: el pasado naval del presidente hace cierto el dicho de «jura como un marinero».

—Yo no llamé hijos de puta a los empresarios —protestó Kennedy

cuando el *New York Times* lo citó erróneamente en una ocasión—. Los llamé gilipollas.

El tono es cortés cuando hay mujeres delante. Así, el presidente nunca alude a su secretaria de ninguna otra forma más que «señora Lincoln». Con todo, la grosería puede camuflarse. Una vez, en presencia de su esposa, Kennedy echó mano del alfabeto fonético militar en una versión de su propia cosecha para arremeter contra un columnista de prensa llamándolo «Charlie-Uncle-Nan-Tare» [CUNT: «cabrón»].

Cuando la perpleja primera dama pidió aclaración al presidente, él cambió de tema hábilmente.



Su media hora en el agua es un buen tónico para el dolor, pero a Kennedy las sesiones de natación también le sirven para trabajar, invitando a veces a algunos de sus ayudantes, o incluso a periodistas, a hacerse unos largos con él. ¿La contrapartida? Ellos también han de nadar desnudos. Dave Powers, su compañero de piscina habitual, está muy acostumbrado; pero para otros de los que trabajan en la Casa Blanca, la escena es casi surrealista.

Curiosamente, las relajadas costumbres acuáticas del presidente ocultan una faceta suya que lo sitúa en el polo opuesto de su pausado vicepresidente. Lyndon Johnson es famoso por sus estrujones de hombros y sus palmadas en la espalda, pero Kennedy siempre guarda la distancia física entre él y los demás hombres. Excepto durante sus actos de campaña, a los que se entrega de muy buen grado, el simple gesto de estrechar la mano le molesta.

Después de nadar, almuerza rápidamente en la Residencia, en la planta superior: quizá un sándwich, y puede que un poco de sopa. Después entra en su dormitorio, se pone el pijama y duerme exactamente cuarenta y cinco minutos. Otras grandes figuras de la historia, como Winston Churchill, también fueron dados a dormir durante el día. A Kennedy le reporta nuevas energías.

La primera dama lo despierta y charlan mientras él se viste. Luego el presidente vuelve al Despacho Oval y, desde ese momento, ya no lo abandona casi nunca hasta las ocho de la noche. Su equipo sabe que, acabada su jornada de trabajo, Kennedy pone los pies en el escritorio y, conversando tranquilamente, baraja las ideas que le rondan la mente; es su momento preferido de la jornada.

Cuando todos se han ido, Kennedy sube las escaleras de vuelta a las

dependencias privadas de la familia —el personal las llama «la Residencia» o «la Mansión»—, donde se fuma un Upmann, se sirve un *whisky* escocés con agua y sin hielo y se prepara para la cena. Muchas veces Jackie Kennedy reúne a varios amigos en cenas improvisadas a las que el presidente se resigna.

La verdad es que JFK preferiría ver una película. En la sala de cine de la Casa Blanca hay películas de todas las nacionalidades: su pantalla puede proyectar lo que él quiera. Sus cintas preferidas son las de la Segunda Guerra Mundial y del Oeste.

La devoción de Kennedy por el cine compite con su otra afición favorita: el sexo.

El lumbago del presidente no le impide mantenerse activo en el terreno amoroso; y esto le viene bien, porque, como él mismo dijo una vez a un amigo, si no practicaba el sexo al menos una vez al día, le daban unas jaquecas horribles. Él y Jackie duermen en habitaciones distintas, comunicadas por un vestidor común; pero eso no significa que John Kennedy limite sus relaciones sexuales a la primera dama. Aunque felizmente casado, dista mucho de ser monógamo.



Dejando a un lado los escauceos del presidente, es indiscutible que el mayor cambio entre las administraciones de Kennedy y Eisenhower radica en la mujer de la casa. Jackie Kennedy tiene treinta y un años, menos de la mitad que Mamie Eisenhower. La anterior primera dama ya era abuela cuando ocupó la Casa Blanca; era famosa por su tacañería y le entretenían mucho las telenovelas. Jackie, en cambio, prefiere escuchar discos de *bossa nova* y mantenerse en forma haciendo pesas y practicando el salto de trampolín. Jackie es delgada. Mide 1,65 metros y, al igual que su marido, mantiene su peso constante; en su caso, unos cincuenta y cinco kilos.

Su verdadero vicio, el único, es su hábito de fumar un paquete diario de cigarrillos Salem o L&M: hábito que no interrumpió ni siquiera durante sus embarazos. Igual que hace el presidente con sus dolencias físicas, Jackie Kennedy guarda en secreto que fuma. Durante la reciente campaña presidencial, confió a un ayudante la tarea de quedarse todo el rato al alcance de su mano con un cigarrillo encendido para poder dar una calada inadvertida de vez en cuando.

Los padres de Jackie se divorciaron antes de que ella cumpliera los doce

años, y su madre, Janet, la educó en la riqueza y el esplendor. Asistió a caros internados femeninos y más tarde al Vassar College, antes de pasar su tercer año universitario en París. A su regreso a Estados Unidos, Jackie se trasladó a la Universidad George Washington, en la ciudad de Washington, donde se graduó en 1951.

Durante sus años de formación, la primera dama fue educada en la discreción y aprendió a callar sus pensamientos. Le gusta mantener «cierto misterio en torno a ella», dirá más tarde alguien cercano. «La gente no sabía lo que pensaba ni lo que hacía entre bastidores; y ella quería que eso siguiera así».

El hecho es que Jacqueline Bouvier Kennedy no se muestra del todo ante nadie; ni siquiera ante su marido, el presidente.



En la lejana Minsk, Lee Harvey Oswald tiene el problema opuesto: la mujer que ama no para de hablar.

El 17 de marzo, en un baile para trabajadores sindicados, conoce a una belleza de diecinueve años que lleva un vestido rojo, zapatos blancos y un peinado que a él le parece «al estilo francés». Marina Prusakova no sonrío mucho porque no tiene los dientes bonitos, pero esa noche bailan y él la acompaña a casa andando... junto con varios otros pretendientes, todos locos por la locuaz Marina.

Pero la actitud de Lee Harvey, como siempre, es desafiante: sabe que los demás hombres pronto no serán más que recuerdos lejanos.

Y tiene razón. «Nos gustamos de inmediato», escribe el desertor en su diario.

A la muerte de su madre, dos años antes, enviaron a Marina, nacida fuera del matrimonio, a vivir con su tío el coronel Ilya, respetado miembro del Partido Comunista local que trabajaba en el Ministerio del Interior soviético. Ella ha estudiado Farmacia, pero dejó su trabajo hace tiempo.

Oswald sabe todo esto y mucho más sobre Marina, pues entre la noche del 18 de marzo y la del 30 del mismo mes, pasan juntos mucho tiempo. «Paseamos», escribe. «Yo hablo un poco de mí, ella habla mucho de ella».

Su relación da un súbito giro el 30 de marzo, día en que Oswald ingresa en el Hospital Clínico 4 para operarse de vegetaciones. Marina le visita constantemente, y para cuando recibe el alta, Lee Harvey ya sabe que va a

«conseguirla». El 30 de abril están casados. Marina se queda embarazada casi inmediatamente.

La vida se le está complicando a Lee Harvey Oswald.



Durante el invierno de 1961, el mundo fuera de la Casa Blanca es turbulento: es el clima de la guerra fría. Los estadounidenses tienen pavor a la Unión Soviética y su arsenal de armas nucleares. A menos de ciento cincuenta kilómetros al sur de Florida, Fidel Castro se ha apoderado de Cuba recientemente, dando paso a un régimen considerado afín al soviético.

En el profundo Sur de Estados Unidos crece el conflicto racial.

Un nuevo anticonceptivo llamado simplemente «la Píldora» ha salido al mercado.

Por la radio, Chubby Checker anima a la juventud estadounidense a bailar el *twist*, mientras Elvis Presley pregunta a todas las mujeres si están solas esta noche.

Pero dentro de la Casa Blanca de Kennedy, Jackie se encarga de que este agitado ambiente político y social no le impida crear el entorno ideal para que crezcan sus hijos. Su vida cotidiana gira en torno a ellos. Desmarcándose del estilo de crianza tradicional de las anteriores primeras damas, que delegaban el cuidado de los niños en el personal de la Casa Blanca, ella está totalmente presente en la vida de Caroline, de tres años, y del bebé John, y los lleva con ella a sus reuniones y recados.

Cuando ya se sienta más cómoda en la Casa Blanca, no será raro que Jackie se oculte bajo un pañuelo en la cabeza y un pesado abrigo para llevar a los niños al circo o al parque; eso sí, seguida discretamente por la escolta del servicio secreto.

La primera dama jugando con sus hijos en el césped del ala sur se convierte también enseguida en una estampa corriente. Un observador apunta que Jackie «parece una niña que no quisiera crecer». Hasta habla con el mismo tono de voz susurrante, casi infantil, que la actriz Marilyn Monroe.

La primera dama se considera una esposa tradicional y adora a su marido. Pero también tiene una veta muy independiente, y rompe el protocolo de la Casa Blanca negándose a asistir a la infinidad de veladas y actos sociales a que se han sometido otras primeras damas. Jackie prefiere estar con sus hijos o hacer planes para su espléndida reforma de la Casa Blanca, de la que su

marido, con poco sentido estético en este ámbito, no se ocupa. Jackie Kennedy llama a su nuevo hogar «la casa del presidente», y busca inspiración en la Casa Blanca de Thomas Jefferson y en la decoración barroca que diseñó el que fuera embajador en Francia.

A su llegada a la Casa Blanca, la decoración data de la época de la administración de Truman. Muchos muebles son reproducciones y no originales de época, lo que da a la residencia suprema de Estados Unidos un aire barato y deslustrado, y no precisamente el aura de grandeza que necesita. Jackie está reuniendo un equipo de coleccionistas de primera para mejorar la decoración en todos los aspectos.

Cree que tiene años por delante para acabar.

Por lo menos cuatro, tal vez hasta ocho.

Eso piensa.



El presidente Kennedy y David Powers, su mano derecha y miembro de la «Mafia irlandesa» de la Casa Blanca de Kennedy, en 1961. (Abbie Rowe, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



Jacqueline Bouvier Kennedy, fotografiada en la cena de investidura de 1962, llevó el glamour a su papel de primera dama. (Abbie Rowe, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



Jackie fue una madre dedicada a sus hijos, Caroline y John F. Kennedy, al que se ve en la imagen jugando con el collar de su madre en el dormitorio presidencial. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

3

17 DE ABRIL DE 1961

WASHINGTON, D. C. / BAHÍA DE COCHINOS, CUBA

9.40

John F. Kennedy se abrocha distraídamente la chaqueta del traje. Está sentado a bordo del helicóptero presidencial *Marine One*, de la Infantería de Marina, que brilla al aterrizar en el jardín del ala sur de la Casa Blanca. Acaba de pasar un fin de semana horroroso y sin apenas descanso en Glen Ora, la casa de campo de ciento sesenta hectáreas que tiene alquilada en Virginia y a la que el servicio secreto ha puesto el nombre en clave de «Chateau».

El presidente, meticuloso con su aspecto, hoy se cambia de ropa de arriba abajo por lo menos tres veces más, poniéndose cada vez otra camisa recién planchada, otra corbata y otro traje a medida de Brooks Brothers. Sus trajes de chaqueta son siempre gris marengo o azul marino. Pero no es la vanidad lo que mueve la obsesión de John Kennedy con la ropa, sino una peculiaridad suya: se siente incómodo si lleva una prenda mucho tiempo seguido. A George Thomas, después de tanto tiempo como su ayuda de cámara, lo trae de cabeza con sus continuos cambios.

Pero ahora mismo Kennedy no piensa en su aspecto personal, aunque, como de costumbre, se da toquecitos en la coronilla para comprobar que no tiene un pelo fuera de su sitio. Romper hábitos es difícil.

Kennedy está pendiente de Cuba. Aproximadamente a dos mil kilómetros al sur de la ciudad de Washington se está gestando un campo de batalla. Kennedy ha autorizado el envío de mil cuatrocientos exiliados anticastristas a la nación isleña para una invasión encubierta cuya meta está vedada al ejército de Estados Unidos por las normas del derecho internacional: la meta de los exiliados combatientes es nada menos que derrocar el régimen cubano. El plan se inició mucho antes de que Kennedy fuera elegido. Tanto la Agencia Central de Inteligencia, (CIA: Central Intelligence Agency) como los jefes del

Estado Mayor Conjunto han prometido al presidente el éxito de la misión. Pero quien ha dado la orden de seguir adelante es Kennedy; y él será el responsable si fracasa la misión.

Cuando el helicóptero UH-34 se posa en los cojinetes metálicos instalados para su aterrizaje en el jardín del ala sur, JFK saca primero la cabeza y luego baja al césped recién germinado esta primavera. El presidente parece tranquilo e impávido, pero tiene el estómago literalmente revuelto. El estrés que ha sufrido durante todo el fin de semana por el planeamiento de último minuto del arriesgado ataque le ha provocado una fuerte diarrea y una infección del tracto urinario que le ha dejado sin fuerzas. Su médico le ha prescrito inyecciones de penicilina y una dieta blanda para aliviar las molestias. No obstante, se encuentra fatal. Y para colmo, por horrible que parezca todo ahora mismo, sabe que este lunes las cosas están a punto de empeorar aún más.

Mientras cruza resueltamente la serena Rosaleda de la Casa Blanca, los exiliados cubanos de la Brigada 2506 corren gran peligro acorralados en la remota franja arenosa de una playa de Cuba.

El nombre de esa ensenada pasará a la historia de la infamia: Bahía de Cochinos.

John F. Kennedy entra por la Rosaleda en el Despacho Oval, con alfombra gris y paredes blancas. En invierno, cuando los árboles están pelados, desde los ventanales a espaldas del escritorio de Kennedy se ve el National Mall. Al fondo, oculto a la vista de JFK por el edificio Old Executive Office, se alza el Monumento a Lincoln. Pero Kennedy no se sienta a mirar hacia Lincoln.

Está demasiado angustiado por lo que acontece en Cuba para sentarse.



No ha sido una buena semana para Estados Unidos. El 12 de abril los soviéticos asombraron a la humanidad lanzando al primer hombre al espacio y mostrando al mundo entero sus cohetes capaces de enviar cabezas nucleares hasta Estados Unidos: una distancia nada desdeñable. La guerra fría entre ambos países dura ya una década y ahora se inclina claramente a favor de los soviéticos. En Washington, muchos creen que deponer al prosoviético Castro contribuirá mucho a restablecer el equilibrio de la guerra fría.

Kennedy contaba con el apoyo del pueblo americano al autorizar la invasión. En Estados Unidos, la expansión global del comunismo desata el miedo: cualquier cosa que haga para detenerlo será aplaudida. Y aunque

invadir un país es un enorme riesgo diplomático, el presidente ha obtenido un índice de aprobación del 78 por ciento tras sus primeros meses en el cargo: con ese capital político, puede arriesgar. Periódicos y revistas hablan con fervor del joven presidente, calificándolo de «omnisciente» y «omnipotente».

Pero nadie lo sabe todo, y ni siquiera el presidente de Estados Unidos es todopoderoso. Kennedy está a punto de ganarse la clase de enemigos que solo una enorme metedura de pata puede gestar: enemigos jurados. Para cuando termine el episodio de Bahía de Cochinos, entre estos enemigos no solo se contará Castro, sino también uno de los altos cargos más poderosos de la administración de Estados Unidos: el astuto Allen Dulles, director de la CIA.



Kenny O'Donnell recibe a Kennedy en el Despacho Oval y le resume rápidamente su agenda del día. A continuación, el presidente sale dando largas zancadas por otra de las cuatro puertas del Despacho Oval y pasa ante el escritorio de su secretaria personal, la leal Evelyn Lincoln, para entrar la Sala del Gabinete Presidencial, donde le espera Dean Rusk, el secretario de Estado.

El inteligente Rusk estudió en Oxford con una beca Rhodes, y durante la Segunda Guerra Mundial fue oficial del ejército y jefe de planes de guerra en los teatros de operaciones de China, Birmania y la India, organizando misiones encubiertas parecidas a la de Bahía de Cochinos. Este oriundo de Georgia había asistido a las muchas reuniones de planeamiento que culminaron en la invasión del fin de semana. Pero como Kennedy no lo eligió en primera instancia para dirigir el Departamento de Estado, solo lleva tres meses en el puesto y todavía no tiene confianza con su jefe; cauto, se calla su opinión. Kennedy atraviesa un trance en el que necesita desesperadamente un buen asesoramiento, y en ese momento su nuevo secretario de Estado, el veterano militar Rusk, no quiere contarle sus dudas sobre la invasión de Bahía de Cochinos: opiniones como que «esa escuálida brigada de exiliados cubanos tiene las mismas probabilidades de prosperar que una bola de nieve en el infierno».

La reticencia de Rusk y su falta de sinceridad y franqueza al asesorarlo son ahora lo de menos para el presidente: al parecer, nadie se sincera con él. Mientras espera noticias del frente, JFK se muere por ver a alguien que le diga la verdad sin adornos.

Presintiendo una crisis, el presidente coge el teléfono y marca un número.



Cuba.

Los americanos acomodados habían hecho de este tórrido paraíso empapado en ron su patio de recreo tropical favorito. Sus playas de arena blanca son sensuales y sus casinos legendarios. Ernest Hemingway describió los muchos encantos de Cuba, muy relajado por esas fechas bajo los efectos de su libación de ron preferida: el daiquiri. En sus solapadas estancias en La Habana, Meyer Lansky, Lucky Luciano y otros jefes del crimen organizado de Estados Unidos se sentían tan en su elemento en la capital cubana como en la ciudad de Nueva York. Y las corporaciones estadounidenses llevaban décadas aprovechando el benigno clima de Cuba y su régimen totalmente corrupto para abrir vastas plantaciones de caña de azúcar, campos petrolíferos y ranchos de ganado.

De hecho, desde el épico momento en que Teddy Roosevelt y su regimiento de los Rough Riders ascendieron a la carga la colina de San Juan para liberar Cuba de España en 1898, la relación entre Cuba y Estados Unidos había sido muy pacífica, libre de tensiones y, en una palabra, fluida.

Hasta 1959.

La corrupción, que había alcanzado su máxima cota de todos los tiempos bajo el régimen afín a Estados Unidos del general Fulgencio Batista, desencadenó la rebelión de los cubanos. A sus treinta y dos años y después de cuatro años de lucha, Fidel Castro, hijo natural de un acomodado agricultor cubano, había llevado su guerrilla hasta La Habana y derrocado a Batista (el general moriría años después de un ataque al corazón durante su etapa de exilio en Portugal, solo dos días antes de que el comando enviado por Castro pudiera cumplir su misión de asesinarlo). Estados Unidos había respondido a la caída de Batista reconociendo oficialmente el nuevo gobierno.



Castro guarda muchos secretos. El episodio tal vez más infame sucedió once días después de derrocar el régimen de Batista en 1959, cuando soldados castristas trasladaron en plena noche a setenta y cinco presos políticos con las manos atadas a la espalda a un lugar a las afueras de la ciudad de Santiago. Caminaban campo a través, y los que se rezagaban o tropezaban sentían en las costillas los afilados golpes de las bayonetas. De repente se encendieron los faros de una hilera de furgones militares, iluminando una zanja de dos metros de profundidad y cincuenta metros de largo. Aparcadas al borde de la zanja, había excavadoras con las palas bajadas, listas para morder los montones de tierra recién desgajada y devolverlos al enorme hoyo.

Eran ejecuciones clandestinas, pero las mujeres y novias de los prisioneros se habían enterado y organizaron una vigilia en la que siguieron a la procesión a cierta distancia. Cuando los faros iluminaron lo que enseguida sería una inmensa fosa común, el horror las dejó sin aliento. El llanto y los lamentos de las mujeres perforaban el silencio de la noche cuando los castristas, sin dejar nunca de burlarse de ellas y abuchearlas, colocaron a sus maridos, hijos y novios mirando al frente en apretada fila a lo largo de la zanja. Llorando, las mujeres rezaron hasta el inexorable momento en que las ametralladoras abrieron fuego y los hombres que amaban cayeron al abismo.

Así comenzaba el reino del terror de Fidel Castro. Poco después, un juez cubano recibió un tiro en la cabeza por indultar a unos pilotos militares que habían luchado contra las fuerzas castristas en su guerra de guerrillas. A continuación, Castro decretó la condena de los pilotos por genocidio. Cuando un juez nuevo dictó sentencia de trabajos forzados y no de muerte, también él acabó muerto de un disparo. El dignatario cubano, en sus propias palabras, es «violento, dado a los ataques de cólera, artero, manipulador y refractario a toda autoridad».

El pueblo cubano enseguida supo el alto precio que pagaría por apoyar la subida de Castro al poder, pero fuera del país prendió la imagen popular de héroe revolucionario. Según un periódico británico, «la juvenil figura del barbudo Castro se ha convertido en símbolo de la repulsa de la brutalidad y la mentira en todo el continente americano. Todo indica que rechazará cualquier régimen personalista y la violencia». En abril de 1959, Castro dio una conferencia en la facultad de Derecho de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts. Había aplicado sus conocimientos legales a suspender el mandato de *habeas corpus* en Cuba, y el *New York Times* había informado de la matanza del 12 de enero; pero, a pesar de todo, calurosos aplausos y vítores interrumpieron una y otra vez su discurso en Harvard.

En aquel mismo viaje a Estados Unidos, el dirigente cubano se había reunido con el vicepresidente Richard Nixon, al que instantáneamente causó buena impresión. De hecho, Nixon escribió en un mensaje secreto de cuatro páginas a Eisenhower: «De lo que no cabe duda es de que tiene todas las indefinibles cualidades de un líder».

John F. Kennedy, por entonces todavía senador de Estados Unidos y a solo unos meses de iniciar su campaña para la presidencia, sabía que Batista era un implacable dictador que había matado a más de veinte mil compatriotas, y no vio con malos ojos la subida de Castro al poder. Además, como a

Hemingway, también a él le gustaba tomarse un daiquiri de vez en cuando.

En 1959, Kennedy y Castro estaban a punto de convertirse en acérrimos rivales, los más célebres del siglo xx: jóvenes, carismáticos e idealistas, y muy queridos por sus incondicionales seguidores, ambos apreciaban un buen puro y tenían una marcada veta de político ganador que acabó aupándolos al gobierno de sus respectivos países. Pero ambos tuvieron un contratiempo en su ascenso al poder: Castro estuvo encarcelado en los primeros días de su revolución, y a Kennedy casi se lo llevan por delante los dolores de espalda y la enfermedad de Addison, una afección de las glándulas suprarrenales potencialmente mortal. Tal vez la semejanza más marcada entre los dos es que tanto Kennedy como Castro eran lo que suele llamarse «machos alfa», muy competitivos e incapaces de aceptar la derrota, tenían que ganar a cualquier precio y en cualquier circunstancia.



El precio de la revolución en Cuba fue muy alto. La sangre corría por las calles de La Habana, y era solo cuestión de tiempo que en Estados Unidos se conociera la verdad. En febrero de 1960, trece meses después de que Castro tomara el poder, un informe de la CIA al Consejo Nacional de Seguridad advertía del «apoyo activo» de la Unión Soviética a Castro, al tiempo que lamentaba la desorganización de las fuerzas anticastristas. La administración Eisenhower puso en marcha discretos planes para derrocar al régimen castrista, autorizando a la CIA el adiestramiento paramilitar de exiliados cubanos en bases secretas de Guatemala.

Castro se convirtió en uno de los temas candentes de la campaña presidencial de 1960. Kennedy vapuleó a la administración de Eisenhower utilizando la situación en Cuba para ilustrar su debilidad frente al comunismo. «En 1952 los republicanos, según su programa electoral, iban a hacer retroceder el Telón de Acero en Europa del Este», advertía Kennedy a la nación. «Hoy el Telón de Acero está a menos de ciento cincuenta kilómetros del litoral de Estados Unidos».

La pregunta sobre la invasión de Cuba, que antes era si llegaría a suceder, pasó a ser cuándo sucedería. En un discurso del 31 de diciembre de 1960, Castro advirtió a Estados Unidos de que cualquier fuerza de desembarco sufriría bajas mucho mayores que las de Normandía. «Si quieren invadirnos y destruir la resistencia, no lo conseguirán [...], porque mientras queden en la isla un solo hombre o una sola mujer honorables, habrá resistencia», tronó. A los pocos días, el 3 de enero de 1961, Castro alimentaba el miedo a la guerra

fría de todos los estadounidenses al anunciar que «Cuba está en su derecho de hacer un llamamiento a la revolución en América Latina».

Cuando John Kennedy se preparaba para jurar el cargo, aproximadamente uno de cada diecinueve cubanos era preso político y Estados Unidos había cortado las relaciones diplomáticas con La Habana. El 10 de enero, el *New York Times* publicó en primera plana una noticia bajo el titular «Estados Unidos ayuda a adiestrar a fuerzas anticastristas en una base militar aeroterrestre de Guatemala», destapando el adiestramiento de comandos en la guerra de guerrillas para un plan de ataque contra Cuba. Castro leyó el artículo del *Times*, y respondió ordenando emplazar minas terrestres en las zonas de invasión potenciales.

En la ciudad de Washington, matar a Fidel Castro es una obsesión de la CIA y de Allen Dulles, que lleva muchos años siendo su director. En el futuro se calculará que se urdieron más de seiscientos planes para asesinarlo, algunos con métodos tan poco ortodoxos como golpes al estilo de la Mafia y puros habanos explosivos. El 11 de marzo, un año después de que Dwight Eisenhower autorizara el adiestramiento de la insurgencia, la CIA presentó oficialmente los planes para el desembarco al presidente Kennedy. La invasión se desarrollaría a la luz del día, y la localización sería una playa cuyo nombre en clave era «Trinidad».

La operación planteó a Kennedy un gran dilema. Por un lado, se había presentado a presidente bajo el estandarte del cambio, prometiendo a la nación una nueva etapa que rompería con la política de guerra fría de Dwight Eisenhower. Por otro lado, había ridiculizado tan a fondo a Eisenhower a propósito de Castro, que sabía que parecería acogotado frente al comunismo si no hacía nada por disuadir al brutal dictador. Otra primera plana del *New York Times*, la del 7 de abril —«Los insurgentes cubanos levantan campamento y se preparan para lanzar su invasión»—, llevó a Kennedy a comentar en privado que Castro no necesitaba espías en Estados Unidos: le bastaba con leer la prensa.

El 12 de abril, el Partido Comunista de Guatemala informó a Moscú de que la guerrilla anticastrista promovida por Estados Unidos iba a lanzar su invasión en cuestión de días. Pero los soviéticos no acababan de creerlo y no pasaron la información a Castro. Aquel mismo día, el presidente Kennedy desmintió cualquier participación inminente de Estados Unidos en una invasión, explicando: «Las fuerzas estadounidenses no intervendrán en Cuba en ninguna circunstancia». Kennedy se guardó de mencionar la financiación,

el adiestramiento y el planeamiento del ataque insurgente: todos ellos de origen estadounidense.

El joven presidente de Estados Unidos ensayaba una hábil maniobra diplomática para afrontar una amenaza muy real sin que el ejército estadounidense llegara a meter baza. Su comentario falseaba la verdad, pero podía leerse claramente entre líneas que la invasión se había convertido en algo personal: ya no era Estados Unidos contra Cuba, sino John F. Kennedy contra Fidel Castro, ambos muy competitivos, disputándose la hegemonía ideológica del hemisferio occidental. En las jornadas siguientes, cada cual tomaría los actos del otro como una afrenta personal. Y ambos seguirían decididos a derrotar al otro a cualquier precio.

En Moscú, otro dictador brutal, Nikita Krushev, que había sembrado de crímenes su ascenso por el escalafón del poder en la Unión Soviética, estaba perplejo: «¿Qué teme un elefante de un ratón?», se preguntaba. El indoblegable desafío de Castro a Estados Unidos mantenía muy alta su popularidad. Krushev sabía que aunque la invasión de Cuba llegara a prosperar, sería muy complicado que el pueblo cubano aceptara como dirigente a un nuevo títere de Estados Unidos: la beneficiaria de la posible guerra de guerrillas que los castristas librarían subsiguientemente contra Estados Unidos sería la Unión Soviética, que podría establecer su presencia militar en el hemisferio occidental al acudir en ayuda del dictador cubano.

La conclusión final de Krushev, desde luego, no tenía mucho que ver con Castro ni con Cuba. Su meta era dominar el mundo: todo lo que distrajera o debilitara a Estados Unidos de la manera que fuera, era bueno para la Unión Soviética.



Varios días antes de la invasión programada, la confianza del presidente Kennedy en el plan de la CIA empezó a resquebrajarse. Las playas de Trinidad se parecían demasiado a la zona del desembarco de Normandía. El presidente quería aparentar que la invasión era idea de los exiliados cubanos, enmascarando la participación estadounidense. Kennedy necesitaba una localización remota, donde los hombres pudieran desembarcar y descargar los suministros y a continuación escabullirse por el campo sin ser vistos.

La respuesta de la CIA fue ofrecer una nueva localización, Bahía de Cochinos. El desembarco tendría lugar durante la noche. A diferencia de las anchas cabezas de playa de Trinidad, e incluso de Normandía, el terreno pantanoso de Bahía de Cochinos es un impenetrable cenagal de kilómetros y

kilómetros, con mal acceso también por carretera.

Sin embargo, aunque el historial de Estados Unidos en invasiones anfibias a gran escala es muy bueno, muy pocas se han desarrollado en la oscuridad de la noche. Dos condiciones son indispensables para el éxito de la misión: en primer lugar, la fuerza invasora tendrá que abandonar la playa de inmediato para hacerse con el control de las carreteras de acceso. La segunda es que los aviones rebeldes han de dominar el cielo destruyendo la fuerza aérea de Castro, y aplastar en tierra a las tropas y tanques castristas que correrán a Bahía de Cochinos. Sin una aviación arrolladora, la misión fracasará.

A Kennedy le gustan mucho las novelas de espías y le fascina el mundo clandestino de los agentes secretos; uno de sus favoritos es James Bond. El sexagenario director de la CIA, el cosmopolita y adinerado Allen Dulles, tiene la misma aura de misterio e intrigas secretas. Dulles aseguró a Kennedy que el plan tendría éxito.

El presidente le creyó al principio. El 14 de abril, a los dos días de ofrecer la rueda de prensa en la que prometió que las fuerzas estadounidenses no intervendrían en Cuba, Kennedy dio la orden oficial de iniciar la operación Zapata: así se denominó a la invasión de Bahía de Cochinos.

El 14 de abril era viernes. Después de lanzar la invasión, el presidente no podía hacer nada salvo esperar. Por eso voló a Glen Ora para estar con Jackie y los niños, donde pasó un angustioso fin de semana esperando noticias de Cuba entre retortijones. Cuando por fin las recibió, casi ninguna era buena.

La invasión comenzó el sábado por la mañana cuando ocho bombarderos B-26 pilotados por exiliados cubanos atacaron tres bases aéreas de su propio país. El plan inicial preveía dieciséis aeronaves, pero Kennedy se arrepintió y ordenó reducir el número a la mitad.

Como resultado, los bombardeos fueron poco efectivos; apenas dañaron a la fuerza aérea cubana. Pero Fidel Castro enfureció y aumentó inmediatamente la presión sobre la administración de Kennedy acusando públicamente a Estados Unidos de haber participado en el ataque.

A partir de entonces, todo fue de mal en peor. El sábado, en teoría, una maniobra de distracción iba a desembarcar a unos ciento sesenta combatientes anticastristas cubanos cerca de la bahía de Guantánamo, pero la operación se canceló por una avería en un buque de importancia crucial. En otro incidente, el ejército cubano detuvo a un pequeño grupo de opositores residentes en la isla con un gran alijo de armas.

Ya el sábado por la tarde el embajador cubano en la ONU denunciaba el ataque de Estados Unidos ante la Asamblea General. Adlai Stevenson, el embajador estadounidense en la ONU, respondió reiterando la promesa de JFK de que las fuerzas estadounidenses no iniciarían una guerra en Cuba.

Mientras todo esto ocurría, John Kennedy se hallaba escondido en su finca en el campo. Hasta ese momento, cada acontecimiento preludiaba la invasión final. Pero la presión ya había hecho mella en Kennedy, que canceló la segunda oleada de bombardeos pese a ser plenamente consciente de que eso podría condenar al fracaso la invasión.

En plena noche del domingo al lunes, las fuerzas de desembarco de mil cuatrocientos exiliados cubanos de la Brigada 2506 enfilaron a toda máquina hacia Bahía de Cochinos a bordo de una flotilla de cargueros y lanchas de desembarco. Sus esperanzas eran grandes; su sueño, recobrar el control de su patria.

Muy pocos de los invasores eran soldados profesionales. Eran cubanos de todos los estratos sociales, adiestrados por militares estadounidenses veteranos de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea: cubanos que llenaron de admiración a esos curtidos veteranos estadounidenses.

Pero cuando desembarcaron, los bravos combatientes no sabían que el presidente había suspendido la segunda oleada de ataques aéreos. Ahora la Brigada 2506 tendría que ganar las cabezas de playa por sus propios medios, una proeza casi imposible.

El lunes por la mañana, al tiempo que los combatientes cubanos se enfrentaban a la primera oleada de defensores castristas, el presidente subía a bordo del *Marine One* y volaba de vuelta a Washington, esperando que aquellos hombres encontraran un modo de conseguir lo imposible.



Aparte de John Kennedy, solo dos hombres tienen permitido entrar en el Despacho Oval por la puerta de la Rosaleda: el vicepresidente Lyndon Johnson y el fiscal general Robert Kennedy. Ese privilegio, junto con el mutuo desprecio que se profesan, es lo único que ambos tienen en común.

El altísimo texano de más de 1,90 metros de estatura es un político profesional autodidacta, antiguo profesor de secundaria cuyo impresionante físico oculta una personalidad vulnerable y a veces insegura. LBJ, como se le conoce, de cincuenta y un años, fue quizá el mejor líder de la mayoría en el Senado y el más poderoso de la historia de Estados Unidos, muy diestro

generando colaboraciones y afianzando la lealtad del resto del partido a fin de conseguir la aprobación de leyes importantes.

Bobby, de poco más de 1,80 metros, habla con el mismo acento que su hermano. Aficionado al deporte y al ejercicio físico, nació en un entorno privilegiado y nunca ha ejercido un cargo electo. LBJ lo sabe y se recrea en el hecho de que, como líder del Senado, está un peldaño por encima del aparato político de Kennedy, inexperto en comparación con él.

Su enemistad data del otoño de 1959, cuando Bobby Kennedy visitó a Johnson en su enorme rancho de Texas. Su hermano lo había enviado allí para calibrar si Johnson pensaba presentarse contra Kennedy en la nominación demócrata de 1960.



Era costumbre de LBJ llevar a los invitados importantes a cazar ciervos en su vasta finca, y la visita de Bobby no fue diferente. Al principio, Bobby y LBJ se llevaron muy bien, y siguió siendo así hasta que Bobby disparó a un ciervo. El retroceso del rifle lo tiró al suelo y se hizo un corte en una ceja. Johnson, agachándose para ayudarlo a levantarse, no pudo reprimir un molesto comentario:

—Hijo —dijo a Bobby—, tienes que aprender a disparar como un hombre.

Nadie se dirige así a Bobby Kennedy: detalles tan nimios como este crean grandes enemistades.

A medida que se acercaban las elecciones de 1960, fue Bobby quien más se opuso a optar por Johnson como vicepresidente. Y también fue él quien visitó a Johnson en su habitación de hotel durante la Convención Demócrata en Los Ángeles para ofrecerle el puesto... aunque no sin antes intentar disuadirle de aceptarlo.

Bahía de Cochinos marcará el momento en que sus respectivas trayectorias toman derroteros radicalmente distintos. La talla política de Bobby se elevará a ojos vistas, y su hermano pronto aludirá a él como «el segundo hombre más poderoso del mundo».

Johnson, que en privado se refiere a Bobby como «ese mocoso hijo de perra», ya lamenta haber dejado el Senado: es su declive. El presidente Kennedy no confía en él y apenas lo soporta. Desprecia tanto a Johnson que llega a decirle a Jackie:

—¿Te imaginas lo que sería del país si Lyndon fuera presidente?

Ser vicepresidente, observó John Nance Garner, el primer vicepresidente de Franklin Delano Roosevelt, es como ser «una escupidera». John Adams describió una vez el desempeño del cargo como «no ser nada». Lyndon Johnson sabe con toda precisión a qué se referían sus predecesores. Ya no tiene circunscripción, ya no tiene influencia política y ya no le queda nada de su antigua autoridad.

Por ejemplo, el vicepresidente no tiene avión propio. Cuando sus obligaciones le exigen viajar, Johnson ha de pedir permiso a algún ayudante de Kennedy para usar un avión presidencial. Aunque técnicamente es el segundo al mando de la nación, las peticiones de Johnson no tienen más peso que las de cualquier otro miembro del Gabinete, y a veces se las deniegan. Cuando es así, el vicepresidente de Estados Unidos se ve obligado a viajar en vuelos comerciales.

Pero el mayor insulto no es que haya perdido tirón político en Washington, sino que ha perdido casi toda su influencia en su estado natal, Texas. Pese a su crucial papel al entregar Texas a Kennedy en las elecciones, el senador Ralph Yarborough ya lleva las riendas de la política en Texas, y el secretario de Marina John Connally tiene previsto presentarse a gobernador. Uno, o los dos, pronto se harán con el poder político en el Estado de la Estrella Solitaria. Johnson es cada vez más prescindible. Si Kennedy elige otro compañero de cartel para su posible segundo mandato, LBJ habrá quedado fuera de la política por completo.

Pero, de momento, conserva el raro privilegio de entrar en el Despacho Oval por la puerta de la Rosaleda. No obstante, cuando Kennedy descuelga el teléfono para pedir ayuda la mañana del 17 de abril, no marca el número de Lyndon Johnson.

Es Bobby Kennedy quien contesta el teléfono. Está en Virginia, adonde ha viajado para dar un discurso.

—No creo que las cosas estén yendo tan bien como podrían —le dice el presidente a su hermano menor—. Vuélvete.

Con toda deliberación John Kennedy ha encomendado a su hermano los asuntos de política interior, prefiriendo a otros asesores para la política exterior. A pesar de su asiduo contacto telefónico, el presidente cree que el nepotismo ha ocupado a su hermano menor, pues fue Joseph Kennedy quien insistió en que JFK lo nombrara fiscal general. Pero ahora, en este momento

de enorme incertidumbre, John Kennedy comprende que su padre tenía razón: aunque Bobby lleve tres meses sin recibir informes de la CIA sobre la operación en Cuba, es el único con el que el presidente puede contar.

Mientras tanto, Lyndon Johnson, a la deriva, se aleja cada vez más del núcleo del poder político.



John Kennedy, de pie en el Despacho Oval, se ve incapaz de parar lo que ha puesto en marcha. Hasta el domingo por la noche, cuando los hombres y adolescentes de la bien adiestrada Brigada 2506 dejaron sus buques de transporte para trepar a las lanchas que los llevarían a la playa, el presidente pudo haber suspendido la invasión.

Dar marcha atrás hubiera requerido un valor extraordinario. Kennedy habría salido malparado ante Allen Dulles, la CIA, sus asesores cercanos y los jefes del Estado Mayor Conjunto.

Sin embargo, lo habían elegido precisamente para tomar decisiones impopulares, llegado el momento. Y su actual negativa a tomar esas duras decisiones amenaza con demoler su administración.

Ha llegado muy lejos desde sus días de joven capitán al mando de la torpedera 109. Pero todavía está aprendiendo, como hubo de hacer Abraham Lincoln, que nadie cuya carrera dependa del uso de la fuerza debería influir en la decisión de recurrir a medidas bélicas.

Sin embargo, no fue la CIA, ni los jefes de Estado Mayor Conjunto, quienes ordenaron la invasión: fue John Kennedy.

Bobby ha regresado de Virginia a toda prisa y ahora entra en el Despacho Oval y encuentra a su hermano mayor sumido en sus pensamientos.

—Prefiero ser tachado de agresor que de inepto —se lamenta JFK. Las noticias que llegan de las playas de desembarco no son buenas: los combatientes exiliados no controlan las carreteras principales ni los demás puntos estratégicos. Los hombres de la Brigada 2506 no pueden salir de la playa, están acorralados por el ejército cubano. La invasión pende de un hilo.

Apesadumbrado, JFK habla abiertamente a Bobby de sus temores. Al conversar con su hermano, el presidente se sabe a salvo de filtraciones e intentos de minar su autoridad. Pero incluso ahora que tiene a Bobby al lado, John Kennedy siente la aplastante soledad de quien ocupa el cargo de presidente de los Estados Unidos. Él ha sido el artífice de este desbarajuste en

Cuba, y él solo ha de hallar un modo de convertir lo que puede llegar a ser un desastre en una impactante victoria.



Pero eso no llega a suceder.

El martes 18 de abril el propio Castro ya está en la playa repeliendo a los invasores en un tanque T-34. Decenas de miles de milicianos cubanos toman posiciones para contener el avance rebelde y ya controlan las tres carreteras principales que comunican Bahía de Cochinos con el interior. Y lo más importante: a consecuencia de la cancelación de la cobertura aérea por Kennedy, la aviación cubana y sus reactores T-33 se han hecho dueños del espacio aéreo.

A mediodía de ese 18 de abril, el asesor de seguridad nacional McGeorge Bundy informa cabizbajo al presidente de que «las fuerzas armadas cubanas son más fuertes, la respuesta popular más tenue, y nuestra posición táctica más débil de lo esperábamos. Los tanques han arrasado una de las cabezas de playa, y la posición es precaria en las demás».

Esa noche, en una reunión en la Casa Blanca pasada la medianoche, un Kennedy de corbata blanca escucha otro informe sobre el fracaso de la invasión. Aquella misma tarde el Congreso le había sacado de una recepción en la Casa Blanca: las obligaciones oficiales le reclaman aun en plena la crisis.

Un mapa del Caribe adorna ahora la Sala del Gabinete Presidencial, y pequeños barcos imantados sobre el tablero señalan la situación de los diversos buques desplegados para apoyar la invasión; entre ellos, el portaaviones *Essex* y sus buques escolta.

—No quiero que Estados Unidos se vea metido en esto —espetea un incrédulo JFK mirando el mapa.

Tomando aliento, el almirante Arleigh Burke, jefe de la Marina de Estados Unidos, le dice la verdad:

—¡Señor presidente, *estamos* metidos!

En un intento desesperado de salvar la invasión, el presidente autoriza de mala gana una hora de cobertura aérea, de seis y media a siete y media de la mañana, aportada por seis reactores del *Essex* sin distintivos. Los reactores se unirán a los bombarderos B-26 de los exiliados cubanos y mantendrán a raya a la aviación castrista. Pero los pilotos de la Marina estadounidense no

atacarán objetivos de tierra ni buscarán activamente el combate aéreo: otra señal más de que JFK se ha acobardado.

Al acabar la reunión de madrugada, el presidente sale a la Rosaleda por la puerta del Despacho Oval. Sintiendo sobre sus hombros el peso del mundo libre y el destino de más de mil hombres, pasea a solas por el húmedo césped durante una hora.

La mañana del 19 de abril llegan más malas noticias: increíblemente, la CIA y el Pentágono no tuvieron en cuenta la diferencia horaria entre Cuba y la base aérea de los cubanos en Nicaragua. Los reactores del portaaviones *Essex* y los bombarderos B-26 procedentes de América Central acudieron a la cita con una hora de diferencia. Los dos grupos de aviones nunca llegaron a encontrarse. El resultado fue que varios B-26 y sus pilotos fueron derribados por la Fuerza Aérea castrista. Pierre Salinger, el secretario de prensa del presidente, sorprende a Kennedy llorando solo en la Residencia de la Casa Blanca después de oír la noticia.

Jackie nunca ha visto a su marido tan disgustado. Solo había visto llorar a JFK en dos ocasiones, y se asusta al oírlo sollozar con la cabeza entre las manos. Bobby pide a la primera dama que se quede, el presidente necesita apoyo. Tan pulcro normalmente, ese día Kennedy ni siquiera repara en su aspecto personal y recibe a un senador en el Despacho Oval despeinado y con la corbata torcida.

Bobby Kennedy sale en defensa de su hermano cuando Lyndon Johnson se queja de que lo han dejado fuera. Bobby recorre de acá para allá la Sala del Gabinete, lanzando de vez en cuando una mirada furibunda al mapa del Caribe y los barcos imantados.

—Hay que hacer algo, hay que hacer algo —no deja de repetir.

Y al ver que los jefes de la CIA y el ejército no responden, se vuelve enfrentándose a ellos y suelta con aspereza:

—Todos ustedes, tan listos como son, han metido en esto al presidente y, si no hacen algo ahora, los rusos tomarán a mi hermano por un gallina y un bocazas.

El presidente pasa el resto del día apesadumbrado; ni siquiera oculta su aflicción a los empleados de la Casa Blanca.

—¿Cómo he podido ser tan tonto? —murmura, interrumpiendo conversaciones que no tienen nada que ver para repetir todo el rato—: ¿Cómo

he podido ser tan tonto?



Para las cinco y media de la tarde del 19 de abril, el ejército cubano controla totalmente Bahía de Cochinos. La invasión ha terminado.

Aparte de los muertos y capturados en tierra, las fuerzas de Castro han hundido cerca de una docena de buques que participaron en la invasión, incluidos los de transporte de víveres y munición, y han derribado nueve bombarderos B-26.

La derrota es una gran humillación para Estados Unidos. Kennedy se ve forzado a dar una rueda de prensa y cargar con toda la culpa.

—Según un dicho muy antiguo, la victoria tiene cientos de padres y la derrota es huérfana. Pero en última instancia —dice—, el presidente responde por el gobierno.

Llegará el día en que JFK, mirando atrás, especule que el despropósito de Bahía de Cochinos pudo haber dado pie a una injerencia del ejército estadounidense en el gobierno de Estados Unidos escudándose en la supuesta ineptitud del presidente.

Pero seis meses después, es al director de la CIA, Allen Dulles, a quien apartan de su cargo. Dulles está muy dolido: el viejo jefe del espionaje y su agencia no olvidarán fácilmente este agravio.



Una semana después del desastre de Bahía de Cochinos, Kennedy convoca a sus asesores, Bobby entre ellos, en la Sala del Gabinete. La asistencia de Bobby a una reunión de política exterior es inusual, y al principio el hermano del presidente se muerde la lengua.

El presidente se recuesta en la silla haciendo chocar suavemente un lápiz contra sus dientes, mientras el subsecretario de Estado Chester Bowles lee una larga declaración que exonera al Departamento de Estado de toda culpa por lo sucedido en Bahía de Cochinos.

JFK ve que Bobby echa humo. Los dos hermanos consideran al quejumbroso Bowles un santurrón y un pelma.

El presidente, después de toda una vida viendo a su hermano en acción, sabe que se acerca un estallido. Además, ha autorizado a Bobby a hablar por él. Sin alterar su gesto inexpresivo, JFK espera a la escucha, haciendo tamborilear su lápiz contra los dientes.

Por fin Bobby Kennedy toma la palabra y, con la mayor brutalidad, escupe a Chester Bowles una retahíla de humillantes reproches.

—Es el mayor despropósito, lo más indigno que he oído nunca. Está usted tan ansioso por salvar el culo que le da miedo hacer nada, lo único que quiere es cargarle el muerto al presidente. Sería preferible que se largara y dejara la política exterior a otros —ruge Bobby, subiendo la voz.

El presidente observa con aire indiferente, se oye el levísimo chasquido del lápiz contra su blanca y perfecta dentadura.

«De pronto vi», escribió más tarde el asesor de Kennedy Richard Goodwin, «que los hirientes improperios de Bobby expresaban las calladas emociones del presidente, que el hermano debía de conocer por conversaciones previas entre ellos. Vi ya entonces la dureza interior, la colérica ira que tantas veces camuflaba el trato siempre educado, afable y contenido del simpático John Kennedy».

Aunque Lyndon Johnson era el vicepresidente, se escribirá un día, Bobby Kennedy no tardaría en convertirse en el segundo del presidente. Pero esto solo ocurriría después del episodio de Bahía de Cochinos, que acerca a los hermanos y altera el modo en que JFK maneja la Casa Blanca. De ahora en adelante, cuando el presidente Kennedy quiera comunicar algo polémico a su Gabinete o sus asesores, recurrirá a Bobby, que hablará por él y soportará todas las críticas y discusiones subsiguientes para que su hermano mayor no salga debilitado nunca.



Increíblemente, el índice de aprobación de Kennedy sube hasta el 83 por ciento tras la invasión, lo que demuestra al presidente que el pueblo americano respalda firmemente su actuación contra Castro. Estados Unidos sigue tramando conjuras clandestinas para deponer al líder cubano, y Castro desafía abiertamente a Kennedy, dando más pábulo a la extendida creencia de que ambos quieren ver al otro muerto.

Mientras tanto, aunque sus índices de aprobación lo conviertan en uno de los presidentes más populares del siglo xx, Kennedy sabe que ha de hacer algo para restituir el prestigio de Estados Unidos en la comunidad internacional. En una entrevista con James Reston, del *New York Times*, Kennedy soslaya la situación cubana para en cambio admitir con toda franqueza que «tenemos un problema de credibilidad y Vietnam parece el sitio adecuado para demostrar nuestro poder».

Vietnam.

Casi totalmente inadvertido por Estados Unidos hasta la fecha, el pequeño país asiático sufre las consecuencias de su propia rebelión comunista. En mayo de 1961, el presidente Kennedy pasa a considerarlo vital para la seguridad de Estados Unidos y confía al vicepresidente Lyndon Johnson la misión de recabar información, enviándolo de viaje allí, más lejos que nunca del Despacho Oval.

Las razones radican tanto en la seguridad nacional como en que el presidente sabe los estragos que la falta de poder está causando en el vicepresidente.

—Ya no aguanto más las caras largas de Johnson —confía a un senador—. Entra en la sala, se sienta muy hosco en las reuniones del Gabinete. Nunca dice nada, parece siempre abatido.

La sugerencia del senador George Smathers de Florida, buen amigo de Kennedy, de mandar a Johnson a un viaje alrededor del mundo complace enormemente a JFK, que la califica de «una idea genial».

Para resaltar la importancia del viaje, se concede al vicepresidente el uso de un avión presidencial.



Si JFK hubiera cancelado la invasión de Bahía de Cochinos, más de ciento diez hombres no habrían muerto y más de mil doscientos exiliados combatientes no habrían sido encerrados en las brutales cárceles castristas. Bahía de Cochinos no solo puso de manifiesto fallas en la gestión de Kennedy de la política exterior; además, erosionó el poder que le habían dado los votantes —aunque ellos todavía no lo supieran—. A Kennedy le faltó decisión en un momento en que tendría que haber actuado sin vacilaciones. Dejó que lo enredaran, nunca se sabrá a ciencia cierta por qué; pero lo que sí se sabe es que Kennedy fracasó en la primera prueba de fuego de su administración.

Durante aquellos angustiosos días de abril de 1961, los hermanos Kennedy aprendieron una lección imborrable: están solos. Sus asesores no cuentan. Para restaurar el poderío de Estados Unidos, los hermanos tendrán que derrotar a sus enemigos: a los exteriores y también, ante todo, a los que viven en la ciudad de Washington.



Mientras, el Departamento de Estado de Estados Unidos en la Unión

Soviética ha decidido devolver a Lee Harvey Oswald su pasaporte americano y permitirle regresar al país. Pero aunque Oswald está deseando dejar la Unión Soviética, ya no es el nómada soltero y sin compromiso que desertó casi dos años antes, y pospone su partida para que Marina y el bebé que esperan puedan viajar con él.

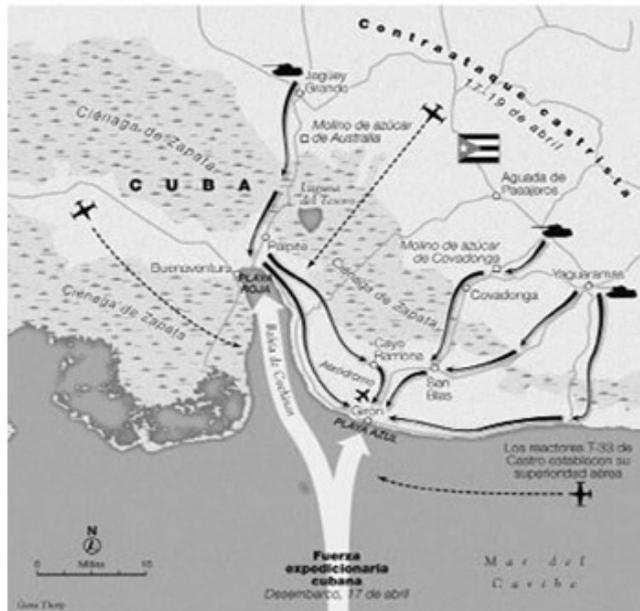
También tarda en contarle a Marina que se van a ir.

Al final, le da la noticia.

«Mi mujer está un poco asustada», anota Oswald en su diario el 1 de junio, después de decirle por fin que van a salir de la Unión Soviética, lo más probable que para siempre, «pero me anima a hacer lo que deseo».

Marina está a punto de dejar atrás todo lo que le es familiar a cambio de una vida incierta con un hombre al que apenas conoce. Pero acepta esta dura realidad porque ya sabe una gran obviedad sobre Lee Harvey Oswald: siempre hace lo que quiere, sin importar los obstáculos que se interpongan en su camino.

Siempre.



Bahía de Cochinos
15-19 de abril, 1961



La relación del presidente Kennedy y de su hermano, el fiscal general Robert F. Kennedy, con el vicepresidente Lyndon B. Johnson fue tensa. (Abbie Rowe, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

4

14 DE FEBRERO DE 1962

WASHINGTON, D. C.

20.00

La primera dama recorre en solitario un pasillo, avanzando directamente hacia la cámara de televisión colgada a dos metros de altura con el logotipo del ojo de la CBS. El vivo rojo del vestido y el lápiz de labios resalta sus labios llenos y su cardado castaño rojizo. Como las imágenes se transmiten en blanco y negro, el detalle del color escapa a los cuarenta y seis millones de estadounidenses que sintonizan los canales de televisión NBC y CBS para ver su visita guiada de la Casa Blanca. Es el gran momento de Jackie, su aparición estelar ante toda la nación y la ocasión de dar a conocer el trabajo que está dedicando a la renovación de su amada «Maison Blanche».

Jackie hace como si la cámara no estuviera ahí. De la misma forma se conduce en la vida: finge no enterarse y mantiene una educada distancia con todos, salvo con los pocos en quienes confía. A pesar de su aparente desapego, Jackie no es ni mucho menos ajena a las circunstancias que la rodean: ella misma ha escrito y editado el guion del programa, cubriendo los márgenes con pequeñas notas en las que ha apuntado la historia de algún mueble y los nombres de los acaudalados donantes. No solo está al corriente de en la fase de renovación de todas y cada una de las cincuenta y cinco habitaciones de la Casa Blanca y sus dieciséis cuartos de baño; además, se sabe la historia completa de este edificio de ciento setenta años de antigüedad.

Pero, por didáctico que sea el programa, la primera dama no parece una pedante sabelotodo. Es más, ni siquiera le gusta que le llamen «primera dama»: le suena a caballo de carreras. Esta capacidad de reírse de sí misma confiere a Jackie el rarísimo don de parecer tímida y vulnerable, pero nunca distante, incluso cuando más se le nota su acento de la alta sociedad. Muchos de sus compatriotas varones la encuentran atractiva, y muchas

estadounidenses ven en ella un accesible modelo a seguir. Durante el primer año de presidencia de su marido, la imagen cercana de Jackie Kennedy le ha granjeado el cariño de los Estados Unidos y del mundo.

El presidente Kennedy bromeó con ello en París durante su visita de Estado a Francia para reunirse con el presidente Charles de Gaulle. Era junio de 1961; desde el episodio de Bahía de Cochinos solo habían transcurrido seis semanas, y la imagen de JFK había bajado mucho en la estima de los líderes europeos. Pero no así la imagen de Jackie: cuando el *Air Force One* tocó tierra en el aeropuerto de Orly, la prensa europea la aclamó como la encarnación del *glamour*, el aplomo y la belleza. El presidente no pudo evitar fijarse en la cantidad de *flashes* que saltaban al paso de su mujer. Al dirigirse a un nutrido grupo de mandatarios en el palacio de Chaillot, JFK abrió sus comentarios describiendo muy bien y con gran seriedad su condición a ojos de París y del mundo:

—No creo en absoluto innecesario presentarme ante esta audiencia —dijo con cara de circunstancias—. Soy el hombre que acompaña a Jacqueline Kennedy a París; y está siendo un placer.



Después de su paseo ante la cámara de la CBS, la primera dama inicia su programa especial de televisión con una anécdota sobre la Casa Blanca. Los telespectadores oyen su apocada voz mientras la pantalla se llena de dibujos y fotografías. El dramatismo de sus palabras subraya su vínculo emocional con el edificio. Elogia la adición del ala oeste realizada por Theodore Roosevelt, que trasladó las oficinas del presidente y su personal, antes encajonadas en la Residencia de la planta superior de la Casa Blanca, a un espacio mucho más amplio y formal.

Ecós de tragedia resuenan en su voz cuando explica que la Casa Blanca tuvo que ser demolida en 1948. El suelo del estudio del presidente Truman había empezado a vibrar y estaba a punto de derrumbarse. Una inspección reveló que el edificio entero se hallaba en el mismo estado por no haberse reformado ni rehabilitado durante décadas.

—Todo el interior se vació, solo quedaron en pie las fachadas —relata Jackie con voz entrecortada mientras por la pantalla pasan rápidamente imágenes de gigantescas excavadoras arrancando los históricos suelos y techos originales—. Habría sido más fácil y económico demoler todo el edificio; pero la Casa Blanca es un símbolo tan importante para los estadounidenses que se conservaron las fachadas.

La primera dama pone fin a su monólogo recordándonos que se ha volcado en el estudio de todas las reformas, pasadas y presentes:

—Todo el interior de la casa del presidente se reconstruyó pieza a pieza. Las fachadas quedaron exactamente como los estadounidenses llevaban viéndolas durante todo el siglo anterior, salvo el balcón del pórtico meridional, que añadió el presidente Truman.

Estas palabras del guion son una tímida pulla. En 1947, a Truman le llovieron las críticas por el balcón añadido; llegó a decirse que había profanado la arquitectura de la Casa Blanca. Al principio, la renovación de Jackie inquietaba al presidente Kennedy; temía que su mujer acabara siendo blanco de críticas tan lacerantes como las dirigidas a Truman. Pero la primera dama no cedió ante su marido como tantas otras veces, sino que se plantó: «Esto no va a ser el balcón de Truman», insistió, asegurándole que su labor causaría muy buena impresión. Centrándose en la decoración interior, culminaría la obra iniciada por las excavadoras allá por 1948. Su objetivo es, ni más ni menos, que la Casa Blanca deje de ser el enorme hogar de un burócrata para convertirse en un palacio presidencial.

A Mamie Eisenhower le gustaba referirse a la Casa Blanca y sus objetos como si fueran propiedad personal suya: «mi casa» y «mis alfombras». Además, sentía verdadera pasión por el rosa. Los gustos de Jackie no concuerdan con los de su precursora, y ha quitado de en medio todos los muebles y alfombras baratos de Mamie, así como el rosa de las paredes.

Tal y como los estadounidenses están a punto de ver en sus pantallas, la Casa Blanca es ahora la casa de Jacqueline Bouvier Kennedy.

Una vez más, la primera dama se coloca ante la cámara y lleva a los espectadores a un recorrido por su nuevo hogar, seguida ahora por el presentador de la CBS Charles Collingwood. El toque personal de Jackie es evidente en todas partes, desde las tapicerías diseñadas por ella misma, hasta la nueva guía que ha autorizado a fin de recaudar fondos para la reforma (de la que se han vendido trescientos cincuenta mil ejemplares en solo seis meses). Se ha deshecho de curiosidades como las fuentes acuáticas, que daban a la Casa Blanca el aspecto de un bloque de oficinas más que el de un edificio perteneciente al patrimonio nacional.

La primera dama, tras un minucioso registro de los almacenes de la Galería Nacional de Arte, ha desempolvado tesoros surtidos: varios cuadros de Cézanne, las tazas de Teddy Roosevelt y la cubertería francesa de oro de

James Monroe. El nuevo escritorio del presidente Kennedy fue otro hallazgo de Jackie. *Resolute*, como se llama el mueble, se talló con madera procedente de un malogrado buque británico y fue un regalo de la reina Victoria al presidente Rutherford B. Hayes en 1880. Jackie lo encontró en la sala de prensa de la Casa Blanca, pudriéndose bajo una pila de aparatos electrónicos que ya nadie usaba. Enseguida fue reubicado en el Despacho Oval.

Solo quienes llevan largo tiempo trabajando en la Casa Blanca conocen tan bien como Jackie los secretos del edificio. Pero, pese a sus vastos conocimientos, existen otras muchas cosas de las que *no quiere* saber nada.

Encabezan esa lista los nombres de las mujeres con las que su marido se acuesta. Son muchas. Está Judith Campbell, la conexión clandestina de Kennedy con Sam Giancana, el capo de la Mafia de Chicago, quejumbrosa porque JFK es menos cariñoso desde que es presidente. Y la divorciada de veintisiete años Helen Chavchavadze, a quien JFK lleva viendo desde antes de la investidura. Están las chicas que le consigue Dave Powers. Y entre las amantes del presidente hay incluso amigas y ayudantes de Jackie. Jackie tiene por costumbre marcharse a Glen Ora, la finca de la pareja en Virginia, casi todos los jueves. Allí pasa el fin de semana montando a caballo y no regresa hasta el lunes. El presidente tiene pleno uso de la Casa Blanca mientras ella está fuera, de ahí que la lista de sus consortes crezca cada día.

Jackie Kennedy no es tonta. Sabe de los líos de faldas de JFK desde que estaba en el Senado. Aunque le duelen mucho, pasa por alto las indiscreciones del presidente por varias razones, entre ellas guardar las apariencias y conservar el prestigio que conlleva ser la primera dama. Pero ante todo, lo hace porque ama a su marido y cree que él también la ama.

A la primera dama le fascina la aristocracia europea, y sabe que entre los europeos poderosos es muy común, acaso hasta natural, tener aventuras. Su querido padre, John «Black Jack» Bouvier, tuvo muchos traspiés. Su suegro, Joseph Kennedy, es tristemente famoso por sus devaneos. La primera dama no ve ninguna razón para creer que el presidente de los Estados Unidos, el hombre más poderoso del mundo, vaya a ser distinto. Además, es una tradición familiar.

—Todos los Kennedy son así —le comentó una vez a Joan, la mujer del hermano menor de JFK, Teddy—. No puedes dejar que te afecte, no hay que tomárselo muy a pecho.

Una vez, al cruzar la oficina de Evelyn Lincoln con un reportero francés,

Jackie echó una mirada furtiva a la ayudante de Lincoln, Priscilla Wear, sentada en un lateral del pequeño despacho, y pasando del inglés al francés, informó al periodista de que «es la chica que al parecer se acuesta ahora con mi marido».

Pero pese a su aparente resignación, en el fondo Jackie se lo toma muy a pecho. A veces sus amigas intuyen la callada tristeza de su vida conyugal. Hasta los agentes del servicio secreto, que aprecian y respetan a la primera dama, perciben su dolor.

Sin embargo, por más que sufra, la primera dama siempre es práctica. Jamás se olvida de informar a Kenny O'Donnell de las horas precisas en que piensa irse y regresar de cualquier viaje fuera de la Casa Blanca, solo por evitarse sorprender al presidente en flagrante delito con otra mujer.

La primera dama ha pensado en buscarse un amante. Sale mucho a cenar con Robert McNamara, el secretario de Defensa. Los dos coquetean y leen poesía. Y, cuando está en Nueva York, Jackie visita en su apartamento a Adlai Stevenson, el embajador de Estados Unidos ante la ONU; siempre se besan al verse, y salen juntos al *ballet* y a la ópera.

Por estos hombres siente curiosidad, y sabe que corre el rumor de que ha tenido una aventura con el actor William Holden. Pero el amor que ella desea es el de su marido. Hasta hace poco, sus relaciones sexuales no eran muy espectaculares. Apenas había preliminares: el presidente, que buscaba tantas aventuras sexuales, hacía el amor a Jackie como si fuera una obligación. Ella se preguntaba la razón de su necesidad de acostarse con otras mujeres, y empezó a cuestionarse si no sería *ella* el problema. A pesar de la adoración de millones de hombres de todo el mundo, alguna explicación tenía que haber para la indiferencia de su propio marido a sus encantos sexuales.

Entonces, en la primavera de 1961, Jackie se torció el tobillo jugando al fútbol americano en Hickory Hill, la casa de Bobby en Virginia, y Bobby le pidió al vecino, el doctor Frank Finnerty, que atendiera la lesión. Finnerty, cardiólogo de treinta y siete años que enseñaba Medicina en la Universidad de Georgetown, era además muy guapo y amable. Jackie pensó que sabía escuchar. Una semana después se había curado el tobillo, pero preguntó a Finnerty si podrían verse alguna vez para hablar. Sorprendido, Finnerty aceptó encantado.

El sexo estaba sin duda en la mente de Jackie cuando hizo esta proposición, pero no el sexo con el doctor Finnerty. En el curso de varias

conversaciones, refirió a Finnerty el nombre de las mujeres con las que su marido había estado, y le confesó lo mal que las aventuras de JFK le hacían sentirse consigo misma. El concepto del matrimonio Kennedy, en palabras de Jackie, era «una relación entre un hombre y una mujer, en la que el hombre es el jefe y la mujer la esposa: es decir, una mujer que admira al hombre». Ese concepto se extendía al dormitorio, donde el placer del hombre era el fin supremo. Ella se preguntaba por qué el presidente hacía el amor tan rápido y pensando solo en su propio placer. Todo giraba en torno a él, ella se sentía arrinconada.

—Va a toda velocidad y después se queda dormido —se quejaba.

Al doctor Finnerty se le ocurrió una solución. Redactó el diálogo de una posible conversación en la que Jackie sugeriría al presidente cómo podrían tener relaciones sexuales más satisfactorias para ambos. Finnerty la preparó para hablar con naturalidad y describir con precisión lo que quería, y también para averiguar cómo podría ella aumentar el placer del presidente.

Pertrechada así de nuevas fuerzas aunque nerviosa, Jackie abordó el asunto cenando una noche con JFK. El presidente escuchaba atónito: su mujer, habitualmente tímida e inhibida sexualmente, estaba hablando con toda propiedad de lo que quería de él en la cama. Cuando le preguntó cómo era que estaba tan informada de repente, Jackie mintió y dijo haberlo consultado con un sacerdote, un ginecólogo y varios libros muy instructivos.

El presidente se quedó admirado. «Nunca pensó que ella fuera a tomarse tantas molestias por disfrutar del sexo», recordaría más tarde Finnerty.

Después, Jackie contó al doctor que el sexo con JFK había mejorado, y que todos los temores que tenía sobre sí misma habían desaparecido para siempre.

No es que el presidente haya dejado de acostarse con todas; pero ahora Jackie sabe al menos que sale contento del lecho conyugal.



—Gracias, señor presidente —dice el reportero Charles Collingwood para concluir—. Y gracias, señora Kennedy, por enseñarnos la maravillosa casa donde vive y las maravillas que está introduciendo en su decoración.

John Kennedy se ha unido a su esposa ante la cámara durante los últimos minutos del programa especial para explicar la importancia del trabajo emprendido por Jackie y lo mucho que significa la Casa Blanca, símbolo de

Estados Unidos. Sin decir nada, la primera dama dirige una cálida sonrisa directamente a la cámara. Jackie parece totalmente imperturbable cuando el programa llega a su fin: cada cabello en su sitio, las perlas perfectamente alineadas en todas las vueltas de su collar.

Pero las apariencias engañan. En realidad, el recorrido por la Casa Blanca se grabó hace un mes, y la emisión de una hora llevó siete horas de rodaje. Muy nerviosa, Jackie fumaba un L&M tras otro cada vez que las cámaras dejaban de grabar, y al terminar, se relajó alisándose el pelo cardado.

También se bebió un *whisky* escocés doble.



El recorrido de Jackie por la Casa Blanca es uno de los programas más vistos de la historia de la televisión. Con él, la primera dama llega incluso a ganar un premio Emmy especial. El país está ahora completamente embelesado: Jacqueline Kennedy es una superestrella.

Mientras, prosigue la renovación de la Casa Blanca. Entre las últimas entradas en la lista de artículos pendientes están las cortinas grises del Despacho Oval, que no se cambiarán hasta finales de noviembre de 1963.

5

24 DE MARZO DE 1962

PALM SPRINGS, CALIFORNIA

19.00

John F. Kennedy, cansado pero al acecho, está en el patio de una casa de estilo colonial en la turística Palm Springs. Esta finca de media hectárea pertenece a una leyenda viva del espectáculo, Bing Crosby. Pero Crosby no está esta noche: ha cedido su confortable casa a JFK y su círculo para el fin de semana. Kennedy mira la concurrida fiesta, el jardín abarrotado de gente que se esparce alrededor de la piscina en la cálida noche de primavera. Las risas y el chapoteo del agua salpican el aire nocturno. Las pedregosas montañas al fondo se alzan sobre la piscina y la casa como un imponente decorado de desierto.

Ayer Kennedy dio un vibrante discurso ante ocho mil personas en la Universidad de California, en Berkeley. Habló de democracia y libertad, temas muy candentes durante toda la guerra fría. Luego voló en el *Air Force One* hasta la base aérea de Vandenberg, más al sur, donde presenció por primera vez el lanzamiento de un misil. El alargado y blanco Atlas despegó sin incidentes, demostrando que Estados Unidos acertaba distancias y se afianzaba en la carrera espacial. Y la misma semana, los soviéticos habían firmado un acuerdo para compartir datos de investigación espacial con los estadounidenses, sus rivales en la guerra fría.

Palm Springs y la apartada casa de Crosby son el escondrijo ideal para el fin de semana tras el frenético viaje a la Costa Oeste. Ese mismo día JFK había dedicado un rato a asuntos oficiales reuniéndose con Dwight Eisenhower para hablar de política exterior; ahora por fin puede relajarse con un puro y un par de daiquiris.

Pero el presidente no está del todo relajado. Sabe que ha ofendido a Frank Sinatra, buen amigo y seguidor de siempre, al cancelar el fin de semana en su

casa y elegir la de Crosby, que para colmo es republicano... Pero decide dejar el simbolismo de la situación para otro momento: esta noche solo quiere divertirse.

Divertirse mucho.

Si fuera un sábado cualquiera, Jackie y los niños estarían pasando el fin de semana en la finca de Glen Ora. Pero la primera dama, como sabe el mundo entero por la amplia cobertura informativa que ha recibido su viaje, va camino del otro lado del globo en visita oficial a India y Pakistán. El eco que tuvo su programa especial de televisión corroboró un hecho del que su marido es consciente desde hace mucho: Jacqueline Bouvier Kennedy es el mayor activo político de John Fitzgerald Kennedy, que ya está pensando en cómo reforzar la popularidad de su mujer para la campaña de reelección de 1964.

Y aunque sabe que sería estúpido destrozarse su matrimonio (y su carrera política) por pasar un par de noches con otra mujer a la vista de todos, hay momentos en que un impulso autodestructivo parece dominar al pragmático Kennedy.

Como ahora.

Entre los invitados que han acudido a la casa de Bing Crosby está la mujer más bella y llamativa de Hollywood, y quizá la más frágil. Después de casi dos años detrás de Marilyn Monroe, JFK está casi seguro de que esta noche puede conseguirla.



Dando otra calada al puro, el presidente de los Estados Unidos entra en el dormitorio. Su esposa está a trece mil kilómetros. Esta noche es libre de hacer todo lo que quiera. Todo. Y es absolutamente imposible que su mujer le sorprenda.



—¡Mi mujer ha montado en elefante por primera y última vez! —había exclamado el día anterior ante el público multitudinario que llenaba hasta la bandera las gradas del estadio de la Universidad de California. Su espontaneidad fue acogida con calurosos aplausos, vítores y risas.

Así es como JFK habla de su Jackie a los estadounidenses: como si les dejara oír a escondidas una conversación íntima. La gente siente gran curiosidad por los detalles más nimios de la vida privada de la pareja. La aguda intuición política del presidente le dice, aunque nunca lo admita en voz alta, que los Kennedy no son solo la pareja más en boga de Estados Unidos:

son la pareja más en boga del planeta. Su amor y su elegancia inspiran a los amantes de todos los rincones del mundo.

Y es verdad: los Kennedy *se aman*. JFK es un padre y marido devoto que adora a su familia. Deja jugar a Caroline y a John en el Despacho Oval mientras él trabaja, y la bañera presidencial suele estar llena de patitos de goma y cerditos rosados, porque sabe lo mucho que le gustan al pequeño John. Todas las mañanas antes de bajar al despacho, entra en el dormitorio de Jackie unos minutos; y le encanta que su esposa haga lo mismo cada tarde cuando le despierta de su siesta y se cuentan los avatares del día mientras él se viste.

La única queja que tiene el presidente de su esposa es la absoluta indiferencia de Jackie por la economía doméstica: ella gasta más en ropa de lo que el país le paga a él por estar al frente de los Estados Unidos (el patrimonio de JFK supera los diez millones de dólares, y él dona su sueldo presidencial de cien mil dólares a instituciones filantrópicas como los Boy Scouts y el Fondo Universitario Unido para Estudiantes Negros).

Pero una infausta sombra se cierne sobre el matrimonio Kennedy, por lo demás dichoso: todos los días sin excepción, el voraz apetito sexual del presidente genera obvias complicaciones de las que él no parece darse cuenta.

A la primera dama le sería imposible seguir su ritmo: dedicada a la crianza de sus hijos y a la reforma de la Casa Blanca, se las ve y se las desea para cumplir además con su ajetreada agenda social. Haría falta una Jackie sobrehumana para satisfacer los impulsos sexuales de su marido. Y, además, él no se contentaría con una sola mujer. El ingente tropel de prostitutas, damas de alta alcurnia, *vedettes* y azafatas que llegan a la Casa Blanca cada vez que Jackie se ausenta con los niños supera la capacidad moral y física de la mayoría de los varones. Ese tropel ha adquirido tal volumen que el servicio secreto ya ni se molesta en comprobar el nombre y la nacionalidad de todas las mujeres que Dave Powers procura al presidente.

Más de un agente federal considera la situación peligrosa. La cantidad de mujeres con acceso al presidente sin duda vulnera todas las normas de seguridad, y podría acabar derribando la presidencia por el chantaje; llegó incluso a especularse con el posible asesinato del presidente con una inyección hipodérmica. El número de mujeres de JFK es tema de conversación entre los hombres de su escolta del servicio secreto; pero la labor de estos hombres es protegerlo, no sermonearlo. Por eso hacen la vista

gorda, y a veces hasta encubren su conducta. Son agentes que están casados con el puesto, y sus horas extraordinarias para la Casa Blanca —de cincuenta a ochenta al mes— suman unos mil dólares a su sueldo anual. Sería una tontería renunciar a ellos solo por impartir una lección de moral.

El equipo de prensa de la Casa Blanca también mira para otro lado. La vida privada del presidente no es asunto suyo, ni tampoco de la opinión pública. Los reporteros de la Casa Blanca saben que el presidente exige total lealtad y les denegará el acceso si no puede contar con ella. Ni una sola palabra sobre sospechas de infidelidad aparece jamás en la prensa escrita ni en la televisión. Hasta Ben Bradlee, directivo de la revista *Newsweek* en Washington y amigo íntimo del presidente, negará siempre haber sabido nada de los escauceos de JFK... y eso que el presidente se está acostando con su cuñada.

A veces el objeto de deseo de Kennedy trabaja en la propia Casa Blanca, como sucede con Pamela Turnure, secretaria de Jackie, y con Priscilla Wear, la ayudante de Evelyn Lincoln. Eso facilita el cortejo del presidente desde el punto de vista logístico y de seguridad, pero acarrea sus propios y singulares problemas.

Por ejemplo, el presidente es muy aficionado a darse un baño de vez en cuando a primera hora de la tarde con alguna de las dos secretarias de veintitantos años Priscilla Wear y Jill Cowen —apodadas «Fiddle» y «Faddle»^[3] por los agentes del servicio secreto—. Siempre hay un escolta apostado en la puerta para impedir que entre nadie.

Pero un día la primera dama se presentó en la piscina para darse un baño, algo que no había ocurrido nunca. El agente, presa de pánico, trataba de explicar a Jackie mientras le bloqueaba el paso que no se le permitía usar la piscina de la Casa Blanca, la casa que ella estaba reformando con tanto esmero.

Dentro de la piscina, JFK se puso el albornoz a toda prisa al oír el revuelo y huyó justo a tiempo. Los agentes recordarían más tarde que las húmedas pisadas —grandes y pequeñas: las suyas y las de su acompañante, la bañista femenina— dejaron un rastro muy nítido que la enfadada Jackie no vio al irse por donde había venido.



Mientras el presidente dedica parte de su mente a planear la mejor manera de enfrentarse a Fidel Castro, Nikita Kruschev y Charles de Gaulle, otra parte la

dedica a planear cómo conseguir todo el sexo que le apetezca sin que Jackie le sorprenda. Y cuanto más cómodo se siente en la Casa Blanca, más escandalosas se hacen sus aventuras.

«La cosa llegó a un punto en que decíamos: “¿Alguna otra novedad?”», recordaba más tarde un escolta del servicio de secreto de Kennedy. «Había mujeres por todas partes. Muy a menudo, dependiendo del turno, o lo veías subir con una de ellas por la tarde o bajar por la mañana; a esa hora el personal de limpieza pasaba la aspiradora, y también los ujieres andaban por allí. Varias de esas mujeres iban habitualmente, pero nunca si estaba Jackie».

Cuando Kennedy pasa varios días sin sexo extraconyugal, le cambia el carácter; hasta tal punto es así, que el servicio secreto suspira de alivio cada vez que Jackie se marcha con los niños para el fin de semana. «Cuando ella se quedaba, no había diversión», admitiría más tarde un agente destinado durante mucho tiempo en la Casa Blanca. «Y al presidente le daban jaquecas. Parecía verdaderamente desfallecido si no había echado un polvo, como un gallo al que hubieran enchufado agua con una manguera».

El sexo es el talón de Aquiles de John Kennedy. ¿Por qué le hace esto a Jackie? ¿Y qué está haciéndole también a la nación?



Pocas semanas después de que Bobby Kennedy fuera nombrado fiscal general, J. Edgar Hoover, el maquiavélico jefe de la Oficina Federal de Investigación [FBI: Federal Bureau of Investigation], le remitió un expediente especial que contenía pruebas de las correrías extraconyugales del presidente. Tal vez la prensa mirara para otro lado, pero el FBI, por su lado, había seguido las conquistas de Kennedy desde finales de la década de 1940, porque por entonces se citaba con una presunta espía de la Alemania nazi. Ese expediente es la idea de Hoover de un buen trabajo de seguridad. Quiere que todo el mundo sepa que nadie podrá subestimar nunca al FBI y que nada ilegal sucede en ningún momento en Estados Unidos sin su conocimiento. En aras de la seguridad nacional, ni siquiera el presidente de los Estados Unidos se libra de la mirada escrutadora del FBI.

A principios de 1962, cuando se está organizando la visita del presidente Kennedy a Palm Springs, una investigación del crimen organizado realizada por el Departamento de Justicia revela que el cantante Frank Sinatra está muy relacionado con la Mafia. Esto compromete a los Kennedy, pues los estadounidenses saben que Sinatra no solo apoya al presidente, sino que ambos son muy amigos. Y, por si fuera poco, el cuñado del fiscal general y

del presidente de los Estados Unidos, el actor de cine Peter Lawford, casado con la hermana de ambos, Patricia, forma parte del famoso *Rat Pack* de Sinatra.

Pocas semanas antes del viaje a Palm Springs, el asunto se torna más espinoso con un flamante expediente que Hoover acaba de entregar a Bobby. Según este nuevo archivo, el presidente de los Estados Unidos se está acostando con una novia de Sam Giancana, que además de ser uno de los mafiosos más execrables del país, ocupa el primer puesto de la lista de capos de la Mafia a los que Bobby Kennedy quiere meter entre rejas. La mujer, Judith Campbell, es calificada por Hoover de alto riesgo para la seguridad. Aunque Patricia Kennedy Lawford no lo sabe, su marido debe su pertenencia al *Rat Pack* al patrimonio de los Kennedy. Sinatra llevaba tiempo rondando el trono del poder. Cuando se dio cuenta de que los Kennedy iban camino de convertirse en la familia más poderosa de Estados Unidos, aceptó a Lawford en su círculo íntimo. Además, fue Patricia Kennedy Lawford quien financió el guion de la película *Hagan juego*, dando por sentado que su marido la coprotagonizaría junto a Sinatra; en cambio, el papel se lo llevó Dean Martin. Sinatra trata a Peter Lawford como a un parásito e intuye que Patricia Kennedy Lawford, como la mayoría de la gente ajena a la efervescente burbuja de Hollywood, hará casi cualquier cosa por gozar del esplendor que refleja la cercanía de famosas estrellas de cine.

Y Sinatra tiene razón. Pese a los numerosos desaires, los Lawford siguen deseosos de estar «en la onda» del *Rat Pack*.

De ahí que la persona que comunica a JFK el ofrecimiento de Sinatra de su casa de Palm Springs para cuando vaya a la ciudad no sea otra que Patricia Kennedy Lawford.

Después de leer el expediente de Hoover sobre Sinatra, Bobby Kennedy le pide a su hermano que se aloje en otro sitio en Palm Springs. A Bobby no le importa que esta ofensa pueda romper la antigua armonía política con Sinatra, quien además de trabajar duro en la campaña de Kennedy en 1960, hizo horas extra organizando la fiesta posterior a su investidura.

La verdad es que Bobby no tiene elección: Sinatra mantiene reiterados contactos con diez nombres propios del crimen organizado. Los informes del FBI no solo enumeran los días y las horas en que el cantante ha telefoneado a los capos de la Mafia desde su casa, sino que también ponen al descubierto las llamadas de los mafiosos a su domicilio. «Por la índole de su profesión,

Sinatra puede entrar en contacto alguna vez con una figura del hampa», reza el informe. «Pero eso no explica su amistad ni sus relaciones financieras con gente como Joe y Rocco Fischetti, primos de Al Capone, y Paul Emilio D'Amato, John Formosa, Sam Giancana... todos ellos en la lista de facinerosos».

Desde finales de la década de 1940, el FBI acumula en sus archivos expedientes sobre Sinatra que detallan sus vinculaciones con otros gánsteres famosos, como Lucky Luciano y Mickey Cohen. Ya en febrero de 1947 se supo de unas vacaciones de Sinatra con Luciano y sus guardaespaldas en La Habana, donde el trío se había dejado ver «en las carreras, en el casino y en fiestas privadas». Si esto resultaba tan extraordinario era porque Luciano había salido recientemente de prisión en libertad condicional y lo habían deportado a Sicilia. Aparecer en La Habana a la vista de todos era su forma de hacer un corte de mangas a las autoridades policiales y judiciales estadounidenses.

La lista de presuntas vinculaciones es interminable. Pero la verdadera sorpresa de Bobby con Sinatra no son las conexiones del cantante con la Mafia, sino que el FBI tenga pruebas que relacionan la Casa Blanca de Kennedy con el crimen organizado a través del cantante. De hecho, Hoover tiene en su poder años de expedientes que documentan la estrecha relación entre Sinatra, los Kennedy e importantes capos como Giancana; el zafiro que este luce en el meñique fue un regalo precisamente de Frank Sinatra. Los fragmentos más incriminatorios del informe señalan que Giancana es un visitante asiduo en la casa de Sinatra en Palm Springs. También fueron rastreadas varias llamadas de una amiga de Giancana, Judith Campbell, a la secretaria del presidente Evelyn Lincoln, llamadas que asocian claramente la Casa Blanca de Kennedy con el crimen organizado.



Frank Sinatra y John Kennedy han compartido muchas risas, muchas copas y, según el FBI, alguna que otra mujer. En otra investigación de febrero de 1960, el FBI siguió los pasos a JFK hasta el hotel Sands de Las Vegas donde se alojó en compañía del *Rat Pack*: «De la habitación del senador entraban y salían cabareteras de toda la ciudad». Sinatra y el *Rat Pack* cantaron el himno nacional que abrió la Convención Nacional Demócrata de 1960 en Los Ángeles. Sinatra ha estado en la finca de la familia Kennedy en Hyannis Port, y una vez sorprendió a los invitados con un concierto improvisado al piano de la sala de estar. Llegó a cambiar la letra de su éxito de 1959 «High Hopes»

para convertirlo en el himno de la campaña de Kennedy.

También se recogen rumores de que los Kennedy usaron la influencia de la Mafia para ganar votos en las elecciones de 1960.

El expediente es solo una advertencia: Hoover está comunicando a Bobby que la conexión entre los Kennedy y el crimen organizado puede hacerse pública en cualquier momento. Y el único que puede detenerlo es Hoover.

Pese a su amistad de tantos años con Sinatra, JFK, después de escuchar a Bobby, corta por lo sano su relación con el cantante: en un instante han terminado. Sinatra es ahora un cebo que podría entramparlo y hundirlo, y Kennedy no sacrificará la presidencia por ningún amigo. El adjetivo *implacable* tal vez suela aplicarse a Bobby, pero a veces el presidente puede mostrar la misma sangre fría.



Bobby telefona a Peter Lawford para darle la noticia de que el presidente no se alojará en casa de Frank Sinatra. Lawford, que debe a Sinatra su carrera en el cine, teme al cantante y no quiere ser él quien lo llame para cancelar el fin de semana presidencial.

Por eso el propio JFK se pone al teléfono con Lawford:

—Soy el presidente, no puedo quedarme en casa de Sinatra y dormir en la misma cama en la que tal vez hayan dormido Sam Giancana o cualquier otro gánster.

A continuación, Kennedy pide a su cuñado dos favores. El primero, que le busque otro sitio para citarse con Monroe durante su fin de semana en Palm Springs. El segundo, que levante los ánimos y le dé la noticia a Frank.

A Peter Lawford no le queda más remedio que hacer las llamadas. Chris Dumphy, un republicano de Florida, le pone en contacto con Bing Crosby; queda así resuelto el primer favor. El donjuanismo del presidente es un secreto a voces. Crosby, que no está en la ciudad, tiene sus sospechas de lo que seguramente pasará en su casa, pero le da igual: el tiempo que lleva en Hollywood es más que suficiente para saber que las infidelidades son un hecho de la vida tan cotidiano como que cada día amanece.

Darle la noticia a Sinatra no resulta tan sencillo.

El cantante de cuarenta y seis años lleva meses esperando esta visita. Ha adquirido más terreno junto a su parcela para construir chalés donde alojar al servicio secreto. La nueva línea telefónica es especial, lo último en

tecnología. Una placa de oro adorna la pared del dormitorio asignado al presidente, recordando para siempre la noche en que «John F. Kennedy durmió aquí». En la casa principal, que ocupa el cantante, hay fotos de JFK colgadas por todas partes. A la entrada hace instalar un mástil para que el estandarte presidencial ondee sobre el recinto. Y lo más importante: ha mandado construir una plataforma de cemento para que aterrice el helicóptero del presidente. Sinatra está emocionado con la visita. De hecho, está tan emocionado que ni siquiera le molesta que JFK vaya a citarse con una antigua novia suya, Marilyn Monroe.

Lo cierto es que a los Kennedy les sonroja un poco que Sinatra vea su casa como la Casa Blanca de la Costa Oeste. No es que rechacen a Sinatra — aunque es verdad que Jackie no lo soporta —, pero el clan Kennedy prefiere mantener las distancias con el ostentoso cantante.

Por fin, Lawford le da la noticia por teléfono. Sinatra escucha, pero solo hasta el instante en que comprende que lo están expulsando del círculo de amigos del presidente; entonces cuelga el auricular y tira el teléfono al suelo.

—¿Quieres saber dónde va a alojarse? —grita el cantante a su criado—. En casa de Bing Crosby. Ni más ni menos. ¡Que encima es republicano!

Sinatra nunca olvidará este desplante. Después de dedicar a Bobby Kennedy todos los insultos que conoce, devuelve la llamada a Lawford; esta vez para desterrarlo *él* de su propio círculo. Desencajado de ira, corre por la casa arrancando las fotos de Kennedy de las paredes, y al ver un mazo, lo coge y sale para destruir *él* solo la plataforma de aterrizaje de cemento.



John Kennedy observa desde una puerta lateral a la gente que entra y sale de la casa de Bing Crosby. Agentes del servicio secreto vigilan el perímetro del jardín, ocultos en las sombras de las palmeras y arbustos que rodean el recinto. Marilyn Monroe ya está con el presidente. La intimidad que traslucen los gestos de ambos no deja lugar a dudas: esta noche dormirán juntos.

Monroe ha estado bebiendo. Mucho. O eso parece.

La estrella de cine de treinta y cinco años no es tonta, aunque a menudo haga ese papel tanto en la pantalla como en la vida.

—Pensaba que eras tonta —le dicen al personaje que interpreta en *Con faldas y a lo loco*.

—Puedo ser inteligente si es importante —responde—, pero a los

hombres no suele gustarles.

Esta respuesta se incluyó en el guion a sugerencia de la propia actriz. Norma Jean Baker, después de pasar buena parte de su juventud en familias de acogida, empezó a trabajar de modelo en la adolescencia, y en 1946 consiguió un contrato para rodar una película; fue entonces cuando se puso el nombre de Marilyn Monroe, tiñó su pelo castaño y empezó a cultivar el personaje de «rubia tonta» que acabó siendo su tarjeta de presentación. En su paso por el cine, su interpretación fue destacable en películas como *La tentación vive arriba*, *Cómo casarse con un millonario* y *Ellos las prefieren rubias*. Casada y divorciada tres veces, se dice que abusa del alcohol y los fármacos, que están minando su carrera; pero sigue siendo sensual, vivaz y despierta cuando está sobria y su verdadera inteligencia se revela.

Kennedy conoció a Monroe en una cena en la década de 1950. Su relación se estrechó el 15 de julio de 1960, la noche del discurso de candidatura a la presidencia de JFK por el Partido Demócrata. Aquella noche estuvieron coqueteando —para desaliento del personal de Kennedy, que inmediatamente temió que llegaran a sorprenderlos juntos durante la campaña—. Patricia Kennedy Lawford llegó al extremo de llevarse a Marilyn a un aparte para disuadirla de intentar acostarse con su hermano.

Pero habían pasado casi dos años, e irónicamente, si Marilyn y JFK volvieron a coincidir fue precisamente gracias a Patricia, que los invitó a una fiesta en su casa de Nueva York a finales de febrero de 1962. Marilyn llegó tarde, como siempre; había bebido jerez. Su vestido de cuentas y lentejuelas era muy pequeño. «Era el vestido más ajustado que jamás le he visto puesto a una mujer», recordaba después el legendario representante del espectáculo Milt Ebbins sobre los preparativos de Marilyn para esa cena; en concreto, recordaba haberle ayudado a enfundarse el vestido. «No le bajaba de las caderas, era demasiado estrecho. Y claro, como era típico en Marilyn, tampoco llevaba nada debajo. Y allí me vi, de rodillas ante ella... tirando del vestido con todas mis fuerzas para tapar su poderoso culo».

Al final Ebbins consiguió bajarle el vestido, y JFK empezó a perseguir a Monroe nada más verla, mientras ella se contoneaba en la fiesta. Un fotógrafo quiso hacerles una foto, pero el presidente le volvió la espalda rápidamente para que no los fotografiaran juntos; por si acaso, el servicio secreto requisó el coche.

Antes de acabar la fiesta, JFK había invitado personalmente a Marilyn a

reunirse con él en Palm Springs el 24 de marzo; para cerrar el acuerdo, le confió que «Jackie no estará».



Ahora Marilyn Monroe acude con un vestido suelto a la fiesta en la casa de Crosby; está «tranquila y relajada», en opinión de un asistente.

Al presidente, extasiado por su rapidez mental y su forma de pensar, le encantaría añadir a su lista de conquistas un símbolo sexual tan famoso. Además, es cariñosa: cuando Kennedy se queja de su dolor de espalda crónico, Monroe telefonea a su amigo Ralph Roberts, que además de actor es un masajista versado en problemas de espalda. Al pasarle al presidente al teléfono, Roberts no sabe que está hablando con John Fitzgerald Kennedy, pero sí piensa enseguida que la voz suena justo igual. Roberts le ofrece un rápido diagnóstico y cuelga a los pocos minutos, pensando para sí que Marilyn está metiéndose en líos otra vez.

En cierto modo, ella no puede evitarlo; es su forma de ser. Ha estado casada con dos hombres muy famosos e influyentes: el jugador de béisbol Joe DiMaggio y el dramaturgo Arthur Miller; pero JFK los eclipsa totalmente. «Marilyn Monroe es un soldado», le dice después a su terapeuta, hablando de sí misma en tercera persona. «Su comandante en jefe es el hombre más importante y poderoso del mundo. El primer deber de un soldado es obedecer al comandante en jefe. Él te dice: “Haz esto”, y tú lo haces». También el fiscal general le ha llamado la atención: «Es como en la Marina, el presidente es el capitán y Bobby el segundo de a bordo», le dirá al terapeuta. «Bobby haría cualquier cosa por su país, y yo también. Nunca dejaré mal al presidente. Mientras tenga memoria, tengo a John Fitzgerald Kennedy».

Pero a pesar de su belleza y su pasión, Marilyn Monroe es una mercancía con tara. Sus tres matrimonios no resultan aceptables en la sociedad de los católicos Kennedy, como tampoco su aventura con Sinatra. JFK sabe que rompió el anterior matrimonio de Arthur Miller para casarse con el dramaturgo. Más ominosa es su sospecha de que Monroe se imagina viviendo en la Casa Blanca en un futuro próximo. Alarmado, llega incluso a decirle que no tiene «madera de primera dama».

No, Marilyn no iba a sustituir a Jackie, pensara lo que pensara la estrella del cine durante las dos noches que pasa con el presidente en Palm Springs. Marilyn le regala un encendedor Ronson Adonis cromado para que recuerde sus momentos especiales juntos, aunque sin duda el presidente no olvidará lo bien que lo ha pasado con el mayor símbolo sexual del mundo.



Si la relación de Kennedy y Monroe llegara a hacerse pública, sería un bombazo. La persistente pregunta de los agentes del servicio secreto asignados a Kennedy y de la piña de sus amigotes de la «Mafia irlandesa», la pregunta que todos ellos no dejan de hacerse, es por qué el presidente insiste en correr tanto riesgo. Algunos lo achacan al legado de los viejos tiempos de la familia Kennedy en Irlanda, cuando el jefe del clan tenía toda la libertad para acostarse con las mujeres que le viniera en gana fuera del matrimonio: justo lo que siempre había hecho Joseph Kennedy, el padre del presidente, hasta el derrame cerebral que había sufrido recientemente.

Además, hay quien cree que las desgracias de la vida personal de John Kennedy —el fallecimiento de su hermano y de un hijo recién nacido, y sus propios encontronazos con la muerte— le han hecho adoptar una actitud fatalista. El sexo es su forma de aprovechar el momento y vivir la vida al máximo.

Y luego están sus dolores crónicos. Aunque John Kennedy parezca saludable, sufre molestias nerviosas del sistema digestivo, lumbago y la enfermedad de Addison. Su actividad física se limita a caminar, navegar y a los ocasionales nueve hoyos de golf. Apenas puede montar a caballo. Y ya no juega tanto como antes al fútbol americano en los legendarios partidos de la familia Kennedy.

El sexo es la forma de liberación de energía física preferida del presidente. Adicto a la adrenalina, necesita excitarse; y le excita lo prohibido. Haciendo una metáfora de la caza, le dijo a un amigo de la familia: «La persecución es más divertida que la captura».

—Feliz cumpleaños, presidente.

Dos meses después del fin de semana en Palm Springs, Marilyn Monroe, ante el deslumbrado público que abarrotaba el Madison Square Garden de Nueva York, canta la tradicional canción de cumpleaños con la mayor procacidad. Su ceñidísimo vestido deja poco a la imaginación, tanto por delante como por detrás, y su voz jadeante inspira miles de preguntas. Marilyn, todavía dolida por la cortante apreciación de JFK cuando le dijo que no tiene madera de primera dama, intenta desesperadamente reavivar el romance de las noches de Palm Springs.

—Feliz cumpleaños —ronronea al micrófono.

Es el 19 de mayo de 1962, diez días antes del verdadero cumpleaños de

JFK. Una vez más, Jackie no se encuentra entre los asistentes, pero está al corriente de todo lo concerniente a Marilyn. Presintiendo certeramente que su marido se está aprovechando de la fragilidad de una mujer que es presa fácil para un hombre tan poderoso, se siente más asqueada que herida.

Al subir al atril del Madison Square Garden, el presidente evita el contacto con Marilyn, que parece achispada. Pero sí le dedica una mirada lobuna que un periodista recordará después como «un espectáculo digno de contemplar, y si alguna vez he visto admiración por la belleza femenina en los ojos de un hombre, sin duda esos ojos eran los de John F. Kennedy en ese momento».

Marilyn Monroe se ha obsesionado tanto con JFK que le llama constantemente a la Casa Blanca, pero su canción susurrada al micrófono cae en oídos sordos. El presidente ya no quiere saber nada y aleja de sí a Marilyn, como había hecho con Frank Sinatra.

Igual que Sinatra, Marilyn se ha convertido en una trampa que podría enredar fácilmente a Kennedy y echar abajo su presidencia. Y aquí vuelve el lado pragmático de JFK, que ahora desbanca a su libido. Está dispuesto a correr grandes riesgos personales por satisfacer sus necesidades sexuales, pero su permanencia en el poder no se la juega. Es mejor tener a Monroe, a Sinatra y a la Mafia como enemigos a los que mirar a una prudente distancia, que como amigos que podrían hundirle.

En el atril, ante los acólitos del partido de la ciudad de Nueva York, el presidente adopta el casto semblante de un monaguillo:

—Después de haber oído un «Feliz cumpleaños» tan dulce y sincero, ya puedo retirarme de la política —dice al micrófono.

La ironía de su comentario deja ver que está por encima de los devaneos sexuales. Pero JFK no renuncia a sus líos extraconyugales: acaba de iniciar otra de sus relaciones continuadas con una joven de diecinueve años, a quien ha desflorado en la cama de Jackie.



La presidencia es un trabajo ciclópeo y solitario. Momentos como la fiesta del Madison Square Garden son un agradable respiro entre tanta presión. Agradecido, JFK disfruta de su cumpleaños, que además se celebra en mitad de un mitin de campaña con el que el Partido Demócrata ha recabado más de un millón de dólares.

El presidente no sabe que solo celebrará su cumpleaños una vez más.



Lejos, en la ciudad soviética de Minsk, Lee Harvey Oswald por fin ha solucionado la maraña de papeleo que hasta ahora le impedía volver a casa.

El plan es coger el tren a Moscú con Marina y la pequeña June Lee, su bebé de cinco semanas, para ir a buscar sus documentos de viaje a la embajada americana.

El 18 de mayo Oswald deja su trabajo en la fábrica de componentes electrónicos Gorizont (Horizonte). Pocos lamentan su marcha; el director de planta tiene a Oswald por indolente, susceptible y falto de iniciativa. Hasta Marina cree que su nuevo marido es un gandul, y sabe que recibir órdenes le agravia.

Los Oswald llegan a Moscú el 24 de mayo de 1962. Ese mismo día Scott Carpenter, piloto de pruebas de la Marina de los Estados Unidos, se convierte en el segundo astronauta estadounidense en completar un viaje orbital alrededor de la tierra. El presidente Kennedy se apresura a elogiar el coraje y talento de Carpenter, a pesar de lo ocupado que está en ese momento forcejeando con el Congreso por conseguir una Sanidad accesible a toda la nación.

El 1 de junio los Oswald cogen un tren de Moscú a Holanda, y Lee Harvey lleva en el bolsillo un pagaré de la embajada de Estados Unidos por 435,71 dólares en concepto de ayuda para iniciar su nueva vida en Estados Unidos. El 2 de junio, cuando el secretario de Marina John Connally gana en la última ronda y pasa a ser el candidato demócrata a gobernador de Texas, el tren de los Oswald cruza la frontera soviética por Brest. Dos días después, embarcan en el *SS Maasdam* rumbo a Estados Unidos, pasando casi toda la travesía bajo cubierta: Oswald no quiere que vean a su mujer en público, le avergüenzan los vestidos baratos de Marina. En el pequeño camarote, se pasa el tiempo escribiendo invectivas sobre su creciente decepción con el poder político.

El *Maasdam* atraca en Hoboken, Nueva Jersey —ciudad natal de Frank Sinatra—, el 13 de junio de 1962. Los Oswald cruzan la aduana sin incidentes y se instalan en una habitación del hotel Times Square en la ciudad de Nueva York. Piensan quedarse hasta que puedan permitirse volar a Texas, donde vive el hermano de Oswald, Robert. Allí Oswald podrá asentarse y encontrar trabajo al fin.

A la mañana siguiente, en el remoto Vietnam, helicópteros estadounidenses transportan a soldados survietnamitas en un ataque a un bastión comunista. Esta maniobra obliga al presidente Kennedy a retractarse públicamente de su anterior postura sobre la intervención directa de Estados Unidos en el Sudeste asiático: ahora considera vital esta guerra para contener la expansión mundial del comunismo.

Entretanto, gracias a un préstamo de su hermano, Lee Harvey Oswald y su familia vuelan a Dallas. La ciudad hierve de ira y el clima imperante en ella recuerda a Oswald su perpetua infelicidad personal. El profundo Sur había virado hacia el presidente Kennedy en las elecciones; pero todavía hay espacio para la ira militante. Son varias las razones para esa ira: el hecho de que Kennedy sea el primer presidente católico, su deseo de alcanzar la igualdad racial y las tendencias comunistas que parte de la población percibe en él.

Este es el ambiente al que llega la familia Oswald. Aterrizan en el Love Field, uno de los aeropuertos de Dallas: el mismo en el que el *Air Force One* tomará tierra con el presidente y la primera dama a bordo solo diecisiete meses después.

A Oswald le irrita mucho que su regreso a Estados Unidos no haya atraído gran atención de la prensa; en realidad, no ha atraído ninguna atención. Descompuesto de rabia al no ver a periodistas en ninguna parte, no tiene la menor idea de que le siguen los pasos secretamente... desde instancias muy poderosas.



La primera dama en un paseo en barca por el lago Pichola, en Rajastán, durante su visita oficial a la India y Pakistán en 1962. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



Los niños Kennedy jugaban muchas veces en el Despacho Oval mientras el presidente atendía sus obligaciones oficiales. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



Durante una época, el presidente Kennedy fue muy amigo de Frank Sinatra, fotografiado aquí junto a él en California. (AFP/Getty Images)



«Feliz cumpleaños, señor presidente», entonó Marilyn Monroe para JFK en su fiesta de cumpleaños de 1962. (Getty Images)



Marina y Lee Harvey Oswald con la hija de ambos, June Lee, en 1962. (Getty Images)

6

23 DE AGOSTO DE 1962

WASHINGTON, D. C. / BEIRUT, LÍBANO

MEDIODÍA

JFK es impotente.

O eso cree Nikita Krushev, el mandatario de la Unión Soviética. Por supuesto, no piensa que sea físicamente impotente, sino un dirigente que no tiene nada que hacer en el duro escenario global de la *realpolitik*.

Desde el incidente en Bahía de Cochinos, Krushev observa a Kennedy buscando en él los signos de debilidad e irresolución que definieron el manejo de la crisis por parte del presidente de los Estados Unidos. Krushev, de sesenta y ocho años, que llegó al poder tras una brutal batalla política para suceder a Joseph Stalin, sabe evaluar los puntos fuertes y débiles de un contrincante. En Kennedy no ve un adversario digno. El próximo mes de septiembre se cumplirá su décimo aniversario en el poder, y Krushev piensa festejarlo proclamando la hegemonía soviética en el mundo. Si de paso puede humillar al presidente estadounidense, mucho mejor.

Los rusos, como suele llamarse a los soviéticos, han hecho gala de su dominio del espacio exterior poniendo en órbita no una, sino dos naves espaciales al mismo tiempo. Una vez más, los cosmonautas que las pilotan exhibirán el dominio tecnológico soviético comunicándose mediante un novedoso dispositivo, el radioteléfono.

Por otro lado, Krushev y su Politburó se saltan a la torera el veto internacional a las pruebas nucleares haciendo explotar en el Ártico armas nucleares de 40 megatones solo una semana después.

También están levantando un muro de casi ciento cuarenta kilómetros de largo que atraviesa el corazón de Berlín, en Alemania. El muro separa el sector de la ciudad bajo control soviético del resto, controlado por los aliados

occidentales. La barrera de separación no es para que nadie entre, sino para que ningún ciudadano de la Alemania comunista salga del Este huyendo hacia la libertad de la Alemania occidental. Las consecuencias son atroces. El 23 de agosto de 1962 unos guardias fronterizos de Alemania del Este disparan a un policía ferroviario de diecinueve años que intenta cruzar al otro lado por un boquete en el muro, todavía inacabado. Cuando el joven cae derribado, no hacen nada por ayudarlo, limitándose a mirar cómo reptaba por el suelo intentando salvar los últimos metros hasta la libertad antes de morir.

Lo mismo había sucedido la semana anterior, cuando dispararon a otro joven que también intentaba escapar de la Alemania del Este. Los guardias de la patrulla fronteriza miraron igualmente cómo el chico alemán se desangraba poco a poco y moría una hora después; tenían prohibido acudir en su ayuda. En Berlín Oeste estallaron disturbios en protesta por la conducta soviética: una conducta por la que jamás se ha pedido perdón todavía.

Mientras todo esto sucedía, el presidente Kennedy se ha abstenido de lanzar ninguna amenaza pública; ni siquiera ha criticado la atrocidad de los soviéticos. No necesita hacerlo para contar con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo americano: es el presidente más popular de la historia moderna de Estados Unidos, con un índice de aprobación del 70,1 por ciento —casi seis puntos más que Eisenhower, y la friolera de 25 puntos más que Harry Truman—. Sin embargo, la opinión pública no perdonará otro error como el de Bahía de Cochinos, por lo que JFK pisa con pies de plomo los campos de minas de la política internacional.



Lyndon Johnson, sin embargo, no anda con pies de plomo en las relaciones exteriores. En este preciso momento, el vicepresidente —al que el servicio secreto ha dado el nombre en clave de «Volunteer» [Voluntario]— saluda a la multitud con la mano desde el asiento del copiloto de un descapotable en la capital del Líbano. Beirut, el «París de Oriente Medio», le adora: los arcenes de la carretera por la que lo llevan al hotel Phoenicia están atestados.

En todos los rincones del planeta, el vicepresidente se mezcla con la gente y reparte bolígrafos y mecheros con sus iniciales, soltando peroratas a quien quiera escucharlo. Ya sea un leproso de Dakar o un andrajoso mendigo de Karachi, a todos estrecha la mano con igual entusiasmo diciéndoles que el sueño americano no es una quimera y que hasta en la miseria más absoluta hay esperanza.

Y lo mejor de todo es que hasta se lo cree: el propio Johnson creció en la

pobreza y conoce de primera mano los estragos del abandono y la indigencia. En muchos aspectos, el vicepresidente se siente mucho más cercano al populacho arremolinado en los arcenes que a los acaudalados diplomáticos que lo reciben.

Johnson es enorme, una colosal dinamo con grandes bolsas como perros salchicha bajo los ojos y cercos de sudor empapando sus camisas bajo los brazos. De vuelta en Washington, vaga deprimido de un lado a otro lamentándose de que ha perdido poder. Pero cuando viaja fuera del país, es una estrella del *rock*. Sus desvaríos en el extranjero están creando leyenda, sobre todo su frecuente impulso de detener las caravanas para saltar de la limusina descapotable y darse un baño de multitudes.

Beirut no es diferente; es la primera escala de un viaje de diecinueve días con paradas programadas también en Irán, Grecia, Turquía, Chipre e Italia. El Líbano solo iba a ser un alto para que el 707 repostara, pero cuando Johnson se entera de que es el político estadounidense de más alto rango que visita el país de los cedros, no puede contenerse: la parada técnica se convierte súbitamente en visita oficial, y el vicepresidente enseguida es trasladado desde el aeropuerto al corazón de Beirut.

El convoy reduce la velocidad, y en ese momento Johnson, al divisar un corro de niños en un puesto de melones del arcén, ordena al conductor que pare. Quitándose rápidamente las gafas de sol para mirarles a los ojos, desde su gran altura adoctrina a los asustados críos sobre la fuerza del sueño americano. Los chavales parecen perplejos. A uno con una gorra de «Champion Spark Plugs» le dice que Estados Unidos sostiene «la libertad y la integridad» del Líbano.

Johnson tiene una voz estentórea y mueve mucho los brazos al hablar. Los agentes del servicio secreto corren a rodearlo, molestos de nuevo por la poca atención que presta a la seguridad. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, el alto Johnson vuelve a su sitio y, de pie en el asiento del copiloto, saluda con ambas manos a la multitud cuando la limusina reanuda su trayecto al centro de Beirut.

Lyndon Johnson es quisquilloso cuando viaja. Además de la limusina, se lleva cajas de *whisky* escocés Cutty Sark y un rociador especial de ducha, su preferido, del que sale un chorro de agua con las gotas afiladas como agujas. En los hoteles exige un colchón de 2,15 metros de largo para acomodar su corpachón. Pero tampoco es que duerma tanto: mucho después de que su

personal se haya retirado, él sigue ocupado devolviendo llamadas a Washington y leyendo cables diplomáticos.

Johnson discutía al principio con JFK porque este lo utilizaba de embajador itinerante, pero ahora disfruta de esta faceta de su trabajo. En Washington, su sed de autoridad ha llevado a muchos en la Casa Blanca a apodarlo «Seward», por el secretario de Estado de Abraham Lincoln William H. Seward, siempre ávido de poder. Pero cuando está de viaje, Johnson tiene verdadero poder: aunque habla en nombre del presidente, la mitad de las veces cambia el mensaje para expresar su propia opinión. Esos momentos le encantan.

Ambos Kennedy, John y Bobby, están molestos con Johnson, sobre todo porque habla sin pararse a pensar en lo que dice. Para asombro de todos, en un viaje a Asia elogia a Ngo Dinh Diem, el presidente de Vietnam del Sur —torturador y matarife de una cifra estimada de cincuenta mil supuestos comunistas—, llamándolo «el Winston Churchill de Asia». Esta declaración suscita ciertas dudas sobre si el vicepresidente no habrá perdido la cabeza.

En Tailandia da una rueda de prensa en pijama a las tres de la madrugada. En ese mismo viaje, le advierten de que dar palmadas en la cabeza se considera un insulto en la cultura tailandesa; con lo cual, sin pensárselo dos veces, se monta en un autobús local para restregar con sus manazas las cabezas de los pasajeros.

En Saigón monta un número aún mejor cuando de pronto, en mitad de una rueda de prensa que ofrece en su tórrida habitación de hotel, se quita la ropa, se seca el sudor del cuerpo con una toalla y se pone otro traje... todo ello mientras contesta las preguntas de los medios de comunicación.

Pero no hay razones para quitarse la ropa en Beirut. El hotel Phoenicia está a solo dos manzanas del azul Mediterráneo y una fresca brisa marina templada el calor de agosto. Este viaje tal vez sea uno de los más largos que ha emprendido nunca, pero Johnson saborea cada minuto, porque durante todos y cada uno de los diecinueve días que va a pasar fuera de Estados Unidos será el hombre más poderoso y respetado allá donde vaya.



En esas mismas fechas, en casa, Bobby Kennedy está enzarzado en una lucha totalmente distinta por el poder, cuya mejor ilustración es un suceso ocurrido siete años atrás.

Misisipi, 1955. Emmett Louis «Bobo» Till, un chico afroamericano de

catorce años, viaja a Money, la ciudad del delta del Misisipi, para ver a unos familiares. Till es de Chicago y ha ido al profundo Sur para ver con sus ojos el lugar donde creció su madre. La polio que sufrió de niño le dejó una secuela: a veces tartamudea. Pero, aunque solo mide 1,60 metros, parece más maduro y muchas veces lo toman por un adulto, aunque una mirada de cerca a la tersa piel de su cara revela que sigue siendo un crío.

La madre de Emmett le ha advertido de la gran diferencia entre Chicago y Misisipi, y no se refiere al número de horas de sol. Solo una semana antes del viaje de Emmett al Sur, un negro fue derribado de un disparo a la puerta de unos juzgados no lejos de Money. Poco después, sus asesinos serían absueltos.

Emmett asegura a su madre que es consciente del clima racial del Sur y le promete tener cuidado. Lo sucedido después desmentirá esta promesa.

El adolescente llega a la modesta casa de dos dormitorios de Moses Wright, su tío abuelo de sesenta y cuatro años, el 21 de agosto de 1955. Tres días después, un miércoles, sale con varios primos adolescentes en dirección a la carnicería y tienda de comestibles de Bryant, un pequeño negocio familiar cuya principal clientela son los agricultores de la zona. Son las siete y media de la tarde. El dueño, Roy Bryant, que tiene veinticuatro años y sirvió en el ejército, ahora está en Texas, transportando camarones de Nueva Orleans a San Antonio. Su mujer Carolyn, de veintiún años, menuda, morena y de ojos oscuros, despacha en la tienda.

Emmett es uno de los ocho jóvenes negros que se bajan de un Ford de 1946 frente a la tienda para unirse a otro grupo de muchachos negros que juegan a las damas en una mesa del porche. Tienen entre trece y diecinueve años. Emmett, a cientos de kilómetros de casa y haciendo todo lo posible por encajar, se saca de la cartera la foto de una chica blanca y se la muestra al grupo asegurándoles que es una conquista sexual.

Los adolescentes, que ahora suman casi veinte entre chicos y chicas, no se lo creen. La mezcla de razas es algo inaudito en Misisipi, donde los servicios públicos, las fuentes de agua potable y los restaurantes están segregados. Nadie soñaría siquiera con dar la mano a un blanco, salvo que el blanco ofrezca la suya primero. Los negros bajan la mirada al hablar con un blanco, mostrándose siempre respetuosos y llamándolo «señor» o «señora» o «señorita», jamás por su nombre de pila. Por eso cuando Emmett Till dice que no solo habló con una chica blanca, sino que además le quitó la ropa y se

acostó con ella. Su afirmación es recibida con un monumental escepticismo.

Y por eso le retan exigiéndole que, para demostrarlo, entre en la tienda y le diga alguna cosa a Carolyn Bryant. Presintiendo el peligro, Emmett intenta recular. Pero solo consigue provocar al grupo, que ahora le llama gallina, y al final cede. Empujando la puerta de tela metálica, Emmett entra en la tienda. Una vez dentro, se acerca al mostrador de las golosinas y le pide a Carolyn dos centavos de chicle. Cuando ella se lo da, Emmett pone su mano sobre la de ella y le pide una cita. Carolyn es una mujer casada y madre de dos pequeños.

Allá en Chicago, la ciudad de Emmett, que un hombre toque la mano de una mujer no es gran cosa. Pero en el profundo Sur el contacto directo de la piel está prohibido entre blancos y negros. Al pagar en la tienda de un blanco, el negro pone el dinero en el mostrador, nunca en la mano del vendedor; el blanco hace lo mismo al darle la vuelta. Y ya no es solo que Emmett toque a una mujer blanca: es que encima le ha pedido una cita y ella está casada.

Atónita, Carolyn aparta su mano. Emmett vuelve a alargar la suya, esta vez para rodearle la cintura.

—No me tengas miedo, nena —le dice para tranquilizarla—. He estado con más chicas blancas.

Enojada, ella lo aparta de un empujón y Emmett sale de la tienda. Pero detrás de él también sale la mujer, que corre furiosa a su coche para coger el revólver de su marido; se está haciendo tarde y ahora teme por su seguridad.

Pero Emmett Till no tiene intención de hacerle ningún daño. Cuando siente que va a tartamudear, como ahora, su costumbre es sustituir las palabras por silbidos; y por eso se pone a silbarle. Carolyn Bryant se queda estupefacta de nuevo, igual que los chavales negros que presencian la escena. «Sabido que todo aquello traería problemas», reza el informe oficial del FBI, «se marcharon de allí llevándose a Till apresuradamente».

Cuando Roy Bryant regresa a su casa y se entera de lo sucedido, inicia en el acto su propia instrucción penal: a las dos y media de la madrugada del 28 de agosto, aporrea la puerta de la casa de Moses Wright, el tío abuelo de Emmett. Va acompañado de su amigo J. W. «Big» Milam.

El corpulento y extrovertido Big Milam, oriundo de Misisipi y doce años mayor que Roy Bryant, había dejado la escuela al terminar la educación básica y luchó contra los alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Ambos

llevan un Colt del calibre 45: Bryant un revólver y Milam una pistola automática. Los dos obligan a Moses a llevarlos «al negro que llevaba la voz cantante».

Asustado, Moses conduce a los dos hombres a una alcoba en la parte de atrás de la casa, donde Emmett y tres de sus primos comparten cama. Big Milam dirige una linterna al rostro del muchacho.

—¿Eres el negro que llevaba la voz cantante?

—Sí.

—A mí no me respondas «sí» a secas, que te arranco la cabeza. Vístete.

Moses y su mujer suplican a los dos hombres que recapaciten, incluso les ofrecen dinero para que dejen correr el asunto, pero Roy y Big no les escuchan. Sacando a Emmett de la casa, lo meten en la camioneta abierta de Big y salen a la carretera en la oscuridad de la noche.

Su plan es llevarse al joven Emmett a un barranco sobre el río Tallahatchie, donde lo golpearán con sus armas y lo asustarán haciéndole creer que van a despeñarlo. Pero Big se pierde en la oscuridad. Después de tres horas al volante de la camioneta, vuelve a su casa, donde tiene un cobertizo dividido en dos cuartos en el patio trasero. Meten al chico allí dentro y entre los dos le destrozan la cara a culatazos. Pero Emmett no se acobarda.

—¡Cabrones! —les grita.

Tiene el rostro lleno de moratones, pero no sangra, y los desafía:

—¡No me dais miedo, valgo tanto como vosotros!

Big Milam monta en cólera.

—No soy un matón —explicará después a la revista *Look*—. Nunca en la vida he hecho daño a un negro. Los negros me gustan... en su sitio. Sé cómo tratarlos. Pero creo que ha llegado la hora de advertir a algunos: mientras yo viva y pueda hacer algo por ello, los negros seguirán en su sitio.

Pero Emmett no parece saber cuál es su sitio, pues sigue diciendo a sus captores que vale tanto como ellos y hasta presume de haber estado con mujeres blancas. La creencia en la igualdad entre blancos y negros, relativamente extendida en la integrada ciudad de Chicago donde vive Emmett, enfurece a Milam y Bryant.

—Desde el cobertizo oía al negro soltando su veneno —recuerda Milam — y eso me decidió, así de fácil. «De Chicago tenías que ser», le dije, «estoy harto de que envíen a gente como tú a alterar el orden acá abajo. Maldito seas, voy a hacer de ti un ejemplo para que todo el mundo sepa lo que pensamos yo y los míos».

Big y Roy ya no quieren asustar a Emmett; ahora quieren matarlo.

Big se acuerda de una compañía de algodón que hace poco cambió el ventilador de una de sus desmotadoras. La pieza sustituida es perfecta para la idea que se le acaba de ocurrir. Es un ventilador enorme, mide un metro de ancho y pesa casi treinta y cinco kilos. Llevan la camioneta a la Progressive Ginning Company, roban el ventilador desechado y continúan hasta el río Tallahatchie. Allí, en un lugar retirado donde a Big le gusta ir a cazar ardillas, obligan a Emmett a desnudarse y llevar el ventilador a la orilla del río.

—¿Sigues valiendo tanto como yo? —le pregunta Big.

—Sí —aun desnudo ante dos hombres veinte años mayores que él, Emmett Till logra disimular su miedo. La sangre le corre por el rostro, tiene los pómulos rotos. Le han saltado un ojo.

—¿Todavía dices que has estado con mujeres blancas?

—¡Sí!

Big levanta su Colt 45 y dispara a Emmett en la cabeza a bocajarro. La bala mata al chico de catorce años en el acto; más tarde descubrirán en su cadáver el pequeño orificio de entrada junto a la oreja derecha. Big y Roy rodean el cuello de Emmett con un alambre de púas y lo atan al ventilador. Haciendo rodar su cuerpo, lo tiran al agua anclado al gigantesco aparato de metal. Por último, se van a casa y allí limpian el charco de sangre del suelo de la caja abierta de la camioneta.

Aun con el pesado ventilador atado al cuello, el cuerpo de Emmett flota a la deriva. Tres días después, unos pescadores hallan su hinchado cadáver meciéndose en el agua unos trece kilómetros corriente abajo. Tiene la cabeza prácticamente aplastada por los culatazos.

Cuando los restos de Emmett son devueltos a Chicago, su madre insiste en dejar el féretro abierto en el funeral para que el mundo entero vea la saña de los criminales que mataron a su hijo. Las fotos de la cara desfigurada y la cabeza aplastada de Emmett Till aparecen en revistas de alcance nacional. Decenas de miles de personas las ven, y la indignación de la opinión pública

ante este crimen se extiende por todo el país.

Salvo en Misisipi. Aunque la policía detiene posteriormente a Roy Bryant y a Big Milam, tres meses después ambos son absueltos del crimen por un jurado popular (de blancos). Amparándose en el principio jurídico de *non bis in idem*, que no permite juzgar a nadie dos veces por el mismo delito, los dos se jactan más tarde ante un redactor de la revista *Look* de haber matado a Emmett Till.



Hasta 1962, JFK no mostró deseos de liderar la lucha por los derechos civiles, sabiendo que adoptar una postura favorable a la población negra podría perjudicarle en el Partido Demócrata. De hecho, el historial del presidente en asuntos raciales mientras estuvo en el Senado fue, como mucho, tibio. A partir del fallo dictado por el Tribunal Supremo en 1954 en el caso Brown contra el Departamento de Educación, que marcó un hito al dictaminar que las escuelas fueran integradas, la tensión entre blancos y negros en el Sur ha alcanzado su cota máxima de todos los tiempos; sucesos como el asesinato de Emmett Till ya no son una excepción. «Las tierras del Sur pueden teñirse de sangre en muchos lugares a consecuencia de esta decisión», predijo acertadamente el editorial de un periódico de Misisipi poco después del fallo judicial.

Pero a partir del discurso que pronunció el Día del Derecho^[4] en mayo de 1961 en la facultad de Derecho de la Universidad de Georgia, Bobby Kennedy dejó claro que usaría su Departamento de Justicia como un púlpito^[5] para imponer los derechos civiles a lo largo y ancho de Estados Unidos, y en especial en el profundo Sur. Se ha embarcado en una batalla agotadora e interminable que se inició el día de 1619 en que los primeros esclavos africanos fueron llevados a América. Los hermanos Kennedy son conscientes de que esta encarnizada lucha les valdrá todo un abanico de nuevos enemigos muy peligrosos.

En 1961, la ayuda que prestó el fiscal general a conocidos activistas por los derechos civiles, como los Freedom Riders [Pasajeros de la Libertad], que viajaron al Sur en autobús para luchar contra la segregación, fue determinante. La compañía Greyhound, temiendo que sus autobuses fueran destrozados, al principio negó el pasaje a los activistas del Norte. Bobby Kennedy presionó a Greyhound, y la compañía cedió.

Pero Bobby no pudo impedir lo que ocurrió después, cuando parte de los activistas fueron apaleados al bajar de los autobuses por turbas de exaltados

armados con tuberías y estacas. Las fuerzas del orden locales apenas hicieron nada por frenar la brutalidad.

A pesar de la violencia, o quizá incluso a causa de ella, el movimiento de los derechos civiles ha seguido cogiendo impulso, y Robert Kennedy ahora presta mucha atención a uno de sus líderes más prominentes, un ministro baptista: el carismático doctor Martin Luther King, de treinta y tres años.

El reverendo King es tan intenso e indescifrable como el presidente Kennedy. De hondos valores religiosos, también él se acuesta con mujeres que no son la suya. Es audaz y apasionado en su forma de hablar y su retórica, pero defiende los mismos métodos no violentos que Gandhi utilizó en la India para alcanzar sus fines. Al parecer, King también simpatiza con los comunistas. Esto pone a Bobby en la extraña posición de tener que seguir a King para determinar si el reverendo es realmente comunista, a la vez que garantiza su protección y libertad de expresión en defensa de la causa de los derechos civiles. Ya se ha producido un intento de asesinato contra King: en 1958 una mujer negra que sufría un trastorno le asestó una puñalada en el pecho. El temor a que un día lleguen a linchar al reverendo durante sus viajes por el profundo Sur es constante.

La verdad sea dicha, el movimiento de los derechos civiles es un enorme quebradero de cabeza para Bobby Kennedy. Su principal brazo ejecutor, el FBI, no tiene gran aprecio por los derechos civiles; tampoco le interesa avanzar en otra de las grandes inquietudes legales de Bobby, el crimen organizado. J. Edgar Hoover, en cambio, está totalmente centrado en detener la expansión del comunismo y, más que satisfecho de su papel de Poncio Pilatos, se lava las manos de la sangre derramada por la población negra. Es reseñable que en 1962 el FBI solo cuenta con un puñado de agentes negros.

Sin embargo, Hoover sí se toma interés por el reverendo King —aunque solo sea porque cree que el movimiento de los derechos civiles es únicamente una pequeña parte de una conspiración comunista contra Estados Unidos, creencia muy extendida dentro del FBI—. Un jefe de división del FBI, William C. Sullivan, declarará a propósito de King que es «el negro más peligroso del futuro en esta nación desde la perspectiva de los problemas del comunismo, la negritud y la seguridad nacional».



La verdad es que en grandes zonas del Sur los negros americanos viven desprotegidos del prejuicio racial y la violencia, y Bobby Kennedy lo sabe. La tradición familiar de los Kennedy, que crecieron en el próspero liberalismo

del Norte, es anteponer la política a las inquietudes sociales; pero a ambos hermanos cada vez les interesa más enmendar los males de la injusticia racial.

J. Edgar Hoover cree que esta preocupación es un dislate y que las declaraciones del reverendo King caerán en el olvido. Para Hoover, los derechos civiles no son más que una moda pasajera. Por eso seguirá con el juego político que lleva practicando desde que se incorporó al Departamento de Justicia durante la Primera Guerra Mundial. Soportará a Bobby Kennedy, demasiado expeditivo para su gusto, y continuará tomando nota de las indiscreciones del presidente, aunque las mantenga silenciadas; ante todo, conservará el puesto.

Pero eso no significa que al jefe del FBI tengan que gustarle los chicos Kennedy; de hecho, no le gustan.

Bobby sabe que una de las primeras decisiones oficiales de JFK después de su reelección en 1964 será despedir a J. Edgar Hoover. Por eso no afloja y continúa investigando las violaciones de los derechos civiles sin el apoyo del director del FBI. La tarea es difícil: algo tan sencillo como que un magistrado ocupe la vacante que el Senado le ha asignado en un tribunal federal se hace imposible en la práctica cuando el senador que dirige el subcomité ordena interrumpir indefinidamente el procedimiento. A nadie sorprende que el magistrado designado, Thurgood Marshall, sea negro. Y tampoco que el senador que bloquea el procedimiento sea blanco.

Pero Robert Kennedy es el fiscal general de Estados Unidos y ha jurado defender las leyes de la nación. Mientras jóvenes como Emmett Till sigan siendo linchados por el color de su piel, a Bobby no le queda más remedio que librar su guerra.



El 16 de agosto de 1962 hace un calor brutal en Fort Worth, Texas. John Fain y Arnold J. Brown, agentes especiales del FBI que participan en la guerra de J. Edgar Hoover contra el comunismo, llevan todo el día sentados en un coche sin distintivos a la espera de ver pasar a Lee Harvey Oswald. Están en la calle Mercedes, donde Oswald acaba de alquilar un dúplex a la vuelta de la esquina de los grandes almacenes Montgomery Ward.

Al agente especial Fain solo le quedan dos meses para cumplir veinte años en el cuerpo. Cuando se jubile, se irá a Houston, donde vivirá de su pensión mientras trabaja para su hermano, que es traumatólogo. Esto marcará un nuevo e importante cambio en la vida laboral del curtido agente. Fain, de

cincuenta y tantos años, tiene una personalidad compleja: ha sido profesor, se ha presentado a cargos políticos y aprobó el examen del Colegio de Abogados de Texas antes de incorporarse al FBI en 1942. El caso Oswald no es nuevo para él. En los primeros días de la deserción de Oswald, a Fain le asignaron la investigación rutinaria de su madre, que le había enviado 25 dólares a la Unión Soviética. Cuando se trata de erradicar a comunistas, el FBI de Hoover no deja piedra sin remover, por pequeña que sea.

También fue John Fain quien habló cara a cara con Oswald el 26 de junio de 1962, hace solo ocho semanas. El caso de Oswald es una «investigación de seguridad interior», pues su deserción hace de él una amenaza potencial para la seguridad nacional. La labor de Fain es averiguar si los rusos han adiestrado y equipado a Oswald para actuar contra Estados Unidos. Una norma en toda investigación de seguridad interior es que siempre haya dos agentes para que todas las declaraciones puedan ser corroboradas.

Fain no había salido totalmente convencido de la primera entrevista, que duró dos horas. No le gustó la actitud de Oswald, que le parece «altivo, arrogante e insolente»; y sus respuestas a casi todas las preguntas eran incompletas. Fain conoce todos los detalles de la lucha de Oswald por regresar a Estados Unidos, y sabe que los rusos originalmente no querían permitir a Marina y a su bebé salir con él del país. Pero Oswald se negó a irse sin su esposa, y finalmente las autoridades soviéticas transigieron. La única pregunta a la que Oswald no ha respondido nunca con total sinceridad es si los rusos le exigieron algo a cambio de dejarle volver a Estados Unidos.

John Fain necesita la respuesta a esa pregunta. Concienzudo, quiere entrevistar otra vez a Lee Harvey Oswald.

A las cinco y media de la tarde, los dos agentes ven a Oswald bajar tranquilamente por la calle en dirección a su casa desde su nuevo trabajo de soldador en la empresa Leslie Machine Shop. Oswald mintió en su solicitud de trabajo al declarar que su licencia de la Infantería de Marina fue honrosa, cuando no lo fue: lo echaron por una serie de infracciones menores. Tampoco dijo nada a su patrón del tiempo que había vivido en la Unión Soviética. Y aunque solo lleva un mes en el puesto, Oswald ya está harto de trabajos de baja categoría; quiere dejarlo y encontrar algo mejor en Dallas.

Fain, al volante, lleva el coche paralelo a Oswald, que va andando por la acera.

—Hola, Lee. ¿Qué tal está? —le dice por la ventanilla—. ¿Le importa

hablar unos minutos con nosotros?

—¿Quieren pasar a mi casa? —le contesta cortésmente Oswald, que recuerda a Fain de la última entrevista. El agente especial Brown es una cara nueva para él; el que acompañaba a Fain en junio era otro.

—Mejor aquí —responde Fain—, que estamos solos y cómodos. No nos hace falta nada más.

Brown baja del coche y deja pasar a Oswald al asiento trasero. Fain se queda al volante, pero Brown se sienta junto a Oswald. Girándose, Fain explica a Oswald que no han querido llamarlo al trabajo para no ocasionarle problemas con su nuevo patrón y que prefieren hablar en el coche y no en su casa para no molestar a Marina.

Los tres hablan durante algo más de una hora con las ventanillas abiertas apenas una rendija para atenuar la sofocante humedad. Pero ninguno de los tres deja de sudar: sobre todo los agentes, que llevan abrigo y corbata. El olor a sudor de Oswald, que acaba de terminar su dura jornada de trabajo, flota en el coche. Pero aunque la entrevista sea un poco incómoda por todo esto, él se muestra más amable, menos a la defensiva que otras veces. Les explica que se ha puesto en contacto con la embajada soviética, pero solo porque Marina, como todo ciudadano soviético, ha de informar de su paradero a la embajada cada cierto tiempo. Cuando vuelven a preguntarle si por ese motivo ha tenido alguna conversación con un oficial de inteligencia soviético, Oswald se muestra evasivo, preguntándose en voz alta por qué nadie iba a querer hablar de espionaje con él. «No creía que los soviéticos le dieran ninguna importancia», testificaría luego Fain. «Afirmó que cooperaría con nosotros y nos informaría de cualquier cosa de la que se enterase».

Pero Fain sigue sin estar contento y presiona a Oswald de nuevo, una y otra vez, con la pregunta de por qué, para empezar, quiso irse a la Unión Soviética. El agente no lo entiende. Los marines de Estados Unidos son famosos por su lema, *Semper Fidelis*: «Siempre fieles»; ¿por qué iba uno de ellos a renunciar voluntariamente a Estados Unidos y establecer su residencia en la nación que supone la mayor amenaza para su país?

Es la única pregunta que Oswald no contesta; solo da rodeos, aludiendo a «razones personales mías» y diciendo que «simplemente me dio por ahí».

A las siete menos cuarto le dejan salir del coche y entra en su casa. En realidad, el rato fuera con los agentes ha sido un respiro, ya que dentro reina la tensión. Él y Marina llevan más de seis meses peleándose, a veces

violentemente. El conflicto se ha agravado desde que llegaron a Estados Unidos. Antes Oswald era la única persona con la que Marina, que no sabe inglés, podía hablar en América; pero ya ha hecho nuevas amistades entre el pequeño grupo local de expatriados rusos de Dallas. Uno de ellos es George de Mohrenschildt, a quien no solo se atribuyen conexiones con la CIA, sino que además conoció a Jackie Kennedy de niña: fue amigo íntimo de la tía de Jackie, Edith Bouvier Beale. Los nuevos amigos de Marina consideran a su marido un grosero y se ponen de parte de ella en las batallas conyugales de ambos.

Y las batallas abundan. A Oswald le gusta ser «el Comandante» de su matrimonio: dicta los pormenores de la vida familiar y se niega a dejar que Marina aprenda inglés por temor a perder el control sobre ella. Ella necesita un tratamiento de ortodoncia y se avergüenza de su dentadura, pero él lo posterga. A menudo escenifica su necesidad de poder golpeando con furia a su mujer.

Pero Marina tampoco es manca. Le grita por no ganar lo suficiente y le reprocha su indiferencia. Sus relaciones sexuales son tan infrecuentes que lo acusa de no ser un hombre. Lo atosiga constantemente, y cuando él se compara con los grandes hombres de las biografías históricas que tanto le gusta leer, lo ridiculiza con sarcasmo. Marina llega a escribir a un antiguo novio que vive en la Unión Soviética diciéndole que cometió un enorme error al casarse con Oswald. Pero la carta es devuelta por franqueo insuficiente y cae en manos de Oswald, que la abre y, después de leerla, pega a Marina. Aunque parezca mentira, ella consiente la violencia de su marido: prefiere esa sombra de pasión, aunque descaminada, a la frialdad de su carácter, que la exaspera.

En otro momento, las fricciones conyugales sumadas al interrogatorio por sorpresa del FBI bastarían para que Oswald se lanzara a una de sus características andanadas en las que arremete contra los gobiernos opresivos. Pero esta tarde le espera su nuevo ejemplar de *Worker*, el boletín informativo del Partido Socialista de los Trabajadores de Estados Unidos. Oswald se pone cómodo para leer.

Es el agente especial Arnold J. Brown, no John Fain, quien redacta el informe final de la conversación en el coche. El documento es entregado el 30 de agosto de 1962. Pero es Fain, el veterano que lleva veinticuatro años en el cuerpo, quien decidirá si hay razones para creer que Lee Harvey Oswald es un agente secreto de la Unión Soviética infiltrado en Estados Unidos para

perjudicar a la nación.

Satisfecho con las respuestas de Oswald y deseando jubilarse, el agente especial John Fain solicita el archivo de la investigación de seguridad interior sobre Lee Harvey Oswald. Después de todo, Oswald no tiene revólver ni parece una amenaza por ninguna otra razón.

Y el caso se archiva.

Pero Lee Harvey Oswald y el FBI pronto volverán a encontrarse.



El director del FBI, J. Edgar Hoover, acumulaba expedientes de muchos de los líderes de los derechos civiles, e incluso había abierto uno del presidente. (Abbie Rowe, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

7

16 DE OCTUBRE DE 1962

CASA BLANCA

8.45

El presidente de los Estados Unidos rueda por el suelo del dormitorio con sus hijos. Jack LaLanne, desde el televisor, exhorta a JFK, Caroline y John a tocarse los dedos de los pies. Kennedy solo lleva puesta una camiseta y los calzoncillos. La moqueta y un sillón cercano del mismo color crema armonizan a la perfección con el estampado azul de las cortinas de la cama con dosel del presidente.

En palabras de Jackie, el volumen del televisor está «absolutamente a tope» mientras JFK y sus hijos ruedan por el suelo; y están armando tanto jaleo que Jackie ha acudido desde su dormitorio para ver qué pasa. Le gusta mucho la confianza de su marido en sí mismo, su desenvoltura en toda clase de situaciones, pero sin duda cuando lo ve más relajado es durante el rato que pasa con los niños cada mañana, como ahora mismo. John Kennedy mima mucho a sus hijos, le vuelve loco estar con ellos. Y deja que sea Jackie la que imponga la disciplina; ella los preferiría menos revoltosos, pero a JFK le parecen una bendición. Lo único que lamenta es que sus dolores de espalda le impidan lanzar a John por los aires y recogerlo, un juego que al niño le encanta. Por eso el presidente pide a sus ayudantes, o incluso a dignatarios de visita, que lo hagan por él.

Ahora que es presidente, JFK ya no tiene que hacer campaña ni pasar sus jornadas de trabajo en el despacho del Senado: trabaja en casa. Lo que antaño era un solitario ritual matutino ahora es un asunto de familia. Más cerca que nunca de sus hijos, disfruta cada momento que pasan juntos. Los tres empiezan el día en su dormitorio, mientras él se baña, se afeita, se estira y desayuna.

Ahora acaba de bañarse y pronto se habrá vestido. Los niños se quedarán

un rato viendo los dibujos animados. Puede que Jackie vuelva a su dormitorio, o tal vez vaya a sentarse con él mientras el presidente se ajusta la faja para la espalda antes de ponerse la camisa a medida que su ayuda de cámara de toda la vida, George Thomas, le ha preparado. Luego vendrán los zapatos, el izquierdo con un alza de seis milímetros. Por último, una rápida mirada al espejo de la cómoda para repasar su aspecto. El marco del espejo es un batiburrillo de postales, fotos de su familia y tarjetas y avisos diversos, como los horarios de la misa dominical en las catedrales de San Esteban y San Mateo. Va a misa y comulga a menudo, pero le molesta que los fotógrafos le hagan fotos al volver del confesionario: debería ser un momento íntimo de contrición.

A lo largo del día, John y Caroline entran a veces a jugar en el suelo del Despacho Oval o incluso debajo del escritorio presidencial. Jackie protege a sus hijos de la prensa con uñas y dientes. Pero JFK, más abierto, comprende que esta familia presidencial tan joven cautiva a los estadounidenses, deseosos de conocer los detalles de su vida cotidiana. Caroline y John ya son celebridades por derecho propio, aunque ellos no lo sepan; que fotógrafos y periodistas narren la vida de los niños en revistas y periódicos forma parte del día a día.

Cuando va al Despacho Oval, a John, que tiene casi dos años, le gusta pararse en la máquina de escribir de Evelyn Lincoln y hacer como que teclea una carta. A Caroline, que tiene casi seis, le gusta llevar con ella uno de los perros de la familia —o los tres— cuando va a ver a su padre. De hecho, los niños Kennedy han convertido la Casa Blanca en una auténtica casa de fieras, con perros, hámsteres, un gato, periquitos y hasta un poni, Macaroni. JFK es alérgico al pelo de los perros, pero no lo dice jamás.

A veces el presidente devuelve el favor con una visita sorpresa a Caroline y sus compañeros de clase en la pequeña escuela privada habilitada en la tercera planta de la Casa Blanca. Es una escuela única que abrió Jackie Kennedy para sus hijos y los de su cuñada, Ethel Kennedy. La primera dama ha contratado a dos profesores para que impartan la mejor educación posible a los niños.

Por las noches, el presidente es un gran narrador de cuentos e inventa historias del gigante de «Bobo el lobo» y las criaturas de las profundidades comedoras de calcetines de «El tiburón blanco y el tiburón negro».

Las visitas inesperadas, las incursiones al aula de los niños y los cuentos a

la hora de dormir no están programados, pero rodar por el suelo lo hacen todas las mañanas: es la rutina más preciada. Como todos los presidentes desde John Adams, el primero que ocupó la Casa Blanca en 1800, Kennedy se ha dado cuenta de que vivir en ella es complicado. No hay otro rato más que este de la mañana en que el presidente pueda ser espontáneo y desenfadado y, lo mejor de todo: es el único momento en que está *a salvo* de miradas curiosas.

Pero esta mañana de octubre, un martes, una llamada a la puerta del dormitorio del presidente interrumpe su rato de juego con los niños. Esa llamada lo cambiará todo.



El asesor de seguridad nacional abre la puerta y entra. McGeorge Bundy, de cuarenta y tres años, es un intelectual flaco y con gafas. La raya perfectamente planchada del pantalón de su traje y sus lustrosos zapatos le confieren un aspecto externo de absoluto orden que choca con el caos interno, también absoluto, que le embarga.

Bundy está allí para comunicar al presidente una pésima noticia. Se enteró la noche anterior, pero ha retrasado este momento hasta ahora con toda intención. Kennedy, que había volado a Nueva York la víspera para dar un discurso, había regresado a la Casa Blanca muy tarde. El asesor de seguridad nacional quiso dejar que el presidente durmiera toda la noche antes de entrar en su dormitorio con la noticia, porque sabe que a partir de ahora y hasta el momento en que este problema esté resuelto, el presidente tendrá mucha suerte si puede descansar un rato. McGeorge Bundy está a punto de hablar de algo que puede cambiar el curso de la historia.

—Señor presidente —dice con calma—, hemos obtenido pruebas fotográficas irrefutables, ahora las verá, de que los rusos tienen misiles de ataque en Cuba.

Los aviones espía U-2 que sobrevuelan Cuba han confirmado que Estados Unidos está ahora a menos de ciento cincuenta kilómetros de seis emplazamientos de misiles balísticos y veintiún bombarderos IL-28 soviéticos, todos de medio alcance. Esos aviones pueden lanzar armas nucleares desde miles de metros de altura. Todos los misiles balísticos de medio alcance (MRBM: *medium-range ballistic missiles*) pueden llegar nada menos que hasta Montana.

Si las ojivas nucleares fueran detonadas, matarían a ochenta millones de

estadounidenses en unos minutos. Varios millones más morirían después por el polvo y la lluvia radioactivos.

El presidente solo ha conocido una crisis tras otra desde que juró el cargo hace veintiún meses; pero nada —ni Bahía de Cochinos, ni los derechos civiles, ni el Muro de Berlín— puede compararse ni remotamente con esto.



Bahía de Cochinos, con toda su torpeza, ha moldeado la presidencia de John Kennedy hasta la fecha. Ahora, mientras escucha al asesor de seguridad nacional Bundy, JFK no se pone tan nervioso como en abril de 1961. No parece abrumado: se conduce como el presidente de los Estados Unidos, alguien que hace mucho dejó de definirse por su filiación a un partido.

Kennedy sabe que ha de andar con cuidado: Bahía de Cochinos siempre será una herida abierta. Un segundo tropiezo en Cuba podría ser devastador, y no solo para su presidencia, sino para sus propios hijos. Él solo pensamiento de perder a Caroline y John en la explosión de una bomba atómica aterra a Kennedy, que siempre se acuerda de ellos al enfrentarse a los soviéticos y al problema de la guerra nuclear. Ahora es uno de los dirigentes que están haciendo presión para conseguir un veto internacional a las pruebas nucleares y se presenta como «presidente de generaciones que todavía no han nacido; y no me refiero solo a estadounidenses».

En una visita a un campo de pruebas nucleares de Nuevo México, Kennedy se quedó atónito ante el enorme cráter abierto por una prueba de explosiones subterráneas efectuada no mucho tiempo atrás. Todavía se quedó más preocupado cuando dos físicos, ambos con sonrisas de oreja a oreja, le comentaron que estaban diseñando una bomba más potente que, no obstante, dejaría un cráter mucho más pequeño.

—¿Cómo coño pueden estar tan contentos por algo así? —protesta después el presidente hablando con un escritor.

Pero esto es muy poco característico de Kennedy, lo típico en él es mostrarse amistoso y cauto. Normalmente no deja traslucir nada; por eso, que airee esta opinión es una clara muestra de su nerviosismo.

—No dejan de decir que si hubiera más pruebas, podrían fabricar una bomba más limpia. Pero si vais a matar a cien millones de personas, ¿qué más da que la bomba sea limpia o sucia?



JFK ordena a McGeorge Bundy convocar inmediatamente una reunión de

máximo secreto con la cúpula del Departamento de Seguridad Nacional. Luego telefona a Bobby para decirle: «Tenemos un grave problema. Quiero verte por aquí». El presidente decide no apartarse de las actividades previstas para ese día: no quiere que la noticia sobre Cuba salga todavía a la luz. Una razón es que no quiere asustar a los estadounidenses. Sabe muy poco de la situación y todavía no tiene ningún plan de acción. Si la noticia se filtrara prematuramente, cuando aún no tiene respuesta a las muchas preguntas que le hará la prensa, parecerá débil e indeciso.

Otra razón para silenciar esta «segunda Cuba» son sus propios intereses políticos. El presidente se había comprometido con la opinión pública estadounidense a no permitir que los soviéticos instalaran armas ofensivas en Cuba. Kruschev está retando a Kennedy a que cumpla su palabra, y coincide que en ese momento solo faltan unas semanas para las elecciones al Congreso de mitad de mandato. Kennedy ni siquiera sabe si los soviéticos piensan usar los misiles, pero su mera presencia muestra que Kruschev vuelve a la carga con su cruzada para tomar la delantera en las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Y esto no puede consentirlo. Como ocurre en todas las elecciones de mitad de mandato, los votos emitidos en toda la nación serán un referéndum sobre la actuación política de Kennedy y su administración. Su partido tiene la mayoría en la Cámara de Representantes y el Senado, lo que facilita el cumplimiento de su programa presidencial. Perder esas mayorías le complicaría el trabajo; y también podría costarle la reelección en 1964.

Hay otra razón de índole más personal para que JFK desee una buena acogida de su política entre la opinión pública: el menor de sus hermanos, Teddy, se presenta al Senado por Massachusetts. Algo tan catastrófico como una mala gestión de esta nueva situación con Cuba podría destruir todas las esperanzas de victoria de Teddy.

JFK está orgulloso de que su hermano de treinta años se presente a las elecciones, pero durante la campaña se ha mantenido al margen. La declaración oficial del presidente sobre el asunto fue sucinta: «Su hermano prefiere que sea el pueblo de Massachusetts quien decida sobre este asunto, el presidente no tiene por qué pronunciarse». A JFK le enoja la amplia cobertura informativa que los medios de comunicación están dedicando a la candidatura de Teddy; por ejemplo, la sarcástica columna del *New York Times* sobre la relativa inexperiencia del menor de los Kennedy y otros artículos de prensa que advierten de la posible consolidación de la dinastía Kennedy.

En realidad, nada de esto preocupa personalmente al presidente. Pero sabe que la derrota de Teddy en el estado natal de los Kennedy reflejaría la fuerza política de JFK... o, mejor dicho, su debilidad.

La última razón por la que el presidente no quiere filtraciones de la noticia de los misiles en Cuba, y la más importante con gran diferencia, es que prefiere que la plana mayor soviética siga ignorando que está al tanto de su secreto; esto quizá le dé cierta ventaja sobre este inquietante giro de los acontecimientos.

Y es que la mañana del 16 de octubre, cuando Kennedy sale de su dormitorio para bajar al Despacho Oval y empezar su jornada de trabajo, sabe algo que no puede estar más claro: si los soviéticos lanzan esos misiles, ya no importarán nada las elecciones de mitad de mandato ni la campaña de Teddy. Ni siquiera importará la opinión del pueblo estadounidense. Porque tal vez la ciudad de Washington ya no exista... y puede que no quede mucho de los Estados Unidos de América.

Lo que vaya a suceder a continuación, sea lo que sea, no tiene nada que ver con que él sea demócrata o republicano, sino con que sepa discernir qué curso de acción es mejor para el pueblo americano y lo emprenda. Si algo demuestra lo mucho que JFK ha madurado desde que juró el cargo, es su determinación en estos momentos.



A las diez de la mañana, el presidente finaliza una breve reunión en el Despacho Oval con el astronauta Wally Schirra, del proyecto Mercury, que dos semanas antes había pasado nueve horas en el espacio exterior. Al salir, JFK va hasta la siguiente puerta, la del despacho de Kenny O'Donnell, y entra. Su jefe de Gabinete le había expresado la opinión de que a los votantes estadounidenses ya no les importa Cuba.

—¿Todavía crees que el alboroto sobre Cuba no tiene importancia? —le pregunta Kennedy con tono inocente.

—Claro que sí. Cuba les importa un rábano a los votantes.

Con calma, el presidente comunica a O'Donnell la noticia que le ha dado McGeorge hace solo una hora.

—No me lo creo.

—Pues mejor créetelo —le dice Kennedy antes de regresar al Despacho Oval.

Dos horas después, JFK vuelve a apartarse de su escritorio para ver a Caroline, que ha bajado a la cercana Sala del Gabinete, y luego la envía de vuelta a la Residencia para abrir la reunión de alto secreto que ha convocado a propósito de los misiles soviéticos. Toma asiento en el centro de la mesa, no a la cabecera. Bobby se sienta frente a él, igual que LBJ. Hay otros once políticos presentes, todos elegidos personalmente por su pericia y lealtad al presidente.

Las fotos tomadas por los aviones espía U-2 muestran que los misiles soviéticos todavía están en fase de preparación para su lanzamiento y, de momento, lo más probable es que no tengan las ojivas nucleares que los hacen mortíferos. La conversación se centra en las opciones militares. Después de escuchar las diversas opiniones, el presidente aporta su propia lista de posibles respuestas. La primera es un ataque aéreo limitado. La segunda un ataque aéreo de amplio alcance, contra un número mayor de objetivos. La tercera es el bloqueo naval de las aguas cubanas para que las cabezas nucleares transportadas en los buques soviéticos no lleguen a los misiles.

Bobby, que lleva los setenta minutos de reunión escuchando en silencio, habla al fin y sugiere que quizá sea necesaria una invasión de Cuba a gran escala: es la forma más segura de impedir que los rusos emplacen misiles en suelo cubano.

Aunque la fuerza militar parezca la única solución, a JFK le siguen preocupando los motivos. ¿Por qué quiere Nikita Kruschev provocarles a que entren en guerra?

El presidente no conoce la respuesta. Pero hay dos cosas bien claras: los misiles han de ser retirados y, mucho más importante, esas cabezas nucleares no han de llegar a Cuba.

Nunca.



Es la tarde del sábado 20 de octubre. John Fitzgerald Kennedy dedica el fin de semana a un acto para recaudar fondos entre los fieles al Partido Demócrata en el centro de Chicago.

Hace dos días se reunió en privado con Andréi Gromyko, el ministro de Asuntos Exteriores soviético. La reunión se había celebrado a instancias de Gromyko, que en ese momento ignoraba que los estadounidenses hubieran descubierto los misiles de ataque emplazados en Cuba. Hablaron de los turbios sucesos en Berlín y de la visita pendiente de Kruschey, el dirigente de

la Unión Soviética, a Estados Unidos. Hábilmente, Kennedy llevó la conversación al terreno de las armas nucleares. Y Gromyko mintió al presidente en su cara, declarando categóricamente que «la Unión Soviética nunca intervendría para facilitar armas ofensivas a Cuba».

Por esta razón, Kennedy ahora llama a Gromyko «ese cabrón impostor».

En Chicago, el estado de ánimo es totalmente distinto; aquí no se percibe la tensión de Washington. Al aterrizar el *Air Force One* en el aeropuerto de O'Hare, el presidente es recibido por una legión de gaiteros y políticos locales, y una multitud que se estima en medio millón de personas flanquea la autopista Northwest Expressway para ver el convoy del presidente. Después del discurso de JFK en la cena de 100 dólares por cubierto para recaudar fondos la noche del viernes, los fuegos artificiales iluminan el cielo sobre el lago Michigan. Como por arte de magia, el perfil del presidente se dibuja en el firmamento.

Pero la adulación pública contrasta mucho con el infierno que John Kennedy está atravesando a solas. Ni siquiera a su mujer le ha confiado lo que sucede en Cuba. Lo que acabará llamándose «la crisis de los misiles en Cuba» va por su cuarto día, y el equipo del ExComm —abreviatura de Comité Ejecutivo del Consejo de Seguridad Nacional— del presidente cada vez está más cerca de fraguar una estrategia agresiva para repeler un ataque nuclear. Ciento ochenta buques navales son enviados al Caribe. La 1.^a División Blindada del ejército se ha trasladado a Georgia desde Texas. El Mando Aéreo Táctico ha transferido a Florida más de quinientos aviones cisterna y cazas, y se intenta agilizar el proceso de reunir a toda prisa suficiente munición.

Los escuadrones de bombarderos B-47 y B-52 del legendario Mando Aéreo Estratégico están preparados para atacar, y los pilotos aislados en instalaciones secretas en estado de alerta. La mayoría de las bases de bombarderos de largo alcance están situadas al norte, en Maine, New Hampshire, y la parte más septentrional de Michigan, lo que ante todo se debe sencillamente a que están más cerca del objetivo que lleva mucho tiempo considerándose el principal si llegara a estallar la guerra: la Unión Soviética. Pilotos y marinos conocen esas coordenadas y llevan años practicándolas, mientras que la ruta directa a La Habana es un territorio totalmente desconocido.

El presidente telefonea a la primera dama desde su *suite* de hotel en

Chicago. Jackie y los niños están en la finca de Glen Ora, en Virginia.

—Me vuelvo a Washington esta tarde. ¿Por qué no vas para allá? —le pregunta.

Jackie nota «algo raro» en la voz de JFK.

—¿Por qué no vienes tú para *acá*? —le contesta ella juguetonamente.

Jackie y los niños acaban de llegar. El otoño es lo bastante templado como para que Jackie esté tomando el sol al recibir la llamada de su marido.

Pero ese «algo» en el tono de voz de JFK alerta a Jackie. Él sabe lo importantes que son para ella los fines de semana en Virginia, lejos de las presiones de la Casa Blanca; nunca le había pedido que acortara un fin de semana corto de por sí.

—¿Por qué? —le pregunta la primera dama.

Más tarde recordará lo asustada que estaba, y comentará que «cuando estás casada y tu marido te pide algo —precisamente para eso te has casado—, aunque notes en su voz que algo va mal, nunca debes pedirle explicaciones». Sin embargo, ella sí se las pide.

—Bueno, qué más da —le contesta JFK, callándose sus razones—. Venga, ¿por qué no vuelves a Washington?

Y de pronto, el presidente decide decírselo. En ese momento, lo que más desea es aliviar el peso que le oprime y estar con su familia. Por eso acaba contándole a Jackie la posibilidad de una guerra nuclear.

—Por favor, no me mandes a Camp David. Por favor, no me mandes a ninguna parte —implora Jackie a su marido, sin importarle su propia seguridad; sabe que si se produjera un ataque, evacuarían a la familia a la casa presidencial de Maryland, lo que les alejaría, a ella y a los niños, de JFK; y quizá para siempre—. ¡Aunque no haya sitio en el refugio antiaéreo de la Casa Blanca! ¡Por favor, lo único que quiero es estar en el jardín en ese momento! Solo quiero estar contigo; quiero morir a tu lado, y los niños también.

El presidente asegura a su mujer que no los evacuarán. Luego, dejando a Pierre Salinger encargado de comunicar a la prensa que el presidente ha cogido una gripe, JFK vuela de regreso a Washington. El *New York Times* publica que el presidente ha acortado su viaje de tres días por «una infección leve de las vías respiratorias altas»; el periódico ignora que el presidente

vuelve a Washington para intentar evitar una guerra termonuclear global.

Cuando llega, Jackie y los niños le están esperando.



No hay horarios ni día ni noche en la Casa Blanca de Kennedy durante los días de escalada de la confrontación cubana. Al presidente le duele tanto la espalda que tiene que usar muletas al andar, lo que se suma a la tensión. Solo duerme un par de horas seguidas, y luego se levanta y pasa horas hablando por teléfono en el Despacho Oval antes de volver a la cama para dormir otro poco. Ahora Jackie duerme con él, sea de día o de noche; a veces en la pequeña cama de él y otras en el dormitorio de ella, donde han juntado las dos camas dobles para formar una sola cama enorme. Muchas noches no se acuestan hasta muy tarde, hablando de la crisis. En una ocasión, Jackie se despierta para ver a Mac Bundy al pie de la cama llamando a su marido; JFK se levanta al instante y desaparece durante varias horas más, ocupado en conferencias de alto secreto.

Más tarde, Jackie recordará estos días y estas noches como el periodo en que se sintió más cerca de su marido. Siempre anda por las inmediaciones del despacho del presidente, y le hace visitas sorpresa con los niños para animarle. Pide una cena que traen en avión a Washington desde Miami, donde hay un restaurante de platos de pescado que a ella le encanta. El presidente y la primera dama dan paseos a solas por la Rosaleda en los que él le confía su inquietud por la escalada de la tensión.

Cuando el presidente vuelve al trabajo, no está solo; tampoco Jackie. Mientras Bobby Kennedy trabaja estrechamente con su hermano, su mujer Ethel y sus tres hijos suelen estar en la Casa Blanca. Es Ethel quien da a la institutriz de la Casa Blanca, Maud Shaw, un panfleto sobre cómo preparar a los niños para la guerra nuclear; Jackie se lo arrebató momentos después, y la regaña:

—¿No sabes que el pánico es contagioso, y que los niños son susceptibles?

No es la tímida Jackie que la opinión pública imagina, sino una madre y esposa a cargo de una casa, la suya, que protege con celo.

Durante dos días, el presidente y su pequeño equipo de la Casa Blanca debaten la amenaza de alto secreto a Estados Unidos. Las fotos de los aviones espía U-2 muestran que los soviéticos trabajan las veinticuatro horas del día montando los emplazamientos de misiles, lo que significa que podrían llover

ojivas nucleares sobre Estados Unidos en cuestión de días. En palabras de JFK, nadie «la caga» filtrando esta información a la prensa; aunque, desde luego, algunos periodistas están al corriente. Ni siquiera se informa al Congreso.

La noche del lunes 22 de octubre se produce un cambio: John Fitzgerald Kennedy, el presidente americano, aparece en una cadena de televisión nacional para comunicar a la nación que en Cuba están instalándose mortíferos misiles de ataque; y también lo que piensa hacer al respecto. El fin del mundo no es momento para tener desinformado al pueblo estadounidense.



—Compatriotas, buenas noches —John Fitzgerald Kennedy saluda a los estadounidenses desde el estudio de la Casa Blanca. Las hundidas ojeras bajo sus ojos grises verdosos delatan su cansancio; no es el semblante juvenil y lleno de vida que el país acostumbra a ver.

JFK tiene la cara hinchada por su hipotiroidismo crónico. Lleva un traje azul bien planchado, corbata azul y camisa blanca, aunque los telespectadores lo ven solo en blanco y negro. Son las siete de la tarde en la ciudad de Washington.

Esta retransmisión desde la Casa Blanca es casi opuesta al desenfadado recorrido con Jackie por el edificio emitido hace solo diez meses. John Fitzgerald Kennedy ha de imprimir a su discurso más fuerza que nunca en su vida. No sonrío, está muy serio. Hay amenaza en sus ojos. No parece optimista, ni siquiera esperanzado. Sus palabras brotan con una rabia y una vehemencia que conmocionan a algunos espectadores. Kennedy habla como alguien que ha cedido y ya no piensa ceder más. Y ahora está contraatacando.

—La semana pasada, pruebas inequívocas demostraron con toda certeza que los soviéticos están instalando en esa isla secuestrada varios emplazamientos de misiles de ataque. El propósito de esas bases no puede ser otro que aportar capacidad de ataque nuclear contra el hemisferio occidental.

Aquí el presidente hace una pausa para dejar que cale la gravedad de sus palabras. Y después relata la visita a su despacho del ministro soviético de Asuntos Exteriores Andréi Gromyko el martes anterior, citando sus palabras a propósito de la cuestión de los misiles en Cuba; y acaba llamando embustero a Gromyko ante el mundo entero.

—La década de 1930 nos dio una clara lección: la agresividad, si se la deja crecer sin control ni respuesta, desemboca en la guerra. Esta nación se

opone a la guerra. También somos gente de palabra. Por eso, nuestro inquebrantable objetivo será impedir el uso de esos misiles contra este país o cualquier otro y garantizar su retirada o eliminación del hemisferio occidental.

La cadencia de las palabras del presidente es cada vez más rápida, su enfado va en aumento; la palabra «Cuba» suena casi como si la escupiera.

Pronunciado su discurso, el presidente cenará arriba tranquilamente con Jackie, Ethel, Bobby y unos pocos invitados. Al oír el discurso, los invitados a la cena —entre ellos, el diseñador Oleg Cassini y la hermana de Jackie, Lee Radziwill—, pasmados, comprenden que su cena no será la típica reunión de amigos en la Casa Blanca. Beberán vino francés en la Sala Oval de la Residencia, recién redecorada, y JFK hará el papel de simpático anfitrión con su discreto estilo de siempre, pero la tensión a la mesa será algo que todos recordarán para el resto de su vida.



A dos mil kilómetros de allí, en Dallas, Texas, Lee Harvey Oswald escucha el discurso de Kennedy. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas, Oswald cree que los soviéticos tienen todo el derecho a estar en Cuba. En su opinión, los rusos han de proteger a los castristas del terrorismo de Estados Unidos. Oswald está firmemente convencido de que el presidente Kennedy está poniendo al mundo al borde de la guerra nuclear con su agresiva postura contra los soviéticos. Para él, JFK es el malo.

Oswald se había mudado de Forth Worth a Dallas ese mismo mes, contratando el apartado de correos 2915 en la estafeta de la esquina entre las calles Bryan y North Ervay. Semanas antes había encontrado trabajo como ayudante de fotografía en la compañía Jaggars-Chiles-Stovall. Por increíble que parezca, esta empresa está contratada por el Servicio Cartográfico del ejército de Estados Unidos y recibe las fotografías clasificadas que tomaron los aviones espía U-2 sobrevolando Cuba. George de Mohrenschildt, uno de los amigos rusos de Marina Oswald, es quien le ha conseguido el trabajo a Oswald. Si al FBI, con su afán por detener la expansión del comunismo, le preocupa que un antiguo desertor a la Unión Soviética acceda a los datos de alta seguridad de los U-2 en el punto más álgido de la guerra fría, no lo demuestra prestando atención a su caso.



En televisión, el presidente está a punto de arrojar el guante.

—Por tanto, en defensa de nuestra propia seguridad y la de todo el

hemisferio occidental, y bajo la autoridad que me confía la Constitución tal como está previsto por resolución del Congreso, he ordenado dar inmediatamente los siguientes pasos iniciales.

A continuación, después de meses de ser diplomático dando una imagen de debilidad a ojos de los soviéticos, el presidente muestra todo su temple. JFK promete «poner en cuarentena» a Cuba y usar toda la fuerza de la Marina de Estados Unidos para que ningún buque soviético entre en aguas cubanas. Se declara dispuesto, si fuera necesario, a usar la fuerza militar en una invasión. Declara inequívocamente que cualquier misil lanzado por cubanos o soviéticos se considerará un acto de guerra al que Estados Unidos responderá con sus propios misiles. Y a continuación carga la culpa directamente a su peor enemigo. Todo el discurso está articulado para llegar a este momento:

—Por último, solicito al presidente Kruschev que detenga y retire esta amenaza secreta, temeraria y provocadora contra la paz mundial y la estabilidad de las relaciones entre nuestras dos naciones. Le pido además que deje de perseguir el dominio del mundo y se una al histórico esfuerzo de poner fin a esta peligrosa carrera armamentista y cambiar la historia de la humanidad.

El enérgico discurso del presidente y la terrible noticia que comunica a la opinión pública harán que este momento se grabe para siempre en la mente de todos los que lo ven. Kennedy dijo una vez que «las dos únicas fechas que casi todo el mundo recordaba eran las de Pearl Harbour y la muerte del presidente Roosevelt».

Su discurso sobre la crisis de los misiles en Cuba añade otra fecha a esa lista.

La gente recordará durante toda su vida dónde estaba y qué hacía cuando oyó la terrible noticia, podrá enumerar a quienes tenía cerca y la reacción de cada uno, hablará de los titulares del día siguiente y de cómo la crisis cambió el mundo: de pronto, valorará cada amanecer, cada puesta de sol, cada vez que oye la alegre risa de un niño.

Otro suceso trágico en la corta vida de JFK pronto se unirá a esa lista de momentos inolvidables. La sorpresa y el horror traumáticos de esta otra noticia eclipsarán a Cuba y los misiles y las mentiras soviéticas. John Kennedy no llegará a enterarse de lo ocurrido.

Para ese suceso faltan hoy exactamente trece meses; pero de momento, la crisis de los misiles en Cuba concentra todo el dramatismo.

John Kennedy, siempre carismático, no puede acabar un discurso sin un momento de emoción que enardezca a sus oyentes: en su discurso ante las Madres Estadounidenses de la Estrella Dorada en la American Legion de Boston durante su primera candidatura para el Congreso, en el discurso de investidura de 1961 o ahora en la televisión nacional, JFK sabe llegar al corazón de sus oyentes —o «a los huevos», como a él le gusta decir— y ganarse su apoyo y simpatía.

—Nuestro objetivo no es vencer para detentar el poder, sino para reivindicar el bien. Tampoco es la paz a costa de la libertad, sino tanto la paz como la libertad aquí, en este hemisferio, y esperamos que en todo el mundo. Si Dios quiere, alcanzaremos esa meta.

El plató de la Casa Blanca se funde a negro.



Las fuerzas estadounidenses desperdigadas por el mundo se preparan inmediatamente para la guerra. Los destinos de todo el personal de la Marina y la Infantería enseguida se prorrogarán indefinidamente. Los buques de guerra y submarinos estadounidenses forman un perímetro defensivo alrededor de Cuba, preparándose para detener el avance de los veinticinco buques soviéticos que ahora navegan hacia la desafiante isla y efectuar su registro.

En la base aérea de Torrejón, en España, los aviadores de la Escuadrilla 509 de bombarderos B-47 oyen al presidente por la megafonía de sus habitaciones. La alerta global se extiende a todo el ejército de Estados Unidos. Alan Dugard, joven comandante y piloto de bombardero, está haciendo la maleta para irse a Alemania a pasar una semana de permiso. En el instante en que el alistamiento Defcon (Defensa de la Fuerza Aérea) pasa a Defcon 2 —solo por debajo de Defcon 1, que implica una inminente guerra nuclear—, Dugard comprende que se acabaron sus vacaciones.

Los bombarderos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos ya están operando las veinticuatro horas. Las tripulaciones volarán en círculo por los cielos de Europa y América como en un circuito de carreras esperando la orden de romper la formación de vuelo y atacar el corazón de la Unión Soviética. Sus estelas recuerdan gráficamente lo que está en juego.

La ininterrumpida brigada aérea solo significa una cosa: Estados Unidos está preparado para contraatacar y destruir a la Unión Soviética.



A ocho mil kilómetros, en Moscú, Nikita Krushev redacta furioso su respuesta al mensaje televisado de JFK.

El impetuoso líder soviético es el polo opuesto a JFK en apariencia física y porte. Solo mide 1,62 metros, pesa noventa kilos y es calvo como un payaso de circo. Krushev tiene un enorme lunar bajo el ojo derecho, los dientes frontales muy separados y la costumbre, muy poco digna de un estadista, de hacer muecas ante la cámara. Cuando se bajó del avión en su visita a Estados Unidos en 1959, una mujer de entre la multitud exclamó al verlo:

—Qué hombrecillo más gracioso.

Pero Nikita Krushev no tiene nada de gracioso. Para él la diplomacia es el «equilibrio del miedo», y su decisión de situar misiles en Cuba es calculada e inflexible.

«Llegué a la conclusión de que si lo hacíamos todo en secreto y los americanos no se percataban de la presencia de los misiles hasta que estuvieran montados y listos para lanzarse, se lo pensarían mucho antes de tomar la arriesgada decisión de eliminarlos por la fuerza militar», escribirá más adelante Krushev.

Pero ahora, cuando se dispone a responder al discurso de Kennedy, el dictador soviético escoge sus palabras con astuta cautela.

«Usted, señor presidente, no está declarando una cuarentena», escribe un secretario a su dictado, «sino más bien planteando un ultimátum y amenazando con la fuerza si no cedemos a sus exigencias. ¡Cuidado con lo que dice!

»El gobierno soviético contempla la vulneración del libre acceso a aguas internacionales y el espacio aéreo internacional como un acto de agresión que empuja a la humanidad al abismo de una guerra nuclear mundial», sermonea a JFK. «Naturalmente, por nuestra parte, no nos quedaremos de brazos cruzados ante los actos de piratería en alta mar de ningún buque estadounidense. Nos veremos forzados a adoptar las medidas que consideremos oportunas para proteger nuestros derechos. Tenemos todo lo necesario para hacerlo así».

El plan de emplazar misiles en Cuba había sido idea de Krushev, que solo tres meses antes lo presentó al Comité Central y al gobierno soviético, y luego a Fidel Castro. En su opinión, los misiles podían instalarse sin conocimiento de Estados Unidos; incluso creía que, si eran descubiertos, la

respuesta de Kennedy no sería pasar a la acción.

Kruschev también califica su plan de gesto de buena voluntad para con el pueblo cubano, dada la posibilidad de que Estados Unidos intentara otra invasión como la de Bahía de Cochinos. El líder soviético, que participó en la Segunda Guerra Mundial, sabe que la logística de una guerra librada en otro hemisferio es prácticamente imposible; por eso quiere tener su arsenal más cerca de Estados Unidos, y Cuba le ofrece esa oportunidad. Los misiles que ha persuadido a Castro de que acepte son de fabricación soviética, el personal que los maneja son soldados y técnicos soviéticos, las ojivas nucleares que se acoplan a ellos son soviéticas; y se transportan a Cuba a bordo de buques soviéticos.

Antiguo comisario político del Ejército Rojo, Kruschev conoce el poder de las palabras. Proclama al mundo la «justificación moral y legal» de la Unión Soviética para emplazar misiles en Cuba. Nadie puede negar a los buques soviéticos el derecho a entrar en aguas cubanas y descargar allí lo que quieran, por lo que la cuarentena naval estadounidense —una manera suave de decir «bloqueo», que es un acto de guerra— es reprobable. Kruschev se siente perseguido por los estadounidenses. Le indigna que la Unión Soviética haya sufrido dos guerras mundiales en su territorio, mientras que Estados Unidos apenas ha sufrido daños dentro de sus fronteras. Y también sabe perfectamente que la fuerza explosiva de la bomba atómica arrojada sobre Hiroshima equivalía a veinte mil toneladas de TNT —lo que hace sonreír al dictador soviético: sus ojivas nucleares equivalen a *un millón* de toneladas.

Nikita Kruschev no es ajeno a la muerte en masa. Durante la Segunda Guerra Mundial luchó en la batalla de Stalingrado, en la que perdieron la vida más de un millón de hombres —entre ellos, muchos soldados alemanes a los que interrogó él en persona—; pero esos asesinatos palidecen al lado de los sádicos métodos con que el joven Kruschev trepó por la escala del Partido Comunista a comienzos de la década de 1930.

Cuando Joseph Stalin, el asesino en serie que gobernó la Unión Soviética durante treinta años, ordenó la «Gran Purga» de sus enemigos en 1934, Nikita Kruschev participó activamente en ella. Millones de comunistas sospechosos de deslealtad fueron ejecutados o trasladados a las prisiones de Siberia. Kruschev dio personalmente la orden de perpetrar miles de crímenes y autorizó el asesinato de algunos de sus propios amigos y colegas. En un discurso de 1936 afirmó que las ejecuciones eran el único medio de librarse de los disidentes que intentaban socavar el grandioso triunfo de la Unión

Soviética. Al año siguiente, Stalin lo nombró primer secretario del Partido Comunista en Ucrania. Cuando en 1939 la Segunda Guerra Mundial puso fin a su mandato allí, Krushev ya había supervisado el arresto y la muerte de casi todos los líderes locales del Partido: cientos de ucranianos fueron asesinados, pocos políticos sobrevivieron.

La incesante búsqueda de poder de Nikita Krushev ahora ha puesto al mundo al borde de la guerra nuclear.

Pero hay un problema: a Krushev le sorprende la firmeza de su adversario, John Kennedy, que habla de defender a su país a toda costa. Aún así, se compromete con sus colegas a no echarse atrás. Cree firmemente en el viejo proverbio ruso: «Llegado el momento de luchar, no escatimes: da todo lo que tienes».

John Kennedy no conocía ese proverbio hace dieciocho meses, durante la invasión de Bahía de Cochinos. Ahora Nikita Krushev cree que el presidente de los Estados Unidos va a cometer el mismo error.

La noche del 24 de octubre Krushev ordena enviar su carta a Kennedy. En ella el líder comunista declara con serenidad e inequívocamente que el bloqueo naval propuesto por el presidente es un «acto de piratería». Ha dado orden a los buques soviéticos de hacer caso omiso.



El presidente Kennedy recibe la carta del primer ministro Krushev cuando van a dar las once de la noche del 24 de octubre; responde menos de tres horas después, afirmando fríamente que el bloqueo es necesario y cargando toda la culpa de la crisis a Krushev y a los soviéticos.

Va quedando claro que Kennedy *no* retrocederá. La Marina de Estados Unidos enseguida aborda un carguero con destino a Cuba. Y precisamente el destructor que lleva el nombre del malogrado hermano del presidente, el *USS Joseph Kennedy Jr.*, es el buque encargado de imponer la arriesgada cuarentena.

—¿Lo enviaste tú? —le preguntó Jackie sobre el buque, al ver la coincidencia.

—No —replicó el presidente—. Curioso, ¿verdad?



Mientras que la cúpula soviética espera que JFK se venga abajo, él, en cambio, pasa a la ofensiva. El presidente dedica todo el viernes 26 de octubre

a planear la invasión de Cuba. Ningún detalle es insignificante. Pide una lista de todos los médicos cubanos de Miami, por si fuera necesario transportarlos a Cuba. Ordena a un buque naval de Estados Unidos equipado con radar alejarse de la costa de la nación isleña para no ser tan vulnerable al ataque. Kennedy conoce la posición de cada uno de los buques agrupados para la invasión, e incluso revisa la redacción de los panfletos que se arrojarán sobre la isla para el pueblo cubano. En ningún momento olvida que «en cuanto se abran las hostilidades, tendremos esos misiles encima».

De puertas adentro, JFK comenta a sus ayudantes que la crisis ha llegado a ser un duelo entre él y Krushev, «dos hombres sentados en los extremos opuestos del mundo»: un enfrentamiento en el que se decide «el fin de la civilización».

Es un duelo de miradas: pierde el que parpadee primero.

Pero John Kennedy ha visto parpadear a Nikita Krushev en ocasiones anteriores. Durante los primeros días de su presidencia, poco después del incidente de Bahía de Cochinos, ambos se habían reunido en Viena en una cumbre. Krushev quiso amedrentar a su joven adversario a propósito de Berlín Oeste; quería ocupar toda la ciudad con la excusa de que cada vez más alemanes de Berlín Este, bajo control soviético, se jugaban la vida en nombre de la libertad intentando escapar al territorio colindante controlado por Estados Unidos y sus aliados de la Segunda Guerra Mundial. Cuando Kennedy se negó a echarse atrás, Krushev, escarmentado, inició la construcción del Muro de Berlín en un intento de salir airoso.

Pero esta vez el tiempo corre a favor de Krushev: las instalaciones para el lanzamiento de misiles en Cuba están casi a punto.

De ahí que mientras el resto del mundo se prepara para la inminente devastación, Krushev pase la tarde del 26 de octubre en el *Ballet Bolshói*.

—Que nuestro pueblo y los de fuera nos vean en el teatro calmará el ambiente —intenta convencer a sus compañeros de la cúpula soviética—. Si Krushev y los demás dirigentes van al teatro en un momento como este, es que se puede dormir tranquilo.

Pero Nikita Krushev es el hombre más nervioso de Moscú, y descansar es lo último que puede hacer ahora mismo: al menos una docena de buques soviéticos han sido interceptados por buques de guerra estadounidenses o han dado la vuelta por propia voluntad. Los buques rusos, apenas armados, no tienen nada que hacer frente a la potencia de fuego estadounidense.

Después de la función de *ballet*, Krushev pasa toda la noche en el Kremlin; teme que se produzca algún acto de violencia. El líder soviético, cosa rara, está pensativo: tiene algo en la cabeza. Poco después de medianoche, se sienta a dictar un nuevo mensaje para el presidente Kennedy.



Son las seis de la tarde en Washington y las dos de la mañana en Moscú cuando llega ese mensaje. JFK ha pasado el día ajustando al milímetro los detalles de la inminente invasión de Cuba. Molido de cansancio, está tirando de reservas ocultas de energía. Le duele todo, y su organismo es un caos. Desde hace mucho, sufre el síndrome poliglandular autoinmune de tipo 2 (APS-2), dolencia que le ha provocado no solo hipotiroidismo (insuficiencia de la hormona tiroidea), sino también la enfermedad de Addison, que ha de vigilarse muy de cerca en todo momento. Esta enfermedad impide al organismo producir hormonas como el cortisol, que regulan la presión sanguínea, la función cardiovascular y los niveles de azúcar en sangre. Si no recibe tratamiento adecuado, la enfermedad de Addison cursa con fatiga, pérdida de peso y debilidad, y puede incluso provocar la muerte. En 1946, antes de que se la diagnosticaran, Kennedy se desplomó en un desfile y se puso tan azulado y amarillento que creyeron que sufría un infarto.

No quiere que eso vuelva a sucederle ahora.

De ahí las inyecciones de hidrocortisona y testosterona contra el Addison y los antiespasmódicos para controlar su colitis crónica. Ahora, además, sufre otra dolorosa infección del tracto urinario que requiere antibióticos. Todo ello viene a sumarse al continuo tormento de su espalda. Alguien menos motivado llevaría ya tiempo postrado en cama, pero John Kennedy se niega a que sus persistentes dolores y problemas de salud interfieran en el desempeño de sus obligaciones.

Jackie ha decidido no preocuparse por el cansancio de Jack, a quien ha visto exprimirse al máximo a lo largo de más de una campaña, con cenas de recaudación de fondos hasta altas horas de la noche seguidas de madrugones para plantarse a la entrada de alguna fábrica o planta siderúrgica y estrechar la mano a los obreros que empiezan su turno. Pero esto es otra cosa, y viendo la torpeza con que el presidente se recuesta en su mecedora favorita durante las reuniones para paliar el dolor de espalda, no sabe cuánto tiempo más podrá continuar así.

Un dato más inquietante es que el Addison estuvo a punto de matarlo quince años antes. Jackie también recuerda que en 1954, cuando le insertaron

una placa de metal en la columna (para paliar la afección degenerativa), entró en coma por una infección postoperatoria. Una vez más, John Kennedy recibió la extrema unción; y una vez más, consiguió volver a la vida.

Así pues, ya van tres ocasiones en las que JFK ha derrotado a la muerte: la torpedera 109, la enfermedad de Addison y la operación de espalda. Jackie Kennedy sabe que su marido, el presidente de los Estados Unidos, es muy duro y saldrá de esta. Siempre lo ha hecho.

En realidad, son los hombres del ExComm los que preocupan a la primera dama. Jackie ha escuchado sus reuniones con el oído pegado a la puerta y sabe la presión que soportan; cree que están trabajando hasta «el límite de la resistencia humana» por salvar el mundo.

También McGeorge Bundy está totalmente convencido de que los miembros del ExComm están a punto de quebrarse. Llevan en pie día y noche casi dos semanas seguidas. El cansancio extremo de estos hombres habitualmente serios y educados los ha vuelto hipersensibles, y auténticas nimiedades han sembrado entre ellos rencores y envidias que marcarán sus relaciones en los años venideros. Una de las voces más altas es la del general de la Fuerza Aérea Curtis E. LeMay, quien no ve inconveniente en borrar Cuba del mapa.



Luego llega el mensaje de Krushev. La redacción de la carta es personal, un llamamiento de dirigente a dirigente a comportarse como es debido. El soviético insiste en que no desea una guerra nuclear: «Eso solo lo querrían lunáticos o suicidas dispuestos a morir destruyendo antes el mundo entero», escribe. El gobernante soviético prosigue con una divagación a propósito de las motivaciones de Kennedy.

La carta concluye con una negociación un tanto confusa con Kennedy. El párrafo más llamativo dice: «Si no ha perdido el control de sí mismo y aún puede contemplar con sensatez la situación a que podría conducir esto, señor presidente, verá que ninguno deberíamos tirar de los extremos de la cuerda a la que usted ha anudado la guerra, pues cuanto más tiremos, más se apretará el nudo. Y si llega el momento en que el nudo se ha apretado tanto que ni siquiera quien lo ató tiene ya fuerzas para desatarlo, entonces habrá que cortarlo».

El equipo del ExComm no ve signos de una claudicación inmediata en el mensaje de Krushev, pero todos coinciden en que es un comienzo.

Por primera vez en más de una semana, John F. Kennedy tiene esperanzas. Sin embargo, no levanta el bloqueo: casi una docena de buques soviéticos siguen dirigiéndose directamente hacia la línea de cuarentena; y nada indica que vayan a dar media vuelta.

La tensión crece esa tarde cuando JFK recibe la noticia de que unos misiles tierra-aire cubanos han derribado un avión espía U-2 estadounidense; el piloto, el comandante Rudolf Anderson, ha muerto.

Los jefes del Estado Mayor Conjunto exigen en represalia que el presidente autorice un ataque aéreo masivo de los bombarderos estadounidenses sobre Cuba en el plazo de cuarenta y ocho horas, seguido inmediatamente de una invasión.

Lo peor de todo es que las fotografías de los aviones espía confirman que algunas de las instalaciones de misiles soviéticos ya se han completado: hay veinticuatro plataformas de misiles balísticos y cuarenta y dos de misiles de medio alcance. Una vez acopladas las cabezas nucleares, los misiles estarán listos para el lanzamiento. Su alcance es de mil seiscientos kilómetros, distancia más que suficiente para arrasar Washington. Totalmente convencidos de la inminencia de la guerra, los diplomáticos soviéticos quemaron documentos comprometedores en su embajada en la ciudad de Washington.

La crisis no ha terminado. La perspectiva de la guerra nuclear nunca ha sido más tangible. Estados Unidos está tan cerca de invadir Cuba que un chiste malo contado en la interminable serie de reuniones del ExComm es que Bobby Kennedy pronto será alcalde de La Habana.

El jefe de Gabinete de la Casa Blanca Kenny O'Donnell es quien mejor resume el estado de ánimo al describir la reunión del ExComm celebrada la noche del sábado 27 de octubre como «el peor momento que pasamos jamás en la Casa Blanca mientras estuvo el presidente».

El presidente Kennedy envía a Bobby a una reunión confidencial con las máximas autoridades soviéticas en Washington para prometerles que Estados Unidos no invadirá Cuba si ellos retiran los misiles, cediendo también a la exigencia de Krushev de sacar de Turquía los misiles estadounidenses instalados entonces en aquel país y apuntando a la Unión Soviética. Esto no va a gustar a los turcos. Y además, técnicamente los misiles están bajo control de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Pero el presidente hará esta concesión si con ello impide la guerra.

Una guerra que podría estallar al cabo de solo unas pocas horas.



Y entonces Krushev parpadea.

El líder comunista, con la certeza de que Kennedy está tirándose un farol, no ha movilizado al ejército soviético al nivel de alerta máxima. Sin embargo, ahora los informes de inteligencia muestran que la amenaza de Estados Unidos de invadir Cuba va muy en serio. Si esa amenaza se cumple, los rusos tendrán que lanzar los misiles nucleares; de lo contrario, Krushev y la Unión Soviética serán el hazmerreír del mundo entero. Y mucho peor: John Kennedy parecerá más poderoso que Nikita Krushev.

Imposible que la cúpula y el pueblo soviéticos le reafirmen su apoyo después de tal humillación: Krushev será depuesto.

A pesar de esta posibilidad, el jerarca soviético ya no se muestra tan belicoso. El «hombrecillo gracioso» se pone introspectivo al hablar de guerra. Su primera esposa murió de tifus durante la Primera Guerra Mundial; tal vez Krushev esté recordando la pérdida de su amada Yefrosinia cuando dice que la guerra «se ha llevado por delante ciudades y pueblos, sembrando por doquier la muerte y la destrucción». El dictador ruso ha visto que el presidente estadounidense está dispuesto a llegar a la guerra nuclear si la presión es extrema. Sí, Estados Unidos desaparecerá para siempre; pero también la Unión Soviética.

A las nueve de la mañana del domingo, Radio Moscú informa al pueblo de la Unión Soviética de que Krushev ha salvado al mundo de la aniquilación. Las palabras del locutor se dirigen también directamente a JFK al afirmar que la Unión Soviética ha decidido «desmantelar las armas que usted consideró de ataque, y embalarlas y devolverlas a la Rusia soviética».

Después de trece largos días, la crisis de los misiles en Cuba ha terminado.



En Dallas, Lee Harvey Oswald ha seguido la acción de cerca. Su reacción es mostrar su simpatía hacia los rusos y cubanos afiliándose al Partido Socialista de los Trabajadores.

Oswald, solo en el nuevo apartamento de dos plantas y con fachada de ladrillo que ha alquilado en la calle Elsbeth, está deseando que Marina vuelva con él. Ella y la pequeña June están viviendo con unos amigos en Fort Worth, y él se siente solo y echa de menos su compañía pese a la violencia que

caracteriza su relación. Sin embargo, cuando Marina al fin llega a Dallas el 3 de noviembre, sus peleas domésticas se reanudan. La sórdida vivienda es otra «pocilga» para ella. Pasan dos días seguidos gritándose. Oswald jura que va a «darle una buena paliza», y luego da un paso más, amenazándola con golpearla tanto y tan fuerte que la matará.

Marina ya no aguanta más y vuelve a abandonarlo, yéndose a vivir con unos amigos rusos. Su ruptura es tan total que ni siquiera facilita a Oswald su nueva dirección. A los amigos rusos instalados en Dallas nunca les gustó Oswald y se niegan a ayudarlo a encontrar a su esposa.

Marginado, incomprendido y solo, Lee Harvey Oswald, que se tiene por un gran hombre destinado a grandes logros, se descompone en su silenciosa ira.

Ahora está desesperado.



El 6 de noviembre de 1962, Teddy Kennedy, uno de los primeros beneficiarios de la desactivación de la crisis, ocupa su cargo como senador de Estados Unidos por Massachusetts tras salir elegido al obtener unos resultados arrolladores. Ahora habrá tres Kennedy en Washington. Y, aunque la crisis de los misiles en Cuba ha visto el índice de aprobación de JFK subir nada menos que al 79 por ciento, no todos se alegran del creciente poder de los Kennedy. Los jefes del Estado Mayor Conjunto están soliviantados porque JFK no ha invadido Cuba ni piensa hacerlo. Fidel Castro se siente vendido por los soviéticos, y su peso en Latinoamérica cae en picado al quedar en evidencia como títere de la Unión Soviética. Furioso, culpa a Kennedy.

Con toda la razón. La crisis de los misiles en Cuba no fue el final de los intentos de Estados Unidos de librarse de Castro. El presidente ha prometido a Kruschev no intervenir en los asuntos cubanos, pero la operación Mangosta de la CIA no va a cancelarse por eso. Bajo la operación Mangosta, creación de JFK, comandos de exiliados cubanos se infiltraron en la isla para instigar la rebelión contra Castro. Al principio, también hubo contactos secretos con la Mafia con el objetivo primordial de matar a Castro. El presidente nunca usó la palabra *asesinato* para aludir al fin último de la operación, pero la Mafia nunca ha sido una organización militar, y su innegable participación cuidadosamente orquestada lleva Mangosta mucho más allá de un levantamiento popular instigado por los exiliados, adentrándola en los dominios del crimen político.



El vínculo entre Jack y Bobby Kennedy se ha estrechado más que nunca durante la crisis de los misiles en Cuba, a la vez que Lyndon Johnson ha vuelto a caer en desgracia. El vicepresidente cometió el craso error de ser desleal a Kennedy al alinearse en un primer momento con los generales de línea dura que propugnaban una invasión en toda regla. Bobby, en cambio, defendió el punto de vista opuesto. Pensaba que un ataque a Cuba evocaría Pearl Harbor: una opinión en la que coincidía con JFK.

Ahora que ha conseguido atajar la crisis, John Fitzgerald Kennedy está exultante. Cree que el feliz desenlace de la crisis de los misiles en Cuba puede compararse con la equilibrada política de Abraham Lincoln que puso fin a la Guerra de Secesión.

—Tal vez justo esta noche debería salir al teatro —dice JFK a Bobby en broma, recordando que al acabar la guerra Lincoln fue a ver una función... y allí fue asesinado.

Un chiste osado que alude al parricidio de otro presidente, un chiste que casi tienta al destino. Y no es propio de John Kennedy, en cuya vida resuenan muchas veces ecos de Abraham Lincoln: desde dormir en el dormitorio de Lincoln la noche de su investidura hasta que su secretaria se apellide Lincoln, pasando por la limusina descapotable Lincoln Continental en la que se desplaza. Pero después de la enorme tensión vivida durante la reciente crisis, John Kennedy piensa que se puede permitir un poco de humor negro; hasta ese chiste tan macabro le hace gracia tras la oscuridad que ha empañado su vida durante los últimos trece días con todas sus noches.

El presidente y el fiscal general ríen juntos.

—Si vas al teatro —responde Bobby—, yo me apunto.

Poco saben lo macabro que el chiste es en realidad.



El presidente Kennedy con sus hermanos Robert y Teddy. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



El mandatario soviético Nikita Krushev colaboró con el entonces primer ministro cubano Fidel Castro para desafiar al presidente Kennedy en el hemisferio occidental, lejos de la sede del poder soviético. (Associated Press)



Crisis de los misiles en Cuba

16 de octubre, 1962

Segunda parte



Cae el telón

8

8 DE ENERO DE 1963

WASHINGTON, D. C.

21.30

Los hombros morenos que luce Jackie Kennedy resaltan el rosa de su vestido sin tirantes, un modelo de Oleg Cassini. Lleva unos pendientes largos de brillantes del legendario diseñador de joyas Harry Winston y unos guantes blancos, también largos, que le cubren los brazos por encima del codo. Está charlando con el ministro de Cultura francés, el escritor de sesenta y un años André Malraux, al que adora. La primera dama tiene la mirada centelleante después de las descansadas vacaciones de Navidad que ha pasado en Palm Beach, Florida.

Esta noche la primera dama está guapísima.

Y además, sin que nadie lo sepa salvo una sola persona de las miles que llenan la Sala de Escultura del Edificio Oeste de la Galería Nacional de Arte, está embarazada.

El presidente, a menos de un metro, no presta atención a su esposa. Está mirando a una belleza de cabellera negra a la que dobla la edad, Lisa Gherardini. El contraste de los labios llenos y rojos y la tersa piel aceitunada de la mujer es muy seductor. Su sonrisa es incierta. El hondo escote de su vestido insinúa un pecho generoso. Se da un aire a la primera dama.

Hay cámaras de televisión, reporteros de prensa y miles de invitados. Todos los movimientos de John Kennedy están siendo escrutados, pero él no teme detener la mirada en esta joven tan atractiva. Es el presidente de los Estados Unidos y acaba de salvar al mundo de la guerra termonuclear global. Lo está consiguiendo todo: seguramente puedan perdonarle el desliz de admirar a esta encantadora veinteañera.

Tal vez para quienes le vigilen de cerca, JFK sonrío a la joven Lisa. Pero

desde la crisis de los misiles en Cuba, el presidente está cambiado: ahora se siente mucho más atraído por Jackie que por ninguna otra mujer; al menos de momento. Aquella experiencia que rozó la catástrofe le recordó lo mucho que ama a su esposa y a sus hijos.

Mañana se inaugurará el nuevo periodo de sesiones del Congreso, y el discurso del presidente sobre el Estado de la Unión está a menos de una semana. Kennedy propugnará «una sustancial revisión a la baja del impuesto federal sobre la renta» como «único paso esencial, por encima de todos» para hacer más competitivo a su país en la economía mundial. No obstante, esa rebaja fiscal será polémica, y el nuevo Congreso demócrata se lo pondrá difícil. Esta noche las responsabilidades de la presidencia de los Estados Unidos son mucho más apremiantes que las ganas que pudiera tener de pasar un rato con Lisa Gherardini.

El presidente sigue andando.



Pero Jackie no se mueve del sitio, volviendo la espalda a Malraux para mirar a la misma joven cautivadora. En realidad, Lisa Gherardini no está aquí en persona, sino en el retrato colgado en la pared de la galería. También conocida como la *Gioconda* o la *Mona Lisa*, fue esposa y madre de cinco hijos y posó para este cuadro a principios del siglo XVI.

Mirando la *Mona Lisa*, Jackie siente una honda satisfacción, pues llevaba tiempo persiguiendo el sueño de traer a la Galería Nacional de Washington el cuadro más famoso del mundo. Hace alrededor de un año hizo una discreta petición a Malraux, que accedió al préstamo para gran revuelo entre los parisinos, muchos de los cuales consideran Estados Unidos una tierra baldía desde el punto de vista de la cultura.

Pero no es ni mucho menos la primera vez que la *Mona Lisa* viaja. En otros tiempos estuvo colgada en la pared del dormitorio de Napoleón, que la admiraba cada mañana. En 1911, el cuadro fue robado del Louvre y hasta dos años después no regresó al museo parisino. Durante la Segunda Guerra Mundial, la *Gioconda* fue trasladada varias veces para evitar que los nazis se apoderaran de ella. Y ahora Jackie ha llevado la obra maestra de Leonardo da Vinci a Estados Unidos, donde está a punto de declararse la «fiebre de la *Mona Lisa*»: millones de estadounidenses hacen cola para ver el cuadro antes de que retorne a Francia en marzo. Y todo gracias a Jackie Kennedy.

John Walker, director de la Galería Nacional, se oponía al préstamo por

temor a echar abajo su trayectoria profesional si el frágil cuadro de la *Mona Lisa*, de cuatrocientos sesenta años de antigüedad, era robado o sufría daños en su traslado en pleno invierno al otro lado del océano. De hecho, el 17 de octubre, justo cuando JFK y los suyos se veían las caras por primera vez con la realidad de los misiles soviéticos en Cuba, Walker llamó a la primera dama y le dijo amablemente que llevar el cuadro a Estados Unidos era una pésima idea; solo pensarlo le producía pavor.

Al poco tiempo, como el resto de Estados Unidos, Walker se vio absorbido por el bombardeo de noticias por radio y televisión sobre la crisis de los misiles en Cuba. El carácter maternal de Jackie y su insistencia en permanecer en la Casa Blanca para estar con su marido le llegaron al alma, y se dio cuenta de que la primera dama era una mujer de carácter, no solo una joven rica enamorada de la cultura francesa.

Por eso cambió de opinión, y mucho antes de resolverse la crisis de los misiles en Cuba, comenzó a organizar el viaje de la *Mona Lisa* a Estados Unidos.

Walker vio muy facilitada su labor cuando JFK asignó la vigilancia de la preciosa obra de arte al mejor cuerpo de seguridad del mundo, nada menos que escoltas de élite que se dejarían tirotear para proteger al presidente: el servicio secreto.



El nombre en clave que el servicio secreto ha puesto al presidente es «Lancer» [Lancero]. El de la primera dama, «Lace» [Encaje]. Caroline y John son «Lyric» [Lírica] y «Lark» [Alondra], respectivamente. Prácticamente todas las cosas y personas relacionadas con la vida de la familia presidencial tienen un nombre en clave: LBJ es «Volunteer» [Voluntario], la limusina Lincoln del presidente es «SS-100-X», Dean Rusk es «Freedom» [Libertad] y la propia Casa Blanca es «Castle» [Castillo]. También hay cosas temporales con nombre en clave, como «Charcoal» [Carboncillo]: cualquier lugar donde se aloje el presidente cuando sale de la Casa Blanca. La mayoría de los subgrupos de nombres y lugares comienzan cada cual con una inicial: «L» la familia presidencial, «W» el personal de la Casa Blanca, «D» los agentes del servicio secreto, y así sucesivamente.

La protección que el servicio secreto procura a Kennedy es continua y contrasta mucho con la de Abraham Lincoln cien años atrás. Por aquel entonces, el servicio secreto no existía. La agencia no se fundó hasta tres meses después del asesinato de Lincoln; y en aquel momento su función

primordial era impedir el fraude fiscal, no proteger al presidente.

En tiempos de Lincoln, cualquier ciudadano podía entrar en la Casa Blanca cuando le viniera en gana. El vandalismo de visitantes de exacerbado entusiasmo que robaban objetos del hogar del presidente para llevárselos de recuerdo campaba a sus anchas: la respuesta del Departamento del Interior fue contratar a un selecto grupo de oficiales de la Policía Metropolitana de Washington para vigilar el gran edificio. Pero cuando las amenazas de muerte contra Abraham Lincoln se intensificaron en los postreros días de la Guerra Civil, la policía concentró la protección en el presidente. Dos oficiales permanecían a su lado desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, otro se quedaba con Lincoln hasta medianoche y un cuarto hombre cubría el turno de noche. Cada escolta llevaba una pistola del calibre 38.

Pero el presidente Lincoln, como demostró su asesinato, nunca estuvo a salvo del todo: la noche que recibió un tiro en la cabeza, su escolta John Parker, durante su turno de vigilancia, estaba bebiendo cerveza en una taberna cercana. Y aunque el presidente de los Estados Unidos recibiera el balazo que acabó con su vida porque Parker abandonó su puesto, el escolta jamás fue condenado por negligencia en el cumplimiento del deber; y, por increíble que parezca, hasta se le permitió continuar en el cuerpo de policía.

Antes del asesinato de Lincoln, muchos creían (entre ellos, el propio Lincoln) que los estadounidenses no eran un pueblo que matara a sus dirigentes políticos. El disparo de pistola efectuado por John Wilkes Booth refutó esa teoría con toda contundencia. Aun así, siguió confiándose en la quimera de la seguridad presidencial. La muerte de Lincoln se tomó por una anomalía, aunque dieciséis años después un segundo presidente cayera asesinado: James Garfield. La protección obligatoria del vicepresidente no llegó hasta 1962, lo que refuerza la idea de lo desagradecido que es el cargo.



Los escoltas de John Kennedy lucen el revelador bulto de un revólver del 38 bajo la chaqueta del traje, pero todos los demás aspectos de su trabajo pasan desapercibidos. Avalan el lema del servicio secreto —«Seguro y digno de confianza»— el aplomo y la profesionalidad de los agentes, verdaderos atletas, muchos de ellos universitarios que han servido en el ejército. Beber cerveza estando de servicio es impensable. Hay ocho agentes en cada uno de los tres turnos de ocho horas, todos ellos adiestrados en el manejo de diversas armas mortíferas. El cuartel general del servicio secreto en la Casa Blanca es un pequeño despacho ciego en la parte septentrional del ala oeste, cuyo

arsenal de fusiles antidisturbios y subfusiles Thomson aporta potencia de fuego adicional. Varias capas de seguridad se interponen entre JFK y cualquier asesino en potencia, empezando por la verja de la Casa Blanca y siguiendo por el vestíbulo de baldosas blancas y negras del Despacho Oval, donde hay apostado un agente siempre que el presidente está trabajando allí. Si en cualquier momento Kennedy necesitara al agente, solo tendría que pulsar el botón especial de emergencia oculto bajo el tablero de su escritorio.

El momento y lugar más fácil para atacar al presidente es a la salida de la Casa Blanca; el servicio secreto ha tenido prueba de ello con los recientes sucesos en Francia. El presidente Charles de Gaulle es prácticamente intocable dentro del palacio del Elíseo, donde vive y trabaja. Pero el 22 de agosto de 1962, varios terroristas abrieron fuego sobre su convoy en el barrio residencial francés de Petit Clamart. Efectuaron 157 disparos y catorce balas acertaron en el coche, desinflando dos neumáticos del Citroën de De Gaulle; pero su chófer, diestro al volante, consiguió ponerlo a salvo. Por las mismas fechas en que los estadounidenses descubren a la *Mona Lisa*, en París se juzga a Jean Bastien-Thiry, cabecilla del atentado. Este antiguo teniente coronel de la Fuerza Aérea francesa será declarado culpable; la ejecución de este militar descontento será la última realizada por un pelotón de fusilamiento en la historia de Francia.

Para que ninguna versión americana de Bastien-Thiry pueda atentar contra Kennedy, cada vez que sale de la Casa Blanca ocho agentes del servicio secreto se adelantan e inspeccionan el lugar al que se dirige; fuera de la Casa Blanca, otros ocho agentes le rodean en todo momento formando un escudo humano allá donde va.

Para la escolta del presidente, la actividad casi frenética de JFK es lo más duro de su trabajo.

A John Kennedy le gusta mostrarse enérgico en sus apariciones públicas, y con frecuencia se juega la vida mezclándose con la multitud para estrechar la mano a la gente. Esas incursiones aterrorizan a su escolta: en momentos así, un lunático de oscuros fines y armado con un revólver puede disparar a placer. En ese caso, los agentes se interpondrían entre la bala y el presidente, sacrificando su propia vida por el bien del país.

JFK cae verdaderamente bien a los agentes, y eso les facilita el trabajo. Conoce a todos por su nombre y le gusta bromear con ellos. A pesar de su familiaridad, la escolta del servicio secreto nunca olvida que John Kennedy es

el presidente de los Estados Unidos. Su sentido del decoro se hace patente en el respeto con que se dirigen a Kennedy, cuya vida íntima conocen bien. Cara a cara, lo llaman «señor presidente». Cuando hablan de él entre ellos, dicen «el jefe». Y si hay visitas o invitados, el servicio de seguridad alude a él como «el presidente Kennedy».

Estos agentes del servicio secreto quieren a Jackie igualmente. Su escolta, Clint Hill (su nombre en clave es «Dazzle»: Resplandor), de 1,83 metros de altura, ha llegado a ser su confidente y un amigo muy cercano.

Por eso, resulta casi lógico que la protección del servicio secreto se extienda a la *Mona Lisa*. El fervor de las masas que admiran el cuadro de Da Vinci recuerda al de las que jalean a JFK y Jackie en sus viajes por el mundo.

El cuadro zarpa hacia Estados Unidos en su propia *suite* de primera clase a bordo del transatlántico de lujo *SS France*, donde agentes franceses lo vigilan las veinticuatro horas. Viaja en barco y no en avión para eludir un posible accidente que lo destruiría para siempre. Si el barco se hundiera, la caja especial de metal que contiene la *Mona Lisa* está diseñada para flotar. Solo el capitán del *SS France* sabe de la presencia de la *Mona Lisa* a bordo; las medidas de seguridad al embarcarla son tales que los pasajeros especulan sobre el contenido de esa caja de metal, y se habla de un dispositivo nuclear secreto. Cuando al final se filtra la noticia del verdadero contenido de la caja, los pasajeros transforman el barco en una incesante celebración de la *Mona Lisa* que incluye unos pasteles de hojaldre especiales y concursos para ver quién bebe más.

Al atracar en Nueva York, la *Mona Lisa* es trasladada a la ciudad de Washington por un convoy especial del servicio secreto que no se detiene en ningún momento. De nuevo por temor a un accidente, el trayecto de cuatro horas se impone a un simple vuelo. A lo largo del recorrido hay francotiradores del servicio secreto en los tejados, y el agente secreto John Champion viaja personalmente junto a la *Mona Lisa* en la furgoneta negra de la Galería Nacional. El vehículo lleva amortiguadores con refuerzos extra para absorber los baches que podrían hacer saltar motas de pigmento del lienzo.

Al llegar a Washington, la *Mona Lisa* se guarda bajo llave tras las puertas de acero de una cámara acorazada que mantiene a todas horas la temperatura ideal: 17.º C. Si fallara la electricidad, un generador de reserva se pondría en marcha automáticamente. Incluso dentro de la cámara acorazada, el servicio secreto mantiene su vigilancia por un circuito cerrado de televisión.

La protección la obra maestra de Da Vinci es extraordinaria. Sin embargo, hay una enorme diferencia entre proteger al presidente y proteger este precioso cargamento: la *Mona Lisa* no es más que un cuadro. Al menos tres ciudadanos exacerbados han atentado ya contra ella —uno intentó rociarla de pintura, otro la atacó con un cuchillo y un tercero le lanzó una jarra de cerámica—; y ya se ha dicho que una vez fue robada. Pero la propia Lisa Gherardini lleva en su tumba casi cinco siglos. No hay modo de que la puedan matar de un disparo.

No puede decirse lo mismo del presidente.

Por eso el servicio secreto nunca baja la guardia.

Al menos no todavía.



—La política y el arte, la vida de acción y la del pensamiento, el mundo de los hechos y el de la imaginación, todos son uno solo.

John Kennedy dirige estas palabras al distinguido público que lo rodea cuando descubre el cuadro de la *Mona Lisa*... a la que su acento de Boston convierte en la «*Monea Lisea*».

El presidente y la primera dama nunca han sido tan populares como ahora, y nunca han estado más identificados con Estados Unidos. Además, están más unidos que nunca. El servicio secreto ha notado que Kennedy no parece tan interesado en otras mujeres, y los amigos han visto su relación de pareja pasar de la formalidad profesional que definió los dos primeros años en el cargo a una nueva ternura que es patente en el tiempo que pasan juntos y en su manera de hablarse. Esta transformación los ha convertido en la primera pareja mediática en el poder de la historia. Estados Unidos es «la nación más poderosa del mundo», en palabras del diseñador de moda Oleg Cassini, «representada por la pareja más deslumbrante que cabe imaginar».

Un vistazo circular a la abarrotada sala corrobora las palabras de Cassini. Todo el mundo está aquí presentando sus respetos: jueces del Tribunal Supremo y senadores, acaudalados diplomáticos y empresarios del petróleo. Aunque el inteligente discurso del presidente asocia a la *Mona Lisa* con la política de la guerra fría, es Jackie quien organiza hasta el último detalle de esta velada tan especial. Puede que la *Mona Lisa* sea espléndida —incluso tras un cristal a prueba de balas—, pero el invitado medio no pasa más de quince segundos mirando el cuadro, mientras que algunos pasan toda la noche mirando a Jackie. Su belleza, elegancia, gracia y *glamour* son inigualables.

Esta noche es la primera dama, no la *Mona Lisa*, quien se ha ganado a la sala.



Jackie ha llegado a contemplar la Casa Blanca de Kennedy como un lugar mítico, que ella llamará «la Corte de Camelot» estadounidense. La primera dama alude al musical de Broadway protagonizado por Richard Burton en el papel del legendario rey Arturo, la cándida Julie Andrews interpretando a la reina Ginebra y Robert Goulet como sir Lancelot. En la obra, Camelot representa un idílico oasis de felicidad en medio de un mundo duro y frío. Cada vez más estadounidenses están de acuerdo con Jackie en que la Casa Blanca de Kennedy es un lugar igual de mítico y un baluarte de idealismo en plena guerra fría.

Camelot inspira incluso al presidente: Jackie contará más tarde que muchas noches antes de irse a dormir pone en su tocadiscos la banda sonora del musical de Broadway.

Pero la Corte de Camelot tiene su lado oscuro, y el servicio secreto de JFK lo sabe de sobra.

Está la otra cara de las encuestas sobre la popularidad del presidente: tal vez el 70 por ciento de la nación ame a JFK, pero el restante 30 por ciento no lo puede ni ver. Castro sin duda lo quiere muerto. En Miami, muchos cubanos exiliados, hondamente desengañados por la debacle de Bahía de Cochinos, claman venganza. En el profundo Sur, la ira ante el claro apoyo del presidente a la igualdad racial se extiende tanto que la única opción política inteligente para los demócratas del Sur —si quieren conservar el cargo— es mantenerse firmes en su oposición a la política interior del presidente.

En Washington, a la CIA tampoco le gustan los rumores de que Kennedy querría situar la agencia bajo su estrecha supervisión poniendo al frente a Bobby Kennedy. Por otro lado, no son pocos los altos mandos del Pentágono que desconfían del criterio de Kennedy; el presidente ha aireado públicamente su presunción de que los generales podrían intentar apearle del cargo.

Y, por último, la Mafia, antaño tan cercana a Kennedy que el capo Sam Giancana lo llamaba «Jack» en vez de «señor presidente», está molesta porque Kennedy le paga años de amistad permitiendo la cacería emprendida por Bobby y su Departamento de Justicia.

—Nos partimos el pecho por él —se queja Giancana—, y él anima a su hermano a perseguirnos a muerte.

JFK conoce a sus enemigos. Y sabe que las amenazas seguirán en pie por más que tantas noches quiera olvidarse del mundo bajando la aguja de su estéreo para escuchar la música de *Camelot*.



Si el servicio secreto sabe de Lee Harvey Oswald, no consta en ningún registro.

Esta ignorancia no es rara. ¿Por qué el poderoso servicio secreto iba a vigilar a un antiguo marine de baja cualificación residente en Dallas, Texas?

Oswald y Marina están juntos otra vez. Sus reconciliaciones siempre son efusivas, y la última no lo ha sido menos: Marina Oswald vuelve a estar embarazada.

Pese a circunstancias vitales muy distintas, a Jackie Kennedy y Marina Oswald les une el hecho de ser dos mujeres jóvenes en los primeros días de un embarazo que les cambiará la vida en los próximos meses. Jackie espera a su hijo en septiembre, Marina en octubre. Y otra cosa las acerca: como Jackie, Marina ve muy guapo a JFK. Por eso su desequilibrado marido está más celoso de lo habitual.



La vida de Lee Harvey Oswald sigue caracterizándose por su oscilación entre la pasión y la ira. El 27 de enero de 1963, cuando en las calles de Washington la gente se agolpa en filas de a diez en fondo para ver la *Mona Lisa*, Oswald encarga un revólver del calibre 38 Especial por correo. El precio es de 29,95 dólares. En el sobre mete un billete de 10 dólares; pagará la diferencia contra reembolso. Guarda en secreto esta adquisición sin mencionársela a Marina, facilitando su apartado de correos para el envío del revólver y usando el alias de «A. J. Hidell».

Oswald no tiene planes concretos para su nueva pistola. Nadie amenaza su vida y por ahora no pretende matar a nadie: quiere tener un revólver por si acaso, nada más.



El mes de enero toca a su fin, y con él la estancia de la *Mona Lisa* en Washington. El 4 de febrero otro convoy de alta seguridad traslada el cuadro a Nueva York, donde la «fiebre de la *Mona Lisa*» alcanza cotas aún más elevadas.

Enero ha sido un mes increíble para el presidente y la señora Kennedy. El *glamour* que rodea la *Mona Lisa* ha eclipsado temporalmente el temor a la

guerra fría. A los dos años de la presidencia de Kennedy, ya está claro para el mundo que John y Jackie rigen el destino de los Estados Unidos.

Quizá Jackie Kennedy tenga razón, podría ser la Corte de Camelot; al menos en parte. Para ella, la historia no tiene lado oscuro; pero ese lado sin duda está ahí.

Cuando Jackie piensa en el reino de Camelot, se centra en el último acto de la obra, el momento en que el rey Arturo recupera la magia y la esperanza. Pero Jackie pasa por alto el resto de la historia. *Camelot* está plagado de tragedia, luchas intestinas y traición, peligro y muerte: más de la mitad de los caballeros de la Tabla Redonda perecen antes de que caiga el telón.

Y la reina Ginebra, la heroína con la que tanto se identifica Jackie, acaba sola.

9

11 DE MARZO DE 1963

ST. AUGUSTINE, FLORIDA

20.00

El hombre más solitario de la Corte de Camelot quiere ser presidente de los Estados Unidos.

La luz de los focos baña a Lyndon Baines Johnson. Tiene el discurso escrito a máquina en el atril, pero no dirige la vista a sus papeles; le interesan más dos mesas de votantes que ahora busca entre el público y que en el futuro podrían hacer realidad su sueño presidencial imposible.

Lo que Lyndon Johnson quiere por encima de todo es volver al poder. Ama el poder y soportará cualquier cosa con tal de volver a sentir la embriagadora sensación de poseerlo.

Cualquier cosa.

El vicepresidente recorre la sala con la mirada buscando las «mesas de los negros»; se muere por saber si su juego político rendirá frutos.



Robert Francis Kennedy también quiere ser presidente de los Estados Unidos.

A cinco años de las elecciones de 1968, un artículo de Gore Vidal publicado en el número de marzo de la revista *Esquire* lo señala ganador de la nominación demócrata, por delante de Lyndon Johnson.

Bobby Kennedy se ha convertido en una figura política de tal magnitud que hasta el vicepresidente teme no poder impedir su victoria en 1968.

Todo parece ir rodado: JFK sigue en la Casa Blanca hasta 1968, Bobby la ocupa entonces y vuelve a ganar en 1972; y por último, tal vez también Teddy acceda a ella en 1976 y 1980. Se barrunta que la dinastía Kennedy controlará la presidencia de Estados Unidos durante los próximos veinte años; está casi

asegurado.

Pero no hay nada seguro en política. Y poco sabe LBJ de las pérfidas fuerzas que seguramente están apuntando a Bobby ahora mismo, conspirando no solo por la caída del fiscal general, sino de toda la dinastía política de los Kennedy.



Es el 5 de agosto de 1962. Marilyn Monroe yace desnuda boca abajo en su cama, muerta. Los detectives policiales no advierten signos de violencia. Más adelante el forense de Los Ángeles concluirá que la actriz murió a causa de una sobredosis de barbitúricos. Sin embargo, en su estómago prácticamente vacío no encuentran restos de ningún fármaco.

El público enseguida achaca la muerte de Marilyn a su vida de excesos. La prensa sensacionalista ha hablado tanto de su consumo de drogas que apenas hay clamor de la opinión pública por una investigación más a fondo de lo sucedido a la bella actriz.

Pero en los dominios del crimen organizado circula un relato más turbio de lo ocurrido. Según la versión tradicional de la Mafia, la antigua conexión de Sam Giancana con la CIA, que databa de los días de la operación Mangosta, seguía activa en secreto. Si prestamos oídos a esta versión, Giancana contrató a cuatro sicarios que entraron en la casa de Monroe a asesinarla, la amordazaron para que no gritara y le introdujeron en el recto un cóctel mortífero de barbitúricos e hidrato de cloral, un anestésico. Emplearon este método para evitar el vómito que suele acompañar las sobredosis por ingesta de drogas. Con Marilyn ya muerta, le quitaron la mordaza y limpiaron su cuerpo de arriba abajo.

El móvil de Giancana fue vengarse de las constantes pesquisas del Departamento de Justicia al mando de Bobby Kennedy contra las actividades del crimen organizado. Según la teoría de la Mafia, los asesinos querían implicar a Bobby en el crimen; pero sus planes se fueron a pique con el chivatazo que recibió Bobby de la inesperada muerte de Marilyn Monroe. El fiscal general ordenó inmediatamente a Peter Lawford que enviara al domicilio de Marilyn a un detective privado para registrar la casa palmo a palmo y borrar cualquier prueba, por nimia que fuera, que pudiera vincular a la actriz con el presidente o la familia Kennedy. Tanto Giancana como el detective Fred Otash hicieron una buena limpieza, llevándose hasta el diario de Marilyn.

Pero también había grabaciones telefónicas de Marilyn que podían demostrar con quién habló en sus últimas cuarenta y ocho horas de vida. De acuerdo con esta versión de los hechos, Bobby Kennedy apeló a J. Edgar Hoover y al FBI y consiguió expurgar las grabaciones. Para aprovechar la muerte de Monroe en su propia ventaja política, prosigue la teoría, el jefe de la policía de Los Ángeles William Parker se hizo con una copia de esas cintas y las guardó en su garaje durante años: eran la prueba que necesitaba para un chantaje. Las cintas serían, dijo Parker después, «mi pasaje al puesto de Hoover cuando Bobby Kennedy llegara a presidente».

Más tarde, Peter Lawford declarará que aquella noche Bobby estuvo en la casa de Monroe, llegando a la ciudad en un vuelo desde el área de la bahía de San Francisco donde estaba pasando unos días con Ethel y cuatro de sus hijos. Según la versión de Lawford, que nunca se ha corroborado, Marilyn pensaba revelar a la prensa su antigua relación con JFK, y Bobby se personó en Los Ángeles para controlar los daños.

Los hechos recordados tanto por Lawford como por la Mafia se han diseccionado meticulosamente uno por uno sin que ni unos ni otros se hayan podido probar jamás, como tampoco los rumores de que el propio Bobby mantenía una relación con Marilyn.

Se sabe que Marilyn Monroe telefoneó a Bobby varias veces a lo largo del verano de 1962. Desconsolada por el fin de su romance con JFK, había empezado a airearlo por todo Hollywood. La prensa ya estaba haciendo preguntas sobre la supuesta aventura, y se intuía que el asunto saldría a relucir en las elecciones de 1964. Pero el rancho del Norte de California donde Bobby estaba con su familia la noche de la muerte de Marilyn quedaba a una hora del aeropuerto más cercano y a cinco horas en coche de Los Ángeles, lo que hace muy improbable que RFK pudiera escabullirse inadvertidamente.

El hecho de que la teoría de la conspiración relacione a Bobby Kennedy con la muerte de Marilyn Monroe —fuera un suicidio o un asesinato— le resta peso, pues esta relación nunca ha podido demostrarse hasta la fecha.

No obstante, es indudable que, si se hacía pública, la relación de JFK con Monroe podría hundir su campaña presidencial. La gente veía en él a un devoto padre y esposo: si llegara a saberse de su aventura con la llamativa Monroe, esa sórdida revelación haría trizas la imagen de la Corte de Camelot.

Lastrado por el tumultuoso pasado familiar que lo rodea, Bobby Kennedy sabe que no tiene la presidencia ni mucho menos asegurada. Y eso implica

que ha de hacer todavía más por desacreditar a Lyndon Johnson, su mayor rival, antes de que LBJ lo desacredite a él.

Mientras, está desactivando discretamente sus investigaciones contra la Mafia.

No tiene sentido enojar a antiguas amistades innecesariamente.



LBJ ahora cultiva nuevas amistades y se felicita por la presencia de votantes negros en su discurso en la cena de St. Augustine. Esta noche de lunes se celebra el aniversario de la fundación de la ciudad cinco siglos atrás, una efemérides que a LBJ no le importa lo más mínimo. Lo que le importa son los fines simbólicos por los que en realidad ha volado a Florida: quiere cortejar a los estadounidenses negros.

Sus ojos pardos recorren el público mayoritariamente blanco que ha acudido al salón de baile del hotel Ponce de León. Al fin localiza las «mesas de los negros»; su asistencia es un gesto de integración en el que insistió antes de aceptar el compromiso de hablar.

Johnson ve las dos mesas justo frente a él, un racimo de caras negras en medio de un mar de blancos del Sur. Los serios semblantes negros asienten con la cabeza a todo lo que dice, agradecidos por el solo hecho de estar en la sala. Esta noche es la primera vez que el legendario hotel admite a negros en una cena, y todo gracias a LBJ. Dos mesas no son muchas, y el cambio es solo por esta noche, pero al menos Johnson puede volver a Washington alardeando de su posición de primera línea en el frente de batalla por la igualdad racial.

Esto le hace sentirse poderoso. Pero de vuelta a Washington LBJ olvida casi por completo esa sensación. Cuando sale de viaje, es un pez gordo: lo tratan con deferencia, los líderes locales lo reciben, la prensa local cita sus palabras, la gente quiere tocarlo o recibir sus famosos apretones de manos de alto voltaje en los que aferra con su carnoso puño el de su interlocutor sin soltarlo mientras hablan para ganarse su amistad... y en los viejos tiempos del Senado, su voto.

Pero en Washington se vuelve invisible. Para Johnson, la Casa Blanca de Kennedy no es la Corte de Camelot, sino una experiencia más comparable a otra palabra con la inicial C: castración. «Buey» y «perro castrado» son palabras con las que alude a su propia persona. El presidente no lo convoca a las reuniones importantes, hace bromas a su costa cuando no está y en las

veladas de la Casa Blanca ni siquiera repara en él, si es que se molesta en invitarlo.

El presidente no es el único que desdeña a Johnson. Bobby Kennedy lo tiene por un charlatán de la política, Jackie Kennedy guarda las distancias y el desprecio del equipo de la Casa Blanca se nota a la legua. «Los Harvard», como los llama Johnson, se burlan de sus trajes demasiado grandes, de su pelo engominado y peinado hacia atrás y de su acento gangoso de Texas Hill Country [la región de las colinas de Texas]. Cuando en una cena metió la pata diciendo *soiled doves*^[6] en lugar de *hors d'oeuvres* [«entrantes»], su rusticidad lo convirtió de inmediato en el blanco de los chistes de Washington.

A Johnson lo llaman despectivamente «el Tío Arepa», como si fuera un palurdo irrelevante y no el político que logró que Kennedy saliera elegido presidente en 1960 gracias al apoyo del profundo Sur. Otro apodo, «el Juez Cráter», se lo debe a un magistrado de la ciudad de Nueva York que desapareció de repente para siempre en la década de 1920. En una fiesta, alguien del personal de la Casa Blanca bromeó:

—¿Lyndon? ¿Qué Lyndon?

Pero Johnson no está acabado en absoluto, y tampoco es ningún palurdo. Mientras fue líder de la mayoría en el Senado, demostró su habilidad para lograr que se aprobaran leyes difíciles. Su versículo preferido de la Biblia, Isaías 1:18, ilustra su pasión por crear coaliciones: «Venid ahora y razonemos juntos».

La verdad es que el vicepresidente tiene una personalidad compleja y es un hombre de gustos muy variados: desde la salchicha de venado picante y el *whisky* escocés Cutty Sark hasta los vales vieneses. Y sexualmente es casi tan activo como Kennedy; solo que mucho más discreto en sus aventuras.

Discreción que hace extensible a la política: el gregario Johnson, reprimiendo su carácter, se ha disciplinado para no abrir la boca en las reuniones y así no ofender al presidente. La constante lluvia de insultos está matando al vicepresidente; angustiado y deprimido, se muestra demasiado ansioso por agradar a los demás. Apenas prueba bocado, y ha perdido tanto peso que sus holgados trajes ahora le quedan enormes; hasta su nariz y sus orejas parecen más grandes en proporción, como de caricatura.

LBJ está muy desocupado. Su teléfono casi nunca suena. Desde su despacho en el Executive Office Building pasa el rato mirando por la ventana

y viendo las idas y venidas de los demás frente a la Casa Blanca. A veces deja su mesa de trabajo para deambular por los corredores del ala oeste añorando una reunión a la que asistir o una decisión que tomar. Otras veces se sienta a la puerta del Despacho Oval esperando llamar la atención de John Kennedy y que lo invite a pasar.

Pero eso es cada vez más infrecuente: durante todo el año 1963, presidente y vicepresidente no llegarán a pasar a solas un total de dos horas.

Con todo, Johnson tolera el insulto porque sin la vicepresidencia no tiene nada: no hay ninguna vacante a la que optar en el Senado de Texas y hace solo cuatro meses que el antiguo protegido de Kennedy, John Connally, ocupa la silla del gobernador del estado. Pero dentro de otros cuatro años, Johnson puede optar al poder supremo de los Estados Unidos.

¿Y por qué no iba a llegar a presidente? LBJ trabajó doce años en la Cámara de Representantes y otros doce en el Senado, que dirigió durante seis años como líder de la mayoría. Sabe mucho de política exterior y legislación nacional, y puede dar un seminario sobre los entresijos del arte de negociar. No hay político mejor cualificado en el país.

En realidad, LBJ está luchando por salvar su vida política cuando busca con la vista las dos mesas que simbolizan la integración racial en el salón de un hotel de St. Augustine. Y, aunque oficialmente se celebre el aniversario de la fundación de la ciudad, también es el día en que Lyndon Johnson se declara públicamente a favor de los derechos civiles.

Los hermanos Kennedy lo han apartado deliberadamente de la creciente batalla por la igualdad racial: saben que siendo un político del Sur, podría utilizar esta lucha para ganar poder.

Johnson también lo sabe y hace todo lo posible por estar en primera línea en la campaña de JFK por los derechos civiles.

Para Johnson, los derechos civiles no tienen nada que ver con el bien y el mal; es la postura que conviene a su carrera política.

Por eso LBJ, castrado y macilento, sigue esperando que todo ello dé frutos.



El 4 de marzo, solo una semana antes del discurso de Lyndon Johnson en St. Augustine, el fiscal general Robert Kennedy reacciona al reportaje de *Esquire* comunicando a la prensa:

—No tengo previsto presentarme esta vez.

Los periodistas saben que es la forma en clave de decir que se presenta.

¿Pero está cualificado? Bobby Kennedy es un abogado que nunca ha defendido un caso ante un tribunal y un fiscal general que fue nombrado gracias a su padre y a su hermano. Desde entonces, ha desatendido muchas de sus obligaciones en el Departamento de Justicia para hacer las veces, en cambio, de portavoz y comunicador social de JFK. Y no hay duda de que la CIA desaprueba su desempeño en el cargo: en el cuartel general de la agencia en Langley, Virginia, muchos coches llevan en el parachoques una pegatina que dice: «Primero le tocó a Ethel, ahora a nosotros».

Pero el mundo está cambiando drásticamente y Bobby Kennedy refleja la juventud y vitalidad de la Corte de Camelot, en contraste con los aburridos valores de la guerra fría asociados a Johnson, de la generación anterior. Nuevas influencias inundan la cultura estadounidense.

Un grupo de *rock and roll* británico, los Beatles, estrena su primer álbum.

Debuta un personaje de cómic, Iron Man.

La escritora Betty Friedan genera una nueva ola del movimiento feminista con su libro *La mística de la feminidad*.

La prisión estadounidense de máxima seguridad de la isla de Alcatraz cierra para siempre. Como si quisiera marcar este hito y con J. Edgar Hoover todavía al frente, la CIA expande sus poderes aún más creando la división de Operaciones Interiores.

Bobby Kennedy es consciente de su peso cultural, sabe del gancho de la Corte de Camelot. Pero le obsesiona su rivalidad con Lyndon Johnson; es más, le odia. Disimula tan mal su animadversión que una vez sus amigos le regalaron una efigie de Lyndon Johnson para hacerle vudú, con alfileres y todo.

Si hay algo que Bobby no aguanta son las mentiras, y cree que Johnson miente sin parar.

Aun así, hay algo en Johnson que le inspira respeto. Una vez le dijo a un miembro del personal de la Casa Blanca:

—No soporto a ese cabrón, pero no he conocido a nadie tan imponente.

Así pues, son dos políticos impetuosos e implacables enfrentados. Pero ninguno de los dos sospecha siquiera el drama que sobrevendrá dentro de solo

ocho meses.



Lee Harvey Oswald cada día está más solo. Ha convertido un cuartucho de la casa en su despacho, y allí escribe furibundas diatribas contra el mundo que le rodea. Cada día está más agitado, la gente empieza a tenerle miedo.

El 12 de marzo, solo un día después del discurso de Lyndon Johnson en St. Augustine, Oswald, en Dallas, decide comprar otra arma que sumar al revólver que oculta en casa. Esta vez es un fusil adquirido a través del número de febrero de 1963 de la revista *American Rifleman*. El modelo italiano Mannlicher-Carcano 91/38 fabricado en 1940 fue diseñado originalmente para la Infantería italiana durante la Segunda Guerra Mundial. No es un arma para cazar animales, sino para matar gente. Antiguo tirador de la Infantería de Marina, Oswald sabe la diferencia, y también sabe limpiar, mantener, cargar, apuntar y disparar con toda precisión ese tipo de arma.

Entre todas las cosas increíbles que sucedían en el mundo en marzo de 1963, esta simple compra por correo parece un asunto de poca monta. Pero en realidad, nada tendrá más impacto en el devenir mundial que este fusil de cerrojo de fabricación italiana donado por el ejército y adquirido por 19 dólares.

El arma llega el 25 de marzo. Marina protesta, habría preferido gastar ese dinero en comida. Pero Oswald está contento con su compra y coge la costumbre de ir en autobús hasta un cauce seco para practicar el tiro contra los paramentos del río.

El 31 de marzo, mientras Marina tiende pañales en la cuerda del patio, Oswald sale vestido de negro de arriba abajo. Lleva la pistola nueva al cinto, en una mano el fusil y en la otra dos boletines comunistas. A Marina le hace reír que le ordene sacarle fotos; él piensa enviarlas al *Worker* y al *Militant* para demostrar que está dispuesto a todo por la lucha de clases.

El 6 de abril de 1963, a Lee Harvey Oswald lo despiden de su trabajo en Jaggars-Chiles-Stovall. Sus sermones comunistas han empezado a irritar a sus compañeros, y sus jefes afirman que no responde y no merece su confianza.

El 10 de abril de 1963 Oswald decide que ha llegado el momento de matar a alguien.

10

9 DE ABRIL DE 1963

WASHINGTON, D. C.

MEDIODÍA

El hombre al que quedan siete meses de vida está hablando con Winston Churchill.

John Fitzgerald Kennedy está en la Rosaleda de la Casa Blanca ante un público que acoge calurosamente sus palabras. El antiguo primer ministro Churchill, de noventa y dos años, cuyo valor y aliento contribuyeron a salvar Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, está viéndolo en directo por satélite desde su casa de Londres. El objeto de esta reunión en la Rosaleda es nombrarlo ciudadano honorario de los Estados Unidos; es el único dirigente extranjero desde Lafayette que ha sido distinguido con este honor.

—Retoño de Estados Unidos y súbdito británico —empieza Kennedy, aludiendo a la nacionalidad estadounidense de la madre de Churchill, Jenny Jerome de soltera—, durante toda su vida ha sido un amigo firme e inamovible del pueblo y la nación de Estados Unidos.

Su hijo Randolph Churchill, de cincuenta y un años, está junto a JFK. Jackie Kennedy, justo detrás de su esposo. La Rosaleda se ha llenado de diplomáticos y otras personalidades de Estados Unidos e Inglaterra. El padre del presidente, Joseph —que fue embajador en Gran Bretaña al filo de la Segunda Guerra Mundial—, en silla de ruedas tras el derrame cerebral que sufrió hace dos años, observa la escena desde el interior de la Casa Blanca.

Pero John Kennedy, aunque se dirija a un público tan idílico y compruebe que la simpatía y las sonrisas afloran en este homenaje a un dirigente mundial tan notable y legendario, no puede dejar de pensar al mismo tiempo en «el otro Churchill»... y en otra guerra que está cogiendo impulso.



Fue Dwight Eisenhower quien envió las primeras tropas estadounidenses a Vietnam para cortar de cuajo la expansión del comunismo en el Sudeste asiático. Pero John Kennedy fue quien, desde que tomó posesión del cargo, ordenó el aumento gradual del número de efectivos desplazados allí para garantizar que Vietnam no cayera en poder del comunismo, lo que podría crear un efecto dominó por el que otras naciones asiáticas volvieran la espalda a la democracia.

Pero las buenas intenciones de Kennedy se han ido al traste. Los «asesores» de Estados Unidos en Vietnam, antaño muy contados, ascienden ahora a casi seis mil pilotos y soldados. La aviación estadounidense arroja bombas de napalm para destruir al ejército del Vietcong que combate al régimen de Saigón, apoyado por Estados Unidos. Miles de guerrilleros del Vietcong han muerto junto con miles de campesinos vietnamitas inocentes. «La visión de los cadáveres carbonizados de niños y bebés apilados en montones en medio de lo que queda del mercado es desgarradora», informa la agencia Associated Press (AP) después de uno de esos bombardeos.

Pilotos estadounidenses vuelan por todo Vietnam en cientos de misiones cada mes. Sus aviones han emprendido la defoliación sistemática de la jungla, que rocían con productos químicos para eliminar toda vegetación donde pudiera ocultarse el enemigo; por supuesto, los cultivos de muchos campesinos inocentes quedan destruidos con ello. La política de «planeta calcinado» acabará volviéndose contra Estados Unidos de distintas maneras.

La CIA se ha unido a la lucha en Vietnam con sus misiones encubiertas de búsqueda y destrucción en el Norte comunista. Los helicópteros estadounidenses tienen carta blanca para abrir fuego sobre los campesinos que corren en dirección contraria cuando ven venir los Hueys barriendo las copas de los árboles. Se da por sentado que estos aldeanos salen huyendo porque ven en ellos al enemigo, y no movidos por un terror supersticioso a las aeronaves que de pronto han invadido el cielo de sus primitivos poblados.

John Kennedy cree que Estados Unidos necesita poner fin al conflicto en Vietnam, aunque aún no está dispuesto a hacer pública esta opinión.

—No tenemos ni la menor posibilidad de quedarnos en Vietnam —le comentará extraoficialmente al periodista Charles Barlett, ganador de un premio Pulitzer—. Allí nos odian, nos echarán a patadas en cualquier momento. Pero no puedo dejar el territorio a los comunistas y esperar que los estadounidenses vayan a reelegirme.

Para defender sus posibilidades de ejercer un segundo mandato, el presidente no puede sacar las tropas de Vietnam antes de las elecciones de 1964; y no piensa hacerlo. Los votantes siguen decantándose por la guerra. Mientras tanto, espera poder mermar la intervención de Estados Unidos, y lee los informes del día cada mañana rezando porque el irresponsable Ngo Dinh Diem, el presidente survietnamita, no cometa ninguna estupidez que empeore la situación.

Diem es católico, como los Kennedy. Pero su fe, que roza el fanatismo, le impide centrarse en el objetivo de combatir el comunismo. Ahora libra una guerra en dos frentes dispersos: el primero contra el Vietcong; el segundo es una guerra santa contra los budistas, que constituyen la población mayoritaria en Vietnam.

Pero como todo el mundo sabe, Diem fue ensalzado por el vicepresidente Johnson, que lo llamó «el Winston Churchill de Asia». Los Kennedy deploran tan zafia exageración. A diferencia del verdadero Winston Churchill, Diem no es un amigo firme e inamovible del pueblo estadounidense ni de los Estados Unidos de América: es un asesino en masa al que solo preocupa su propia glorificación.

Y ese narcisismo no tardará en condenarlo.



En la Rosaleda, Kennedy ha puesto fin a sus comentarios y ahora escucha a Randolph Churchill, que lee el discurso de su padre:

—Nuestro pasado encierra nuestro futuro —estas palabras acercan mucho a ambos políticos, Kennedy y el proverbial estadista británico—: no debemos permitir que nadie menosprecie nuestra energía, nuestra capacidad y nuestro perdurable poder para bien de todos.



Pero no todos creen en un perdurable poder para bien de todos.

John Kennedy no tiene nada de violento; no le gustan las armas, e incluso detesta la caza. No se puede decir lo mismo de Lee Harvey Oswald. Ahora, en la cálida noche de abril, Oswald se oculta en las sombras de un callejón de Dallas. Su fusil recién comprado apunta al general de división Ted Walker, un declarado anticomunista.

Walker, sentado en el estudio de su casa de Dallas, lee atentamente su declaración de la renta de 1962. Este graduado de West Point de cincuenta y tres años oculta su homosexualidad y hace gala de su aversión al comunismo.

Es miércoles 10 de abril y esta noche está solo en casa; acaba de volver de un controvertido viaje por el país. La lámpara de su escritorio es la única luz de la estancia. Una ventana no muy grande lo separa de la calle, a estas horas sumida en la oscuridad. Normalmente, Walker abre una rendija para dejar entrar la suave brisa de primavera, pero ese día la temperatura ha batido récords, alcanzando nada menos que los 37.º C. Aunque son las nueve de la noche, todavía hace calor. Walker ha puesto el aire acondicionado.

Lee Harvey Oswald se oculta en el callejón a menos de cuarenta metros observando todos los movimientos de Walker por la mira telescópica de su fusil italiano Mannlicher-Carcano. El murmullo del aire acondicionado ahoga el ruido de los movimientos de Oswald, cautos y precisos. Ahora se esconde detrás de la valla posterior de la casa de Walker y asoma el cañón de su fusil por el enrejado. En la iglesia vecina, los feligreses acuden a la misa de esta tarde de miércoles.

La oprimida clase obrera corre por las venas de Lee Harvey Oswald, que saca fuerzas de los ideales comunistas y socialistas. Tras casi un año de vuelta en Estados Unidos, su ira hacia el sistema capitalista, que considera injusto, es ahora aún mayor; está tan furioso que mataría a cualquier anticomunista.

Por eso, con su flamante fusil e intenciones homicidas, apunta a la cabeza de Ted Walker, una de sus bestias negras. Hace año y medio, Walker fue reprendido por declarar a la prensa que Harry Truman y Eleanor Roosevelt eran casi comunistas. En lugar de retractarse, el general dimitió de su cargo en un gesto de desafío que le costó la pensión. Desde entonces, este veterano de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de Corea se ha metido en política. Se presentó a gobernador de Texas por el Partido Demócrata: raro alineamiento para alguien situado tan a la derecha en política, y más aún viviendo en la violenta Dallas, una ciudad donde los demócratas son muy minoritarios y casi todos se cuidan mucho de expresar abiertamente sus ideas.

Después de quedar el último en las elecciones —las que ganó John Connally—, viajó a Misisipi para unirse al motín de los supremacistas blancos que intentaban impedir la integración en la Universidad de Misisipi. Dos muertos y seis policías federales heridos por arma de fuego fue el balance de aquel altercado, a raíz del cual Walker pasó una temporada en una institución mental, donde las autoridades federales lo encerraron acusado de sedición. Fue el propio Bobby Kennedy quien ordenó que imputaran a Walker por actos de violencia que atentaban contra los derechos civiles de otro ciudadano estadounidense.

Pero Oswald no piensa en los derechos civiles. Ha venido a casa de Walker porque el boletín informativo comunista *Worker*, al que está suscrito, señala al general como una amenaza a sus ideas. Y también por la reciente participación de Walker en la operación Cabalgada de Medianoche, un recorrido tan espectacular como el de Paul Revere^[7] para advertir a los estadounidenses del azote del comunismo. La decisión del Gran Jurado de Misisipi de no presentar cargos contra Walker fue lo que llevó a Oswald a comprarse un fusil, y desde que recibió su Mannlicher-Carcano, ha cogido muchas veces el autobús al vecindario de Walker. Pateándose las calles y callejas, las ha estudiado y dibujado y se ha aprendido de memoria su trazado y configuración, las rutas de huida y el horario de misas de la iglesia contigua. Antes de que lo despidieran el 6 de abril, Oswald tomó varias fotografías de la zona y las reveló en el trabajo. Guarda toda esta información en un cuaderno especial de anillas azul.

Oswald sabe que puede encontrar a Walker en su estudio casi todas las tardes. El callejón está tan cerca de esa estancia que dar en el blanco es pan comido.

No le ha dicho a Marina a dónde iba esta noche, pero antes de salir, le deja una nota detallando lo que ha de hacer si lo arrestan. En la nota están los datos de los recibos que ha pagado, el dinero que le deja y la ubicación de la cárcel de Dallas. Oswald la ha escrito en ruso para asegurarse de que Marina la entienda bien y la ha dejado sobre su mesa, en el pequeño cubículo que ha convertido en su estudio; ella sabe que es mejor no entrar allí, pero Oswald está seguro de que entrará si él tarda en llegar.



Sin hacer ruido, Oswald apunta a Walker desde el callejón. El general ofrece el perfil izquierdo; lleva su pelo oscuro hacia atrás, pegado a la cabeza por la gomina. La mira del rifle permite distinguir cada mechón. Oswald nunca ha matado a nadie, ni siquiera ha disparado jamás un arma llevado por la ira. Pero en sus tiempos de marine pasó muchas horas en el campo de tiro, y en las últimas semanas ha sido diligente practicando su puntería en el lecho seco del río Trinity; los paramentos del cauce le han servido de barrera. Resulta casi cómico que alguien que se dispone a cometer un asesinato vaya en autobús al lugar donde practica el tiro, y no digamos a la escena del propio crimen. Pero a Lee Harvey Oswald no le queda más remedio: no tiene coche.

Walker está absorto en su declaración fiscal. Oswald respira hondo y suelta el aire lentamente. Sabe que hay que hacerlo así antes de disparar, y

disparar con los pulmones totalmente vacíos. También sabe apretar el gatillo despacio y suavemente, sin movimientos bruscos.

En sus tiempos de marine, no se tomaba muy en serio las prácticas en el campo de tiro: se reía con ganas de la bandera roja, «las bragas de Maggie»^[8], que ondeaba cada vez que erraba un tiro. Pero si quiere, sabe disparar muy bien, como demuestra su acreditación como «tirador de primera» de la Infantería de Marina.

Y ahora quiere.

Oswald aprieta el gatillo. Dispara una sola vez. A continuación, da media vuelta y echa a correr como alma que lleva el diablo.



—He disparado a Walker —le dice a Marina sin aliento.

Son las once y media de la noche. Ella ya ha leído la nota y está muy preocupada.

—¿Lo has matado? —le pregunta.

—No lo sé —responde él en ruso.

—¡Dios mío, la policía estará aquí de un momento a otro! —exclama ella con un miedo irracional, ya que la policía no tiene absolutamente ni idea de quién ha disparado a Walker—. ¿Qué has hecho con el fusil?

—Lo he enterrado.

Oswald enciende la radio para ver si lo mencionan en los informativos. Muerta de ansiedad, Marina va de un lado a otro atemorizada y nerviosa. Su marido, agotado, acaba tumbándose en la cama de ambos. Al momento cae profundamente dormido.



A la mañana siguiente, todos los periódicos y la radio hablan del atentado contra Walker. Oswald no se pierde una palabra, aunque enterarse de que ni siquiera hirió al general lo deja hundido. Testigos presenciales declaran haber visto a dos hombres huir en un coche, y la policía de Dallas busca un arma con munición muy distinta a la suya. Oswald está muy desanimado. Disparó a Walker para ser un héroe a ojos del Partido Comunista; quería ser especial. Pero no solo ha fallado el tiro más fácil que tendrá nunca, sino que ahora buscan a alguien completamente distinto. Más tarde, viendo que la bala rebotó en el cristal de la ventana y pasó a solo ocho centímetros de la cabeza de

Walker, la policía deducirá que la mira telescópica del fusil de Oswald, diseñada para apuntar a larga distancia, seguramente desenfocó el cristal, lo que implica que ni siquiera sabía que el cristal se interponía entre él y su blanco cuando apuntó y disparó.

Pero nada de todo esto importa a Lee Harvey Oswald ahora mismo. Es algo peor que un fracasado: es anónimo.



Tres días después, Lee Harvey Oswald quema su cuaderno azul de anillas. La casa de Walker está vigilada las veinticuatro horas, sería casi imposible atentarse contra su vida por segunda vez. Aun así, Marina sabe que su marido es tenaz e imprevisible. Su odio a los anticomunistas es muy intenso y muy real.

Asustada de veras, propone algo drástico: mudarse los dos a Nueva Orleans con la niña. Está convencida de que la policía llamará a su puerta de un momento a otro; creció en el represivo estado policial soviético, y ahora vive con el miedo de que vengan a por ella en plena noche para llevársela a prisión y nunca más vuelva a saberse de ella.

El 21 de abril, Marina sorprende ve a Oswald preparándose para salir de casa con un revólver en la cintura. Es domingo y se ha puesto el traje. Furiosa, le pregunta a dónde va.

—Viene Nixon —responde Oswald—. Voy a echar un vistazo.

El antiguo vicepresidente acaba de saltar a los titulares de prensa al exigir la salida de Cuba de todos los comunistas. Richard Nixon, como el general Walker, se ha hecho un nombre en política denunciando a los comunistas.

—Sé muy bien a qué le llamas tú echar un vistazo —le dice Marina.

La idea de su marido de echar un vistazo a una situación es pegarle un tiro a otro ser humano. Lee Harvey ha dejado muy claro que necesita que lo salven de sí mismo.

En ese momento, mostrando lo expeditiva que puede llegar a ser llevada a una situación extrema, Marina Oswald mete a su marido de un empujón en el diminuto cuarto de baño y lo deja allí encerrado el resto del día. Cuando lo suelta, ha quedado claro que, por su propio bien, Lee Harvey Oswald dejará Dallas.



Cinco días después del discurso de John Kennedy en la Rosaleda, el presidente y la primera dama anuncian el embarazo oficialmente. La última

esposa de un presidente que había dado a luz mientras su marido desempeñaba el cargo fue la de Grover Cleveland; y eso fue en el año 1893.

Los estadounidenses responden con cariño y alegría. También con estupor; porque aunque ya va por el cuarto mes de embarazo, a Jackie aún no se le nota nada. El recién nacido dormirá en la misma cuna blanca que en su día usó el pequeño John. En una salita de la Residencia se pondrán cortinas nuevas y otra alfombra, y será el cuarto del bebé.

Los Kennedy parecen llevar una vida de constante idilio en la que todo va bien y cada día es más embriagador que el anterior. Al contrario que Abraham Lincoln, cargado de hombros y con el rostro lleno de surcos por las tensiones del cargo, John Kennedy se lo pasa bien siendo presidente, y se nota. Los amigos comentan la talla que ha alcanzado como estadista desde que llegó al poder y la gran energía con que afronta su trabajo.

No obstante, Estados Unidos sufre rápidos cambios. John Kennedy pronto se verá obligado a aplicar todas esas aptitudes presidenciales que tanto le ha costado adquirir para hacer frente a tiempos turbulentos. Los grandes retos que no han dejado de acosarle desde que juró el cargo —Cuba, Vietnam, el poder de la Mafia, los derechos civiles e incluso su vida personal— siguen ahí.

De momento, solo hierven a fuego lento; pero cuando la primavera de 1963 dé paso al verano, volverán a estallar.

11

3 DE MAYO DE 1963

BIRMINGHAM, ALABAMA

13.00

¡Adelante, adelante, adelante! ¡Libertad, libertad, libertad!, entonan los manifestantes saliendo por el portón de roble de la iglesia baptista de la calle Dieciséis.

Hoy es viernes y estos colegiales y estudiantes negros deberían estar en las aulas; en cambio, se han juntado para manifestarse por los derechos civiles. Algunos no tienen ni diez años, la mayoría son adolescentes. Delanteros de fútbol, delegados de clase, ases del atletismo y animadoras. Da gusto ver a la mayoría: los chicos con la camisa abotonada y pantalones limpios, las chicas con sus lazos y vestidos.

El número de manifestantes supera los mil. Todos han faltado a clase para venir. Algunos hasta han tenido que saltar una verja. Su meta es llegar a ver algo que sus padres no han conocido ni un solo día de su vida: un Birmingham integrado donde bares, grandes almacenes, servicios públicos y fuentes estén abiertos para todos.

La «Cruzada de los Niños», como la denominará la revista *Newsweek*, se abre en abanico al entrar en el parquecillo de Kelly Ingram Park.

—¡Adelante, adelante, adelante! —siguen entonando. Suenan apacibles, casi espirituales, pero la sensación de peligro recorre el grupo como una descarga eléctrica: lo que están haciendo es totalmente ilegal—. ¡Libertad, libertad, libertad!

Los manifestantes piensan llevar su marcha pacífica al distrito comercial blanco, con sus tiendas y restaurantes. Más de seiscientos niños han sido detenidos la víspera por hacer lo mismo; el menor de todos solo tenía ocho años, lo que ha dado a la «Cruzada de los Niños» repercusión nacional. El

fiscal general, a unos mil seiscientos kilómetros de allí, había recriminado a los líderes negros de los derechos civiles que organizaran la marcha infantil porque «es peligroso que los escolares participen en manifestaciones callejeras. Un niño herido, desfigurado o muerto es un precio que nadie quiere pagar».

Hasta Malcolm X, uno de los líderes negros más extremistas de Estados Unidos, arremetió contra la «Cruzada de los Niños»: «Los hombres de verdad no ponen a sus hijos en primera línea de combate».

Pero estos niños quieren estar aquí, y muchos han venido en contra de la voluntad de sus padres. No retrocederán ante nada: saben que si sus madres y sus padres salieran a manifestarse, serían detenidos y podrían quedarse sin trabajo o perder días y semanas de paga.

Saben que esta manifestación no es solo por los servicios públicos y las fuentes: es un gesto de desafío. Días antes de jurar su cargo hace solo cuatro meses, el gobernador de Alabama, George Wallace, había dejado una cosa bien clara: «Voy a hacer de la raza la base política de este estado y de todo el país». Más tarde, al jurar el cargo, proclamó: «En el mismo lugar donde antaño estuvo Jefferson Davis, he jurado mi cargo ante mi pueblo. Nada más propio que retumben nuestros tambores de libertad desde la cuna de la Confederación, el corazón del Sur anglosajón. ¡Respondamos a esa llamada de la sangre que nos corre por las venas y ama la libertad! En nombre de los mejores hombres que han pisado esta tierra, hoy trazo la raya en el polvo y lanzo el guante a los pies de la tiranía para deciros: ¡segregación hoy! ¡Segregación mañana! ¡Segregación siempre!».

Esas palabras son un llamamiento a las armas para los negros, igual que para los blancos que disienten con Wallace. Aquella misma primavera, el reverendo Martin Luther King había viajado a Birmingham para defender la integración. Los líderes negros de la ciudad, temiendo las represalias de sus prestamistas blancos, le comunicaron que no lo querían allí. La cabeza visible de los derechos civiles ridiculizó su miedo y denunció su cobardía, intentando avergonzarlos para que se unieran a la lucha.

Pero pese al esforzado ahínco de King y su gran amigo Ralph Abernathy, la lucha se estancó hace solo una semana: tras meses de protestas y detenciones en Birmingham, los medios de comunicación nacionales perdieron interés. Ya no quedaba dinero con que pagar las fianzas de los centenares de detenidos, y la afluencia de manifestantes había ido

menguando. Los segregacionistas encabezados por Eugene «Bull» Connor, el comisario de orden público de Birmingham, llevaban todas las de ganar. Totalmente entregado a esta batalla, Connor, de sesenta y cinco años y antiguo miembro del Ku Klux Klan, se regodea en la idea de mantener a los negros «en su sitio».

La primera marcha infantil, el 2 de mayo, trastocó los planes de Connor. Ese día, al término de la manifestación, miles de personas acuden a la iglesia baptista de la Sexta Avenida para escuchar al doctor Martin Luther King encomiar la valentía de los niños. Y King jura que las protestas continuarán.

—Estamos dispuestos a negociar —declara a la prensa—, pero vamos a negociar desde una posición de fuerza.

Connor tiene otros designios.



—¡Adelante, adelante, adelante! ¡Libertad, libertad, libertad!

La «Cruzada de los Niños» ha llegado a la sombra de los olmos de Kelly Ingram Park. Este día húmedo hace 27.º C. Estudiantes y escolares ven ante sí barreras policiales y filas de camiones de bomberos. Al acercarse, oyen los gruñidos y ladridos de los pastores alemanes entrenados por la policía para atacar. En el lado oriental del parque se ha formado una aglomeración de blancos y negros expectantes. Los adultos negros se burlan de los policías cuando los niños rompen a cantar «Venceremos».

Martin Luther King, al dirigirse a los manifestantes antes de salir de la iglesia, les ha recordado que la cárcel es un módico precio por defender una causa como la suya. Saben que es mejor no responder a la policía ni enfrentarse a ella cuando intenten reprimirlos: la manifestación habrá sido en vano si desemboca en disturbios.

Pero Connor no puede dejar que estos niños lleguen al distrito comercial blanco, y ha ordenado a los bomberos de Birmingham acoplar sus mangueras a las tomas de agua y prepararse para abrirlas y rociar a los manifestantes. La presión del agua es tan grande que puede desprender la corteza de un árbol o el cemento de la fachada de un edificio de ladrillo. Si la marcha llegara al distrito blanco, el agua podría ocasionar destrozos en los escaparates de las tiendas que costaría caro arreglar: hay que impedir su avance.

Los que van en cabeza reciben un chorro de agua a medio gas. Aun así, la presión es suficiente para parar en seco a muchos niños. Siguiendo la

consigna de no ser violentos ni retirarse, algunos se sientan en el suelo y dejan que el agua los golpee.

Connor, al ver que las medias tintas no darán resultado con unos manifestantes tan resueltos, da la orden de rociarlos a la máxima presión. Todos los niños caen derribados al suelo. Muchos resbalan por las calles y aceras, haciéndose rozaduras en todo el cuerpo contra la hierba y el hormigón y rasgándose la ropa. Los que se pegan a la fachada de los edificios para protegerse de las mangueras enseguida se percatan de su error: ahora son un blanco perfecto.

—El agua escocía como un látigo y golpeaba como un cañón —recuerda después uno de ellos—. Su fuerza te tiraba al suelo como si no pesaras más que ocho kilos, nos sacudía como a muñecos de trapo. Intentábamos pegarnos a los muros de las casas, pero era imposible.

Y Connor suelta los perros.

Las mandíbulas de un pastor alemán al cerrarse sobre su presa ejercen una presión de ciento veinte kilos, la mitad que las del gran tiburón blanco o el león; pero el pastor alemán es mucho más pequeño que esos predadores. Por eso, proporcionalmente, la fuerza de las mandíbulas de los perros policía de Birmingham no tiene rival.

Bull Connor lo está pasando en grande mirando cómo los pastores alemanes arremeten contra los niños, los muerden y les desgarran la ropa. Calvo y con gafas, con el cuerpo en forma de pera, parece apacible; pero lo cierto es que es un hombre de ley y orden, y de convicciones aún más racistas y violentas que las del gobernador Wallace. Metiéndose de lleno en el fregado, el comisario de orden público ordena a los policías romper filas para que los ciudadanos blancos de Birmingham puedan ver bien cómo los perros policía dan lo peor de sí.

A las tres de la tarde, todo parece haber acabado. Los niños que no han sido detenidos vuelven a sus casas renqueando, con la ropa rota y empapada y el cuerpo cubierto de moratones por los incontables cañonazos de agua que han recibido. Ya no es un desafiante grupo de valientes: ahora solo son unos críos que han de rendir cuentas a sus enfadados padres por la ropa destrozada y el día de colegio perdido.

Una vez más, Bull Connor ha ganado.

O al menos eso parece.

Pero entre los testigos de lo ocurrido en Birmingham esa tarde está Bill Hudson, reportero gráfico de la Associated Press. Considerado uno de los mejores fotógrafos, está dispuesto a correr cualquier peligro con tal de conseguir una buena foto. Esquivó balas cubriendo la Guerra de Corea y ahora esquivo ladrillos cubriendo las protestas del movimiento de los derechos civiles.

Bill Hudson, hoy en Birmingham, saca la mejor foto de su vida. Como no podía ser más apropiado, es en blanco y negro. La dispara a solo metro y medio de distancia, y es la imagen de un policía de Birmingham —parece un comisario, con camisa planchada, corbata y gafas de sol— azuzando a un pastor alemán contra un estudiante de secundaria negro, Walter Gadsden.

A la mañana siguiente, el *New York Times* publica la fotografía en primera plana sobre el texto a tres columnas.

Y así es como John Kennedy, que como de costumbre ha empezado la mañana con la prensa, ve esta imagen de Birmingham. La repulsa que siente le llevará a expresar su opinión a los reporteros: la imagen es «repugnante» y «vergonzosa».

El instinto de JFK le dice al primer vistazo que la fotografía de Hudson levantará indignación en Estados Unidos y en el mundo entero. Los derechos civiles serán uno de los temas clave en las elecciones presidenciales de 1964. Y el presidente comprende que ya no podrá limitar su papel al de mero observador pasivo del movimiento de los derechos civiles. Tiene que pronunciarse, sin importar cuántos votos pierda en el Sur.

Mientras, la fama de Martin Luther King está en alza. Pronto verá resolverse a su favor la situación de Birmingham gracias a la «Cruzada de los Niños». Tras la «victoria» inicial de Bull Connor, la presión de la opinión pública contra las autoridades de Alabama se hace tan intensa que su relevo es inevitable.

Pese a este triunfo, Martin Luther King y John Fitzgerald Kennedy no sintonizan; de hecho, el activista y el presidente chocan.

Cinco días después de que los niños de Birmingham marchen pacíficamente contra la muralla de cañones de agua y perros policía, y dos días después de que un teniente del ejército de Estados Unidos muera a manos del Vietcong en las afueras de Saigón, una gran muchedumbre de budistas se ha congregado en la ciudad survietnamita de Hue. Es el 8 de mayo de 1963, aniversario de los 2527 años de Buda.

Aquí la muchedumbre ha venido a protestar contra una nueva ley promulgada por el presidente Ngo Dinh Diem, esta vez prohibiendo izar la bandera budista en Vietnam. El supremo anhelo de Diem es convertir su país al catolicismo, y la subyugación sistemática de la mayoría budista de la nación es crucial para ello. Diem —cuyo régimen goza desde hace tiempo del apoyo del presidente Kennedy, pero cuya persecución del budismo se opone a la política exterior de Estados Unidos— deniega ascensos a los oficiales budistas y hace la vista gorda cuando los sacerdotes católicos organizan grupos mercenarios que saquean y derriban las pagodas donde los budistas celebran su culto. Para justificar su cruzada ante el gobierno estadounidense, Diem insiste en que budismo y comunismo son la misma cosa: opinión análoga a la que J. Edgar Hoover se calla cuando equipara en su mente derechos civiles y comunismo.

Los tres mil manifestantes budistas que se aglomeran a orillas del río Perfume para expresar su descontento no van armados, pero la policía y las tropas gubernamentales abren fuego contra la multitud. Las balas y granadas dispersan a los manifestantes y acaban con la vida de una mujer y ocho niños.

Ante la consiguiente indignación de la opinión pública, y aunque la policía y el ejército eran survietnamitas a ojos vistas, Diem carga las muertes al enemigo Vietcong. La llamada «crisis budista» se agrava cuando Diem absuelve a los autores de los disparos.

La tensión va en aumento por todo Vietnam durante el mes de mayo. Al igual que Bull Connor en Birmingham, Diem parece llevar las de ganar: nada puede hacerse para poner fin a su reino de terror. El 3 de junio las tropas gubernamentales atacan una vez más a los budistas de Hue y dispersan a los manifestantes con gases lacrimógenos y perros, pero la multitud se reagrupa. Espoleados por la rabia, los budistas dirigen gritos insultantes a sus agresores al mando de Diem. Al final, los soldados survietnamitas derraman un líquido rojo de composición desconocida sobre la cabeza de los budistas sentados en las calles en oración. Sesenta y siete personas son hospitalizadas con quemaduras en el cuero cabelludo y los hombros.

Incapaz de controlar a los manifestantes, el ejército de Diem impone la ley marcial en toda la ciudad de Hue.

Aun así, igual que sucedió con el movimiento por la integración en Birmingham, que perdió fuelle antes de cobrar nuevos bríos con la «Cruzada de los Niños», la crisis budista ha empezado a aburrir a la prensa extranjera:

la persecución de los budistas es una noticia caducada.

Sin embargo, el 11 de junio de 1963 un monje budista de setenta y tres años dará a esos reporteros algo de que hablar.



Son casi las diez de la mañana cuando Thich Quang Duc se sienta en una de las atestadas vías públicas de Saigón. Duc lleva una holgada túnica de color azafrán; es un monje de una orden budista que practica la meditación y el voto de pobreza. Y ha tomado la decisión de prenderse fuego esta mañana para morir en protesta por la represión del gobierno contra sus creencias.

La decisión no es impulsiva. Los budistas han estado buscando a alguien dispuesto a inmolarsse para llamar la atención sobre la angustiada situación en que viven. Un gesto tan sobrecogedor forzosamente atraerá la cobertura de los informativos del mundo entero. El día anterior incluso habían tenido la previsión de hacer correr la voz entre la prensa extranjera de que quienes se acercaran ese día a la legación de Camboya presenciarían algo especial.

No muchos periodistas han respondido a la invitación; son pocos los que ven la berlina Austin gris que avanza lentamente hacia el cruce del bulevar Phan Dinh Phung con la calle Le Van Duyet, abriendo la marcha de trescientos cincuenta manifestantes que denuncian el régimen de Diem con pancartas en vietnamita e inglés.

El Austin frena en el cruce y Thich Quang Duc se apea recogiendo la túnica. Alguien pone un cojín en la calzada, y el anciano monje se sienta en la postura del loto sin dejar de recitar una y otra vez las palabras: «Retorno a la tierra eterna, Buda».

Duc se dispone a pasar voluntariamente por este trance, pero ningún momento anterior de su vida podría haberlo preparado para este, en el que otro manifestante budista derrama casi veinte litros de gasolina sobre su cabeza rasurada. El combustible le moja la ropa y baja por su espalda empapando el cojín en el que se sienta.

Los manifestantes forman un corro alrededor de Duc para que la policía no pueda intervenir. El monje lleva un rosario de cuentas de roble en una mano y en la otra una cerilla.

Duc enciende la cerilla.

Sin que la llama le roce siquiera, los gases bastan para prender fuego a su cuerpo. Visto a través de las llamas, su rostro expresa el dolor más absoluto.

Pero Duc no grita ni emite un solo sonido. Su piel está calcinándose, el fuego le sella los párpados. Un largo minuto transcurre, y luego otro. Pero todavía no muere.

La policía no logra llegar a él, el corro de manifestantes obstruye el paso. Un camión de bomberos intenta acercarse para echar agua sobre el monje, pero otros monjes lo impiden tirándose bajo las ruedas.

Por fin, tras diez atroces minutos, el cuerpo de Thich Quang Duc se dobla hacia delante y el monje cae muerto en la calzada.

Sus compañeros levantan el cadáver carbonizado y lo meten en el féretro que han traído al efecto. La tapa no cierra del todo: uno de los brazos del cuerpo abrasado asoma fuera de la caja en el camino de vuelta a la pagoda de Xa Loi. Después descubren que, pese a las densas llamas, el corazón de Duc está casi intacto. Los monjes lo extraen de la cavidad torácica y lo ponen en un cáliz de cristal para exhibirlo.

En los meses siguientes, habrá más monjes mártires. Un alto cargo survietnamita cometerá el error de decirle a un reportero:

—Que ardan ellos; nosotros, a aplaudir.

Como en Birmingham, es el principio del fin para las altas instancias del poder en Saigón. Y una vez más, un fotógrafo de la Associated Press será quien lo cambie todo.

Malcolm Browne, jefe de la corresponsalía de AP en Saigón, es uno de los pocos periodistas que presencian la inmolación de Thich Quang Duc. Su espeluznante fotografía del monje envuelto en llamas llena de espanto a toda la humanidad. Y al igual que la foto de Bill Hudson de los perros policía atacando a inofensivos estudiantes, será una de las imágenes más emblemáticas de la década de 1960.

De nuevo, John F. Kennedy leerá la prensa de la mañana y quedará horrorizado al ver la fotografía. En ese momento, el presidente comprende que el problema de Vietnam acaba de tomar un cariz más grave. No puede seguir apoyando al presidente Diem: el mundo entero se volverá contra el líder vietnamita ante una imagen tan escalofriante.

Diem ha de irse.

Para John Kennedy, su correligionario católico, la cuestión es cómo.



Son las seis menos cuarto de la tarde del 29 de mayo. En Washington, la jornada del presidente John Kennedy ha sido muy ajetreada, con una reunión tras otra en el Despacho Oval. No obstante, su corbata granate sigue perfectamente anudada y su chaqueta a medida azul marino parece tan pulcra como cuando se la puso al levantarse de la siesta a la una de la tarde. Ahora le apremian reclamando su presencia en el Comedor de la Marina, en el sótano de la Casa Blanca. JFK se pone en pie estirándose despacio para no hacerse daño en la espalda y, dejando el escritorio, inicia el corto trayecto escaleras abajo.

El presidente sabe perfectamente lo que va a ocurrir. Hoy cumple cuarenta y seis años. Su personal ha desaparecido repentinamente, e intuye que se han adelantado hasta el Comedor de la Marina y lo esperan allí para lo que teóricamente será una fiesta sorpresa.

Kennedy, a quien los problemas mundiales no dejan de abrumar ni siquiera en los momentos de celebración, se dirige a la fiesta en su honor con otro asunto incendiario en la cabeza. Este tercer problema que se cierne sobre su administración no tiene nada que ver con la raza, la religión ni la guerra; alude en cambio al deseo humano más primigenio de todos: el sexo. Y tiene más potencial que Birmingham, e incluso Vietnam, para acabar con su presidencia.

JFK sabe desde hace tiempo que si sus andanzas llegaran a salir a la luz, no solo destruirían esa imagen de hombre de familia que tanto ha explotado, sino también su futuro político. Ahora no necesita mirar muy lejos para ver cómo sería exactamente esa caída. En Gran Bretaña, John Profumo, héroe de guerra y distinguido político de cuarenta y seis años, ha sido sorprendido en una aventura con una prostituta de veintiún años, Christine Keeler. Su esposa, Valerie Hobson, que había sido una estrella de cine, decide perdonarlo: si Profumo fuera cualquiera, la embarazosa historia acabaría aquí.

Pero Profumo es el secretario de Guerra británico y uno de los hombres con más poder del gobierno del primer ministro Harold Macmillan. Además, Christine Keeler no solo se acuesta con él, sino también con un agregado naval soviético. La primera vez que le preguntan por el asunto en la Cámara de los Comunes, Profumo lo niega. El 5 de junio habrá de admitir que mintió. El deshonorado Profumo, rechazado por sus colegas, se ve obligado a dimitir.

Profumo saldrá del gobierno y desaparecerá de los círculos de la alta sociedad. Su humillación será tan absoluta que dará un paso excepcional para

redimirse: se ofrecerá voluntario para fregar los inodoros de un refugio londinense para indigentes, penitencia que seguirá cumpliendo durante mucho tiempo, incluso después de que la reina Isabel le restituya su estatus social en 1975 nombrándolo Comandante del Imperio Británico.

El primer ministro Macmillan no ha cometido ni una sola indiscreción, pero es el responsable último de cualquier secreto que Profumo, aun involuntariamente, pudiera haber revelado a su amante. El 71 por ciento de los británicos cree que Macmillan debería dimitir o convocar inmediatamente elecciones generales para elegir nuevo primer ministro.

El escándalo acapara la atención de John Kennedy. Los paralelismos entre él y Profumo son demasiado numerosos para no advertirlos: ambos son casi de la misma edad, están casados con una mujer hermosa y deseable y fueron condecorados en la Segunda Guerra Mundial; hasta coinciden en su apelativo familiar: Jack.

Pero sus correrías no son equiparables: las indiscreciones de JFK sobrepasan las de Profumo con mucha diferencia. Hasta ahora, John Kennedy ha tenido la inmensa suerte de que ninguna mujer haya salido a la palestra para vocear que se ha acostado con el presidente. Y nada indica que alguna de las que han pasado la noche en la Casa Blanca se dedique al espionaje. Pero como le recuerda su hermano Bobby, bastaría con que una sola fuera a los tabloides para arruinarlo. El desastre sería mucho peor y las repercusiones llegarían mucho más lejos que las insinuaciones que Marilyn Monroe propagó en Hollywood antes de su prematura muerte.

Lo irónico es que el embarazo de Jackie ha hecho que John Kennedy se vuelque en su mujer y su familia como nunca antes. El personal de la Casa Blanca empieza a ver al presidente y a la primera dama mucho más tiempo juntos y de la mano; aunque Jackie sea la única que puede atestiguar cómo el presidente se arrodilla cada noche para rezar sus plegarias. El pasado marzo los escoltas de JFK se quedaron pasmados cuando quiso acudir al aeropuerto para recibir a Jackie, Caroline y John a su regreso de un viaje.

«Saltaba a la vista que había echado de menos a su familia y estaba deseando verlos», escribirá después del agente Clint Hill.

A medida que el embarazo de Jackie se hace más visible, los Kennedy pasan más fines de semana juntos en la residencia presidencial de Camp David, en Maryland —que, como es bien sabido, debe su nombre al nieto de Dwight Eisenhower—. En este retiro de cincuenta hectáreas situado en los

frondosos montes Catoctin hay kilómetros de senderos, el refugio principal de Aspen Lodge, un minigolf con zona para practicar golpes, instalaciones de tiro al plato, establos con caballos y una piscina climatizada al aire libre. Guardias de la Infantería de Marina patrullan las alambradas que rodean todo el recinto. Pero lo mejor para la familia Kennedy es que Camp David es uno de los pocos lugares del mundo donde no hay un agente del servicio secreto merodeando por las inmediaciones cada minuto del día: la protección de los marines se considera suficiente para la familia presidencial.

En el Comedor de la Marina, hoy es Jackie quien dirige el coro de la canción de cumpleaños nada más entrar su marido en la estancia. Él finge sorpresa cuando le ponen en la mano una copa de champán, y su equipo, con ánimo festivo, le rodea para entregarle divertidos regalos.

Pero Jackie Kennedy guarda otra sorpresa bajo la manga; porque la fiesta acaba trasladándose del Comedor de la Marina al yate presidencial, el *Sequoia*. Solo la familia y un puñado de amigos están invitados. Mientras el *Sequoia* surca lentamente las aguas del Potomac, el tranquilo cumpleaños se torna en una animada fiesta. Corre el Don Pérignon de 1955, y la música de una banda de tres músicos ensordece a todos en el salón de popa. El *twist* ya no está de moda, pero es el baile favorito del presidente, y la banda interpreta a Chubby Checker sin parar. El agente del servicio secreto Clint Hill afirmará después que nunca había visto a John y a Jackie Kennedy pasarlo mejor juntos «bailando el *twist*, el *chachachá* y todo lo que se les pusiera por delante».

Está previsto que el paseo en yate finalice a las diez y media, pero JFK lo está pasando tan bien que le pide al capitán alargarlo otra hora. Y después otra y luego otra más, sin reparar en los relámpagos y la lluvia que mantienen todo el rato bajo cubierta a Bobby, Ethel, Teddy y los demás.

Es la una y veinte de la madrugada cuando el capitán al fin amarra el *Sequoia* al muelle. La ciudad de Washington duerme. La velada ha sido muy especial y romántica para John y Jackie Kennedy. Birmingham, Vietnam, Profumo... el presidente volverá a ocuparse de todos los problemas a la mañana siguiente. Pero ahora están muy lejos.

El hombre al que quedan seis meses en este mundo no puede imaginarlo ahora, pero sus allegados sin duda recordarán este último cumpleaños como el mejor de toda su vida.



Esta imagen de un manifestante atacado por los perros policía en una marcha no violenta por los derechos civiles sirvió para denunciar ante toda la nación la brutalidad de la policía de Bull Connor. (Bill Hudson/Associated Press)



Esta espantosa fotografía de un monje budista inmolándose se convirtió en una de las imágenes más inolvidables de la protesta contra la guerra de Vietnam. (Malcolm Browne/Associated Press)



A pesar de sus infidelidades, el presidente Kennedy fue un hombre dedicado a su familia, fotografiada aquí el Domingo de Resurrección de 1963. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

12

22 DE JUNIO DE 1963

WASHINGTON, D. C.

ÚLTIMA HORA DE LA MAÑANA

—¿Ha leído lo de Profumo? —pregunta John Kennedy a su invitado.

El presidente y Martin Luther King pasean por la Rosaleda de la Casa Blanca sin más compañía. Es su primer encuentro. Kennedy es mucho más alto que el líder de los derechos civiles, que mide 1,67 metros. Hoy sábado da comienzo una serie de reuniones entre la Casa Blanca y poderosos grupos empresariales cuidadosamente orquestada con la intención de movilizar apoyos para el movimiento de los derechos civiles. Dentro de solo unas horas el presidente subirá al *Air Force One* para viajar a Europa, dejando atrás temporalmente el infierno racial. El manejo de los asuntos de la Casa Blanca quedará en manos de Lyndon Johnson y Bobby Kennedy, cuya enemistad mutua ha alcanzado el máximo de todos los tiempos.

Antes de irse, JFK quiere decirle algo importante al reverendo King: el presidente tiene pruebas fehacientes aportadas por J. Edgar Hoover de que el líder de los derechos civiles tiene algo en común con el deshonorado político británico John Profumo.

Sin más palabras que las estrictamente necesarias, Kennedy insta a King a usar la cabeza y controlar su libido.

Por el bien de ambos.

John Kennedy ha puesto al servicio del movimiento de los derechos civiles todo el poder que le confiere su cargo, pero lo hace de mala gana. El presidente no tiene amigos negros, y lo único que alguna vez le ha acercado a la cultura negra es bailar al ritmo de las canciones de Chubby Checker. En definitiva, los negros solo figuran en su mundo como criados, cocineros, camareros y doncellas. Los antepasados del presidente, inmigrantes que

salieron de Irlanda en la pobreza, enseguida pudieron aprovechar las libertades de Estados Unidos para prosperar. JFK da por supuestas esas libertades, pero las sucesivas generaciones de niños descendientes de esclavos nunca han tenido esas oportunidades.

Bobby Kennedy es una de las fuerzas motrices de la nueva postura de su hermano, tan ligado ahora a los derechos civiles que su nombre de pila se usa como insulto en el Sur. El hecho de que John Kennedy acabe alzándose en defensa de los negros es una victoria también para él.

Mayo de 1963 fue un mes complicado en Birmingham, marcado por sucesivos altercados, todos espoleados por el gobernador de Alabama, el racista George Wallace. La batalla sigue candente. El 11 de junio, tras conseguir la integración en la Universidad de Alabama, JFK leyó —y también improvisó en parte— un discurso escrito a toda prisa en torno a los derechos civiles que fue retransmitido por una cadena nacional. Más adelante será considerado uno de sus mejores discursos. El presidente prometió que su administración haría todo lo posible por acabar con la segregación y que presionaría al Congreso para que «impusiera la ley, que otorga a todos los estadounidenses el derecho a ser atendidos en cualquier instalación abierta al público».

Al día siguiente, sin dejar correr un día más, mataron de un tiro al activista Medgar Evers en el sendero de entrada a su casa en Misisipi.

La integración no es un asunto que JFK pueda liquidar actuando como es debido y como corresponde: el compromiso con la cuestión racial tiene repercusiones de gran alcance para él. Para empezar, algunos estadounidenses equiparan los derechos civiles al comunismo. Y lo que menos conviene a Kennedy en el momento más álgido de la guerra fría es que lo etiqueten de comunista, *además* de simpatizante del movimiento negro; aunque sabe que en el profundo Sur son muchos los que darán ese salto inmediatamente.

Y luego están las correrías de Martin Luther King. Como es bien sabido dentro del movimiento de los derechos civiles, King pasa fuera la mayor parte del mes, lejos de casa y de su mujer, Coretta, que se ha resignado a no contar con su fidelidad. Según se sabe por la vigilancia del FBI y por admisión de su buen amigo Ralph Abernathy, King se acuesta con prostitutas y buscavidas, e incluso con mujeres casadas. Cuando sus amigos le insisten en el tema, él no niega sus imprudencias, sino que se excusa alegando que el sexo alivia la ansiedad que lo acosa durante los intensos y frecuentes periodos que pasa solo

(casi una década después de su asesinato en 1968, un juez sellará hasta el año 2027 los archivos del FBI sobre la vida privada de Martin Luther King).

Hoover cree que King es comunista, y el FBI lleva un año y medio pinchando sus teléfonos e instalando micrófonos en las habitaciones de motel donde se aloja: se le ha metido en la cabeza acallar a King. El jefe del FBI ve en el líder de los derechos civiles «un mujeriego degenerado y un obseso sexual» y echa humo cuando la revista *Time* lo nombra «Hombre del Año» en 1963 (Kennedy lo fue en 1961; Johnson lo será en 1964). Hoover dedica muchas horas a escuchar personalmente las grabaciones de las citas del activista con sus amantes, y tanto el presidente como el fiscal general están al corriente de sus actos. Jackie Kennedy, que lo considera un farsante, recordará más tarde que supo por su marido de una cinta en la que King «llamaba a un montón de chicas y organizaba una fiesta, también con otros hombres... En fin, una especie de orgía en el hotel».

Las palabras más infames de King se grabarán el 6 de enero de 1964 en el hotel Willard de la ciudad de Washington. Como cuenta Taylor Branch en su libro *Pillar of Fire*, se oye la voz de King exclamando: «Se lo dedico a Dios [se refiere al sexo]. ¡Esta noche no seré un negro!».

En otras circunstancias, estas fechorías traerían sin cuidado a John F. Kennedy: lo que King haga en privado es asunto del buen reverendo. Pero el presidente va a dar su apoyo al movimiento de los derechos civiles: le guste o no, él y King, eminente portavoz de ese movimiento, están encadenados políticamente hablando.

Y no le gusta nada. Su alianza con King va en contra de la prudencia que recorre cada hebra de su ADN político. Hay enormes paralelismos entre ambos; pero Kennedy, que puede ser impulsivo en algunos aspectos de su vida, es preciso y prudente a la hora de preparar unas elecciones. Las infidelidades de King, sus presuntas simpatías comunistas y su incansable defensa de los derechos civiles convierten su vinculación pública con él en un enorme riesgo político: solo pasear con Martin Luther King en la relativa privacidad de la Rosaleda hace sudar a Kennedy.

—King es tan fogoso —confió exasperado a su hermano antes de que el reverendo llegara—, que es como esperar a [Karl] Marx en la Casa Blanca.

Al doctor Martin Luther King el desasosiego del presidente le importa muy poco. De hecho, piensa aumentar la presión: está organizando una manifestación masiva para el próximo mes de agosto en la explanada del

Mall, la zona monumental de Washington... lo que trasladará la batalla por los derechos civiles desde el profundo Sur al pie de los ventanales del mismísimo Despacho Oval.

—¿Y si les da por mear en el Monumento a Washington? —exclama Kennedy al oír la noticia, espantado.

Las palabras del presidente recalcan una dolorosa verdad: a diferencia de la crisis de los misiles en Cuba, o incluso de la fallida invasión de Bahía de Cochinos, la situación de los derechos civiles es un problema sobre el que John Kennedy apenas tiene control. Martin Luther King está en primera línea del frente: tras su victoria en Birmingham, él es quien dirige esta batalla... y ambos lo saben.

Ahora JFK quiere recuperar parte de ese poder.

—Supongo que sabe que lo vigilan de cerca —advierde al líder de los derechos civiles.

King no lo sabe; pero tampoco es alguien que se asuste fácilmente. El reverendo es bajo y grueso, el presidente alto y delgado; y la educación recibida por cada uno no podría haber sido más distinta. Pero Martin Luther King es exactamente igual de culto, igual de leído e igual de hábil en la política que Kennedy; y si ha llegado tan lejos, no ha sido precisamente por claudicar ante los blancos.

King se toma a risa la advertencia, lo que deja aún más preocupado a Kennedy.

El *Air Force One* lo espera, será la primera visita a Europa del presidente desde la crisis de los misiles en Cuba. El clima político de la guerra fría sigue siendo muy tenso: en este viaje, JFK irá saltando de atolladero en atolladero.

Antes de irse, quiere asegurarse de que King ha comprendido la magnitud del problema.

Y contrarresta las evasivas del reverendo utilizando el caso Profumo para dejar claro que el vínculo entre su presidencia y la cruzada de King podría cambiar mucho.

JFK suele ser vago y diplomático al hablar; normalmente deja que su interlocutor saque sus propias conclusiones. Pero ahora es dolorosamente directo. No quiere ningún error: King ha de cortar sus lazos con el comunismo y ser cauto con sus infidelidades.

—Sea prudente y no descuide su causa —le avisa el presidente; no puede ser más claro—. Si lo derriban a usted, nos arrastrará en su caída. Así que mucho cuidado.

El presidente de los Estados Unidos ha dicho lo que tenía que decir. Ya no tiene más tiempo; poniendo fin a la conversación, se marcha a coger su vuelo.

A Martin Luther King le quedan cinco años de vida.

A John Fitzgerald Kennedy, exactamente cinco meses.



Entretanto, la batalla por el control de la Casa Blanca ha comenzado. La reunión de esa tarde en la Sala del Gabinete va a empezar sin el presidente Kennedy, que ya vuela hacia Europa acompañado de casi todos los miembros destacados de su equipo. Queda a cargo de Lyndon Johnson y Bobby Kennedy la tarea de rematar la agenda del 22 de junio sobre derechos civiles.

Lyndon Johnson es inesperadamente el centro de atención: el presidente, temiendo un enfrentamiento si decidía otra cosa, lo ha dejado al mando. LBJ elige la silla del presidente, en el centro de la mesa rectangular de la Sala del Gabinete; de esa silla, que se distingue por su reposacabezas entre un mar de sillas de respaldo alto, claramente emana el poder. Bobby Kennedy se sienta al otro extremo de la mesa. Los veintinueve líderes de los derechos civiles invitados a la reunión se agolpan en la estancia. No hay sillas para todos, y muchos tienen que quedarse de pie contra las paredes de la sala. Hay que decirlo: en la Sala del Gabinete nunca se han visto tantas caras negras.

Para Bobby Kennedy y Lyndon Johnson es la oportunidad ideal de demostrar ante todos ellos quién es el que manda allí.

El vicepresidente lo hace con un tedioso discurso en el que se declara aliado de los líderes de los derechos civiles. Cuando el presidente dirige las reuniones, Lyndon Johnson habla lo menos posible, poniendo coto así a su pasión por los discursos grandilocuentes. Pero ahora que es él quien está al mando, habla sin parar de los derechos civiles, algo que le apasiona desde su discurso en St. Augustine, al que siguió otra alocución: la que pronunció el Día de los Caídos [en la Guerra de Secesión] en el campo de batalla de Gettysburg, en Pensilvania.

El elocuente discurso de finales de mayo había sido todo un éxito. Con él, Johnson inició un pulso con los Kennedy por ver quién llevaba la iniciativa en materia de derechos civiles. Al regresar a Washington, pidió «quince minutos

a solas con el presidente» para sacar réditos al triunfo. Kennedy se los concedió, y Johnson empleó el tiempo para apuntalarse más en la batalla de los derechos civiles.

La parrafada de Lyndon Johnson en la Sala del Gabinete no está sentando bien a Bobby Kennedy. Los derechos civiles son *su* tema, y si su hermano se ha unido a la causa ha sido en gran medida por su insistencia. Ya no es que quiera ver a Lyndon al margen de todo lo relativo a los derechos civiles; lo que quiere es verlo fuera de la Casa Blanca. Dado el rápido declive del poder político de Johnson en el Sur, tal vez a los Kennedy no les haga falta incluirlo en su cartel electoral de 1964; tienen bastantes posibilidades de ganar en el estado de California, cuyos 32 votos electorales compensarán de sobra la pérdida de los 25 que Johnson podría rendir en Texas. Además, cada vez hay más signos de que aunque Johnson siguiera en el cartel, Texas va a perderse de todos modos, tan debilitado está el vicepresidente en su estado natal.

Incluso se habla de un cartel Kennedy-Kennedy para 1964.

Por eso Bobby, sentado frente a Johnson en la mesa de la Sala de Gabinete, tiene poco que temer de él; tan poco, que puede permitirse ser grosero.

El fiscal general llama con el dedo a Louis Martin, editor de un periódico negro.

—Tengo una cita —susurra a Martin cuando viene a su lado—. ¿Puede decirle al vicepresidente que vaya terminando?

Martin sabe lo iracundos que son ambos. Asustado, regresa diplomáticamente a su sitio en la pared.

Bobby se impacienta y enseguida vuelve a hacerle una seña.

—¿No le he pedido que le diga al vicepresidente que se calle ya?

Martin, de cincuenta años y buen amigo de Martin Luther King, no tiene elección. Le debe un favor a Bobby Kennedy. Un gran favor: en 1960, cuando el reverendo acabó en la cárcel tras las detenciones masivas de manifestantes por los derechos civiles, Bobby había intercedido por él consiguiendo apoyos para su causa al llamar por teléfono a la mujer del reverendo, Coretta, para interesarse por ella y darle ánimos. Sin duda, esa llamada también ayudó políticamente a los Kennedy, desplazando hacia JFK el voto negro.

El malestar de Martin es tan grande que no cabe en la sala. Todos los

sentados a la mesa advierten que pasa algo. Lyndon Johnson está hablando desde su púlpito, sentado en la silla con reposacabezas, y mientras tanto, Bobby ya ha llamado a Martin a su lado dos veces.

Bobby no ha elegido a un subalterno: Martin goza de tan alta estima que un día se le conocerá como «el Padrino de la política negra». Todos saben quién es. Y el fiscal general le ha susurrado unas palabras al oído visiblemente enojado.

Martin maniobra despacio entre la maraña de cuerpos y sillas. Lyndon Johnson finge no darse cuenta... aunque jamás se le escapa nada.

Martin es prudente. Le lleva cierto tiempo dar la vuelta a la mesa, y nadie le quita los ojos de encima.

Lyndon Johnson sigue hablando como si tal cosa. Y lo cierto es que ahora todas las miradas están fijas en él; pero solo porque Louis Martin al fin está detrás de su silla.

Martin se inclina para pegar los labios al oído de Johnson, pero el vicepresidente no deja de hablar en ningún momento.

—Bobby tiene que irse y quiere que acabe ya —le susurra Martin.

Johnson vuelve la cabeza y perfora a Martin con una mirada glacial, sin dejar de hablar ni por un momento.

Y para gran fastidio de Bobby Kennedy, Lyndon Johnson sigue perorando otros quince minutos.

Esta batalla por el control de la Casa Blanca no se circunscribe a los diez días que JFK estará en Europa: en ella se juega quién ocupará ese lugar de importancia suprema en el cartel electoral de 1964. Y aunque Lyndon Johnson haya podido rematar su discurso, la actuación de Bobby hace saber a toda la sala quién manda allí realmente.

Bobby Kennedy le lleva ventaja en esta guerra. Cuanto más lo comprende Lyndon Johnson, más se disgusta y se deprime. Al contrario que antes, que había perdido tanto peso, a lo largo de este verano de 1963 su desaliento le llevará a engordar mucho. La cara se le enrojece, y hay quien piensa que está empezando a beber mucho.

Los hermanos Kennedy han quebrado al político que antaño se tuvo por el más poderoso de Washington.



Lee Harvey Oswald tiene dos pasiones este verano: la lectura y el engaño.

Durante todo el mes de junio trabaja de operario de mantenimiento para la Reily Coffee Company de Nueva Orleans, y a pesar de ello cobra el paro. Escribe una carta al «Comité del juego limpio con Cuba», asociación con sede en Nueva York, en la que cuenta todo lo que ha hecho por ella. Hace imprimir tarjetas de visita con el nombre supuesto de A. J. Hidell y el cargo también ficticio de presidente de esa asociación, y llega incluso a tramitar una solicitud de pasaporte con datos falsos. Lee Harvey Oswald se ha convertido en un ardiente comunista, y piensa cometer alguna otra osadía por el bien de su causa política.

Los jefes de Oswald no están contentos con su rendimiento y se quejan de las horas que pasa leyendo revistas de armas en el trabajo.

Marina de nuevo vive con él, en otro apartamento inmundo. Duermen sobre palés, y todas las noches ella rocía un cerco de insecticida en el suelo alrededor de la cama para ahuyentar a las cucarachas. Sabe que su marido ha pedido el visado que les permitiría volver a la Unión Soviética, aunque ella no quiere marcharse. En realidad, como Oswald ha solicitado su propio visado por separado, parece que quiera enviar sin él de vuelta a Rusia a su hija June y a Marina, ahora embarazada.

Lee Harvey Oswald dista mucho de ser el gran hombre que confía en llegar a ser algún día. Ahora mismo es un culo de mal asiento que se entretiene intentando hacer vino de zarzamora, le cuesta conservar los trabajos y trata a su mujer y a su hija como si fueran una carga para él.

La lectura alimenta la ira de Oswald, que devora varios libros a la semana de contenido muy variado, desde una biografía del presidente Mao hasta novelas de James Bond. Más adelante, a mitad del verano de 1963, Oswald decide leer sobre un tema en el que nunca había indagado: John F. Kennedy.

Y a Lee Harvey le gusta tanto *Retrato de un presidente*, el superventas de William Manchester, que al devolverlo saca de la Biblioteca Pública de Nueva Orleans *Perfiles de coraje*, de Kennedy.

La colección de ensayos que le valió a John Kennedy el premio Pulitzer en 1957 trata de la vida y obra de ocho grandes hombres.

En el mugriento y depresivo verano de la familia Oswald en Nueva Orleans, las cuidadas palabras de JFK dan esperanzas a Lee Harvey Oswald de poder demostrar también él su arrojo algún día.



En la séptima jornada de su viaje a Europa, John Kennedy recorre en un descapotable abierto las angostas y sinuosas callejuelas de Galway, en Irlanda. La fervorosa multitud solo piensa en acercarse al Cadillac. Las numerosas curvas cerradas obligan al conductor a reducir la velocidad y avanzar a paso de tortuga. Algunos agentes del servicio secreto creen que un puerto de mar como Galway es más peligroso que cualquier ciudad del interior, por su gran número de inmigrantes; pero como siempre que la ruta de un convoy obliga al coche del presidente a frenar para tomar una curva cerrada, varios agentes se adelantan e inspeccionan el cruce minuciosamente.

Las curvas cerradas no son el único peligro en potencia: a lo largo de la ruta, casi todas las casas tienen dos alturas. La distancia entre las ventanas superiores y el convoy del presidente es tres veces menor de la que había entre el general Ted Walker y el callejón donde Lee Harvey Oswald se ocultaba la noche del 10 de abril de 1963.

En realidad, John F. Kennedy transita por una zona de tiro ideal. Alguien provisto de un arma podría descerrajarle un tiro y desaparecer entre el gentío en unos segundos. El presidente lo sabe muy bien. Últimamente ha pensado bastante en mártires y le gusta citar una estrofa del poeta irlandés Thomas Davis:

*Creíamos que no morirías; estábamos seguros de que no te irías;
dejándonos más necesitados que nunca, a merced del cruel Cromwell,
rebaño sin pastor cuando la nieve cubre el cielo.
Oh, ¿por qué nos dejaste, Eoghan? ¿Por qué tuviste que morir?*

Pero este sábado, el 29 de junio de 1963, el fantasma de la muerte no parece contar mucho. Unos cien mil ciudadanos irlandeses llenan las calles de esta bulliciosa ciudad portuaria en la costa occidental de Irlanda. Seiscientos policías *gardai* [«guardias» en gaélico] están en sus puestos para contener al alegre gentío.

Jackie Kennedy, que en anteriores embarazos tuvo problemas, esta vez no ha viajado a Europa como hizo hace dos años; y como sin duda se recuerda aún. Por eso John Kennedy tiene para sí todo el cariño de las masas.

Muchos habían reprobado al presidente marcharse a Europa en días tan agitados. El *New York Times* del domingo anterior planteaba en el título de un artículo de opinión: «¿Es necesario este viaje?». Y el texto decía: «Pese a las muchas críticas y razones en contra, el presidente Kennedy prosigue su

inoportuno viaje a Europa».

Pero John Kennedy sabe que la oportunidad es muy importante en política, y marcharse ha sido todo un acierto. El periplo europeo, realizado justo cuando la polémica de los derechos civiles amenazaba con dañar su presidencia, ha demostrado a las claras que es el hombre más popular y carismático del mundo. Más de un millón de alemanes se aglomeraron a lo largo de la ruta del convoy para verlo cuando llegó a Colonia hace una semana. Otros veinte millones de europeos lo siguieron por televisión. Y otro millón lo recibió en Berlín Oeste. Allí, con un vigoroso discurso en defensa de la democracia, se ganó a una multitud que coreaba su nombre.

—Todos los hombres libres, allá donde vivan, son ciudadanos de Berlín—dijo el presidente—. Por eso, siendo libre, me enorgullece decirlos: *Ich bin ein Berliner*.

JFK enfervorizó a la multitud.

Su discurso en Berlín había sido una pesadilla para el servicio secreto a cargo de la seguridad. El presidente estaba solo y desprotegido en un podio ante miles de oyentes. No se cacheó a la multitud en busca de armas, y había muchos espectadores viéndolo desde azoteas y ventanas abiertas. En palabras de un agente, John Kennedy era «presa fácil».

Otro agente dijo: «Bastaría una sola bala perdida que diera en el blanco».



En Moscú, el primer ministro soviético Nikita Krushev, temiendo que la popularidad de Kennedy erosionara la suya en Berlín Este, voló rápidamente a la ciudad dividida para reafirmar los derechos de su nación. Él y Kennedy no coincidieron. De hecho, poca gente se apercibió siquiera de la presencia de Krushev en la ciudad; una experiencia opuesta a la de Kennedy, cuya visita fue multitudinaria. Aquello puso de relieve la increíble popularidad de JFK y dejó claro que el poder de Krushev declinaba.

La presencia de John F. Kennedy en Europa afecta incluso al estirado presidente francés, Charles de Gaulle. Subido a su trono de París, De Gaulle es ahora el gallito de la política de Europa occidental. Pero sin duda, en JFK ha encontrado la horma de su zapato: un periodista del *New York Times* se maravilla de que «por primera vez, el presidente De Gaulle tiene enfrente a un dirigente occidental con unas ideas de futuro tan firmes como las suyas y una confianza igual de grande en el triunfo final de esas ideas. Un dirigente que, además, representa a la nación más poderosa de la comunidad transatlántica».

Kennedy y De Gaulle no se vieron en este viaje, pero el mandatario francés sigue atentamente los movimientos del presidente.



Y al final llega a Irlanda.

—Si vas a Irlanda —señaló su jefe de Gabinete Kenny O'Donnell cuando Kennedy añadió este país a su itinerario europeo—, dirán que es un viaje de placer.

—Eso es exactamente lo que quiero —contestó el presidente—, un viaje de placer a Irlanda.

En la pequeña nación isleña, ha sido aclamado y jaleado allá donde ha ido: es el hijo que regresa victorioso.

El turno de Galway llega el cuarto día en Irlanda, y la ancha sonrisa de JFK y su distendido trato con los irlandeses delatan que ahora mismo la preocupación por los asuntos domésticos e internacionales y el nerviosismo ante el próximo nacimiento de su tercer hijo están a un millón de kilómetros de distancia para el presidente.

A las once y media de la mañana, su helicóptero aterriza en un verde prado junto al mar, y una formación de trescientos veinte niños lo recibe en el convento de las Hermanas de la Caridad. Los niños, vestidos de naranja, verde y blanco, dibujan entre todos la bandera irlandesa.

Luego viene el corto trayecto en la limusina descubierta hasta la plaza de Eyre Square, en el centro de la ciudad. Kennedy ordena parar al conductor para charlar unos minutos con las mujeres que han salido a la puerta de sus casas.

El discurso de Eyre Square es el más entrañable y personal de toda la presidencia de JFK. Rememora en él las emociones de sus comienzos políticos en Boston, y se nota que está completamente a sus anchas ante los miles de personas que llenan la plaza; una plaza que un día será rebautizada en su honor. Esta visita no es un acto de campaña ni una cena para recaudar fondos; tampoco es una solemne ocasión histórica que tal vez hubiera tenido que recalcar con un discurso grave y medido.

Es la visita de un compatriota al que los irlandeses han transmitido su cariño en un momento en que lo necesita mucho; y desea corresponderlos con sus palabras.

—En un día claro, si bajan a la bahía y miran hacia el oeste, los que

tengan buena vista verán Boston, en Massachusetts —dice a la fervorosa multitud—. Y entonces —sigue hablando—, verán trabajando en sus muelles a los Dougherty, los Flaherty y los Ryan, y a los primos que ustedes tienen allí, irlandeses que se fueron a Boston y han prosperado.

En ese momento, el presidente pide a la gente de Galway que levante la mano quien tenga familia en Estados Unidos. La plaza se llena al instante de manos apuntando al cielo. La multitud ruge de emoción y estalla en aplausos y risas: sin duda consideran al presidente uno de ellos.

El impacto es arrollador. El discurso de Kennedy avala la creencia en el sueño americano; pero sus palabras son más que un sueño para esta gente. Ningún otro hijo de emigrantes en la historia del mundo ha regresado a su patria en olor de multitudes. Por sí sola, la imagen de Kennedy frente a la concurrencia demuestra que una familia puede llegar a Estados Unidos con los bolsillos vacíos y llegar un día a los peldaños más altos. Hoy John F. Kennedy, hijo de Irlanda, es el hombre más poderoso del mundo.



Ese día no se habla de los inmigrantes negros que todavía no tienen esas mismas oportunidades en Estados Unidos; pero Kennedy ya trabaja en ello.

—Si alguna vez van a Estados Unidos —concluye el presidente, después de comentar lo bien que lo ha pasado esos días en Irlanda—, no dejen de visitar Washington. Y si al llegar les preguntan quiénes son, díganles que son de Galway y de inmediato les oirán exclamar: *¡cead mile failte*, cien mil bienvenidas!^[9] Adiós y gracias.

Solo cuarenta y cinco minutos después de su llegada, el coche de Kennedy hace el camino de vuelta por la ciudad hasta su helicóptero. El amor a la tierra de sus mayores corre por las venas del presidente. No tiene nada que temer en este convoy; nada que temer de esta gente.

Miles de instantáneas de JFK se toman aquel día; muchas siguen colgadas en los *pubs* y los hogares de Galway.



Bobby Kennedy fue la fuerza motriz que cambió la postura del presidente sobre los derechos civiles. Martin Luther King y otros activistas de los derechos civiles aparecen aquí con Bobby y el vicepresidente en una visita oficial a la Casa Blanca en 1963. (Cecil Stoughton, fotografías de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

13

7 DE AGOSTO DE 1963

OSTERVILLE, MASSACHUSETTS

POR LA MAÑANA

Jackie Kennedy, en avanzado estado de gestación, disfruta del verano en Nueva Inglaterra. Apoyada en una valla que le llega a la altura del pecho, ahora está mirando a Caroline, que tiene cinco años y pasea a lomos de un caballo en su clase de equitación. La primera dama y los niños pasan el verano en una casita de campo alquilada, Brambletyde, no lejos de la finca de la familia Kennedy en Hyannis Port, donde la pareja presidencial suele veranear con sus hijos en la casa que tienen allí.

Justo al lado están la casa del padre del presidente y la de Bobby Kennedy. Hyannis Port es el reducto que durante mucho tiempo ha sido el oasis de la familia, donde planean las campañas, celebran sus bodas o simplemente juegan un reñido partido de fútbol americano. La presencia de los Kennedy ha puesto de moda Cape Cod, en Massachusetts.

Tan de moda que ahora hordas de turistas invaden la zona todos los veranos. En sus ansias de ver a JFK y a Jackie, la gente pisotea los arbustos en tropel, y en las estrechas calles frente a la playa se forman ruidosos atascos que destruyen el silencio del lugar. La finca de Hyannis Port también da muchas complicaciones al servicio secreto a cargo de la seguridad, y por eso la familia presidencial ha decidido alquilar una residencia más apartada para el verano de 1963. Jackie y los niños están allí todo el tiempo, mientras que el presidente va y viene de Washington los fines de semana.

Alquilar Brambletyde, que está oculta en un frondoso bosque y solo es accesible por una estrecha pista de gravilla, ha sido una buena idea por motivos de privacidad y seguridad.

Hay otra razón por la que Jackie escogió Brambletyde: no quiere que la

prensa le haga fotos embarazada. Ni siquiera va a la ciudad, y es Clint Hill, su escolta del servicio secreto, quien le compra los tabloides que a ella le encanta leer en secreto.

Hoy es miércoles y Hill tiene el día libre. El veterano agente, muy celoso en su labor de vigilancia y protección de la primera dama, nunca falta a su puesto seis días a la semana; a veces trabaja hasta dieciséis horas al día. Pero hoy lo sustituye el agente especial Paul Landis, que ahora está cerca del corral de prácticas de equitación, con su avezada vista puesta en la primera dama. La agente especial Lynn Meredith, miembro de la «escolta infantil» que protege a Caroline, también anda por allí.

Jackie siente un repentino pinchazo en el vientre seguido de otro. Enseguida ve que los pinchazos no remiten.

—Señor Landis, no me encuentro bien —le dice, intuyendo peligro—. Será mejor que me lleve de vuelta a la casa.

—Por supuesto, señora Kennedy.

Pero no hay urgencia en los movimientos de Landis, y Jackie se enfada.

—Ahora mismo, señor Landis —le ordena en un susurro cortante.

Landis corre al coche y abre la portezuela sujetándola para que la primera dama pase. Ella se sienta atrás con cara de susto. Ha sentido el pinchazo en el útero. Su miedo aumenta al recordar el dolor de la pérdida de dos bebés en el pasado. Jackie sufrió un aborto en 1955, y en su segundo embarazo dio a luz a una niña que nació muerta el 23 de agosto de 1956 y a la que pusieron el nombre de Arabella. La pérdida de un hijo es un golpe muy duro; perder dos es más duro todavía. Pero si llegara a perder a un tercer bebé, sobre todo después de haber tenido dos niños sanos, Jackie no podría soportarlo.

Por eso, aunque solo le faltan unas semanas para salir de cuentas, la primera dama no da nada por supuesto en lo tocante al bienestar del bebé que espera.

Caroline ha quedado al cuidado de la agente Meredith mientras Landis circula a ciento treinta kilómetros por hora por la estrecha pista, llamando por radio a su destino para que preparen un médico y un helicóptero.

La ansiedad de la primera dama aumenta cuando comprende que se está poniendo de parto.

—Por favor, vaya más rápido —ordena.

Ha llegado el momento del hospital; ahora mismo. Si Landis no llega a tiempo, lo más probable es que el agente del servicio secreto tenga que parar el coche en la cuneta y asistir personalmente en el parto del hijo del presidente, que nacería en el asiento de atrás de una berlina oficial.

El agente Landis pisa a fondo el acelerador.



En Washington, el presidente John Fitzgerald Kennedy se enfrenta a un problema de otra índole. Según las encuestas, su popularidad en el crucial estado de Texas ha descendido hasta mínimos sin precedentes; y, lo que es peor, la tendencia sigue a la baja. El estado es cada vez más conservador y republicano. Lyndon Johnson ha perdido todo su antiguo poder político allí; esto no solo afecta a los potenciales votos electorales, sino también al bolsillo. Desde hace mucho tiempo, Texas ha sido una fuente de fondos primordial para las campañas demócratas gracias a la riqueza de los acaudalados empresarios del sector petrolero y otros grandes hombres de negocios texanos. Y antaño podía confiarse a LBJ la recaudación de ese dinero. Pero quien maneja ahora el dinero es el gobernador de Texas, el demócrata moderado John Connally; y este, aunque se cuide de decirlo, no es precisamente un admirador de Kennedy.

Y ahí está el problema: JFK ha estado presionando a Johnson para que organice un viaje a Texas para recaudar fondos, pero Johnson sabe que ese viaje dejará patente su falta de influencia y hará ver al presidente que Connally es quien puede reportar los grandes donantes a su campaña; lo que reducirá aún más sus ya escasas posibilidades de seguir en el cartel.

Para complicar aún más las cosas, ya no es solo que LBJ esté demorando deliberadamente el viaje del presidente a Texas: tampoco Connally quiere que visite el estado. Aunque ambos sean demócratas, el gobernador sabe que una aparición pública al lado de Kennedy le costará muchos votantes texanos.

Pese a todo, John Kennedy necesita Texas y su dinero: está decidido a hacer ese viaje.

Ese es el problema que ronda la cabeza del presidente la mañana del 7 de agosto. En un instante, lo olvidará casi por completo.



El agente del servicio secreto Jerry Behn se acerca al escritorio de Evelyn Lincoln. Son casi las doce menos veinte del mediodía.

El agente especial Behn comunica discretamente a la secretaria del

presidente que Jackie está siendo trasladada por aire al hospital de la base de la Fuerza Aérea de Otis, cerca de Falmouth, en el extremo occidental de Cape Cod, en Massachusetts. También le dice que la primera dama no quiere que avisen a su marido, por si al final los dolores de parto fueran una falsa alarma.

Evelyn Lincoln, sabiendo lo ilusionado que está el presidente con el embarazo de Jackie, entra en el Despacho Oval de todos modos.

—Jerry dice que la señora Kennedy va hacia Otis.

Aunque intenta transmitir el mensaje con calma para no alterar innecesariamente al presidente ni a sus invitados, no lo consigue: la reunión se aplaza en el acto. Una apresurada serie de llamadas telefónicas confirma que están sedando a Jackie, a punto de dar a luz por cesárea al nuevo hijo de los Kennedy. El presidente pide el *Air Force One*.

Pero ninguno de los cuatro aviones presidenciales está disponible hoy.

A JFK no le importa: quiere un avión, cualquier avión, inmediatamente.



Una hora después, mientras el presidente de los Estados Unidos, su escolta del servicio secreto y los más allegados de su equipo vuelan hacia la base de la Fuerza Aérea de Otis apretujados en un pequeño avión JetStar de seis pasajeros, el recién nacido Patrick Bouvier Kennedy respira por primera vez. El segundo hijo varón del presidente pesa solo dos kilos y cien gramos.

Pero justamente su respiración causa gran inquietud: parece superficial y trabajosa. El bebé, con la piel muy pálida y azulada, ronca al soltar el aire y tiene la pared torácica hundida. Nada más nacer, lo llevan a la incubadora.

Al bebé Patrick le asignan un agente del servicio secreto, aunque parece cada vez más claro que la única amenaza directa contra su vida procede de su propio cuerpo. Entre los órganos que más tardan en desarrollarse dentro del útero están los pulmones, y el recién nacido Patrick tiene la enfermedad de la membrana hialina: la causa de muerte más común de los bebés prematuros.

La primera dama, todavía bajo los efectos de la anestesia tras la cesárea, no sabe nada del problema del recién nacido. Nada más llegar, el presidente toma las riendas de la situación. Se acerca al doctor John Walsh para conocer el estado de su hijo. Cuando el médico le explica que Patrick puede morir, Kennedy llama de inmediato al capellán de la base para que bautice al pequeño y, según la doctrina de la Iglesia católica, pueda ir al cielo.

El doctor Walsh sugiere entonces trasladar a Patrick al Hospital Infantil de

Boston, donde están las mejores y más modernas instalaciones para tratar la enfermedad de la membrana hialina. El presidente da su consentimiento en el acto.

A las seis menos cinco de la tarde, mientras Jackie despierta de la anestesia, meten a Patrick Bouvier Kennedy en una ambulancia que inicia las cuatro horas de trayecto hasta Boston.

El bebé Patrick es un cargamento precioso, mucho más que la *Mona Lisa*; por eso, como el famoso cuadro, es escoltado por un destacamento de la policía de Massachusetts. La sirena de la ambulancia aúlla al salir del Hospital de la Fuerza Aérea.

La caravana no se detiene en ningún momento. Hay que salvar la vida del niño.



Ahora viene la espera. Jackie Kennedy sigue recuperándose en su *suite* de maternidad, que consta de diez habitaciones. Por eso es el presidente quien acompaña al bebé al Hospital Infantil de Boston. JFK es muy distinto al que era en 1956, cuando dejó pasar tres días antes de regresar de Europa para ver a su mujer, que acababa de sufrir su primer aborto. Ahora mira impotente la cámara experimental de alta presión de diez metros de largo en la que su diminuto hijo respira entrecortadamente. Las ventanas de la cámara dejan ver a Patrick muy bien. Siempre que el presidente está allí, despejan de visitantes la unidad de cuidados intensivos, lo que solo aumenta su sentimiento de soledad.

—¿Cómo va el pequeño Patrick? —le pregunta amablemente Evelyn Lincoln.

La secretaria del presidente ha viajado hasta Boston para ayudarle a gestionar los muchos asuntos de su cargo que siguen reclamando su atención.

—Tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de vivir —responde JFK.

—Un Kennedy no necesita más —le asegura ella.

Después de tanto tiempo, conoce bien a su jefe y sabe que agradecerá sus palabras de ánimo.

Mandatarios de todo el mundo y amigos de Kennedy le bombardean a mensajes y llamadas telefónicas, pero él no aparta la atención de su hijo recién nacido. El presidente profesa gran amor a los niños. Este bebé

concebido tras la crisis de los misiles en Cuba tiene para él un significado especial: es el niño que nunca habría venido al mundo si la crisis hubiera llevado a la guerra termonuclear global. Patrick Bouvier Kennedy, llamado así por el abuelo paterno de JFK y el padre de Jackie, ha sido motivo de orgullo y preocupación desde el día en que la primera dama le comunicó su embarazo.

El presidente tiene una habitación en el Ritz-Carlton que da al parque de Boston Common, donde pasa las horas de la primera noche de Patrick leyendo incansablemente documentos para un tratado de prohibición de pruebas nucleares. Pero prefiere pasar la segunda noche más cerca de su hijo enfermo, y cambia el lujoso Ritz-Carlton por una habitación vacía en el hospital.

A las dos de la madrugada del 9 de agosto, el agente del servicio secreto Larry Newman le despierta suavemente. JFK se levanta al instante y sube en el ascensor del hospital a la unidad pediátrica, en la quinta planta, junto al doctor Walsh y el agente especial Newman. Este veterano del servicio secreto ha visto muchas cosas desde que se incorporó a la escolta de la Casa Blanca, y conoce a fondo los estados de ánimo y los asuntos personales del presidente. Newman, que afirma no ser de lágrima fácil, confiesa que también él ha estado a punto de llorar más de una vez durante esta prueba dura y desgarradora.

Ahora el agente especial Newman ve la angustia que atenaza los hombros del presidente. El doctor Walsh está informando a JFK de la gravedad del estado de Patrick: lo más probable es que no sobreviva a esa noche. Los pequeños pulmones inmaduros del bebé no funcionan bien, ha empezado a sufrir prolongados periodos de apnea en los que su cuerpo se niega a respirar.

Las puertas del ascensor se abren al vestíbulo, oscuro y vacío tan temprano. John Kennedy inicia su lento paseo hasta la unidad de cuidados intensivos para ver morir a su hijo.

Entonces oye unas risas infantiles. Llevado por la curiosidad, JFK asoma la cabeza a la habitación de donde salen y ve a dos niñas pequeñas incorporadas en la cama. No tendrán más de tres o cuatro años. Grandes vendas cubren el cuerpo de ambas.

—¿Qué les pasa? —le pregunta al doctor Walsh.

El doctor le explica que han sufrido graves quemaduras, y añade que una de ellas tal vez pierda el uso de las manos.

El presidente se palpa los bolsillos buscando un bolígrafo que no tiene. Esto no es raro, lo único que suele llevar en los bolsillos es un pañuelo.

El agente especial Newman y el doctor Walsh le pasan un bolígrafo. Viendo que no tiene papel, una enfermera le trae uno de la salita de enfermeros. Y JFK escribe una nota a las niñas para darles ánimos y hacerles saber que el presidente de los Estados Unidos vela por su bienestar. La enfermera le asegura que entregará la nota a sus padres.

—Y no dijo más —recordará después Newman—. Siguió adelante para hacer lo que tenía que hacer, ver a su hijo. Era la dicotomía de su carácter: un diamante en bruto.

Patrick Bouvier Kennedy muere solo dos horas después.

—Era un bebé tan guapo —se lamenta el presidente ante su mano derecha Dave Powers—. Ha luchado como un valiente por vivir.

Kennedy coge la mano del pequeño Patrick en la suya cuando el niño da el último aliento. Sumido en este terrible trance, el presidente se da perfecta cuenta de que su dolor no es privado: los enfermeros, los médicos y su propio personal miran cómo afronta este trago tan amargo. Despacio, JFK sale de la habitación y echa a andar por el pasillo del hospital, guardando su dolor para sí mismo.



En el mundo exterior se suceden los acontecimientos. Una película sobre la antigua lancha 109 de Kennedy hace taquilla ese verano sacando brillo a la imagen heroica del presidente. La situación política de Texas es un creciente desbarajuste que el presidente intentará enmendar visitando el estado en persona dentro de unos meses. En Chicago, el mafioso Sam Giancana jura venganza contra los hermanos Kennedy por endurecer la vigilancia sobre sus actividades presuntamente criminales. A menos de ciento cincuenta kilómetros de Florida, Fidel Castro ventila su furia porque Estados Unidos prosigue sus operaciones encubiertas en Cuba. En la capital de la nación, Martin Luther King está a punto de convocar a cientos de miles de personas en el Mall de Washington para manifestarse por los derechos civiles. En Vietnam, el déspota católico Diem, fumador empedernido, está fuera de control. Por último, en Nueva Orleans han detenido al desventurado Lee Harvey Oswald por distribuir literatura comunista, lo que por fin lleva al FBI a reabrir la investigación sobre sus actividades.

Pero a John Fitzgerald Kennedy nada de todo esto le importa ahora

mismo.

El hijo del presidente ha muerto. Vivió solo treinta y nueve horas. Su padre apenas puede soportar el dolor.

Cogiendo el ascensor, JFK vuelve a la habitación donde ha dormido y se sienta en la cama llorando con la cabeza baja.

—No podía dejar de llorar —recordará después Dave Powers.



A noventa y siete kilómetros al sur de allí, también Jackie está rota de dolor. La prensa se arremolina a la puerta del hospital de la base de la Fuerza Aérea de Otis. Horas después, el presidente llega para estar con su esposa.

Aunque está destrozada, la primera dama ve a su marido y sabe que también él lo está pasando muy mal; suavemente, le recuerda que aún se tienen el uno al otro, y a John y Caroline.

—Perderte a ti —le dice Jackie a JFK— es el golpe que no podría soportar.

14

28 DE AGOSTO DE 1963

WASHINGTON, D. C.

TARDE

—Hace cien años, el insigne estadounidense cuya simbólica sombra hoy nos acoge firmó la Proclamación de la Emancipación —empieza Martin Luther King, que lleva escritas las palabras. No suele sonar tan agarrotado, se nota que es la primera vez que se dirige a una audiencia tan masiva.

La icónica estatua de mármol blanco de Abraham Lincoln, obra de Daniel Chester French, se alza amenazante tras el hombro de King. Uno de los puños de Lincoln dibuja la letra *A* en la lengua de signos, el otro forma una *L*. El «Gran Emancipador» tiene los hombros hundidos y la cabeza un poco baja, como si aún hubiera de soportar la pesada carga de la presidencia. Ha transcurrido un siglo desde que Lincoln liberó a los esclavos, y King ahora denuncia ante una muchedumbre de cientos de miles de personas que los americanos negros no son libres todavía.

La multitud guarda silencio cuando comienza el discurso. King alcanza a oír los movimientos más leves de quienes lo escuchan nerviosos entre el gentío. Suenan aplausos tenues y deferentes, espaciados. El reverendo recuerda a todos que Estados Unidos sigue siendo una nación segregada un siglo después de la liberación de los esclavos; la fuerza de la idea es aplastante, pero la frialdad con que la enuncia resta impacto a sus palabras.

King sigue hablando, el sistema de megafonía transporta su voz por todo el Mall; las cámaras de televisión la llevan, junto a su imagen, a los hogares de toda la nación.

John Kennedy es considerado un gran orador por su acierto al elegir las palabras y los giros que emplea en sus discursos. El doctor King también; pero en sus mejores días, su oratoria llega a superar incluso la de Kennedy,

pues el reverendo sabe recurrir a las técnicas aprendidas en el púlpito incontables mañanas de domingo: el volumen de su voz oscila del trueno al susurro, acelera el ritmo para luego suavizarlo y no dejar que los oyentes pierdan una sola palabra, alarga o acorta las sílabas para recalcar ciertas ideas. Le gusta sobre todo dar énfasis pronunciando bien fuerte el sonido *t*.

Suele hablar con arrojo y seguridad, transformando palabras de ira y condena en plegarias llenas de esperanza.

Pero hoy su oratoria es chata: sus largas sílabas y el discurso preparado no logran distinguirlo de cualquier otro orador del momento. Martin Luther King, para decirlo claro, está siendo insulso.

Habla de la pobreza y de la segregación vigente en Estados Unidos entre negros y blancos. Hoy se cumple el octavo aniversario del asesinato de Emmett Till, y la arenga de King alude a lo poco que desde entonces han cambiado las cosas.

Gran parte del público, tanto negros como blancos, ha recorrido cientos de kilómetros para estar hoy aquí. Ha sido un día largo, con horas y horas de discursos; y muchos de ellos muy aburridos.

Pero a quien han venido a escuchar es a Martin Luther King. Ajenos al cansancio, el calor y la agobiante masa humana, los doscientos cincuenta mil concentrados en la explanada aguzan el oído bebiendo cada palabra. Han acudido a apoyar la causa de los derechos civiles, pero también quieren que este día el gran orador les haga partícipes de la historia. La voz de King resuena melodiosa sobre el estanque donde se reflejan los monumentos a Lincoln y a Washington, y el gentío atiende a King con la certeza de que va a emocionarlos con un discurso brillante y enardecedor.

Es lo que todo el mundo espera: en algún momento, Martin Luther King dirá algo cuya fuerza y verdad hará inolvidable este día.

La multitud escucha atentamente, pero King lleva más de nueve minutos hablando y todavía no ha dicho nada que los conmueva.

Dos minutos después, esto cambia.



En la Casa Blanca, John Kennedy está viendo el discurso de King por televisión. Han pasado exactamente tres semanas desde que Jackie dio a luz a Patrick. La primera dama sobrelleva el duelo por la muerte de su bebé recluida en Cape Cod. Tras unas enormes gafas de sol oculta la triste mirada

que ha reemplazado su radiante sonrisa. El presidente está muy pendiente de ella; siempre que puede, sale de Washington para estar a su lado.

Pero este miércoles no puede faltar de Washington. Bobby Kennedy y su hermano Teddy, el nuevo senador de Massachusetts, se unen a JFK cuando King inicia su discurso.

El fiscal general es un gran defensor del movimiento de los derechos civiles, pero su relación con el doctor King es tirante. Esto se debe en parte a lo que sabe de él por las grabaciones que ha escuchado desde que J. Edgar Hoover empezó a pincharle el teléfono, pero también a su afán de proteger al presidente.

Desde que King anunció la marcha sobre Washington hace tres meses, Bobby ha sido el encargado de organizarla, aunque no de muy buena gana. Sabe que la incursión de su hermano en los derechos civiles fracasará si el mitin en el Monumento a Lincoln se salda con violencia o la afluencia de gente no responde a las expectativas. Por eso, discretamente y en estrecha colaboración con el personal del Departamento de Justicia, el fiscal general ha encauzado la marcha de tal forma que sea fácil mantenerla bajo control. Se aseguró de que King hablara desde el Monumento a Lincoln, flanqueado por el río Potomac y la laguna Tidal Basin: en caso de disturbios, esto haría más fácil contener a los manifestantes, a la vez que los mantendría alejados de los edificios del Capitolio y la Casa Blanca.

Bobby también se aseguró de que la policía de Washington no sacara perros que trajeran a la mente de todos a Bull Connor y los sucesos de Birmingham. Ese día bares y bodegas cerrarían, y mandó instalar servicios públicos portátiles para calmar los temores de su hermano a que la gente orinara al aire libre. Además, en las bases militares cercanas habría tropas preparadas, por si la multitud se convertía en turba. Para evitar la sensación de que solo los negros respaldan el movimiento de los derechos civiles, Bobby se puso en contacto con el sindicato de la industria del automóvil United Auto Workers, que promovería la asistencia de sus afiliados blancos. E incluso llegó a apostar a un ayudante bajo la plataforma del orador con un disco de Mahalia Jackson, para que la canción «He's Got the Whole World (in His Hands)» sonara por megafonía si en algún momento uno de los oradores del día decía algo incendiario o antiamericano.

No permitirá que ocurra nada que deje en mal lugar a la Casa Blanca y su tardío espaldarazo a los derechos civiles.

Y todo por apoyar a Martin Luther King, de quien Bobby había comentado con aspereza la misma noche anterior:

—No es serio. Si el país supiera lo que nosotros sabemos de King y sus andanzas, estaría acabado.

Tan acabado como los Kennedy si el país supiera de las andanzas del presidente.

Por todo esto, el presidente y sus hermanos siguen el discurso de King con gran interés, rezando porque se cumpla la promesa de la gran marcha sobre Washington de su dudoso aliado político.



—No nos daremos por satisfechos mientras los negros de Misisipi no tengan voto y los negros de Nueva York no vean nada a lo que votar —predica Martin Luther King.

Y predicar, sí, es exactamente lo que hace ahora mismo, casi a punto de abandonar el discurso preparado para citar el Libro de Amós del Antiguo Testamento.

El nerviosismo de King es tan grande antes de un gran evento que suele dolerle el estómago y sufrir problemas digestivos; pero ahora está logrando tranquilizarse, y su voz empieza a ser más resonante. Las sílabas alargadas suenan nítidas y marcadas como notas musicales. Acentúa mucho la *t* de la palabra «gueto».

Mirando a todo el Mall, King ve evaporarse la fatiga de los cientos de miles de personas que escuchan su discurso. Eleva la voz. Hasta ahora es como si hubiera hablado en párrafos; pero sus palabras se están haciendo más fluidas y los párrafos se transforman en frases sencillas, contundentes, afirmativas.

Martin Luther King ha encontrado su ritmo.

Se acabó el tono monocorde, se acabó la frialdad. King ya está en el púlpito, es un ministro exhortando a su rebaño. Su voz es imponente.

Y en ese momento, por vez primera, grita a voz en cuello la frase que hará de este día un hito que se recordará para siempre:

—¡Tengo un sueño! —proclama King.

Martin Luther King es ahora el dueño del mundo. El Mall hierve de emoción.

A continuación habla de su sueño y describe un paraíso terrenal donde negros y blancos no están divididos: ha soñado que incluso un estado del Sur tan hostil como Misisipi conocerá tales maravillas.

El sueño de King es totalmente utópico en los Estados Unidos de esos años, pero es también la formulación en palabras de la meta última del movimiento de los derechos civiles. Y oír esas palabras dichas con tanta claridad y tanta fuerza pone a todos fuera de sí de orgullo y emoción. Negros y blancos, la gente escucha arrebatada cada palabra de King. En un discurso de solo dieciséis minutos, Martin Luther King ha demostrado, como esperaba, que hoy es verdaderamente el día grande de los derechos civiles en la historia de Estados Unidos.

Para cuando King remata magistralmente el discurso, está gritando, casi escupe al micrófono. La imagen de Lincoln asomando allá arriba por encima del hombro del orador refuerza la intensidad del momento en que King invoca el espíritu de la Proclamación de la Emancipación. Todos los presentes en el Mall comprenden que se ha propuesto acabar lo empezado por Lincoln tanto tiempo atrás; separados por un siglo de injusticia racial, de ahora en adelante ambos estarán unidos en la historia para siempre.

—Al fin libres, al fin libres —King cita un espiritual negro—. Gracias a Dios, al fin somos libres.

Cuando la multitud del Mall estalla en una ovación, consciente de que acaba de ver y oír un momento trascendental en la historia de su país, John Kennedy se vuelve a Bobby para darle su opinión:

—Es cojonudo.



Una hora después, un exultante Martin Luther King se une al presidente en el Despacho Oval. Hay otras once personas presentes, entre ellas Lyndon Johnson, por lo que el encuentro no es una cumbre entre el presidente de los Estados Unidos y el líder más eminente del movimiento de los derechos civiles. Pero Kennedy quiere mostrarle que está prestando atención a los acontecimientos del día.

—¡Tengo un sueño! —exclama, felicitándole con un movimiento afirmativo de cabeza.

Y así es como le dice que, de momento, ha aparcado sus temores respecto a él.



Pero la marcha sobre Washington no cambia la batalla racial en el Sur estadounidense. A las diez y veintidós de la mañana del 15 de septiembre de 1963, menos de tres semanas después de que Estados Unidos escuchara a Martin Luther King soñar con chiquillos negros y blancos de la mano en Alabama, veintiséis niños negros bajan al sótano de la iglesia baptista de la calle Dieciséis para asistir a la misa matinal. Oirán el sermón infantil «El amor y el perdón».

La iglesia baptista de la calle Dieciséis es la congregación de Birmingham que había lanzado en mayo la «Cruzada de los Niños». Esta iglesia está frente al parque donde los perros policía de Bull Connor atacaron a dentelladas a indefensos colegiales y jóvenes negros, y se ha ganado el odio de los grupos supremacistas blancos que no cejan en su intento de impedir la integración en Birmingham.

Los niños que van a misa esta mañana de domingo no saben que cuatro miembros del Ku Klux Klan han colocado una caja de dinamita cerca del sótano. La explosión que destruye la serena espiritualidad del acto religioso coge a todos por sorpresa. La fuerza de la detonación es tal que no solo destruye el sótano: también se lleva el muro posterior de la iglesia y hace saltar en añicos todas sus vidrieras; todas menos una. La escena de esa única vidriera superviviente representa a Jesucristo rodeado de un corro de niños.

La vidriera en cierto modo resulta simbólica, pues casi todos los niños sobreviven a la terrible tragedia acaecida en el sótano esta mañana de domingo. Pero no es así para cuatro de ellos: Addie Mae Collins, Cynthia Wesley, Carole Robertson y Denise McNair.

Para ellos, el sueño ha terminado.

15

2 DE SEPTIEMBRE DE 1963

HYANNIS PORT, MASSACHUSETTS

MEDIODÍA

«Oh, Dios», se lee en una pequeña placa que había recibido el presidente, «tu mar es tan grande y mi barca tan pequeña»^[10].

Es el Día del Trabajo^[11] y John Kennedy, en el jardín de Brambletyde que da al mar, ve una pequeña barca meciéndose a lo lejos en las olas al quitarse sus gafas de sol modelo Saratoga, de American Optical, mientras se arrellana en un sillón de mimbre. Frente a él, el periodista de la CBS Walter Cronkite también se arrellana en su sillón concentrándose antes de empezar esta entrevista televisada, una de las más importantes de su vida. El tema de hoy son las aguas revueltas y el bravo oleaje que el presidente de los Estados Unidos ha de sortear estos días. Ambos llevan traje oscuro y el sol de septiembre les da directamente. Cronkite se sienta con las piernas cruzadas, mientras que Kennedy las tiene totalmente extendidas. El viento le alborota el pelo, que vuelve a poner en su sitio como a él le gusta llevándose la mano a la cabeza distraídamente cada pocos minutos. Cronkite, que se está quedando calvo, no tiene ese problema.

A los cuarenta y seis años, aproximadamente la misma edad que Kennedy, Walter Cronkite es el periodista de televisión más importante del país. Se lleva muy bien con el presidente, y JFK está tan cómodo que en algunos momentos de la entrevista se recuesta en el cojín del sillón como hace en el Despacho Oval cuando le da vueltas a un problema difícil.

Los dos charlan distendidamente mientras les colocan los micrófonos ajustando el sonido, y guardan silencio frente a frente al empezar la cuenta atrás de los últimos diez segundos antes de salir al aire. Cronkite espera a la señal tras la cámara para dar comienzo a la entrevista.

El locutor, que posee una fuerte voz de barítono, se dirige a JFK pronunciando las palabras suavemente, como acariciándolas. Por incisivas que sean sus preguntas, su cálida simpatía desarma a los entrevistados. El resultado es que Kennedy se siente muy cómodo todo el rato. La entrevista es como una conversación entre dos amigos bien informados de la actualidad política estadounidense. Y a decir verdad, así es más o menos como la ve Cronkite, que es un ferviente demócrata, aunque sepa ocultárselo a los telespectadores.

—¿Cree que perderá algún estado del Sur en el 64? —le pregunta Cronkite.

—Bueno, ya perdí alguno en el 60, así que seguramente vuelva a perderlos en el... mmm... Quizá pierda más en el 64... —responde Kennedy, y sonríe débilmente, viéndose forzado a admitir una fragilidad política que le duele.

Cronkite está revelando a los estadounidenses un secreto que hasta ahora solo los expertos en encuestas y los perros viejos de la política conocen.

—... No sé, es demasiado pronto para saberlo, pero yo diría que estamos, no estoy seguro, mmm... Yo diría que a fecha de hoy, soy la figura más popular de la nación en el Sur. Pero bueno, me parece que tendremos que esperar a ver qué pasa dentro de año y medio...

En los ojos del presidente brilla ahora su espíritu de lucha: la sola mención de las próximas elecciones le anima. Le fascina la emoción de la batalla política y le encanta ser presidente. Adicto a la adrenalina, necesita la pugna por el poder.

Cronkite sigue preguntando al presidente:

—¿Cuáles piensa que podrían ser las cuestiones clave en el 64?

—Fuera del país, la seguridad de Estados Unidos, por supuesto, el esfuerzo por mantener esa seguridad. Por mantener la causa de la libertad. En el interior, creo que la economía. Puestos de trabajo. Oportunidades para todos los estadounidenses.

A continuación, sin consultar nota alguna, el presidente recita de un tirón una larga lista de datos. Aboga por la reducción de impuestos para contener la recesión, dice, y defiende su argumento con prolijos cálculos económicos sobre el modo concreto en que bajar los impuestos estimularía la economía.

Por último, Cronkite aborda un tema delicado, Vietnam. A la gente cada día le preocupa más la intervención estadounidense en el atribulado país asiático. El gran eco que está teniendo la perpetuada opresión del budismo ha hecho olvidar a algunos que el comunismo es la principal razón de la presencia de tropas estadounidenses en Vietnam. El clamor popular para que Estados Unidos salga del Sudeste asiático y deje a los vietnamitas librar su propia guerra crece.

—Todos han dicho que la administración recurriría a la diplomacia en Vietnam —Cronkite enfatiza la segunda sílaba acortando la vocal *a*—; algo que, supongo, llevamos intentando desde el principio. ¿Qué puede hacerse en esta situación que se asemeja a otros notorios descalabros derivados de tratar con gobiernos impopulares?

La presencia de Cronkite frente a las cámaras es reconfortante, los televidentes confían en él. El presidente sabe que convencer a este periodista de sus opiniones sobre Vietnam equivale a convencer a los votantes que lo están viendo en sus casas.

—La guerra nos está yendo mejor ahora —dice JFK—, pero eso no significa que los acontecimientos de los dos últimos meses no pinten mal. No creo que ningún gobierno pueda ganar esta guerra sin invertir más esfuerzo en ella. En último término, es su guerra: son ellos los que tienen que ganarla o perderla.

El presidente se interrumpe; casi se le escapa decir que las tropas estadounidenses deberían retirarse, pese a los muchos muertos estadounidenses que ya se han cobrado esas batallas ajenas. Sí manifiesta su inquietud ante la posibilidad de que Vietnam caiga bajo el comunismo, porque si fuera así, el resto de Asia iría detrás. Y JFK enumera todos los países que caerían, desde Tailandia hasta la India.

—No vamos a ceder ni un ápice en la batalla contra el comunismo —insiste—, no quiero ver cómo los chinos se hacen con el control de Asia.

La voz de Kennedy se hace más intensa, mostrando el mismo desprecio por Diem, el presidente de Vietnam, que por sus enemigos, que quieren propagar el comunismo por todo el mundo. John Kennedy no es el joven afable que según algunos salió elegido por su cara bonita y el dinero de su padre. JFK ha llegado a ser un auténtico líder mundial, que suma a su disciplina una esforzada ética de trabajo, sus conocimientos y su gran valor y compasión.

La entrevista dura veinte minutos. Nada más acabar, el presidente se saca del bolsillo de la pechera las gafas de sol y vuelve a ponérselas. Él y Cronkite comentan el dinero que cuesta producir un programa de televisión de media hora, pero enseguida fijan su atención en un velero que surca perezosamente el agua: un puntito en el océano que se alarga sin fin por el horizonte. Ambos son hombres de mar, el agua les fascina.

El mar está en calma en la bahía, pero amenaza con agitarse pronto. No obstante, la entrevista ha ido sobre ruedas. El presidente puede descansar con su familia el resto de la tarde, disfrutando de un rato de paz después de la tristeza del turbulento mes que acaba de terminar.

Cambiando de conversación, Kennedy y Cronkite hablan de navegar hasta que les retiran los micrófonos. Dentro de Brambletyde, a pocos metros, Jackie Kennedy oculta su dolor a las cámaras y al mundo entero. Últimamente el presidente ha pasado más tiempo con ella, y también con Caroline y John, bañándose en la playa, subiéndoles al helicóptero presidencial y presenciando las clases de equitación de Caroline. JFK quiere que su esposa se sobreponga y se deje ver ante la prensa, pero ella aún no se siente preparada para eso.

No obstante, Jackie pronto romperá la reclusión que ella misma se ha impuesto: ha decidido pasar unas semanas en Grecia con su hermana, Lee Radziwill; eso le ayudará a aliviar su duelo. La mera idea de ese viaje para el que todavía falta un mes hace que una sonrisa ilumine el rostro de la primera dama... que ya casi nunca sonrío.



Cuando Walter Cronkite y John Kennedy se despiden en esta magnífica tarde del Día del Trabajo sintiendo en la cara la brisa del Atlántico y el agradable calor del sol, ninguno de los dos sabe que menos de tres meses después Cronkite aparecerá en la televisión nacional para dar una noticia que conmocionará al mundo.

16

25 DE SEPTIEMBRE DE 1963

BILLINGS, MONTANA

ÚLTIMA HORA DE LA TARDE

El 21 y 22 de noviembre cada vez están más cerca.

John F. Kennedy ya cuenta con esas fechas cuando sale a hablar en el rodeo del parque de atracciones del condado de Yellowstone, lleno hasta los topes. La población de Billings, en Montana, es de solo cincuenta y tres mil ciudadanos, pero se diría que todos y cada uno de ellos han acudido a apoyar al presidente. La banda de música añade pompa y boato a la ocasión.

—El potencial del país es ilimitado —empieza Kennedy, y casi parece hablar de sí mismo: solo en los últimos cinco días, ha beneficiado a los agricultores de Montana con su firma de una enorme partida de trigo vendida a la Unión Soviética, ha intervenido en las negociaciones para el veto internacional a las pruebas nucleares, ha bajado el impuesto sobre la renta y hasta ha prometido enviar hombres a la luna ante la Asamblea General de la ONU en un discurso tan notable que hasta los soviéticos aplaudieron.

El sol se está poniendo, pero todavía calienta cuando el presidente habla al aire libre en este ruedo de tierra con las Montañas Rocosas como telón de fondo. El día huele a otoño. El abrigo y la corbata de Kennedy parecen muy formales junto a los vaqueros y las botas de *cowboy* de gran parte del público. Su acento de Boston casi chirría en este emblemático escenario del Oeste. Y al aludir a las maravillas del Oeste americano, cita a Henry David Thoreau, que era de Massachusetts y jamás cruzó el Misisipi.

Pero al pueblo de Montana nada de esto le importa. Todos escuchan emocionados cada palabra del presidente, porque John Fitzgerald Kennedy ha incluido su ciudad en un itinerario que abarca once estados del Oeste. El objetivo del presidente es recabar apoyo para la siguiente campaña. Allá por

1960, Nevada fue el único estado del Oeste donde ganó; no solo perdió Montana y sus cuatro votos electorales, sino que el condado de Yellowstone votó contra él por un margen del 60 por ciento frente al 38 por ciento.

Pero eso fue hace tres años.

Hoy el presidente ha sido recibido en el aeropuerto de Billings por una avalancha de gente que lo rodeó al bajar del *Air Force One*: hombres y mujeres, viejos, jóvenes y niños, todos se agolpaban para darle la mano empujándose unos a otros. Para desazón de los guardaespaldas del servicio secreto, Kennedy arriesgó la vida metiéndose de lleno entre la multitud: sabía que estarían encantados si al llegar a sus casas esa noche podían decir que habían tocado al presidente. Miles de personas flanqueaban la ruta del convoy hasta el parque de atracciones, incluso jinetes a caballo.

A juzgar por el día de hoy, JFK barrería en Montana si los comicios se celebraran mañana. Y ganar en el Oeste es vital para la estrategia de reelección de Kennedy: en efecto, ganar en Texas prácticamente garantizaría la victoria en 1964.

Y su jefe de Gabinete Kenny O'Donnell ha dado por buenas las fechas del 21 y el 22 de noviembre para ese viaje de recaudación en el que él tanto ha insistido.

El presidente concibe una grandiosa gira preelectoral por todo el estado, con paradas en cinco de sus ciudades más importantes: San Antonio, Fort Worth, Dallas, Houston y Austin. El gobernador de Texas, John Connally, demócrata moderado que se ha mantenido a cierta distancia política del presidente, hubiera preferido un itinerario menos ambicioso, aunque se lo calle. La ciudad de Dallas, por ejemplo, no es territorio de Kennedy: allí se ven por doquier pegatinas de «Abajo los Kennedy», y los acertijos y charadas a propósito de «¿A qué Kennedy odias más?» están a la orden del día. Los niños abuchean al presidente cuando se pronuncia su nombre en las aulas, y en un poster local muy difundido se ve a Kennedy en una foto trucada de archivo policial con la leyenda «Buscado por traición. Se busca a este hombre por actividades sediciosas contra Estados Unidos».

Más inquietantes aún son los chistes que ríen y jalean su posible asesinato, sobre todo teniendo en cuenta el altísimo índice de muertes violentas de esta ciudad. En Texas se cometen más homicidios que en ningún otro estado; y concretamente en Dallas, más que en ningún otro lugar de Texas. El estado no lleva registros ni tiene leyes sobre armas de fuego que son el arma homicida

en el 72 por ciento de los casos.

Es indudable que las complicaciones de la visita de John F. Kennedy a la «capital suroccidental del odio de Dixie»^[12], como se ha llamado a Dallas, son múltiples.

El presidente hablará de esto y de otros detalles del viaje con John Connally la próxima semana en la Casa Blanca. En un nuevo indicio de que Lyndon Johnson no tiene cabida en el futuro de John Kennedy, el vicepresidente no ha sido invitado a esa reunión; ni siquiera se le ha informado de ella.

Un dato relativo al viaje de Texas destaca sobre todos los demás: más del 62 por ciento del electorado de Dallas votó contra John Kennedy en 1960.

Pero a JFK le encantan los retos. Si puede meterse en el bolsillo a Billings, en Montana, ¿por qué no a la deseada «Gran D»?



Mientras, justo cuando el presidente está hablando en Montana, Lee Harvey Oswald va camino de Texas; y piensa llegar más lejos. Vestido con ropa normal y corriente, unos pantalones y una cazadora con cremallera, se monta en el autocar n.º 5121 de la compañía Continental Trailways con destino a Houston, donde hará trasbordo para seguir viaje más al sur, hasta Ciudad de México. A diferencia de las tropas de Estados Unidos (con el joven Ulises S. Grant y Robert E. Lee en sus filas) que tardaron un año en recorrer esa distancia para invadir México en 1846, Oswald hará el viaje en un solo día.

Viaja como quien no piensa regresar. No tiene casa, acaba de dejar su sórdido apartamento de Nueva Orleans: cuando la casera fue a exigirle los 17 dólares que debía de alquilar, Oswald le dio largas con una mentira y se escabulló en plena noche.

Todas las posesiones terrenales de Oswald se reparten ahora entre su cartera y las dos maletas que van en el maletero del autobús.

En cuanto a la familia, Oswald ya no la tiene. Hace dos días envió a su mujer, cuyo embarazo ya se le nota mucho, con June, la hija de diecinueve meses de ambos, a vivir de nuevo con una amiga de Marina, Ruth Paine, en las afueras de Dallas. Sin que ella lo sepa, en los últimos meses Oswald ha utilizado a Marina: su ciudadanía soviética es vital para el objetivo de su marido de regresar a la Unión Soviética. No está claro si ella sabe que él se marcha a México; ni tampoco que fuera a salir del país, o a viajar siquiera.

Pero Oswald ha trazado otro ingenioso plan, y Marina ya no le hace falta: cuando abandona el apartamento, también está abandonando a su familia. Cada kilómetro que el autocar n.º 5121 de la Trailways deja atrás atravesando las tierras de matorral espinoso y los pantanos de la autopista de la costa tejana, aleja a Lee Harvey Oswald otro kilómetro de los grilletes y las riñas de su desdichado matrimonio.

Oswald ha desistido de momento de sus planes de volver a la Unión Soviética. Ahora sueña con vivir en Cuba, el paraíso orlado de palmeras de la clase trabajadora. Pero en Estados Unidos es imposible conseguir el visado para viajar a Cuba, ya que ambos países han roto sus relaciones diplomáticas. Por eso Oswald coge el autocar a Ciudad de México: allí visitará la embajada cubana.

Vaya donde vaya, Lee Harvey Oswald nunca encaja. No es un proscrito, porque eso implicaría haber estado en un grupo que lo rechaza. Es, en cambio, algo mucho más imprevisible y a la postre peligroso: solitario y muy susceptible, pertenece a la sociedad pero solo de forma paralela, viviendo a su propio ritmo y con sus propias reglas, siempre en busca de un lugar donde sentirse cómodo, de esa identidad de gran hombre que tanto desea poder atribuirse.

Oswald cree ver ese lugar en Cuba. Y se imagina cuánto complacerían al dictador cubano Castro muchas de las cosas que ha hecho. Distribuir folletos en Nueva Orleans para el «Comité del juego limpio con Cuba» fue una forma de expresar su lealtad a Fidel. Marina Oswald contará más adelante que Lee Harvey llegó a pensar en secuestrar un avión que sin más dilación lo llevara a La Habana.

A las dos de la mañana del 26 de septiembre, Lee Harvey Oswald trasborda en Houston al autocar n.º 5133 de la Continental Trailways. Al día siguiente llega a Ciudad de México. Durante todo el viaje habla sin parar: en su deseo de impresionar a los demás pasajeros se muestra incluso fanfarrón. Los regala con el relato de su vida en la Unión Soviética y su trabajo para el «Comité del juego limpio con Cuba». Y hasta se empeña en que vean los sellos soviéticos impresos en su pasaporte. Cada vez que el autobús hace una parada para comer, Oswald, muy flaco, devora un plato de comida mejicana tras otro. No habla español, idioma que necesitará en su nueva vida en Cuba; de momento, hasta que lo aprenda, en los bares de carretera pide poniendo el dedo al tuntún sobre cualquier línea del menú y confiando en la suerte.

Lleva en su cartera casi doscientos dólares, una tarjeta de turista expedida por el gobierno de México que le permite pasar quince días en el país y dos pasaportes: el de sus tiempos soviéticos y otro flamante y reluciente, recién expedido por el gobierno de los Estados Unidos. En su bolsa de deportes azul ha embutido un diccionario bilingüe de español e inglés, diversos recortes de prensa que documentan su detención como activista simpatizante de Cuba, el permiso de trabajo ruso de cuando vivió en Minsk y su partida de matrimonio con una ciudadana soviética. También ha metido un cuaderno de notas en el que explica que habla ruso y se declara devoto seguidor del Partido Comunista.

Como todo auténtico comunista, Lee Harvey Oswald es un ateo declarado; así pues, no reza por el éxito de su viaje. En su lugar, deposita su fe en el grueso fajo de documentos que lleva encima.

Pero Oswald sabe que este viaje tiene un riesgo: podría ser que, después de recorrer todo el camino hasta Ciudad de México, allí la embajada le denegara el visado. De ser así, habrá tirado inútilmente los preciosos dólares gastados en el viaje, la comida y el alojamiento; pero ha de correr el riesgo.

El autocar llega a Ciudad de México a las diez de la mañana. Una vez más, Oswald sigue su propio camino a la deriva, separándose de los demás viajeros nada más llegar. Se registra en el hotel del Comercio, a solo cuatro manzanas de la estación de autobuses; la habitación cuesta 1,28 dólares la noche. Y aunque está agotado después de las fatigosas veinticuatro horas en autobús, se encamina de inmediato a la embajada de Cuba.



John Kennedy viaja al oeste, Lee Harvey Oswald al sur y Jackie Kennedy al este: se va con su hermana Lee a Grecia, donde pasarán dos semanas a bordo del yate *Christina*, propiedad del mujeriego Aristóteles Onassis, vigilado por el FBI desde hace casi veinte años por sus prácticas empresariales poco escrupulosas. A mediados de la década de 1950, el turbio Onassis fue investigado, entre otras cosas, por fraude al gobierno de los Estados Unidos y vulneración de las leyes estadounidenses de transporte de mercancías. Por eso no es de extrañar que dos años atrás, en 1961, cuando la primera dama emprendió sola su viaje de buena voluntad al extranjero, el presidente Kennedy diera firmes instrucciones a la escolta del servicio secreto de Jackie:

—Hagan lo que hagan en Grecia, no quiero que la señora Kennedy coincida nunca con Aristóteles Onassis.

El magnate naviero tiene veinte años más que Jackie y mide diez centímetros menos. También es uno de los hombres más ricos del mundo. Su yate ha sido escenario de numerosas veladas de la alta sociedad, y ha recibido visitas de políticos como JFK y Winston Churchill. La última vez que la primera dama estuvo en el *Christina*, de cien metros de eslora y famoso por detalles tan lujosos como su grifería de oro macizo, fue hace casi diez años. En aquella ocasión, Jackie Kennedy había sido invitada como acompañante de JFK, y la vulgar ostentación del barco no le gustó; de especial mal gusto le parecieron las fundas de los taburetes del bar, de piel de escroto de ballena. Pero ahora su hermana desea las atenciones amorosas de Onassis, aunque el moreno y orondo griego tiene un romance con Maria Callas, la estrella de la ópera. Jackie acompañará a su hermana para que no se sienta sola.

La primera dama jamás osaría dejarse fotografiar en bikini en suelo americano. Si una imagen suya con solo un traje de baño encima se divulgara, sería un escándalo; podría incluso perjudicar políticamente a su marido. Pero Grecia está a medio camino de la otra punta del mundo, lejos de las restricciones y la circunspección que le impone su condición de primera dama.

Jackie necesita alejarse de todo eso. Lo único que busca durante las dos siguientes semanas es bienestar y sentirse libre. Ha perdido todo el peso que ganó en el embarazo; sería una lástima no lucir su figura recién recuperada en tan exclusivo entorno. Por eso comprueba que el servicio ha metido un bikini en su maleta antes de subirse al 707 de la TWA con destino a Grecia el 1 de octubre.

Hace exactamente cincuenta y dos días que vivió la tragedia de la muerte del bebé Patrick; está a exactamente cincuenta y dos días de sufrir otra terrible tragedia.

17

6 DE OCTUBRE DE 1963

CAMP DAVID, MARYLAND

10.27

John Kennedy, el presidente de los Estados Unidos, está furioso. Conduciendo un coche de golf, se dirige al comedor militar de Camp David, a tres minutos, para oír la misa del domingo. El serpenteante sendero pavimentado cruza la frondosa arboleda donde están Hawthorn, Laurel, Sycamore y Linden, las cabañas de invitados. JFK lleva consigo a Caroline, de cinco años, y a John, que cumplirá tres el mes próximo. Pero no es la política ni las presiones del cargo lo que ocupa la mente del presidente: ya tiene programado el viaje a Texas (hace dos días que, en una reunión con el gobernador John Connally, acordó esa incursión política que tanto necesita). Y, desde luego, tampoco son sus hijos los que le exasperan: siempre le encanta estar a solas con Caroline y John; hasta le ha pedido al fotógrafo Stanley Tretick, de la legendaria revista *Look*, que les saque fotos jugando.

No, lo que tiene tan enfadado al presidente es que la primera dama no se pone al teléfono.

Ya es bastante que Jackie Kennedy ande retozando por todo el Mediterráneo con Aristóteles Onassis, del que el presidente no se fía; pero es todavía peor que la prensa de todo el mundo publique en primera plana fotos de sus aventuras en Grecia y muchos se pregunten por qué el presidente deja que su esposa visite a un empresario investigado por fraude contra el gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, tal vez lo peor de todo sea la fama de Casanova de Aristóteles Onassis.

Una sola conversación telefónica con Jackie tranquilizaría a Jack. Pero la primera dama ahora está ilocalizable: aun teniendo en cuenta la diferencia horaria al llamar, el hombre más poderoso del mundo no consigue hablar con su mujer y no sabe si ella le está esquivando o si en realidad es solo que el

Christina tiene un sistema de comunicaciones anticuado y no funciona bien.

La situación no solo enfada a Kennedy: está celoso.



Cuatro meses. Cuatro largos meses. Es lo que tardará Lee Harvey Oswald en obtener el visado soviético, y ha averiguado que lo necesita para que los funcionarios cubanos le entreguen los permisos de viaje.

Pero a Oswald no le queda dinero para cuatro meses: necesita viajar a Cuba ya.

Y así, cuando el cónsul Eusebio Azcue sale para atenderlo en el consulado cubano en Ciudad de México, discute con él y no tarda mucho en perder las formas: según un empleado del consulado cubano, Oswald está «muy nervioso y agresivo». En lugar de ser deferente con la persona que decide su entrada en el país comunista, Oswald le habla a gritos.

Azcue acaba hartándose. Su talante diplomático se esfuma y habla con franqueza al estadounidense:

—La gente como usted —le dice en un inglés con fuerte acento extranjero—, no le hace ningún favor a la revolución cubana, sino todo lo contrario.

Azcue acaba pronosticándole que nunca conseguirá los documentos que le hacen falta para entrar en Cuba.

Oswald se queda hundido cuando el cónsul da la vuelta y echa a andar camino de su despacho: se acabó su sueño de huir a Cuba. Una empleada consular entrega a Oswald un papel con su nombre y sus datos de contacto en la embajada, por si quisiera volver a intentarlo en el futuro.

El alicaído Oswald se queda en Ciudad de México el fin de semana, atiborrándose a comida local y disfrutando del espectáculo de una corrida de toros; pero solo consigue aumentar su desesperación.

Al final coge un autocar y vuelve a Dallas, donde alquila una habitación en un albergue de la YMCA y se pone a buscar trabajo. Avergonzado, telefona a Marina, que sigue viviendo en casa de su amiga Ruth Paine y en cualquier momento dará a luz a la segunda hija de Oswald. Paine es un ama de casa cuáquera; quien se la presentó a los Oswald fue un ruso cultivado y posiblemente vinculado a la CIA, George de Mohrenschildt, al que Oswald conoció en el verano de 1962.

Ruth Paine chapurrea el ruso, lo que contribuye a que Marina se sienta

más a gusto en su casa. Todas las posesiones de Marina se almacenan ahora en el garaje de Paine; entre ellas, una manta verde y marrón en cuyos pliegues se oculta el fusil de Lee Harvey Oswald. Ruth Paine, que como buena cuáquera es pacifista, nunca consentiría en guardar el arma en su garaje, pero no tiene la menor idea de su existencia.

Oswald le cuenta a Marina fábulas sobre México, pero también admite que su viaje ha sido un fracaso. Marina le escucha y cree ver en su marido un cambio a mejor; pero no quiere vivir con él. Por eso Oswald, mientras busca trabajo, la llama por teléfono desde Dallas cuando puede y a veces va a dedo al vecindario de Paine para verla.

Por fin, gracias a una recomendación de la amable Ruth Paine, encuentra trabajo. Es un puesto de baja categoría para él, que tiene un coeficiente intelectual relativamente alto: 118 puntos. Solo tendrá que llenar cajas de pedidos de libros para su transporte. Pero de todos modos, él y Marina están contentos: quizá marque una nueva etapa para ellos.

A las ocho de la mañana del miércoles 16 de octubre, Lee Harvey Oswald acude a su primer día de trabajo en el almacén de libros Texas School Book Depository. Este edificio de ladrillo rojo y siete plantas está en la esquina entre las calles Elm y North Houston, dominando la plaza Dealey, que debe su nombre a un antiguo director del *Dallas Morning News*. Lo más fortuito, si Marina se pusiera de parto mientras Oswald está en el trabajo, es que el hospital Parkland Memorial está a solo seis kilómetros.

El 18 de octubre, su cumpleaños, Oswald recibe un regalo: sin más explicación, la embajada cubana en Ciudad de México ha dado marcha atrás y le concede el visado de viaje. Demasiado tarde para él, que ya ha cambiado de planes.

El 20 de octubre, Audrey Marina Rachel Oswald nace en el Parkland Memorial. Sin embargo, Lee Harvey no va al hospital a ver a su esposa y a su hija, temiendo que le pasen una factura que no puede pagar.

Su ausencia de la vida de su hija recién nacida es algo a lo que Marina y la criatura tendrán que acostumbrarse. Porque Lee Harvey no estará junto a ellas para ver crecer a la pequeña Audrey Marina Rachel Oswald.



Jackie Kennedy ha vuelto a Washington. Entre su veraneo en Cape Cod, las dos semanas de septiembre en Newport, Rhode Island, y las dos que ha pasado en Grecia, llevaba casi cuatro meses fuera de la Casa Blanca. Es 21 de

octubre, y se acerca la hora de cenar en la Casa Blanca. La primera dama ha invitado al corresponsal de *Newsweek* Ben Bradlee y a su esposa Tony. Cenarán en la Residencia familiar de la Casa Blanca, en la planta superior, que Jackie renovó en 1961. Ella eligió personalmente el papel pintado, que es antiguo, con escenas de la Revolución americana.

Aunque la cena de esta noche será ligera y la conversación animada, los fantasmas habitan esta sala. Fue el dormitorio donde el presidente William Henry Harrison murió de neumonía en 1841. También Willie, hijo de Abraham Lincoln, murió aquí a los once años en 1862 tras caer enfermo. Al propio Lincoln lo embalsamaron en esta cámara al morir por el disparo de un asesino. Por último, en los años que despidieron el siglo, esta estancia de techos altos fue también el dormitorio de William McKinley, otro presidente asesinado de un tiro.

Es un encuentro improvisado como los que tanto gustaban a la primera dama antes de la muerte del bebé Patrick. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que los Kennedy invitaron a amigos. Y aunque Jackie ha cancelado todos sus compromisos sociales hasta enero de 1964, esta sencilla cena es un intento de reanudar la normalidad de la vida cotidiana. Jackie ha esperado a última hora para asegurarse de que su marido iba a estar libre: los Bradlee no han recibido la invitación hasta las siete de la tarde, pero con mucho gusto dejarán todo para acudir.

El presidente ha tenido un mal día. El conflicto racial allá en Birmingham y las batallas campales por la legislación sobre derechos civiles aquí en Washington no amainan y le han puesto de mal humor. Pero los Bradlee son seguramente los mejores amigos de los Kennedy en Washington, y el presidente sabe que puede hablar tranquilo delante de ellos: Jackie ha hecho bien en invitar a Ben y Tony. JFK se sienta a la mesa en mangas de camisa y, con una copa en la mano, se desahoga hablando de política. Gran parte de la conversación versa sobre lo que piensa hacer si es reelegido.

—Tal vez después de 1964 —es una frase que repite en la cena—. Tal vez después de 1964.

Pero puede que 1964 no sea un año victorioso, y John Kennedy lo sabe. Todo está adquiriendo tintes oscuros en la Corte de Camelot; hasta las recientes vacaciones de Jackie se les están volviendo en contra. El gusto de la primera dama por la cultura y la moda europeas contrastan desde hace mucho con las inquietudes de la opinión pública estadounidense, que son más

prosaicas. Su gran popularidad de antaño la hacía inmune a ataques políticos; pero esto ya no es así.

Menos de dos meses después de un golpe tan brutal como la pérdida de un bebé, los congresistas republicanos esgrimen sus críticas contra ella y censuran públicamente su viaje a Grecia, acusándola de no pensar más que en darse a la buena vida. «¿Por qué no se dedica a conocer mejor su propio país en vez de callejear por Europa en viajes de placer?», se pregunta el congresista por Ohio Oliver Bolton.

La prensa también publica reportajes sobre las frecuentes fiestas en el yate de Onassis. Hay quien retrata a la primera dama como una niña mimada: «¿Es así como se porta una mujer en duelo?», pregunta el *Boston Globe*. Se publica incluso una fotografía de la primera dama subiendo despreocupadamente a bordo del *Christina* ayudada por un fornido y moreno joven de la tripulación con el torso desnudo. Otra imagen de Jackie tomando el sol en bikini se divulgó en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo. Por primera vez, los medios de comunicación acosan a la familia presidencial.

La agencia de noticias UPI ha llegado al extremo de cuestionar la moralidad de la primera dama, sugiriendo que es demasiado sensual tomando el sol. «La señora Kennedy se deja fotografiar en situaciones y posturas que nunca se permitiría en Estados Unidos», dice la noticia. Y el periodista añade con socarronería que lo más propio sería que el presidente y la primera dama correspondieran a Aristóteles Onassis con la cortesía de invitarlo a la Casa Blanca la próxima vez que visite Estados Unidos.

Ahora, cenando en la Casa Blanca, el bronceado de la primera dama recuerda inevitablemente a todos los comensales la fragilidad política de su marido. Pero ella no parece consciente del daño que causa. Jackie defiende a Onassis ante su marido y los Bradlee: el griego es «una persona viva y vital», dice. Esto, sin duda, solo enfada más al presidente.

John Kennedy no sabe todo lo que ocurrió o dejó de ocurrir en el *Christina*. Sabe de los masajes, las cenas con caviar y las copas de vodka. También entiende que a su mujer le atraiga la opulencia del *Christina* y la inmensa riqueza de Aristóteles Onassis. Lo que no sabe es si su esposa le fue infiel, aunque lo más probable es que no; sobre todo por la presencia de su hermana, que era quien se había fijado en Onassis. Pero el presidente intuye que algo inquieta a su mujer; a Ben Bradlee ya le había comentado que «Jackie se siente culpable».

Y ahora utiliza esa culpa en su ventaja:

—Quizá querrías venirte a Texas con nosotros el mes que viene.

El presidente le dirige una sonrisa cautelosa. Está deseando que Jackie se una a ese viaje. No es solo por rebatir las acusaciones de que la primera dama conoce mejor Europa que Estados Unidos, sino también porque es mucho más popular que él en el Sur, sobre todo entre la población femenina. Jackie no ha aparecido en campaña desde 1960, pero tal vez su presencia en Texas diluya la hostilidad que rodea la visita del presidente.

—Jackie puede dar a las tejanas un par de clases de moda y estilo —dice.

El hecho es que Jackie en realidad *quiere* estar a su lado; y le da igual cómo. Se ha cansado de estar lejos de su marido.

Con ese sentimiento, Jackie se abrió a JFK en una carta escrita de su puño y letra el 5 de octubre, poco después de zarpar en el *Christina*.

«De no haberme casado contigo, mi vida hubiera sido trágica, porque es trágico todo lo que se echa a perder», escribió en la intimidad de su camarote personal, llamado Quíos como la isla griega. Esta carta, como todo lo que escribe Jackie, está llena de guiones. Y la primera dama confiesa que su hija Caroline le da verdadera pena, porque es imposible que encuentre nunca un hombre tan maravilloso como su padre para casarse.

Puede que el matrimonio Kennedy sea poco expresivo a veces; hay muchas cosas que no llegan a decirse nunca. Pero en otras ocasiones la pasión latente entre ambos es tan palpable que el pueblo estadounidense la advierte solo con verlos juntos. El amor del presidente y la primera dama es innegable, y ese sentimiento fluye en las palabras que, línea a línea, Jackie escribe ese día en el *Christina*: lo que empezó siendo una simple nota de amor al final llena siete páginas.

«Te amo desde el día en que te conocí», confiesa en la carta. El 12 de septiembre había sido su décimo aniversario: «Diez años después, mi amor es mucho más fuerte».

Han pasado dos semanas, y ese hombre al que tanto adora le pide en la Casa Blanca que le acompañe en su viaje a Texas. ¿Cómo iba a decirle que no?

—Claro que sí, Jack. Iremos de campaña —responde la primera dama. Pasara lo que pasara en el *Christina*, ha quedado en el pasado. El futuro la

mira atentamente desde los hermosos ojos grises verdosos de su marido—. Haré campaña contigo donde quieras.

La primera dama saca su agenda roja y un bolígrafo y apunta la palabra *Texas* sobre las fechas del 21, 22 y 23 de noviembre.



Pese a las objeciones de su marido, la primera dama pasó dos semanas a bordo del yate Christina invitada por el naviero griego Aristóteles Onassis en 1963. (Associated Press)

Tercera parte



Gana el mal

18

24 DE OCTUBRE DE 1963

DALLAS, TEXAS

TARDE

Jacqueline Kennedy no puede ni imaginárselo, pero si esta templada tarde viera el mal rato que su buen amigo Adlai Stevenson está pasando en Dallas, tal vez no sería tan optimista con el inminente viaje a Texas en el que acompañará a su marido.

Conocida como «la Gran D», la seca y polvorienta Dallas es tórrida y sofocante en verano y fría y desapacible en invierno. El paisaje que la circunda es el más anodino de Estados Unidos. Es una ciudad áspera, erigida sobre la base del comercio y el petróleo y movida por una sola cosa: el dinero. Años después, la serie televisiva *Dallas* caricaturizará la obsesión de esta ciudad por la riqueza más vulgar, pero lo cierto es que la verdadera Dallas no se diferencia mucho de la ficticia.

De aquí a cincuenta años, Dallas será una urbe cosmopolita que albergará a una población variopinta y muy diversas corporaciones multinacionales. Pero en 1963, la inmensa mayoría de sus 747 000 habitantes son blancos, y el 97 por ciento protestante; además, su censo crece cada día, y también se hace cada vez más conservador con la riada de recién llegados de la Texas rural y Luisiana.

Dallas es una ciudad de ley y orden. O eso se supone: tan punitiva con el pecado como para expulsar a las prostitutas a la cercana Fort Worth, por otro lado su tasa de homicidios no deja de aumentar. En Dallas hay muchas iglesias baptistas y metodistas, pero también tugurios como el Carousel Club: un local de *streap tease* en el centro, propiedad del presunto mafioso de cincuenta y dos años Jacob Rubinstein —al que todos llaman Jack Ruby— frecuentado por policías y periodistas, que suelen juntarse allí a tomar una copa.

Pero por encima de todo, Dallas es una ciudad que desconfía de los forasteros y sus ideas políticas; y más si son liberales del Norte. Y nadie puede acusar a sus habitantes de limitarse a sentir desprecio pasivamente: de vez en cuando, las fachadas de las tiendas judías amanecen pintarrajeadas con esvásticas.

Esta tarde en concreto, Adlai Stevenson, de sesenta y tres años, está viviendo de primera mano «el ambiente cargado de odio» de Dallas del que tanto se habla. Stevenson es un demócrata convencido que se midió en las urnas con Dwight Eisenhower dos veces y las dos salió derrotado. Es evidente que Texas no es su territorio, aunque el Memorial Auditorium [el actual Centro de Convenciones de Dallas] haya registrado gran afluencia de público esta tarde; se celebra el Día de las Naciones Unidas. La tarde anterior, el exaltado general de extrema derecha Ted Walker había dado también allí un encendido discurso arremetiendo contra las Naciones Unidas. Entre el público estaba el hombre que había intentado matarlo: Lee Harvey Oswald.

Ahora, cada vez que Stevenson intenta empezar a hablar, apenas se le oye. Una y otra vez, los de la Convención Nacional de la Indignación le silban y abuchean. Estos extremistas, alterando la pronunciación del nombre del distinguido diplomático, lo llaman *addle-eye*, lo que viene a querer decir «atontado».

Stevenson tolera pacientemente los insultos callado en el atril, esperando a que se haga el silencio; pero parece imposible. Al final se enfrenta a uno de los provocadores:

—Mi querido amigo, no habré venido hasta Texas desde Illinois para enseñarles modales, ¿o sí?

Y en ese momento, las cosas se ponen realmente feas.

Un joven de veintidós años, Robert Edward Hatfield, sube de un salto hasta el atril y le escupe con rabia en la cara. Cuando dos policías lo agarran, también ellos se llevan un escupitajo. Adlai Stevenson ya no aguanta más: limpiándose la cara, sale del auditorio. Pero el caos no acaba ahí. Una turba de detractores de las Naciones Unidas lo espera en la calle dispuesta a no dejarlo volver andando a su hotel pacíficamente. Encarándose con él, los alborotadores le cortan el paso y lo insultan. Cora Frederickson, de cuarenta y siete años, llega al extremo de golpear al embajador en la cabeza con una pancarta.

Stevenson todavía intenta recurrir a sus dotes diplomáticas y frena con un

gesto a la policía de Dallas, que ha acudido rápidamente para efectuar el segundo arresto de la noche.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunta Stevenson a su agresora—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Si usted no sabe lo que sucede, no sé por qué será; los demás lo saben todos —contesta al instante la iracunda mujer con gangoso acento texano.

A John Kennedy no le agrada Adlai Stevenson, pero los violentos ataques lo dejan intranquilo cuando se entera. Las muchas alusiones negativas a Dallas que ha oído en los últimos tiempos se están corroborando. Amigos de confianza le aconsejan cancelar ese tramo de su viaje a Texas. Ya el 3 de octubre, el senador de Arkansas William Fulbright le comentó que temía por su integridad física si entraba en Dallas; según él, es «un sitio peligroso».

—Yo no iría —le dijo al presidente—. No vaya.

El predicador evangelista Billy Graham, que es demócrata, también le previene en contra de ir a Dallas. Henry Brandon, el corresponsal del dominical londinense *Sunday Times* en Estados Unidos, está tan seguro de que la visita de Kennedy será explosiva que se desplazará hasta allí solo para escribir él mismo la crónica de una tensión anunciada. El congresista texano Ralph Yarborough tiene dos hermanos que viven y trabajan en Dallas, y ambos le han dicho en reiteradas ocasiones que en la ciudad impera el odio a Kennedy. Y a primeros de noviembre Byron Skelton, del Comité Nacional Demócrata en Texas, tendrá la premonición de JFK podría correr grave peligro si va a Dallas. Skelton intentará disuadir al presidente del viaje varias veces.

Pero John Kennedy es el presidente de los Estados Unidos de América: no solo de algunos estados, sino de todos. En este vasto país no debería haber ningún lugar donde él tema ir.

Como suele decir antes de intentar un golpe de golf difícil:

—Sin perfiles, solo con coraje.

Lo mismo vale para Dallas: JFK ha decidido visitar «la Gran D». No hay vuelta de hoja.



A medio mundo de distancia, en Saigón, es momento de recogimiento y oración para la Iglesia católica: es el día de Todos los Santos. Por eso el presidente vietnamita Ngo Dinh Diem y su hermano Ngo Dinh Nhu van a

comulgar.

Pero los hermanos Dinh tienen otra razón para sus rezos, y John Kennedy sin duda la conoce: el gobierno de Diem ha caído por un golpe militar que ha contado con el apoyo de los Estados Unidos. Mientras se desarrollaba la operación, JFK se reunió con sus asesores de máxima confianza para tratar el futuro de Vietnam... y también el destino de Diem y su hermano. La sesión se alargó tanto que Kennedy se escabulló a la mitad para ir a misa, y todavía le dio tiempo a volver para verla concluir.

Con mucha más precipitación y sigilo salieron el presidente Diem y su hermano del palacio presidencial: corriendo literalmente para salvar el pellejo durante el golpe. Al igual que JFK, también ellos oyeron misa; ahora siguen refugiados en la iglesia católica de San Francisco Javier en Saigón.

Poco después de las diez de la mañana, alguien los reconoce y son capturados; el presidente y su hermano creen que los deportarán. Diem ha previsto este momento y tiene en su poder un maletín lleno a reventar de dólares estadounidenses.

El general del ejército de la República de Vietnam (ERV) Mai Huu Xuan irrumpe en el patio de la iglesia al frente de un convoy formado por un carro blindado y dos furgones militares. Al entregarse, Diem solo pide una cosa: hacer un alto en palacio antes de seguir hasta el aeropuerto. Pero el general Xuan deniega su petición y ordena el traslado inmediato de ambos cautivos al Cuartel General del ejército. Los soldados atan a la espalda las manos del presidente y de su hermano y los meten en un carro blindado —en teoría, por su propia seguridad—. Dos oficiales se les unen en la parte de atrás del vehículo, y la pesada puerta de acero se cierra.

El convoy se detiene en un paso a nivel. En ese momento y con toda calma, uno de los oficiales del ERV aprieta el gatillo de su semiautomática y una bala atraviesa la nuca del presidente Diem.

19

1 DE NOVIEMBRE DE 1963

IRVING, TEXAS

14.30

Esta tarde de viernes el corpulento James Hosty, agente del FBI de treinta y cinco años, llama al timbre de Ruth Paine. Está cansado, ha pasado toda la jornada investigando en la cercana Fort Worth. Ahora mismo lleva cuarenta casos a la vez y hace malabarismos con ellos, alternándolos según el momento y la ocasión. Pero cualquier expediente asociado a la batalla de J. Edgar Hoover contra el comunismo recibe automáticamente la máxima prioridad. Por eso Hosty se pasa por el domicilio de la señora Paine antes de volverse a Dallas y dar por acabada la semana. El agente busca a Lee Harvey Oswald. El FBI ha recibido un soplo de la CIA sobre la visita de Oswald el mes anterior a la embajada cubana en Ciudad de México, y ahora los federales andan buscándolo nerviosos.

La señora Paine abre la puerta y Hosty, mostrándole fugazmente la insignia que lo identifica como agente especial del FBI, le pregunta si puede hablar con ella.

Ruth Paine está pasando por una mala racha: el que fuera su marido durante los cinco años anteriores se ha ido y ahora le está pidiendo el divorcio. Acaso para mitigar la soledad, Ruth ofreció a Marina Oswald vivir en su casa, aunque sepa que la joven madre no tiene dinero que aportar; pero la pequeña carga económica que supone es insignificante al lado de la estrafalaria conducta del marido de la joven, Lee Harvey, que solo va a la casa los fines de semana. Ruth Paine no quiere que viva allí porque no se fía de él.

Pero con James Hosty la señora Paine es muy amable. Le invita a pasar, diciéndole efusivamente que es el primer agente federal que conoce en su vida.

Hosty no es un agente cualquiera. Licenciado por la Universidad Católica

de Notre Dame, en Indiana, y antiguo empleado de banca, lleva casi diez años destinado en la oficina del FBI en Dallas. Se conoce bien la ciudad y los barrios residenciales —cada vez más grandes— de las afueras. Además, es un detective concienzudo, y visitar la casa de Ruth Paine no le cuesta nada aunque esté a punto de acabar su jornada laboral del viernes.

Pero ante todo, el agente especial Hosty es el experto del FBI en Lee Harvey y Marina Oswald. Allá por marzo abrió un expediente sobre Marina para seguir los pasos de la ciudadana soviética. Aquel mismo mes, Hosty solicitó la reapertura del expediente de Lee Harvey tras descubrir las evidentes inclinaciones comunistas de Oswald. El agente ha ido siguiendo el rastro de los Oswald por todos los apartamentos donde han vivido, de Dallas a Nueva Orleans y ahora otra vez aquí. La oficina del FBI en Nueva Orleans informó a Hosty de la detención de Oswald y de sus actos en favor de Cuba. Pero ahora le han perdido la pista.

Hosty pregunta a Ruth Paine si sabe dónde puede encontrarlo.

Paine admite que Marina y sus dos hijas pequeñas viven en la casa. Después de un instante de duda, declara ignorar el domicilio de Oswald; lo que sí sabe es que trabaja en el centro de Dallas, en el Texas School Book Depository. Cogiendo la guía telefónica, comprueba la dirección: 411 Elm Street.

Hosty lo apunta todo.

Marina entra en el cuarto de estar, acaba de despertarse de una cabezada.

Ruth Paine le dice en ruso que Hosty es del FBI. El terror que refleja el semblante desencajado de Marina no es desconocido para Hosty: lo ha visto más veces en el rostro de otras personas procedentes de países comunistas, y comprende que la señora Oswald le cree un agente de la policía secreta que ha venido a llevársela. Por eso le pide a Paine que le diga que no ha ido a «hacerle daño ni a molestarla. La labor del FBI no es hacer daño a la gente, nuestra labor es protegerla».

Ruth Paine se lo traduce. Marina sonrío, más tranquila.

Hosty se levanta para irse. La entrevista ha durado casi veinticinco minutos. Hosty tiene otro par de casos pendientes con los que quiere seguir otro rato antes de volverse a Dallas. Pero mientras apunta su nombre y número de teléfono para dejárselos a Paine por si se enterara de algún detalle más sobre el paradero de Oswald, el agente especial Hosty decide asignar baja

prioridad al caso: en su opinión, Lee Harvey Oswald no es más que un joven con problemas conyugales, afecto al comunismo y habituado a vivir a la deriva, saltando continuamente de trabajo en trabajo.

No hay prisa. Tarde o temprano, Lee Harvey Oswald aparecerá; al agente especial Hosty no le cabe duda.



El lunes 11 de noviembre, tras el fin de semana de la visita de Hosty a la casa de Ruth Paine, informan al agente especial Winston G. Lawson, de la escolta del servicio secreto en la Casa Blanca, del inminente viaje a Dallas del presidente.

La especialidad de Lawson, veterano de la Guerra de Corea de treinta y pocos años, es planear los viajes oficiales de Kennedy. Como es habitual en ese tipo de visitas, sus principales funciones son identificar cualquier amenaza potencial para el presidente, actuar contra cualquiera en quien vea tal amenaza y organizar la seguridad durante los discursos del presidente y las rutas que seguirá su convoy.

Se sigue discutiendo si el convoy cruzará el centro de Dallas, lo que complicaría mucho su seguridad, ya que las principales avenidas de la ciudad están flanqueadas por edificios altos que suman más de veinte mil ventanas: cuantas más ventanas, más lugares propicios para que un hombre armado dispare contra la limusina del presidente.

Pero Lawson aparca temporalmente el asunto de la ruta para investigar posibles amenazas peinando los archivos de la Sección de Investigación Preventiva del servicio secreto, donde figuran todos los individuos que alguna vez han amenazado al presidente o representan un peligro para él. Su consulta arroja que a fecha de 8 de noviembre no existe tal amenaza en la zona de Dallas.

A continuación Lawson viaja de Washington a Texas para entrevistarse con la policía local y con otros federales a fin de identificar y localizar posibles amenazas para la vida de John F. Kennedy. De especial interés son los alborotadores implicados en el incidente contra Adlai Stevenson de hace unas semanas. Lawson consigue copias de sus fotografías, que se distribuirán al servicio secreto y a la policía de Dallas el día de la visita del presidente: cualquier persona que se parezca a alguno de ellos inmediatamente será vigilada por si en algún momento se acercara al presidente.

La diligencia de Lawson pronto obtiene recompensa: el FBI ha

conseguido el nombre de un residente en la zona de Dallas que podría representar una grave amenaza para la vida de John Fitzgerald Kennedy.

Pero el agente especial James Hosty no es quien facilita ese nombre, que tampoco es el de Lee Harvey Oswald: se trata, en cambio, de un maleante de Dallas fichado por la policía al que ni se le ha pasado por la cabeza matar al presidente de los Estados Unidos.



En la capital de la nación, el 11 de noviembre es un día fresco. Apenas brilla el sol y el viento sopla desplegando las numerosas banderas que ondean en lo alto de sus mástiles en el Cementerio Nacional de Arlington. Las vistas del cementerio pueden contemplarse desde el Distrito de Columbia^[13], en la otra orilla del río Potomac. Centenares de militares y civiles presencian el solemne acto del Día de los Veteranos en que el presidente de los Estados Unidos ofrenda una corona en la tumba al soldado desconocido. John Kennedy, veterano de guerra condecorado él mismo, adopta la posición de firmes al oír los primeros compases de la música que tradicionalmente cierra las ceremonias militares. El primer corneta de la banda de música del ejército de los Estados Unidos, el sargento Keith Clark, se sabe muy bien la desoladora melodía e interpreta con maestría el solo de corneta. Sus tristes notas resuenan por el mar de lápidas blancas y verde hierba.

Al presidente Kennedy le conmueve el dramatismo de la historia del lugar: antigua residencia familiar de Robert E. Lee, las tropas unionistas convirtieron Arlington en cementerio durante la Guerra de Secesión para que el general confederado nunca pudiera sentirse tentado de volver a ocupar la mansión de su familia, que sigue dominando los terrenos. Kennedy comprende lo gravosa que la pérdida hubo de ser para Lee. Las suaves lomas ofrecen una panorámica del río, y la ciudad de Washington, con su ritmo acelerado y sus tratos bajo cuerda, se ve al fondo, en gran contraste con la paz y tranquilidad del cementerio.

—Es uno de los lugares más hermosos de la tierra —le dice después al congresista Hale Boggs—. Podría quedarme aquí para siempre.

No es un pensamiento fugaz. Kennedy repite el comentario al secretario de Defensa Robert McNamara:

—Creo que es aquí donde quizá un día me gustaría estar.

20

13 DE NOVIEMBRE DE 1963

CASA BLANCA

ÚLTIMA HORA DE LA TARDE

El hombre al que quedan nueve días de vida admira a Greta Garbo mientras ella se quita los zapatos para tenderse en la cama del dormitorio de Lincoln. Esta noche dan una cena en la Corte de Camelot y la invitada de honor es la actriz sueca, famosa por su reserva. Jackie Kennedy, por propia confesión, está «obsesionada» con Garbo, en quien ve un espíritu afín. Pero es el presidente quien se ofrece a enseñar a esta belleza de cincuenta y ocho años lo que sus ayudantes llaman simplemente «la Mansión».

Nerviosa, Garbo bebe un vaso de vodka tras otro durante la velada. El presidente, en cambio, es la viva imagen de la abstinencia, sin fumar un solo puro ni probar una gota de alcohol.

—Me sentía una depravada cada vez que encendía un cigarrillo — recordará luego Garbo.

John F. Kennedy, embelesado con la actriz —igual que ella con él—, en vez de salir pitando nada más acabar la cena como acostumbra hacer para estar un rato a solas antes de irse a dormir, se queda disfrutando de «la sobremesa más larga desde que soy presidente».

Kennedy y Garbo no se conocían, pero enseguida han hecho buenas migas gracias a una broma a costa de Lem Billings, el amigo de Kennedy que fue su compañero de cuarto en el colegio privado de Choate cuando ambos eran adolescentes. A los cuarenta y cuatro años, sigue siendo el mejor amigo que tiene JFK en el mundo; son como hermanos. Lem se queda a dormir en la Casa Blanca tan a menudo que guarda ropa en un dormitorio de la tercera planta para poder cambiarse cuando amanece allí. En 1960, este ejecutivo publicitario pidió un año sabático en la empresa donde trabajaba para ayudar

a Kennedy en su candidatura a presidente sin pedirle nada a cambio. Y aunque pese a ello JFK le ofreció la dirección del programa de voluntariado recién creado Peace Corps, Billings declinó la oferta, temiendo que aceptar el puesto acabara estropeando su amistad.

El verano anterior, Billings, soltero, había conocido a Greta Garbo en el sur de Francia. Al volver, se jactaba tanto de lo mucho que había congeniado con Garbo que hasta Jackie le pedía que dejara de hablar de la estrella de cine.

El presidente no pudo resistirse: una broma amistosa a costa de Billings daría más gracia a la visita de Garbo. Y llamó a la actriz para invitarla haciéndole una proposición:

—Mi amigo Billings presume de lo mucho que la conoce; cuando él entre, usted hará como que no lo ha visto en la vida.

JFK persuadió a Garbo para que llegara un poco antes de la cena en la Casa Blanca a fin de ensayar su papel en la broma.

«Un poco antes» en la Corte de Camelot no suele ser hasta alrededor de las ocho y media, y esta noche no es una excepción.

Y es que hoy, como suele suceder, el presidente ha tenido una apretada jornada que empezó a las diez menos cuarto de la mañana, cuando recibió a la columnista Ann Landers para hablar de la campaña benéfica navideña de etiquetas postales adhesivas Christmas Seal para 1963 y terminó a las seis y media de la tarde con la reunión con John A. Hannah, jefe de la Comisión de Derechos Civiles de los Estados Unidos. Entre ambas reuniones, asistió a otra con el presidente de Checoslovaquia, así como a una función de gaitas y tambores de la Guardia Negra de Gran Bretaña (Royal Highland Regiment) en el jardín del ala sur; también a un encuentro con quince personas para tratar la pobreza en la zona oriental de Kentucky y, a última hora, a una reunión menos concurrida, con Dean Rusk, McGeorge Bundy y Christian Herter, antiguo secretario de Estado, sobre política exterior.

El presidente se dio su habitual baño del mediodía a la una y diez de la tarde y comió a las dos menos veinte; pero aparte de eso, no ha podido bajar el ritmo en ningún momento. Ha sido una reunión tras otra, y de Kennedy no solo se espera que asista, sino también que esté bien informado de cada uno de los muchos y variados asuntos que se abordan, y que tome las decisiones pertinentes. Durante todo el día, el pensamiento de su viaje a Texas la próxima semana ha estado rondándole la mente.

Cuando JFK se tiró a la piscina para darse el segundo baño del día eran las siete y cuarto. Al dejar la toalla y subir al dormitorio, las ocho y tres minutos. Garbo ya había llegado, pero Kennedy se tomó su tiempo para ducharse y cambiarse tranquilamente, sabiendo que Jackie disculparía su retraso ante la actriz.

Lem Billings se puso eufórico al ver a Garbo:

—¡Pero bueno, Greta, qué sorpresa! ¿Qué tal estás? —exclamó.

Garbo lo miró sin expresión y volvió la mirada a Jackie:

—Sin duda está en un error. No recuerdo haberlo visto nunca —dijo.

Al llegar el presidente, Garbo repitió que no conocía a Billings. El viejo amigo del presidente, cada vez más abatido, no hacía ni caso a JFK, dedicado exclusivamente, una y otra vez, a intentar hacerle recordar a Garbo dónde se habían visto y algunos de los conocidos de ambos. Cuanto más hablaba Billings, más obvio parecía que Greta no lo conocía de nada. JFK estuvo relajado toda la noche y se olvidó de las preocupaciones del cargo, divertido con la fluida y animada conversación de la alegre velada. Y con su broma: Lem Billings no supo que le habían tomado el pelo hasta la mañana siguiente.

Al poco de acabar la cena, JFK enseñó la Casa Blanca a todo el grupo. Achispada, Greta Garbo se quita ahora los zapatos para tumbarse en el colchón sin manchar la colcha del dormitorio de Lincoln. El recorrido finaliza en el Despacho Oval. Un detalle que la mayoría de sus compatriotas no conocen es que JFK colecciona tallas de marfil, y muchas veces puja anónimamente por objetos como los que tiene expuestos en la vitrina de su despacho: dientes de ballena tallados. Cuando Garbo se maravilla ante la colección, el presidente abre la vitrina y le regala uno. La actriz lo acepta encantada.

Así es la vida en la Corte de Camelot: una jornada de trabajo resolviendo los problemas del mundo, dos baños terapéuticos al desnudo, celebridades a la mesa en una cena tardía y un recorrido por la residencia más famosa de América con una glamurosa estrella de cine. ¿Dónde más podría suceder todo esto?

Pero la noche termina abruptamente.

—Me voy o acabaré borracha —declara Garbo antes de desaparecer de vuelta a su hotel.

Así acaba la última fiesta jamás celebrada en la Corte de Camelot.

Pero el recuerdo de esta noche mágica perdurará, y ni siquiera una actriz tan célebre como Greta Garbo puede resistirse al encanto de esa Corte: «La velada que pasé con ustedes en la Casa Blanca fue fascinante y realmente encantadora», dice en su nota de agradecimiento a Jackie Kennedy. «Creería que fue un sueño, si no fuera porque tengo aquí mismo “el diente del presidente”».

Pero la Corte de Camelot no es un sueño, es real: y esa realidad está a punto de dar un vuelco que transformará Estados Unidos para siempre.

21

16 DE NOVIEMBRE DE 1963

DALLAS, TEXAS

13.50

Apuntando con su fusil Winchester 30-30 a la silueta de una cabeza recortada en cartón, Sterling Wood, de trece años, expulsa todo el aire de sus pulmones y aprieta el gatillo; a continuación entorna los ojos para mirar la diana. Es sábado. Sterling y su padre, Homer, han ido al campo deportivo de tiro para ajustar la mira de sus armas antes de la temporada de caza.

El muchacho se fija en el joven de la cabina de tiro contigua, que está apuntando a otra silueta. El adolescente lee muchos libros de armas, y está casi seguro de que la de su vecino es un fusil italiano. Aunque el cañón parece recortado, sigue midiendo varios centímetros más que el Winchester de Sterling. Muy entendido para su edad, el chico sospecha que es un arma de infantería militar por la cantidad de muescas talladas en la culata. Tiene hasta correa para llevarla colgada en bandolera y una mira telescópica de cuatro aumentos que acerca el blanco visualmente facilitando la puntería.

—Mira, papá —le dice Sterling a su padre en un susurro—, parece una carabina italiana de 6,5 milímetros.

El hombre dispara. La boca del cañón recortado despide una llamarada. Sterling siente en su piel el calor de la detonación. El tirador saca el cartucho gastado y se lo mete en el bolsillo, como si no quisiera dejar pruebas de su presencia allí. A Sterling le parece muy raro que haga eso después de todos y cada uno de los disparos.

El muchacho está impresionado: casi todos los orificios de bala del tirador están agrupados alrededor de lo que sería un ojo si la diana de cartón fuera de verdad la cabeza de un hombre.

—Disculpe, señor, ¿es una carabina italiana de 6,5 milímetros? —

pregunta al desconocido.

—Sí, señor —responde el hombre.

—¿Y la mira es de cuatro aumentos?

—Sí, así es.

El tirador no se queda más que un rato y dispara solo «ocho o diez» tiros, calcula Sterling: los necesarios para ajustar con precisión el fusil y la mira sin desperdiciar munición.

Posteriormente, el chico atestiguará que ese hombre era Lee Harvey Oswald.



Aquel sábado de noviembre el *Dallas Morning News* publica en primera página una noticia de la visita a Dallas del presidente Kennedy, para la que solo faltan seis días. El periódico conjetura la ruta que seguirá el convoy de Kennedy por el centro de la ciudad. El *Air Force One* aterrizará en el Love Field, y de allí llevarán al presidente al gran centro comercial de Trade Mart, donde dará un discurso. La ruta pasa por delante del Texas School Book Depository, donde trabaja Lee Harvey Oswald.

Oswald, ávido lector de periódicos, sabe de la visita de John Kennedy a Dallas desde hace tiempo. Ese día, Oswald ha decidido quedarse el fin de semana en la ciudad en vez de ir a ver a Marina y a sus hijas.

Oswald cumplió veinticuatro años hace solo un mes, y apenas puede alegar nada que justifique su paso por este mundo: está perdiendo a su mujer y a sus hijas, su trabajo es de baja cualificación y no ha estudiado nada pese a su capacidad intelectual. No sabe si quiere ser estadounidense, cubano o ruso.

Aun así, aspira a ser alguien grande. Alguien importante. Alguien cuyo nombre no se olvide jamás.

También John Wilkes Booth ansiaba ser un gran hombre antes de disparar contra Abraham Lincoln. Hoy Lee Harvey Oswald está practicando su puntería en un campo de tiro, como hizo Booth días antes de perpetrar el asesinato.

Sterling Wood, un muchacho de trece años, es la primera persona que admira a Oswald desde hace mucho, porque hoy Oswald sin duda ha destacado: perforando de varios disparos la silueta de la cabeza de un hombre.



La destrucción de la Corte de Camelot podría haber comenzado con Bahía de Cochinos, cuando John F. Kennedy hizo de Fidel Castro su enemigo permanente y logró enfurecer a su propia Agencia Central de Inteligencia.

O podría haber comenzado la noche de octubre de 1962 en que JFK cortó los lazos con Sam Giancana, Frank Sinatra y la Mafia, y luego se hizo a un lado pasivamente mientras Bobby perseguía con saña el crimen organizado.

El final de la Corte de Camelot podría haberse gestado durante la crisis de los misiles en Cuba, cuando JFK obtuvo una decisiva victoria de imagen pública sobre Nikita Kruschev y el Imperio soviético, a la vez que contrariaba a sus propios mandos militares y al «complejo militar industrial», como lo llamaba Dwight Eisenhower, negándose a declarar la guerra.

La destrucción de la Corte de Camelot podría haber empezado de mil maneras.

Pero ha empezado de hecho el 18 de noviembre, cuando tres miembros de las fuerzas del orden —el agente especial Winston G. Lawson destacado por el servicio secreto, Forrest V. Sorrels de la oficina local del servicio secreto en Dallas, y el jefe de la policía de Dallas Jesse Curry— recorren en coche los quince kilómetros de la ruta pensada con gran detenimiento desde el Love Field al Trade Mart.

—¡Dios santo! —exclama el agente especial Sorrels, subiendo la vista a las miles de ventanas que los miran desde allá arriba—, ¡aquí sí que seríamos presa fácil!

Y no obstante, deciden que esta será la ruta de la caravana presidencial.

Cada vez que la limusina del presidente de los Estados Unidos ha de cruzar aglomeraciones urbanas, el equilibrio entre proteger su vida y garantizar el espectáculo del mandatario mezclándose con el pueblo americano es muy delicado. La meta de los cuerpos de seguridad es que siga con vida después de atravesar calles abarrotadas de gente: un empeño difícil cuando no se instala la capota de la limusina. En la ruta ideal de un convoy presidencial, no hay ventanas en las alturas por donde un francotirador pueda asomar su arma, pero sí hay acceso a vías alternativas por si algo se torciera, y también calles anchas que permitan mantener a la muchedumbre a distancia del vehículo, así como pocas curvas cerradas; a poder ser, ninguna.

La ruta del convoy de Dallas incumple todos y cada uno de estos requisitos.

Doblar una curva con el vehículo presidencial obliga al agente del servicio secreto William Greer, el conductor habitual de JFK, a reducir considerablemente la velocidad de la limusina. Esto hace del presidente una diana más fácil para un posible tirador. El protocolo del servicio secreto dicta que cada vez que un convoy haya de reducir la velocidad al doblar una curva, varios agentes se adelanten para efectuar un control de seguridad previo en todo el cruce. Algo tan sencillo como la curva de noventa grados de la ruta del convoy de Dallas en la esquina entre las calles Main y Houston puede obligar a Greer a aminorar considerablemente la marcha. Una curva amplia de ciento veinte grados, como la de la esquina entre Houston y Elm, puede hacer que la velocidad del Lincoln de Kennedy quede limitada a unos pocos kilómetros por hora.

Es un ritmo de paseo, tan lento que el cuerpo del presidente visto por un asesino a través de la mira de un fusil de gran potencia sería un blanco muy vulnerable. En estos casos, los agentes del servicio secreto están adiestrados para interponer su cuerpo entre el presidente y la multitud haciendo de escudos humanos. Mientras el convoy avanza, estudian el panorama subiendo la vista a las ventanas de los edificios en busca de un hombre armado o de un cañón de fusil. La limusina del presidente lleva estribos a ambos lados para que los agentes puedan subirse a ellos y proteger al presidente a la vez que fijan la mirada en las ventanas, y unas manillas metálicas a las que agarrarse para mantener el equilibrio. Pero a JFK no le gusta que los agentes vayan en los estribos, porque entonces la gente no puede verlo; por eso muchas veces van en otro coche detrás.

Sin embargo, el pistolero puede sortear toda esta protección si conoce de antemano la ruta exacta del convoy. Por eso, cuando los agentes especiales del servicio secreto Sorrels y Lawson escogen el camino que hará el presidente el 18 de noviembre y hacen pública esta información, cualquiera que desee atentar contra el presidente ya tiene lo que necesita para empezar a planear con precisión el lugar y el momento del ataque. Por decirlo de otro modo: a muchos les gustaría ver muerto a John F. Kennedy, pero antes del lunes 18 de noviembre no había una zona de tiro designada en Dallas.

Ahora la hay.

22

21 DE NOVIEMBRE DE 1963

A BORDO DEL *AIR FORCE ONE*

14.00

En las últimas horas de su vida, el presidente John F. Kennedy vuela a todo lujo en el *Air Force One*, absorto en los informes confidenciales de inteligencia escritos exclusivamente para él que desbordan su desgastada cartera negra de piel de cocodrilo. Leyendo a gran velocidad, como suele hacer —a un ritmo de 1200 palabras por minuto— y con las gafas en lo alto de su nariz, JFK es la viva imagen de la concentración. Frente a él, en el diván de su despacho aéreo, Jackie Kennedy habla en voz baja en español, ensayando el discurso que dará esta noche en Houston ante un grupo de mujeres latinoamericanas.

El bisbiseo en castellano de la primera dama es una novedad muy bien recibida en el refugio privado del presidente dentro del avión. John Kennedy está tan contento de que Jackie le acompañe a Texas que inusitadamente se ofreció a ayudarla a elegir la ropa que llevará en sus numerosas apariciones públicas; el conjunto que más le gusta es un traje de chaqueta rosa de lana de Chanel con casquete a juego.

Aunque es verdad que JFK no suele interesarse por la moda, sí ha dedicado gran atención al diseño y la decoración del *Air Force One*. Al principio, cuando juró el cargo, disponía de tres aviones presidenciales: cualquiera de ellos recibía el nombre de *Air Force One* cuando él viajaba a bordo. Pero más que aviones presidenciales, parecían aeronaves de la Fuerza Aérea; de hecho, llevaban el rótulo «Servicio de Transporte Aéreo Militar» escrito en grandes letras en los costados. El fuselaje era casi todo de metal sin pintar.

Pero la aeronave con matrícula de cola 26 000 en la que ahora vuela John Kennedy es una versión muy superior. Se le hizo entrega de este flamante

avión, un Boeing 707, en octubre de 1962. Y así como Jackie ha supervisado la nueva decoración de la Casa Blanca (un pequeño detalle mientras vuelan a Texas es que a su regreso, JFK estrenará cortinas en el Despacho Oval), también John Kennedy ha supervisado la nueva decoración del *Air Force One*. Así, el fuselaje y las alas lucen un atrevido y novedoso colorido, azul pálido y blanco, y sobre la hilera de las cuarenta y cinco ventanillas ovaladas resaltan las palabras «Estados Unidos de América». Dentro, la moqueta es suntuosa y las comodidades abundan: despacho privado, sala de conferencias y un dormitorio en cuya pared —sobre el colchón duro como una piedra del presidente— cuelga un paisaje de la campiña francesa. El mobiliario y todos los accesorios que hay en su interior llevan el sello presidencial. A JFK le gusta tanto su nuevo avión que en solo trece meses ha hecho ciento veinte mil kilómetros a bordo del 26 000.

El viaje de hoy comenzó a las nueve y cuarto de la mañana, cuando John Kennedy se despidió de Caroline antes de mandarla a la escuela en la tercera planta de la Casa Blanca. El pequeño John, que cumplirá tres años la próxima semana, tuvo la suerte de acompañar a sus padres en el helicóptero presidencial desde la Casa Blanca hasta el *Air Force One*. El jovencito, protegido del frío de noviembre con un abrigo London Fog, lo pasó en grande.

Pero cuando el *Marine One* aterrizó en la pista junto al avión presidencial, el pequeño John se puso a lloriquear porque quería seguir viaje con ellos.

—Yo también quiero ir —le dijo a su padre.

—No se puede —le contestó el presidente suavemente.

—Son solo unos días —le recordó la primera dama al niño—. Y a la vuelta, será tu cumpleaños.

El pequeño John rompió a llorar.

—John, como dice mamá, dentro de unos días estaremos aquí otra vez —le dijo el presidente.

Y seguidamente besó a su hijo y miró al agente del servicio secreto a cargo de su protección.

—Cuide a John por mí, señor Foster —le ordenó con voz amable.

A Bob Foster le sonó raro; decir cosas así no es propio del presidente Kennedy, por mucho que su hijo lllore en las despedidas.

A las once de la mañana, el presidente abrazó al pequeño John por última vez en la pista de asfalto de la base aérea de Andrews y subió la escalera del *Air Force One*. La primera dama iba a su lado. Cinco minutos después, el avión despegó con destino a Texas, a tres horas y media. El pequeño John contempló el despegue del gran reactor y cómo remontaba vuelo desapareciendo en la distancia.

El *Air Force One* aterrizará primero en San Antonio, luego en Houston y por fin en Fort Worth, donde el presidente y la primera dama harán noche. El turno de Dallas será mañana. El piloto personal de JFK, el coronel Jim Swindal, llevará a los Kennedy de Fort Worth al Love Field de Dallas. Es un vuelo corto de solo trece minutos. Pero el emblemático *Air Force One* bajando del cielo para tomar tierra en la turbulenta ciudad será una imagen mucho más potente que la de John Kennedy cruzando cincuenta y seis kilómetros de pradera en una limusina.

Ahora el presidente interrumpe su lectura para encender un cigarrillo. Jackie se ha metido en su camarote para arreglarse. JFK fuma sumido en sus pensamientos. Texas va a ser una circunscripción complicada, no hay forma de saber si las masas de votantes serán hostiles o receptivas, y le preocupa que Jackie no lo pase bien: tal vez este viaje sea la prueba de fuego para ver si se anima a hacer campaña con él en 1964.

El presidente se levanta y va a la puerta del dormitorio presidencial, llamando quedamente antes de asomar la cabeza.

—¿Estás bien? —le pregunta a Jackie.

Están a punto de aterrizar. Su mujer se está poniendo un impecable vestido blanco.

—Muy bien —responde la primera dama, y se mira al espejo ajustándose la boina a juego con el vestido y el cinturón negro.

—Solo quería saberlo —dice él cerrando la puerta.

El presidente nota un leve bache cuando el *Air Force One* empieza a perder altura. Mira por la ventanilla. Allá abajo, a ocho kilómetros, el árido y plano paisaje de Texas parece elevarse despacio para recibirlo.



En tierra firme de Dallas, en el Texas School Book Depository, Lee Harvey Oswald llena cajas de pedidos de libros para enviar. Pero hoy cualquier cosa le distrae, y el mapa de la ruta del convoy en la primera página de la edición

vespertina del *Dallas Times Herald* capta su atención enseguida. Solo necesita la ventana más cercana para ver justamente la curva que la limusina del presidente Kennedy doblará despacio desde la calle Main para entrar en la calle Houston y la que tomará a la izquierda, aún más despacio, hacia la calle Elm, por donde pasará prácticamente al pie de las ventanas del almacén. Para ver bien al presidente, solo tendrá que asomarse a la calle.

Pero Lee Harvey Oswald piensa hacer mucho más que mirar. De hecho, sin que nadie lo sepa, está tramando disparar al presidente. Hace solo un mes, unos días antes de que naciera su segunda hija, Marina advirtió su fascinación por dos películas, *De repente* y *Éramos desconocidos*, ambas sobre el asesinato de un político de primera fila: en la primera, concretamente el presidente de los Estados Unidos. Las habían visto juntos, y Oswald le dijo a Marina que parecían reales; a ella le pareció raro el comentario.

Oswald no odia al presidente. No tiene ninguna razón para querer verlo muerto. No obstante, las ventajas que gente como John Kennedy tiene en la vida le llenan de amargura. Oswald sabe muy bien que distinguirse es más fácil para quien nace en un medio privilegiado. Pero aparte de esa leve envidia, no habla mal del presidente. Es más, querría emular a JFK.

Por encima de todo, desea ser un gran hombre.



—¿Me llevas a casa esta tarde? —pregunta Oswald con tono indiferente a su compañero de trabajo Wesley Frazier. Este chico de diecinueve años es vecino de Marina en el barrio de Irving; vive a media manzana de la casa de Ruth Paine, y suele llevarle los viernes en su furgoneta, una Chevy negra de cuatro puertas y nueve años. Los lunes también hacen juntos el viaje de vuelta a Dallas.

—Claro que sí —le contesta. Están junto a una gran mesa en la primera planta del Texas School Book Depository—. Sabes que te llevo a casa siempre que quieras ir a ver a tu mujer, ya te dije que me parece muy bien.

Pero entonces Frazier cae en que no es viernes: es jueves, y Oswald nunca va a Irving los jueves.

—¿Por qué vas a casa hoy? —le pregunta.

—Quiero recoger unas barras de cortina —replica Oswald.

Oswald roba papel marrón de embalaje de la sección de envíos del almacén y se pasa el resto de su jornada laboral confeccionando una bolsa en

la que ocultar sus «barras de cortina».

Mientras pliega el papel para hacer una funda que oculte bien su fusil, Lee Harvey Oswald no deja de darle vueltas a la idea de matar al presidente Kennedy, pero no está del todo seguro. Lo que de verdad desea es volver otra vez con Marina y las niñas: esta noche rogará a su mujer que lo acepte de nuevo.

Pero si ella no quiere, a Oswald no le quedará otro remedio que hacerlo.

Así de alucinatorio se ha vuelto el mundo de Lee Harvey Oswald. Ya solo concibe absolutos: o vivir felices como en un cuento de hadas, o asesinar al presidente de los Estados Unidos.



***Ruta del convoy de Kennedy
en Dallas***

22 de noviembre, 1963

23

22 DE NOVIEMBRE DE 1963

IRVING, TEXAS

6.30

Los Oswald se han peleado. Otra vez. Pero esta vez es diferente; esta vez se acabó. Lee Harvey está al pie de la cama en su cuarto atestado de cosas en casa de Ruth Paine. Ya está vestido para irse al trabajo, se ha puesto unos pantalones grises y una camisa muy usada. Quitándose el anillo de matrimonio de la mano izquierda, lo deja caer en la taza de porcelana que hay sobre la cómoda: símbolo de su amor por Marina en el pasado, ahora es una confirmación más del fracaso que rodea su vida.

Hoy Oswald hará algo que cambiará todo: hoy demostrará que no es un fracasado, aunque tenga que dejarse la vida en ello.

Pone sobre la cómoda 187 dólares, un regalo de despedida para su esposa e hijas. A fin de cuentas, para él no hay futuro.

Marina está en la cama medio despierta. La última noche que pasarán juntos no ha sido muy romántica. Oswald daba vueltas en la cama y Marina se levantó dos veces para atender al bebé. No han hecho el amor, aunque Marina intentó abrazarlo cariñosamente a las tres de la mañana: él respondió apartándola con ira de una patada.

Oswald había ido a la casa ante todo para coger el fusil, pero estaba dispuesto a descartar su oscuro plan si Marina aceptaba volver a vivir con él. Durante toda la tarde intentó reconciliarse con su mujer. Le dijo lo mucho que echaba de menos a las niñas y hasta le prometió una lavadora, sabiendo cuánto deseaba una.

Pero a Marina le había enfurecido que se saltara las normas domésticas de Ruth Paine yendo a verla un jueves. Y los ruegos de Oswald desembocaron en una nueva pelea. Aun así, no se dio por vencido.

Sin embargo, no parece que Marina desee su vuelta. Pasaron la tarde jugando con June y Audrey al aire libre en el césped del jardín de Ruth Paine, mustio esos días de otoño. Oswald suplicó a Marina que volviera a ser su esposa. Ella titubeó: Lee Harvey Oswald había sido el amor de su vida. Pero no cedió.

Oswald se fue pronto a la cama, donde se tumbó pensativo. Incluso cuando Marina se acostó a su lado, su cálido cuerpo despidiendo un agradable olor a jabón tras su baño nocturno, se hizo el dormido. Pasaron las horas. Y conforme pasaban, fue reuniendo el valor que necesitaba. Ya no le quedaba nada en el mundo; llevaría adelante el plan.

Ahora, al amanecer, después de vestirse para ir al trabajo dejando sus posesiones terrenales en la cómoda, Lee Harvey Oswald oye a Marina moverse a su espalda.

—No te levantes —le dice—, ya me hago yo el desayuno.

Agotada, ella no pensaba levantarse. Audrey lloriquea y la atrae hacia sí para darle el pecho. Oswald sale de la habitación sin hacer ruido ni decir adiós.

El asesino se prepara una taza de café soluble en la cocina antes de entrar en el garaje de Ruth Paine, lleno hasta arriba de cosas, a buscar su fusil. Desenrollando la manta que hay junto al petate verde oliva de la Infantería de Marina, saca su carabina militar Mannlicher-Carcano de 6,5 milímetros y la mete en la funda que hizo ayer con el papel marrón de embalar robado en el trabajo.

Cogiendo por el cañón las «barras de cortina», sale del garaje y deja atrás para siempre su antigua vida.

Todavía no han dado las ocho de la mañana cuando Wesley Frazier aparca delante del Texas School Book Depository donde Oswald y él trabajan. Oswald se baja antes de que su compañero pare el motor, y se mete corriendo en el edificio con el paquete marrón antes de que Frazier pueda alcanzarlo y preguntarle a qué viene tanta prisa.



—Está lloviendo —dice George Thomas entrando en la *suite* del hotel de John Kennedy en Fort Worth.

El ayuda de cámara despierta al presidente exactamente a las siete y media de la mañana. Una multitud se arremolina ya en el aparcamiento, ocho

plantas más abajo, para oír a Kennedy hablar desde la plataforma de un camión de caja abierta. La audiencia es mayoritariamente masculina, casi todos trabajadores sindicados. Son cerca de cinco mil, muchos llevan horas de pie bajo la lluvia.

—Vaya, qué mala suerte —contesta Kennedy a su ayuda de cámara saliendo de la cama camino de la ducha.

La lluvia obligará a poner la capota en la limusina en el convoy de hoy. La gente de Dallas que lleva horas pasando frío bajo la lluvia para verlo pasar se llevará un chasco; peor aún, la capota ni siquiera les dejará ver al presidente y a la primera dama dentro del coche. Eso no le ayudará a ganar muchos votos en noviembre del año que viene.

El presidente se ajusta la faja que lleva para la espalda, apretando bien las correas. Luego se pone un traje azul con chaqueta de dos botones, una corbata azul oscuro y una camisa blanca con rayas grises de Cardin, la casa de moda de París. Después de leer los informes de la CIA llegados ese mismo día dedicando especial atención al recuento de bajas de Vietnam, ojea varios periódicos. Según el *Chicago Sun-Times*, Jackie podría ser el factor clave para su reelección en 1964. Es la mejor noticia del viaje hasta ahora: todo el mundo adora a la primera dama. Está claro que la irritación que causaron sus fotos en bikini es agua pasada.

El primer día del viaje a Texas, los texanos recibieron a JFK con vítores. Pero por largos que sean los aplausos y por atentamente que el público escuche cada palabra de sus discursos, la acogida de John Kennedy no es nada comparada con la de su mujer. En Texas solo se habla de Jackie, y llevarla consigo tal vez haya sido la jugada más inteligente que el presidente ha hecho nunca en política. A las nueve de la mañana, John Kennedy ya está en la plataforma del camión. Suena animado y triunfante:

—La gente de Fort Worth no se achanta nunca —dice elogiando a la multitud.

Kennedy tiene merecida fama de no rendirse ante los elementos. Los sindicalistas sabían que su espera en la lluvia sería recompensada y el discurso no se cancelaría.

—¿Dónde está Jackie? —grita uno.

—¿Dónde está Jackie? —chilla otra voz.

John Kennedy sonrío y señala hacia arriba, donde está su habitación en el

hotel.

—La señora Kennedy se está organizando —bromea.

En la octava planta, sentada en su tocador, Jackie oye el discurso; el sonido de las voces sube desde el aparcamiento. Le hace gracia oír su nombre y le gusta la facilidad con que su marido hace reír a su público.

—Ella tarda un poco más —añade el presidente—, pero luego está algo más guapa que nosotros.

Los hombres rugen y estallan en carcajadas, como si el presidente fuera su mejor amigo y compañero de juergas y les estuviera contando algún jugoso chismorreó sobre su vida personal.

Pero la verdad es que hoy Jackie no necesita solo un poco más de tiempo para arreglarse: necesita mucho más tiempo. La primera dama se ve muy cansada en el espejo. Hacer campaña es duro, pero está decidida a aguantar hasta el final. Dentro de dos semanas habrá otra gira por California, y también quiere ir. De hecho, Jackie Kennedy ha decidido no volver a alejarse de su marido hasta su reelección el próximo noviembre.

Pero todo eso es el futuro. Lo importante ahora es que ya han cruzado el ecuador del viaje de Texas: hoy Jackie solo tendrá que hacer un último esfuerzo, después podrá descansar.

—¡Qué barbaridad! —exclama, mirando su cara de cansancio en el espejo—, un día de campaña le echa treinta años encima a cualquiera.

La joven primera dama no puede ni imaginar que hoy envejecerá más que ningún otro día de su vida.



El público vibra en el aparcamiento de Fort Worth alentando al presidente, que da un discurso directo y apasionado.

—¡Seguimos avanzando! —dice para cerrar el discurso, recordándoles que está cumpliendo las promesas de su discurso inaugural, hechas casi tres años antes—. Hemos dejado atrás la guerra fría —asegura, dando a entender todo el rato que el futuro es un reino de Camelot para todos los estadounidenses.

Los ensordecedores gritos de aprobación de los miles de curtidos sindicalistas son la prueba que John Kennedy necesitaba para saber que Texas, después de todo, no es un sitio tan malo.

El presidente cabalga sobre una ola de adrenalina cuando se baja del escenario para volver al hotel. Hacer campaña le revitaliza, incluso bajo la llovizna de primera hora de la mañana en Texas.

Pero por bien que se sienta, sabe que el resto de ese viernes 22 de noviembre no va a ser fácil. Tanto desde el punto de vista político como personal, tendrá que dar lo mejor de sí para ganarse a la aguerrida gente de Dallas.

Por eso el presidente advierte a Jackie:

—Hoy pisamos tierra de locos.

24

22 DE NOVIEMBRE DE 1963

TEXAS SCHOOL BOOK DEPOSITORY, DALLAS

9.45

La gente de Dallas se arremolina en el bordillo frente al Texas School Book Depository. El presidente no pasará por allí hasta dentro de tres horas, pero han venido pronto para coger sitio. Lo mejor es que parece que el día se está despejando: tal vez al final sí puedan ver a John F. Kennedy y a Jackie.

Lee Harvey Oswald se asoma por una ventana de la primera planta del almacén de libros para examinar el punto del trayecto de la caravana presidencial donde ahora se agrupa la gente, y comprueba que se ve perfectamente la esquina de Elm y Houston donde la limusina de John Kennedy girará lentamente a la izquierda. Es un dato importante para él. Ha decidido instalar su atalaya de francotirador en la sexta planta del almacén: esa planta, tenuemente iluminada con bombillas desnudas de 60 vatios, está en obras en ese momento; por eso está vacía. Apilando unas cajas de libros junto a la ventana que da a las calles Elm y Houston, hará un escondrijo: desde allí, Oswald asomará su fusil a la calle y apuntará al convoy cuando esté doblando lentamente esa curva. Lee Harvey Oswald es un buen tirador. Sabe que le dará tiempo a disparar dos veces, quizá incluso tres si es rápido con el cerrojo.

Pero debería bastar con una.



El coronel Jim Swindal hace girar el *Air Force One* contra la dirección del viento para aterrizar en la pista del Love Field de Dallas. John Kennedy está exultante. Mirando por las ventanillas del avión, ve que hace bueno y ha salido el sol y que otra gran multitud tejana lo espera para darle la bienvenida.

—Al final, este viaje está yendo de maravilla —comenta alegremente a Kenny O'Donnell—. ¡Estamos en Dallas, y todo indica que nos irá bien en

Texas!

Coches de policía rodean el recinto, hay agentes apostados incluso en los tejados; pero son los únicos indicios de peligro en el aeropuerto. El gentío congregado para recibirlo, estimado en unas dos mil personas, estalla de alegría al ver el *Air Force One* tocar tierra: es la primera vez que un presidente visita Dallas desde 1948. La gente se pone de puntillas para asomarse por encima de las demás cabezas y ver mejor. Los empleados del aeropuerto dejan sus mostradores para hacerse sitio a empujones en la alambrada de tela metálica que separa la pista del aparcamiento. El C-130 de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos que transporta la limusina blindada del presidente también aterriza, y la rampa de carga desciende. Pero la capota se queda a bordo del avión: el vehículo descapotable va completamente abierto. Un reportero de una cadena local que cubre el espectáculo en directo comunica con gran alegría que la limusina no lleva capota y la gente podrá ver al presidente y a la primera dama «en carne y hueso». Luego recuerda a los telespectadores que el presidente volverá al Love Field entre las dos y cuarto y las dos y media de esa tarde para salir rumbo a Austin.

Lyndon Johnson y su esposa, Lady Bird, aguardan al presidente en la pista de asfalto, como han hecho en todas las paradas del viaje a Texas. El vicepresidente tiene que esperar al pie de la rampa y recibir al presidente. A Johnson no le gusta este papel, pero pone buena cara cuando Jackie aparece en la puerta trasera del avión, radiante con su traje rosa de Chanel y el casquete a juego. Dos pasos detrás de ella, en persona por primera vez ante el pueblo de Dallas, sale John Kennedy.

—¡Desde aquí se ve hasta lo moreno que está! —exclama emocionado el reportero de la cadena local.

Oficialmente, el plan es que JFK vaya directamente a su limusina para unirse al convoy, pero en el último momento decide apartarse para ir hacia la gente. No contento con estrechar unas cuantas manos, el presidente se mete en la masa arrastrando a Jackie con él. Para deleite de la multitud, ambos pasan más de un minuto rodeados de este muro humano. Luego el presidente y la primera dama vuelven a salir, pero solo para internarse entre la muchedumbre al otro lado.

—¡Estamos de suerte! —se felicita el reportero local—. ¡Esto es un regalo para los ciudadanos que han venido a recibirlo!

El presidente y la primera dama siguen estrechando manos durante unos

minutos; a los escoltas del servicio secreto, muy nerviosos, les parece una eternidad.

«Kennedy quiere mostrar a todos que no tiene miedo», anota Ronnie Dugger, del *Texas Observer*.

Al fin, John y Jackie llegan a la limusina presidencial. Los esperan el gobernador John Connally y su esposa, Nellie. En el vehículo hay tres filas de asientos. Delante van el conductor Bill Greer, de cincuenta y cuatro años, y a su derecha el agente especial Roy Kellerman. Este último, que al igual que Greer lleva mucho tiempo en el servicio secreto, pertenece a la escolta de la Casa Blanca desde los inicios de la Segunda Guerra Mundial: protegió a los presidentes Roosevelt, Truman, Eisenhower, y ahora protege a Kennedy.

JFK, en el asiento trasero a la derecha, se coloca bien el pelo con la mano tras su incursión en la muchedumbre. Jackie viaja a su izquierda, y el ramo de rosas rojas que le han obsequiado al aterrizar en Dallas descansa ahora entre ella y el presidente.

El gobernador Connally, justo delante del presidente en el asiento de la fila auxiliar intermedia, se quita su sombrero texano para que la gente lo vea mejor. Nellie va delante de Jackie y detrás del conductor Greer.

Cuando la caravana sale del Love Field a las doce menos cinco del mediodía, la limusina presidencial —su nombre en clave, SS-100-X— es el segundo coche de la fila, flanqueado por cuatro escoltas motorizados.

En el vehículo que abre la marcha van policías locales y del servicio secreto, entre ellos Jesse Curry, jefe de la policía de Dallas, y el agente especial del servicio secreto Winston Lawson.

Y detrás de la limusina de John Kennedy va otro descapotable, de nombre en clave «Halfback» [Mediocampista], ocupado por los dos miembros principales de la «Mafia irlandesa» de Kennedy, Dave Powers y Kenny O'Donnell, rodeados de agentes del servicio secreto armados hasta los dientes con revólveres y armas automáticas. Clint Hill, jefe de la escolta del servicio secreto de la primera dama, va subido al estribo izquierdo del Halfback. Los agentes especiales Bill McIntyre, John Ready y Paul Landis también van en los estribos.

El cuarto vehículo es una limusina descapotable alquilada en la ciudad para el vicepresidente. Al salir el convoy del Love Field, LBJ parece malhumorado. Mientras que todos los demás políticos saludan con la mano a

la multitud, él va mirando directamente al frente, sin sonreír.

Protegiendo la retaguardia va el quinto coche, «Varsity» [Universitario], con varios policías del estado de Texas y cuatro agentes del servicio secreto.

Encabezando el convoy, a cierta distancia del SS-100-X, el jefe de la policía de Dallas Jesse Curry se ha volcado en que la visita del presidente transcurra con la mayor tranquilidad posible. A sus cincuenta años, Curry ha sido policía toda su vida. Además de ocuparse de ascender en el escalafón del cuerpo en Dallas, también se ha ocupado de ampliar sus conocimientos en la Academia del FBI. Curry ha participado en casi todos los aspectos de la planificación de la visita de John Kennedy, a cuya seguridad ha asignado trescientos cincuenta hombres —un tercio de sus fuerzas—, apostándolos a lo largo de la ruta de la caravana y también en el aeropuerto para proteger al presidente a su llegada y en el Trade Mart, donde se encargarán de controlar a la multitud durante el discurso que tendrá lugar después.

Sin embargo, Curry ha decidido no situar a ningún hombre en las proximidades de la plaza Dealey, pensando que la máxima dificultad para controlar a la gente se dará antes de llegar a ese punto. Después de doblar la esquina de la calle Houston, el convoy cruzará por debajo el paso elevado de la calle Elm y girará a la derecha en Stemmons Freeway, para seguidamente atravesar una zona mucho menos abarrotada en dirección al Trade Mart. Curry ha preferido concentrar sus fuerzas en las vías públicas más concurridas de la ruta y no malgastarlas donde haya poca gente.

También ha dado a sus hombres la orden de situarse de cara a la calzada y no a la multitud, no viendo ningún inconveniente en que puedan mirar al hombre al que protegen en recompensa por las largas horas que pasarán de pie. En esto no sigue el ejemplo de la ciudad de Nueva York, donde los policías emplazados en la calle miran *a la gente* para proteger mejor al presidente, mientras el servicio secreto escudriña las muchas ventanas de la ciudad para no pasar por alto el fusil de un posible francotirador.

Pero todo esto da igual durante los primeros kilómetros de ruta, tan fáciles: hay tan poca gente que ver y tan poco que hacer, que Jackie, aburrida, se pone las gafas de sol y, en broma, saluda con la mano a las vallas publicitarias. Los oficinistas de la avenida Lemmon son poco numerosos y más tranquilos; prefieren aprovechar su rato libre para ir a comer a la fábrica de IBM.



Exactamente a esa hora, la jornada laboral también se interrumpe en el Texas School Book Depository para ir a comer, y la mayoría de los compañeros de Lee Harvey Oswald han salido del edificio y están esperando a ver pasar al presidente.

Justo al pie del edificio, el agente especial James Hosty, que ha dejado totalmente de lado el caso Lee Harvey Oswald, solo piensa en dónde situarse para ver a su admirado presidente Kennedy.

Lee Harvey Oswald hoy no se ha traído comida al trabajo. Y no piensa comer. En cambio, está colocando una pila de cajas en la mugrienta sexta planta del almacén para hacerse una buena madriguera desde donde disparar sin que lo vean.

A las doce y veinticuatro minutos, cuando hace ya casi media hora que salió el convoy, el coche del presidente pasa ante los ojos del agente especial James Hosty, en la esquina de Main con Field. Cumplido su deseo de ver a Kennedy en persona, el agente del FBI da media vuelta y se mete en el Alamo Grill para comer algo.

A las doce y veintiocho, la caravana entra en un barrio humilde del centro de la ciudad. De lejos ya se distingue perfectamente el verde montículo de hierba de la plaza Dealey. El caluroso recibimiento dedicado al presidente asombra a los agentes del servicio secreto: todo el mundo lo jalea y aplaude.

A las doce y veintinueve, el convoy toma la crucial curva cerrada a la derecha para enfilear la calle Houston. Allá arriba en la sexta planta, en su guarida de francotirador, Lee Harvey Oswald ve por primera vez en persona a John F. Kennedy. Rápidamente, mira por el visor de su Mannlicher-Carcano y apunta al presidente mientras la caravana de coches rodea la plaza Dealey.

Aquí el gentío es todavía denso y ruidoso, pese a la previsión del jefe Curry de que en este trecho ya se habría diluido. Todos gritan llamando a Jackie y al presidente para que miren hacia ellos. Como si se hubieran puesto de acuerdo, JFK saluda con la mano a la gente en el lado derecho de la calle, mientras que Jackie saluda a los del lado izquierdo, donde está el montículo de césped de la plaza Dealey. Así ningún votante se quedará sin saludo.

El convoy está a solo cinco minutos del Trade Mart, donde Kennedy dará su discurso. Está a punto de llegar.

En la limusina presidencial, Nellie Connally deja de saludar por un momento para mirar hacia atrás y sonreír a John Kennedy:

—Desde luego, no puede decir que no lo quieran en Dallas, señor presidente.

Irónicamente, si en ese mismo momento JFK hubiera subido la vista a la sexta planta del Texas School Book Depository, habría visto el cañón de un fusil asomado por una ventana abierta apuntando directamente a su cabeza.

Pero Kennedy no sube la vista.

Los hombres del servicio secreto tampoco.

Son las doce y media del mediodía. En ese momento, el agente especial Bill Greer gira el volante de la limusina SS-100-X tomando la amplia curva de ciento veinte grados hacia la izquierda para dejar la calle Houston y meterse en la calle Elm.

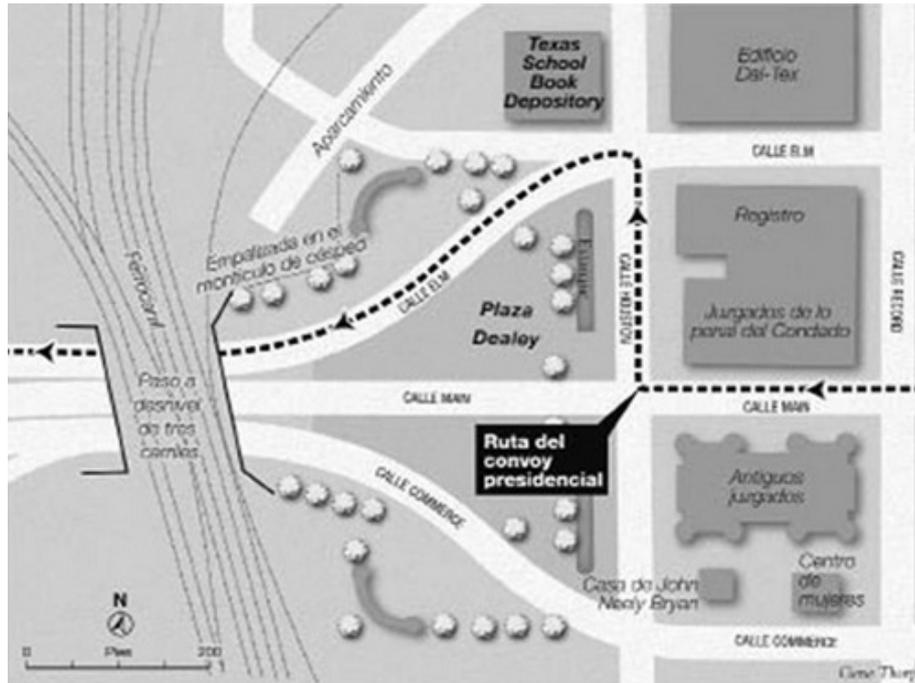


Casi todos vivimos como si faltaran muchos años para el final de nuestra vida. Medimos el tiempo en amor, risas, logros y pérdidas. Hay momentos en los que brilla el sol y también hay rachas difíciles. Hay horarios, llamadas telefónicas, trayectorias profesionales, miedos, alegrías, viajes exóticos, platos favoritos, amor, vergüenza y hambre. La ropa que lleva, el olor que desprende, su peinado, la forma de su cuerpo y hasta la compañía de que se rodea pueden definir a una persona.

En todas partes del mundo, el amor busca sentirse correspondido, los hijos quieren sentir en su cara la caricia de los padres. E incluso en sus peores días, cada cual tiene sus sueños de futuro; y esos sueños a veces se hacen realidad.

La vida es así.

Pero la vida puede acabarse en un instante.



Plaza Dealey

Kennedy en Dallas

22 de noviembre, 1963

25

22 DE NOVIEMBRE DE 1963

PLAZA DEALEY, DALLAS, TEXAS

12.14

En la plaza Dealey, un chico casado que es estudiante de secundaria, Aaron Rowland, espera con su mujer Barbara la llegada del presidente de los Estados Unidos. Al subir la mirada, ve la silueta de un hombre recortada contra una ventana que hace esquina en la sexta planta del Texas School Book Depository. Buen cazador, Rowland ve que el hombre sostiene el fusil en posición de preparado para cargar: el arma cruza su cuerpo en diagonal, una mano aferra la culata y la otra el cañón. Así es como sostiene el arma un marine estadounidense a la espera de su turno para disparar en el campo de tiro.

Rowland está encantado, pero se equivoca de medio a medio:

—¿Quieres ver a un agente del servicio secreto? —pregunta a su mujer.

—¿Dónde?

—En ese edificio de ahí —contesta él, señalándolo.

Seis minutos después, cuando faltan poco más de diez minutos para que el convoy llegue a la plaza Dealey, Ronald Fischer y Robert Edwards, que trabajan en la oficina del interventor del condado, muy cerca de allí, miran hacia arriba y ven a un hombre inmóvil en una ventana de la sexta planta.

—No se movía —recordará Fisher más adelante—. No movía ni una pestaña, solo miraba, plantado allá arriba como una estatua.

En ese momento, Howard L. Brennan, un fontanero de Dallas, se seca el sudor de la frente con la manga de la camisa. Pensando en el calor que hace, sube la vista a lo alto del Texas School Book Depository para ver la hora y la temperatura que marca el rótulo publicitario de Hertz instalado en la azotea

del edificio. Y al mirar, sus ojos distinguen la enigmática figura, inmóvil como una roca, de un hombre en posición de disparo en una ventana de la última planta.

Pero ya se oyen vítores: el convoy se acerca por la calle Main. El gentío ocupa de tres a seis metros en ambas aceras y sus gritos resuenan en el desfiladero de edificios con miles de ventanas del centro de Dallas. En medio del barullo, la visión de un hombre con un fusil en una ventana pasa a un segundo plano. El presidente se acerca.

Es lo único que importa.



Lee Harvey Oswald preferiría disparar tumbado en el suelo, la postura óptima del tirador, pues así el fusil no descansa en ninguno de sus músculos, que pueden cansarse y flaquear. En cambio, tendido boca abajo y apoyado sobre el cúbito y el radio de ambos antebrazos, forma un triángulo perfecto y estable con la dura superficie del piso.

Oswald no tiene esa opción: tendrá que disparar de pie. Pero es buen tirador y sabe permanecer muy quieto. Bien apoyado en el marco izquierdo de la ventana, aprieta fuerte la carabina italiana contra su hombro derecho y la culata de madera con muescas contra la mejilla, como hizo durante horas en sus muchas visitas al campo de tiro con el fusil M-1 de la Infantería de Marina. Mete el índice derecho en el gatillo de su arma de treinta y tres años de antigüedad y lo enrosca sobre él.

Por la mira telescópica de cuatro aumentos, Lee Harvey Oswald ve la cabeza de John Kennedy como si la tuviera a medio metro. Sabe que no le sobrá tiempo. Con toda certeza, podrá disparar dos veces, tres si es rápido. Probablemente tenga nueve segundos.

Viendo su blanco claramente, Oswald vacía los pulmones y aprieta el gatillo con suavidad. Al sentir la fuerza del retroceso del fusil contra el hombro, descorre el cerrojo y rápidamente introduce otra bala en la recámara. No sabe cuánto daño habrá hecho la primera, pero eso ahora mismo no importa: ha de volver a disparar de inmediato.

Oswald es impulsivo, y quizá por eso le cueste más que a otro cualquiera contener el torrente de adrenalina que circularía por su cuerpo si osara disparar con un fusil de alta potencia al presidente de los Estados Unidos; en realidad, es incapaz de contenerlo. Nada más perpetrar este acto, la vida del asesino ha cambiado para siempre. Ya no hay vuelta atrás. A partir de ese

instante, lo perseguirán hasta los confines de la tierra. Tal vez pase en prisión el resto de su vida. Tal vez lo ejecuten.

Lo más inteligente después de darle un tiro al presidente es tirar el fusil y salir corriendo.

Pero si por el motivo que sea falla el primer disparo y el presidente sale con vida, como le ocurrió en el atentado contra el general Walker el pasado abril, todos lo tomarán por idiota. Y eso es lo último que desea. No: el plan es matar a John Fitzgerald Kennedy y Lee Harvey Oswald va a cumplirlo.

Sin pensarlo dos veces, vuelve a disparar.

La muchedumbre allá abajo no ahoga el sonido del segundo disparo. La detonación es tan fuerte que resquebraja la escayola del techo de la planta inmediatamente inferior del Texas School Book Depository y todos los cristales próximos a la ventana de Lee Harvey Oswald repiquetean.

Aproximadamente ocho segundos y cuatro milésimas después del primer disparo, Lee Harvey Oswald aprieta el gatillo por tercera vez y, soltando su carabina italiana, que ya no necesita, sale de la torre de cajas de libros donde se escondía y se apresura a abandonar el edificio.

El agente motorizado Marrion L. Baker, de Dallas, entra en el almacén y corre escaleras arriba. En la segunda planta da el alto a Oswald a punta de pistola, pero lo deja ir cuando queda claro que Lee Harvey trabaja en el Texas School Book Depository.

Sesenta segundos después, Lee Harvey Oswald sale del edificio a plena luz del día. A primera hora de la tarde, el sol brilla en Dallas y la temperatura es de 18.º C.

Contra todo pronóstico, el asesino se da a la fuga.



Testigos presenciales del magnicidio en la plaza Dealey confirmarán después que oyeron tres disparos procedentes del almacén de libros. Una de las balas va a dar muy lejos de la limusina del presidente; décadas después, se sigue especulando si fue la primera o la segunda. Pero lo que siempre se ha sabido es que dos de los disparos no fallaron.

El primero da en la base del cuello del presidente por la espalda. A una velocidad de nada menos que quinientos ochenta metros por segundo, el proyectil de 6,5 milímetros atraviesa la tráquea del presidente y sale por el apretado nudo de su corbata azul oscuro. Aunque ha afectado el pulmón

derecho, no ha rozado ningún hueso y el corazón y los pulmones de JFK siguen funcionando perfectamente.

El presidente está malherido, pero sin duda sigue con vida. La sangre le anega la tráquea, por eso respira mal y no puede hablar; pero es improbable que ese disparo, de haber sido el único, lo hubiera matado.

No puede decirse lo mismo del gobernador de Texas, John Connally. Su asiento auxiliar, justo delante del presidente, está ocho centímetros más bajo que el de JFK. Las pruebas balísticas y la reconstrucción de los hechos demostraron que ese desnivel pudo hacer que la misma bala que atravesó el cuerpo de Kennedy siguiera su rumbo y alcanzara a Connally en la espalda.

El gobernador estaba volviéndose justo cuando Oswald disparó; iba a decirle algo al presidente. Por eso la llamada «bala mágica» (que viajaba a una velocidad de algo más de quinientos dieciocho metros por segundo) perfora la piel y el cuerpo de Connally y sale por la sección inferior derecha de su pecho. Pero la bala mágica no se detiene, sino que seguidamente perfora la muñeca del gobernador, lo que desvía su trayectoria hacia el muslo izquierdo, donde queda alojada al fin.

El cuerpo del gobernador Connally se derrumba hacia delante al recibir la bala. La sangre le empapa el pecho rápidamente.

—¡No, no, no, no! —exclama—. ¡Nos van a matar a los dos!

Roy Kellerman cree oír gritar al presidente:

—¡Dios mío, me han dado!

Y mira hacia atrás girando la cabeza a la izquierda para ver al hombre cuyo acento de Boston conoce tan bien.

Ahora Kellerman está completamente seguro: han disparado a JFK.

Poco más de seis kilómetros separan al presidente Kennedy y al gobernador Connally del hospital Parkland, cuyo equipo de cirugía de urgencias puede salvarles la vida: lo único que ha de hacer el agente del servicio secreto Bill Greer, que conduce el SS-100-X, es llevarlos para allá. Pero también él mira hacia atrás para ver cómo está el presidente, y con esa distracción la limusina da bandazos en vez de proseguir en línea recta camino del hospital. Cuando Greer se vuelve de nuevo al volante, aún hay tiempo para salvar al presidente: solo tiene que acelerar.

Pero la conmoción lo paraliza: Greer no ha superado lo sucedido.

Kellerman tampoco. Ni siquiera Jackie, que ahora se gira hacia JFK.

Y la limusina presidencial sigue avanzando por la calle Elm como a cámara lenta.



El agente especial del servicio secreto Clint Hill, jefe de la escolta de la primera dama, oye el disparo y entra en acción. Saltando del estribo del Halfback, el vehículo que sigue a la limusina presidencial, corre hasta el coche presidencial en marcha y se encarama a la pequeña plataforma que sobresale del parachoques posterior.

Entretanto, JFK se ha ladeado hacia la izquierda, pero sigue sentado. Jackie rodea amorosamente el rostro de su marido con las manos. La primera dama mira a los ojos al presidente para saber qué le ha pasado. Su bello y terso rostro y el semblante asombrado y moreno de John Kennedy están muy cerca.

El torso de un hombre normal se habría vencido hacia delante con la fuerza de esa bala que impacta en su cuerpo a una velocidad que casi dobla la del sonido. Es lo que le ha ocurrido al gobernador Connally, y si John F. Kennedy hubiera caído hacia delante, tal vez habría llegado a viejo.

Pero la larga e intensa lucha del presidente con su dolor de espalda se presenta de nuevo para torturarlo por última vez.

La faja para la espalda lo mantiene rígido; por si fuera poco, esa mañana el presidente la había reforzado con una gruesa capa de venda elástica que también se puso en los muslos.

De no ser por la faja, menos de cinco segundos después la siguiente bala habría pasado inofensivamente por encima de su cabeza.

Pero no es así. La siguiente bala le revienta el cráneo.



El diámetro del orificio de entrada del segundo impacto apenas supera el grosor de una mina de lapicero. El proyectil lleva tanta velocidad que atraviesa el cerebro del presidente y sale por la parte frontal del cráneo en vez de alojarse dentro, como sucedió con la bala que mató a Abraham Lincoln, más lenta. Cuando Lincoln murió, los médicos le insertaron en el cerebro una sonda de Nélaton; la fina cánula de porcelana siguió el surco dejado por la bala hasta topar con la compacta bola de metal que disparó la pistola de John Wilkes Booth. La trayectoria de bala era muy recta y nítida de principio a fin.

En cambio, el proyectil de 6,5 milímetros que Lee Harvey Oswald dispara es un trozo de plomo mucho más mortífero: una bala tan pequeña se diría inofensiva, pero puede derribar a un venado a una distancia de doscientos metros.

Este proyectil blindado y bañado en cobre acaba con la vida de John F. Kennedy en un instante. Su velocidad apenas se reduce cuando se hunde en la blanda materia gris y la atraviesa, haciendo saltar en pedazos la fina pared ósea para acabar saliendo por la parte frontal del cráneo.

Jackie todavía está abrazando a su marido cuando la parte superior de la cabeza del presidente explota. Un amasijo de fragmentos óseos mezclados con masa encefálica y sangre pulverizada rocía la cara de la primera dama y su traje rosa de Chanel; la sustancia salpica hasta las viseras del parabrisas de la limusina.

Como siempre que se le alborota el pelo, John Kennedy, en un acto reflejo, intenta darse unos toquecitos en la coronilla con la mano.

Pero ya no hay coronilla.



No hay posibilidad de hacerle el boca a boca para intentar reanimarlo, como sí la hubo y se intentó cuando tendieron a Lincoln en el suelo de su palco en el teatro Ford. No habrá velatorio esa noche, como sí lo hubo con Lincoln, para que los amigos y seres queridos de JFK lo acompañen en sus últimos momentos, aceptando lentamente la inminente pérdida y el consiguiente dolor y pronunciando quizá unas palabras sinceras sobre lo mucho que amaban a John Fitzgerald Kennedy.

El hombre que hizo millas a nado para salvar a la tripulación de la patrullera 109, que ha estrechado la mano de reyes y reinas y primeros ministros, que inspiró al mundo entero con sus audaces discursos y su honda fe en el poder de la democracia y la libertad, que acarició las mejillas de sus hijos, soportó la pérdida de tantos seres queridos y se enfrentó directamente a quienes de otro modo tal vez hubieran destruido el mundo ha sufrido daños cerebrales irreversibles y ha muerto.



Los horrorizados testigos del acontecimiento no lo saben, pero durante largo tiempo, historiadores y teóricos de la conspiración, así como ciudadanos corrientes que no nacerán hasta años después, debatirán a partir de este día si Lee Harvey Oswald actuó por su cuenta o contó con ayuda. Las autoridades

federales examinarán las pruebas balísticas y realizarán ensayos para cronometrar los segundos necesarios para apuntar, disparar y recargar un fusil Mannlicher-Carcano de 6,5 milímetros. Mucha gente se autoproclamará experta y entendida en vídeos caseros del asesinato con textura de mucho grano y en montículos de hierba, en conspiraciones y en los incontables malhechores que deseaban apejar del poder a John F. Kennedy.

Los argumentos que fundamentan la conspiración adquirirán tal fuerza y presencia que casi logran soterrar la tragedia humana del 22 de noviembre de 1963.

Conste aquí por tanto, de una vez por todas, que un soleado viernes en Dallas, Texas, a las doce y media del mediodía, John Fitzgerald Kennedy recibe un disparo que lo mata al instante.

Deja una bella esposa.

Deja dos adorables hijos pequeños.

Deja una nación que lo ama.

26

22 DE NOVIEMBRE DE 1963

DALLAS, TEXAS

12.31

En la limusina presidencial reina el caos.

—¡Oh, no, no, no! ¡Oh, Dios mío! ¡Han disparado a mi marido! ¡Jack, amor mío! —grita Jackie Kennedy.

La primera dama está en estado de *shock*: después no recordará lo que hace en los segundos que siguen al disparo recibido por su marido. En el futuro, le parecerá estar contemplando a otra al mirarse en los vídeos. Para protegerla, sus hijos intentarán que no vea más imágenes del asesinato, arrancando las páginas de los libros que caen en sus manos donde aparece alguna fotografía de aquel momento.

—¡Han matado a mi marido! —exclama Jackie, sin saber a quién se dirige.

Delante, el conductor Bill Greer y el agente especial Roy Kellerman comunican por radio que han disparado al presidente. El gobernador Connally sigue consciente, pero está desfalleciendo por momentos. Su esposa, Nellie, se ha echado encima de él para tapanlo con su cuerpo. Por eso en la parte trasera de la limusina solo se ve a Jackie y el cuerpo inerte de JFK apoyado en ella.

—¡Tengo su cerebro en las manos! —grita.

Y en ese momento, Jackie se levanta del asiento con un objetivo.

El agente del servicio secreto Clint Hill sabe exactamente qué es lo que se propone hacer la primera dama: en lugar de quedarse sentada junto al cuerpo de su marido, está reptando por el maletero de la limusina presidencial en marcha para recoger los trozos de cráneo y cerebro esparcidos por el metal

azul oscuro. Hay fragmentos de color carne, con la piel todavía adherida a ellos. Detrás de ella, el presidente sigue sentado, aunque su cuerpo se ha ladeado hacia la izquierda. La sangre mana a borbotones de la herida de su cabeza; está tiñendo su ropa, empapando las rosas de Jackie y formando un charco en el suelo del vehículo.

«Dios mío, va a salir despedida del maletero», piensa Hill mientras sube de un salto a la pequeña plataforma del parachoques trasero del Lincoln. El agente especial Hill oyó el impacto del disparo que mató al presidente; sonó como «un melón rompiéndose en pedazos al chocar contra cemento». La herida de la cabeza del presidente ha salpicado la cara y la ropa de Hill: el agente y la bala fatídica llegaron a la zona de peligro al mismo tiempo.

La mirada de la primera dama refleja su terror. Con el rostro cubierto de sangre y tejido cerebral, el cambio operado en esta mujer que dedica tanta atención a estar siempre elegante no podría ser mayor. Pero esto a Jackie no podría importarle menos.

—¡Dios mío, le han volado la cabeza! —grita.

Hill está a solo unos centímetros de ella cuando Bill Greer acelera rumbo al hospital Parkland. El SS-100-X, modificado específicamente para uso presidencial, es un vehículo muy aparatoso: además de que el asiento auxiliar en mitad del coche alarga a cuatro metros los tres metros de distancia entre ejes de un Lincoln de serie, la limusina pesa casi cuatro toneladas. Su eslabón más débil es el motor de 35 caballos, que le impide acelerar rápidamente; pero una vez que coge velocidad, es imparable y puede recorrer una autovía disparado como un cohete.

Y justamente así es como va ahora. Desperdigando a su paso la escolta de policías motorizados, Bill Greer pisa a fondo el acelerador. Clint Hill lucha por impedir que Jackie salga despedida del vehículo; a punto de salir volando también él del parachoques trasero, se aferra al asidero instalado en el maletero para uso expreso de los guardaespaldas del servicio secreto. Agarrado con todas sus fuerzas con una mano, con la otra intenta llegar a Jackie mientras la limusina avanza como un bólido por la calle Elm. Hill consigue agarrar a Jackie por el codo y estabilizarse al fin encima del maletero de la limusina presidencial.

La misión primordial de Hill es proteger a Jackie Kennedy. Sin soltar la mano del agarradero al que se aferra y aplastándose contra el maletero, logra devolverla a su asiento de un empujón. El cuerpo del presidente se derrumba

sobre el regazo de su mujer, que le coge la cabeza en sus manos enguantadas de blanco y lo acuna como si solo fuera que se ha quedado dormido.

—¡Jack, Jack! ¿Qué te han hecho?

El conductor Bill Greer sigue al coche de delante, donde viaja el jefe de policía Curry, que le indica el camino al hospital Parkland, a unos seis kilómetros.

Todavía subido al maletero, Clint Hill se vuelve hacia el Halfback; varios miembros del servicio secreto viajan en sus estribos. Mirando al agente especial Paul Landis, sacude la cabeza y saca la mano libre con el pulgar hacia abajo.

Nada más ver el gesto de Hill, el agente especial Emory Roberts llama por radio a la escolta de Lyndon Johnson. Con su pulgar hacia abajo, Clint Hill acaba de confirmarle que Lyndon Baines Johnson es ya el presidente en funciones de los Estados Unidos: la máxima prioridad del servicio secreto ahora es proteger su vida.

En el asiento trasero del Lincoln, Jackie Kennedy sostiene la cabeza de su marido musitando entre sollozos:

—Está muerto. Lo han matado. ¡Oh, Jack, Jack, amor mío!



A Lee Harvey Oswald todo le está yendo bien. Bajando hacia el este por la calle Elm, coge un autobús. El pánico y el caos ahora reinantes en la plaza Dealey van quedando atrás. Nadie detiene su marcha. En estos momentos, ni se sospecha de él.

Su plan de huida toma forma sobre la marcha. De momento, el asesino se dirige a su pensión para recoger su pistola, por si acaso.



La llamada de radio «Código 3» es el aviso de emergencia máxima para los hospitales de la zona de Dallas. El término se usa muy rara vez; por eso, cuando la recepcionista del Parkland Anne Ferguson pide más detalles, solo le dicen:

—Han disparado al presidente.

Son las doce y treinta y tres del mediodía.

Tres minutos después, la limusina presidencial entra rugiendo en el Parkland y rebasa a toda velocidad el letrero de «Solo urgencias». Hay tres

estacionamientos para ambulancias, Bill Greer aparca en el del medio.

Pero ni hay camilla esperando ni un equipo de urgencias preparado para socorrer al presidente. Increíblemente, una avería en el sistema de comunicación del hospital ha impedido la pronta respuesta del equipo de cirugía traumática de urgencias, que acaba de recibir la noticia.

Los ocupantes de la limusina presidencial simplemente se quedan esperando.

Nellie Connally sigue agachada sobre su marido, y Jackie Kennedy llora con la cabeza de John Kennedy entre las manos.

La limusina Halfback frena justo detrás del SS-100-X. Dave Powers y Kenny O'Donnell, que llevan trabajando con JFK desde su campaña para el Congreso en 1946, corren hacia el Lincoln; todavía albergan esperanzas. El presidente aún tiene pulso, aunque débil. Su corazón sigue bombeando la abundante sangre que mana de su herida en la cabeza.

—Levántese —ordena el agente especial del servicio secreto Emory Roberts a Jackie Kennedy.

Pero la primera dama no se mueve. Está tapando el rostro y la cabeza de JFK con los brazos y su chaqueta: no quiere que nadie recuerde así a su marido.

Roberts levanta delicadamente el brazo de Jackie para ver si el presidente está muerto. Un vistazo le basta. Roberts retrocede.

Dave Powers rompe a llorar: ha visto las pupilas ciegas, fijas en la distancia, de JFK. O'Donnell está bloqueado; fue aviador en la Segunda Guerra Mundial y ahora adopta la posición de firmes en señal de respeto, regresando a sus días de soldado.

Aunque Jackie hubiera querido moverse, no habría podido: el cuerpo desplomado de John Connally bloquea la portezuela del Lincoln. El gobernador de Texas tendrá que ser el primero en salir del coche, y solo después podrán sacar al presidente de los Estados Unidos.

Al final es Dave Powers, y nadie del hospital, quien, dejando a un lado las lágrimas, saca a Connally tirándole de las piernas y lo tiende en una camilla. El gobernador prácticamente ha perdido el conocimiento. La gravedad de su estado explica la intensa actividad de los cirujanos de urgencias del Parkland ese día intentando salvarle la vida (lo conseguirán: la única buena noticia de

una cruenta jornada).

Connally entra en camilla en la Sala Dos de Cirugía Traumática y ya no obstruye la portezuela del coche, pero Jackie sigue negándose a soltar a su marido: sabe que cuando lo suelte, se habrá ido para siempre. Este abrazo será el último. La primera dama se inclina pegando su pecho a la ensangrentada cara del presidente. Llorando en silencio, se abraza cada vez más a su marido.

—Por favor, señora Kennedy —le dice suavemente el agente especial Clint Hill—, déjenos ayudar al presidente.

Jackie no reacciona. Pero reconoce la voz que le da la orden: es el hombre que la protege del peligro día y noche.

La voz de Clint Hill es la única que Jackie, conmocionada, parece oír.

Hill le pone una mano en el hombro. La primera dama tiembla, está llorando.

Ninguno de los agentes del servicio secreto, nadie del personal de Kennedy, dice nada. Todos siguen inmóviles alrededor del Lincoln. Los segundos pasan.

—Por favor, señora Kennedy, por favor. Déjenos meterlo en el hospital —suplica Hill.

—No voy a soltarlo, señor Hill —contesta Jackie.

—Tenemos que llevarlo adentro, señora Kennedy.

—No, señor Hill. Usted sabe que está muerto. Déjenme en paz.

Jackie solloza. El dolor que la recorre le tensa todo el cuerpo.

Hill la comprende. El horror de ver al hombre que ama con la cabeza destrozada es indescriptible, y no quiere que nadie más lo vea así. Cuando la prensa llegue al hospital Parkland en medio de esta escena de solitaria piedad de Jackie, ella no permitirá por nada del mundo que nadie fotografíe a John Fitzgerald Kennedy en ese estado.

Clint Hill está extenuado, sus jornadas de trabajo en el viaje han sido intensivas; los últimos días ha comido poco y ha dormido menos aún. Pero haría lo que fuera por Jackie Kennedy. Y cayendo de pronto en lo que debe hacer, el agente especial Hill se quita la chaqueta de su traje y la extiende con cuidado sobre el presidente.

Jackie Kennedy, con el vestido rosa y los guantes blancos ahora cubiertos

de sangre del presidente, envuelve la cabeza y el torso de su marido en la chaqueta de Clint Hill.

Y por última vez, Jacqueline Bouvier Kennedy deja ir al hombre al que ama. Tienden al presidente en una camilla y se lo llevan a toda prisa a la Sala Uno de Cirugía Traumática; la camilla rueda siguiendo la línea roja del suelo. Las paredes son de azulejos beige, el ramo ensangrentado de rosas rojas se ha pegado al pecho del presidente.



A algo más de seis kilómetros de la sangrienta escena del hospital, Lee Harvey Oswald se sube a un autobús en la esquina de las calles Elm y Murphy para culminar su fuga.



El asesinato de Abraham Lincoln en abril de 1865 fue una enmarañada conspiración. La misma noche que Lincoln recibió un disparo en el teatro Ford, también se atentó contra la vida del vicepresidente y del secretario de Estado. De haberse cumplido, los planes habrían decapitado el gobierno estadounidense.

Nada más efectuarse el primer disparo en Dallas, esos acontecimientos vuelven al presente y se toman medidas inmediatas para impedir que prospere una posible conspiración. Varios miembros del Gabinete que van camino de Japón se encuentran ya al oeste de Hawái; una llamada de radio les ordena dar la vuelta y volver a casa.

El vicepresidente Lyndon Johnson es vigilado en todo momento desde el instante en que su limusina alquilada llega al hospital Parkland, donde lo meten apresuradamente junto con su esposa Lady Bird en un pequeño cuarto todo blanco del ala del Hospital de Día. Un grupo de escoltas del servicio secreto los protege, y un paciente y un enfermero son desalojados para hacerles sitio. Aún se desconoce el destino del presidente, aunque todo el mundo sabe que es prácticamente imposible sobrevivir a una herida de bala como la suya. El servicio secreto quiere que LBJ vuele cuanto antes de regreso a Washington para alejarlo de la situación de riesgo. Si eso no fuera posible, quiere verlo reubicado en la zona más segura posible en Dallas: el *Air Force One*.

Pero el vicepresidente Johnson prefiere quedarse en el hospital en espera de ver qué pasa con el presidente Kennedy. El servicio secreto insiste repetidas veces en que se vaya, pero LBJ se niega. Ya está planeando sus

siguientes pasos: no dará ninguna orden hasta que la sucesión presidencial sea oficial. No es necesario que jure el cargo para ser presidente oficialmente: la sucesión se producirá en cuanto declaren a JFK muerto. Y allí se queda, tomando café en total silencio contra la pared de ese cuartito en el hospital Parkland, en espera del anuncio oficial de la muerte del presidente Kennedy.

En la Sala Uno de Cirugía Traumática desnudan al presidente dejándole solo la ropa interior y le quitan el reloj de oro de la muñeca. Su pulso ya no es regular, y su respiración demasiado superficial y rápida. De la herida en la cabeza y el orificio en la garganta sigue manando sangre; el resto del cuerpo está intacto. Una lámpara fluorescente ilumina desde arriba a la pequeña hueste de médicos que se afanan en el quirófano. El primero en aparecer en escena es el doctor Charles J. Carrico; en su segundo año de residencia, sabe lo que hay que hacer y actúa con presteza. Entuban John Kennedy para abrirle la vía aérea y le inyectan una solución salina por la arteria femoral de la pierna derecha.

Poco a poco, la sala va llenándose de cirujanos: al final son catorce los médicos que rodean al presidente. Fuera del quirófano, Jackie Kennedy hace vigilia sentada en una silla plegable a la puerta.

El doctor Mac Perry, de treinta y cuatro años, entra en la sala para dirigir al equipo de cirugía. El presidente necesita una traqueotomía, y Perry le hace una incisión en la garganta con un bisturí mientras otro médico acopla un tubo a un respirador para inducir la respiración regular en el paciente.

Jackie se levanta de la silla decidida a entrar en el quirófano. Oír hablar de fluidos y reanimación ha despertado en ella esperanzas de que su marido sobreviva. Una enfermera le impide el paso; pero cuando quiere, la tímida primera dama puede exhibir una voluntad de hierro.

—Voy a entrar —repite una y otra vez forcejeando con la enfermera Doris Nelson, que se mantiene firme—. Voy a entrar en esta sala.

—Señora Kennedy, necesita un sedante —le dice un médico.

Pero la primera dama no desea que la duerman; quiere estar con su marido hasta el último momento.

—Quiero estar dentro cuando muera —dice con firmeza.



Bobby Kennedy recibe la mala noticia de J. Edgar Hoover.

Director de la agencia policial más importante de los Estados Unidos,

Hoover es informado del tiroteo prácticamente en el acto. El director del FBI es un hombre frío, pero nunca lo ha sido más que cuando se sienta en su despacho de la quinta planta del edificio del Departamento de Justicia y descuelga el teléfono para llamar a Bobby Kennedy. Han pasado quince minutos desde que Lee Harvey Oswald apretó el gatillo por primera vez. El equipo de cirugía traumática del Parkland lucha por mantener con vida al presidente.

Bobby estaba a punto de comerse un sándwich de atún en el patio de su casa de Virginia cuando su mujer le avisa de la llamada.

—Es J. Edgar Hoover —le dice Ethel.

El fiscal general intuye que es importante: el director del FBI sabe perfectamente que no quiere que lo llame a casa. Dejando el sándwich, va al teléfono: es la extensión 163, una línea especial directa del gobierno.

—Tengo que comunicarle algo —le dice Hoover—. Han matado al presidente.

Bobby cuelga. Su primera reacción es de angustia, se siente desfallecer; pero como siempre, su siguiente pensamiento es proteger a su hermano mayor. Por eso llama a la Casa Blanca y manda cambiar la cerradura de todos los archivadores de JFK, para que Lyndon Johnson no vea sus documentos. Los más comprometidos son sacados de la Casa Blanca y quedan bajo custodia las veinticuatro horas.

A continuación, Bobby atiende la interminable sucesión de llamadas de amigos y familiares. Aunque contiene el llanto, Ethel sabe que su marido se está derrumbando y le pasa unas gafas oscuras con que ocultar sus ojos enrojecidos.

Las llamadas arrecian. En medio de todas ellas, Bobby cae en la cuenta de que han cambiado las tornas. Y sabe que un hombre al que detesta no tardará en llamarle.



Jackie Kennedy recibe la mala noticia del doctor William Kemp Clark.

Se produce muy poco después de que, salvando todos los obstáculos, la primera dama haya conseguido entrar en el quirófano, donde se queda en un rincón sin molestar. Solo quiere estar cerca de su marido.

La escena ante sus ojos es inequívocamente clínica: de la boca, la nariz y el pecho del presidente salen ahora unos tubos. Está blanco como el papel. Le

están haciendo una transfusión de sangre. Comprimiéndole el esternón, el doctor Mac Perry intenta reanudar el latido de su corazón, aunque la pantalla del electrocardiograma muestra una línea plana. William Kemp Clark, jefe de neurocirugía del Parkland, le asiste en el seguimiento del electrocardiograma, por si pudiera distinguir la más leve ondulación.

Al fin, el avezado Clark sabe que ya no puede hacerse más. Cubren el rostro de JFK con una sábana y el doctor se vuelve a Jackie Kennedy.

—Su marido sufrió una herida fatal —le dice el cirujano.

—Lo sé —responde ella.

—El presidente ha muerto.

Levantándose, Jackie se apoya en el doctor Clark y acerca su mejilla a la de él en un gesto de agradecimiento. Kemp Clark, que combatió valientemente en el Pacífico en la Segunda Guerra Mundial, no puede contener las lágrimas.



La mayoría de los estadounidenses oyen la noticia de la muerte del presidente de labios del locutor de la CBS Walter Cronkite.

El periodista más prestigioso de Estados Unidos interrumpió por primera vez la telenovela *As the World Turns* solo ocho minutos después del suceso para informar de que un asesino ha efectuado tres disparos contra el presidente. Casi todo el mundo está en el trabajo o en la escuela, y no en casa viendo la programación matinal de televisión; pero más de setenta y cinco millones de estadounidenses ya saben la noticia a la una de la tarde.



Lyndon Baines Johnson se entera por Kenny O'Donnell.

Poco después de la una, el jefe de Gabinete de John F. Kennedy entra en el cuartito blanco de la Sección de Hospital de Día para informar a Lyndon Johnson. O'Donnell está visiblemente desolado. No es de los que lloran en la desgracia, pero ahora no puede ocultar su dolor.

Antes de que abra la boca, LBJ ya lo sabe: Lyndon Baines Johnson es oficialmente el trigésimo sexto presidente de los Estados Unidos.



Jack Ruby se entera de la mala noticia por la televisión, como casi toda América.

Este propietario de locales nocturnos ha subido a la segunda planta del edificio del *Dallas Morning News*, a solo cuatro manzanas de la plaza Dealey, para poner un anuncio de su tugurio de *strep tease*, el Carousel Club: «Un garito de puta madre, con mucha clase», en palabras del propio Ruby. Paga en metálico la publicidad porque el *Morning News* le ha retirado el crédito, debido al frecuente retraso en sus pagos. El anuncio, que presenta a sus artistas de variedades del próximo fin de semana, no se diferencia en nada de la publicidad habitual con que tiene a bien honrar al periódico cada semana.

Ruby, que mide 1,75 metros y pesa ochenta kilos, siempre lleva encima un gran fajo de billetes. Tiene amigos en la Mafia y en la policía. Su gusto por la comida dietética es conocido por todos, igual que su mal genio. Pero por encima de todo, Jack Ruby se tiene por un demócrata y un patriota.

Las primeras informaciones hablan de un muerto entre los escoltas del servicio secreto; pero haciendo corro en torno a un pequeño televisor en blanco y negro para seguir informándose, Ruby y la gente del departamento de publicidad del *Morning News* oyen la dura verdad.

Desconsolado por la noticia, Jack Ruby se aparta para ir a sentarse solo en un escritorio. Al rato se levanta y declara que quiere cancelar su anuncio. A cambio pone otro para comunicar a los ciudadanos de Dallas que, por respeto al presidente Kennedy, el Carousel Club permanecerá cerrado todo el fin de semana.

Jack Ruby no hará caja los días siguientes; serán otras cosas las que haga.



Lee Harvey Oswald sigue huyendo. Cuando su autobús se atasca en el denso tráfico que se forma tras el asesinato, se apea y va un trecho caminando antes de coger el taxi que le acerca más a su pensión, en el número 1026 de la calle North Beckley. Al llegar, corre a su cuarto, coge su pistola del calibre 38, se la mete en la cintura y se marcha rápidamente.

No sabe que testigos oculares de la escena del asesinato han dado su descripción a la policía. Ahora buscan a «un varón blanco, de aproximadamente 30 años, complexión ligera, 1,77 metros de altura y 75 kilos de peso».

A la una y cuarto, el oficial J. D. Tippit, del Departamento de Policía de Dallas, circula hacia el este en su coche patrulla por la calle Diez. Justo después del cruce con Patton, ve andando solo por la acera a un hombre que encaja con la descripción del sospechoso y lleva una chaqueta de color claro.

Tippit, de treinta y nueve años, está casado y tiene tres hijos. Fue paracaidista en la Segunda Guerra Mundial y recibió una Estrella de bronce, tiene estudios básicos y gana poco más de cinco mil dólares al año. No es verdad lo que alguna vez se ha dicho de que se puso las iniciales «J. D.» en honor a «Jefferson Davis».

Tippit, que lleva once años en el Departamento de Policía de Dallas, para el coche junto a Lee Harvey Oswald. Es prudente, pero también le gusta ser minucioso cuando tiene que interrogar a alguien.

Oswald se agacha para responder a Tippit por la pequeña ventanilla triangular del lado del copiloto. Se muestra hostil.

Tippit abre la portezuela y sale del coche patrulla. Se dispone a rodear el capó del coche para hacerle algunas preguntas más; dependiendo de las respuestas, decidirá si lo esposa o no. Pero el policía no va más allá de la rueda delantera izquierda: Lee Harvey Oswald saca su pistola del 38 y dispara cuatro tiros en rápida sucesión. Tippit cae muerto en el acto.

Los nervios le hicieron fallar cuando disparó al general Walker tantos meses —y tan largos— atrás. Pero ahora, en solo cuarenta y cinco minutos, Oswald ha matado a sangre fría al presidente de los Estados Unidos y a un policía de Dallas.

Sin embargo, se le acaban las opciones: no tiene dinero, casi no le quedan balas, y la policía de Dallas tiene su descripción. Tendrá que ser muy hábil los próximos minutos si quiere continuar huyendo.

El asesino recarga su arma rápidamente y prosigue la marcha torciendo por la avenida Patton. Pero ya no va andando, sino corriendo. Está seguro de que lo persiguen. La policía le pisa los talones, ha de ser rápido. Es la una y dieciséis minutos.



A la una y veintiséis, el servicio secreto escolta a Lyndon Johnson hasta el *Air Force One* y el vicepresidente sube inmediatamente la escalera que lleva a la portezuela trasera del avión. Una vez a bordo, entra en el dormitorio personal del presidente Kennedy, se quita el abrigo y se tumba en la cama esperando la llegada de Jackie Kennedy, todavía en el hospital Parkland, de donde se niega a salir si no es con los restos de su marido.

Así pues, LBJ sigue a la espera. Mientras él disfruta sus primeros momentos en el poder en el dormitorio, fuera los mecánicos están

desmontando varios asientos de primera clase de la parte posterior del *Air Force One* para hacer hueco al féretro de John Kennedy.

LBJ se ha metido en el dormitorio porque quiere intimidad. Cuando descuelga el teléfono presidencial personal de John Kennedy junto a la cama, es para llamar a alguien que detesta.

Al otro extremo de la línea, Bobby Kennedy responde a la llamada saludando con voz profesional a su nuevo jefe.



Lee Harvey Oswald oye las sirenas y sabe que vienen a por él.

Corre buscando dónde esconderse, y el primer escondrijo que encuentra es el cine Texas Theatre. Ocho manzanas es la distancia que ha recorrido en los veinticinco minutos transcurridos desde que mató al policía Tippit. Al poco de acribillarlo a tiros, se despoja de la chaqueta para despistar a sus perseguidores y pasa como una exhalación por delante del Bethel Temple, donde un cartel previene: «Prepárate para el encuentro con tu dios».

Pero a Lee Harvey Oswald no parece afectarle.

Y ahora, cometiendo una estupidez, se salta a la carrera la taquilla del cine y se cuela en la sala para hacerse invisible en la oscuridad del patio de butacas, donde se sienta a la derecha del pasillo central. La película proyectada este mediodía es *War is Hell* [Guerra infernal], irónico título en un día que Oswald ha convertido en un infierno.

Al verlo colarse a todo correr y oír a continuación las sirenas de los coches patrulla que pasan acelerando hacia la escena del asesinato del oficial Tippit, la taquillera ata cabos y comprende que el joven «está huyendo por algún motivo». Julia Postal descuelga el teléfono y marca el número de la policía.

Los coches patrulla llegan casi al instante. La policía bloquea las salidas del teatro. Se encienden las luces de la sala. El agente M. N. McDonald se acerca a Oswald, que se pone en pie de un salto y le da un puñetazo en la cara mientras se lleva la otra mano a la cintura para sacar su pistola. Pero no logra herir a McDonald, que contraataca, y otros policías se unen a la pelea. Al final, entre sus gritos contra la brutalidad policial, sacan del teatro a Lee Harvey Oswald y lo llevan al calabozo.



Vernon Oneal, director de una funeraria, recibe personalmente la llamada de

Clint Hill, que le encarga llevar su mejor ataúd al hospital de Parkland. Especializado en todo lo relativo a defunciones, Oneal posee una flota de siete coches fúnebres blancos equipados con radio que trasladan a los fallecidos al tanatorio de su propiedad, en cuya cafetería los familiares pueden tomar algo antes de presentar sus respetos al difunto en la sala habilitada para ello.

Oneal elige el féretro para John Kennedy enseguida. Es el modelo «Britannia» de Elgin Casket. De bronce macizo y doble pared. La tapicería es de raso.

A su llegada al hospital de Parkland, le dicen que Jackie Kennedy quiere pasar unos últimos momentos con su marido. Eso es todo. Se quita del dedo su anillo de casada y un celador le ayuda a ponerlo en el meñique de Jack, con cuidado para que no se caiga durante el posterior embalsamamiento que inevitablemente se realizará para los funerales de estado. Jackie enciende un cigarrillo. Está muy cansada y triste. En el Parkland el desánimo es patente, pero poco a poco el hospital vuelve a su rutina diaria. Médicos y enfermeros ya atienden otros casos. Jackie Kennedy se siente cada vez más fuera de lugar.

—Vuélvase ya al avión, si quiere —le dicen.

—Yo no me voy sin llevarme a Jack —contesta.

Mientras tanto, Vernon Oneal extiende una sábana de plástico en el fondo del féretro y sella cuidadosamente los restos de John Kennedy en siete bolsas de hule y una más de plástico antes de que los metan en el ataúd; no quiere que la sangre del presidente deje manchas indelebles en el forro de raso.

Casi una hora después de que declaren muerto a John Kennedy, sus restos ya pueden salir del hospital de Parkland y volar de vuelta a Washington.

Pero irónicamente Dallas, la ciudad que antaño quería a JFK lejos, ahora no quiere dejarle ir.



No todo el mundo sabe que en Estados Unidos el magnicidio no es un delito de jurisdicción federal. Instigar a una *conspiración* para matar al presidente sí contraviene las leyes federales, y por eso J. Edgar Hoover insiste en que la autoría del asesinato de JFK corresponde a múltiples asesinos, y no a uno solo. Hoover quiere la jurisdicción del caso. Sin embargo, de momento no parece que vaya a conseguirla: la jurisdicción recae en el estado de Texas y el municipio de Dallas.

De ahí que las autoridades locales no acepten que los restos de John

Kennedy salgan del estado de Texas sin realizar antes la autopsia oficial. El forense del condado de Dallas, que acaba de llegar al hospital Parkland, no cede en este extremo.

Roy Kellerman, del servicio secreto, ha tomado las riendas de la situación. El veterano agente especial está lívido de ira.

—Mi querido amigo —intenta aclarar Kellerman al forense de Dallas, el doctor Earl Rose—, este es el cadáver del presidente de los Estados Unidos, y nos lo vamos a llevar ahora mismo de vuelta a Washington.

—No, las cosas no funcionan así —le contesta Rose—. Allí donde se produce un homicidio es donde ha de hacerse la autopsia.

—Nos lo llevamos —le dice Kellerman a Rose.

—Los restos no salen de aquí —insiste el forense, un hombre muy recto que tiene la costumbre de apuntar con el índice a la cara de los demás.

Entretanto, esta discusión legal retiene en tierra a Lyndon Johnson y el *Air Force One*. Jackie Kennedy no quiere irse sin los restos de JFK, y LBJ no quiere irse sin Jackie, por temor a que lo tachen de insensible.

La discusión entre los miembros del servicio secreto, el doctor Rose y agentes del Departamento de Policía de Dallas, cuarenta hombres entre todos, degenera en una pelea tejana a la antigua usanza. El servicio secreto está totalmente determinado a salirse con la suya; pero como la policía de Dallas tampoco da su brazo a torcer, estalla una auténtica trifulca. Al final, Kenny O'Donnell y Dave Powers, los más allegados a Kennedy, ordenan a los suyos coger el féretro de JFK y quitarse de en medio a los policías a golpes.

—¡Nos vamos de aquí! —grita O'Donnell mientras los agentes del servicio secreto empujan el carrito de pompas fúnebres con el féretro hacia la salida—. ¡Nos importa un bledo lo que digan esas leyes! ¡Nos vamos ya!

Y cargan los restos del presidente en el Cadillac blanco de 1964 de la funeraria de Vernon Oneal. Jackie Kennedy se sienta en el asiento trasero junto al ataúd de su marido. Clint Hill y otros agentes se apretujan delante. Bill Greer sigue en el hospital, pero Roy Kellerman no quiere esperar ni un minuto más. Al volante, el agente especial del servicio secreto Andy Berger arranca, y el vehículo sale a toda pastilla hacia el Love Field. Mirando cómo su coche fúnebre se aleja quemando rueda, Vernon Oneal se pregunta en voz alta cómo y cuándo va a cobrar él todo esto.

El coche fúnebre no reduce la velocidad al llegar al aeropuerto, los neumáticos rechinan en la pista de asfalto cuando Berger pisa el acelerador del Cadillac saltándose los letreros de «Zona restringida» y «Espacio: vehículos peligrosos». Ajeno al peligro, deja atrás embalado los hangares de la Braniff y American Airlines y frena chirriando al pie de las escaleras del *Air Force One*. Los amigos y escoltas de Kennedy levantan a pulso los doscientos setenta y dos kilos que pesa el féretro con el presidente dentro y lo suben entre todos por la escalera del avión, sin poder evitar los topetazos que se da contra ella, a punto de caer varias veces. La escena es extraña. La puerta por la que los restos de John Kennedy entran en el *Air Force One* es la misma por la que él salió tres horas antes. Aquel momento había sido solemne y presidencial; este es macabro y siniestro.

Jackie Kennedy espera a que esté a bordo el féretro con su marido para subir los peldaños. El interior del *Air Force One* parece el infierno; el aire acondicionado lleva horas desconectado, han bajado las persianas y la cabina está a oscuras por temor a que otro asesino suelto dispare por las ventanillas del avión. No obstante, Lyndon Johnson insiste en jurar el cargo allí mismo, antes de que despegue el *Air Force One*. Y los ayudantes de ambos, los de Kennedy y los de Johnson, incómodos, pasan un mal rato mientras la juez federal Sarah Hughes —a la que LBJ nombró personalmente para la judicatura y ahora han convocado urgentemente en el avión presidencial que tanto gustaba a John F. Kennedy— le toma juramento.

—Lyndon Baines Johnson, jura usted solemnemente...

—Yo, Lyndon Baines Johnson, juro solemnemente...

LBJ lleva la cabeza bien alta en el *Air Force One*. A su izquierda, todavía con el traje rosa ensangrentado, está Jacqueline Bouvier Kennedy. La mujer que hasta ahora era primera dama no se ha cambiado: quiere que el mundo entero vea ese vestido y recuerde lo que aquí acaeció a su marido.

La juez está frente a Johnson.

Y unos metros más atrás, en la parte posterior del avión, los restos mortales de John F. Kennedy.

Acabada la ceremonia de jura, Jackie elige un asiento junto al ataúd para iniciar el largo viaje a casa.



Es la mañana del domingo 24 de noviembre. El asesinato de John F. Kennedy

ha hundido a la nación. Descorazonados, los estadounidenses permanecen pegados al televisor, hipnotizados por la secuencia de acontecimientos. Ya no se ve a Jackie Kennedy, que llora la muerte de su marido en privado. Y los ojos de Estados Unidos se vuelven a Lee Harvey Oswald. El asesino se ha hecho tristemente famoso desde el viernes; más aún después de haber dicho a un grupo de reporteros:

—Solo soy un chivo expiatorio.

Esa rueda de prensa improvisada a medianoche en el cuartel general de la policía de Dallas fue un acto surrealista. Se dejó a los periodistas apiñarse literalmente en torno a Oswald, que iba esposado. En Dallas, como en todo Estados Unidos, mucha gente está tan furiosa por la muerte de JFK que con mucho gusto la vengaría. No obstante, la policía de Dallas apenas hace nada por proteger a Oswald.

Uno de los furiosos es Jack Ruby, que, sin que nadie se lo impidiera, se coló en la rueda de prensa con una Colt Cobra del 38 cargada en el bolsillo de la chaqueta del traje.

La desprotección del detenido fue patente durante toda la rueda de prensa. Oswald dijo que la policía lo perseguía solo por haber vivido en la Unión Soviética. Negó haber disparado al presidente. Su capciosa frase «Solo soy el chivo expiatorio» quedó flotando en el aire.

Esas palabras evocaban un incidente similar sucedido treinta años antes.

El 15 de febrero de 1933 en Miami, Florida, Giuseppe «Joe» Zangara vació el cargador de su revólver calibre 32 sobre el presidente Franklin Delano Roosevelt; pero le falló la puntería, y a quien dio y mató fue a Anton Cermak, el alcalde de Chicago. El juicio fue asombrosamente rápido, y cinco semanas después Zangara era ejecutado en la silla eléctrica.

Algunos todavía piensan que en realidad el blanco no era Roosevelt, sino que siempre fue Cermak, y que se trató de una conspiración de asesinato... de la Mafia.

Según ellos, Zangara fue un chivo expiatorio —expresión muy empleada por la Mafia—, al que cargaron con la culpa de un crimen maquinado sin su conocimiento.

La declaración pública de Lee Harvey Oswald de que es el chivo expiatorio da alas a la idea de que la muerte de John Kennedy forma parte de una conspiración.



Todavía hay estadounidenses que no creen que Lee Harvey Oswald actuara solo al matar a John F. Kennedy. Esto se explica por los comentarios de Oswald y la insistencia de J. Edgar Hoover en que fue una conspiración: el propio Bobby Kennedy no creía que Oswald hubiera actuado por su cuenta.

El mundo nunca sabrá la respuesta.

Después de decir unas breves palabras ante la prensa la mañana del domingo, Lee Harvey Oswald es llevado por el aparcamiento del Departamento de Policía de Dallas hacia un coche blindado que lo transportará a la prisión del condado. En realidad, ese coche blindado es un señuelo: por motivos de seguridad, Oswald irá en cambio en un coche patrulla.

Un grupo de reporteros lo ve salir al corredor con las esposas puestas y el brazo derecho esposado al brazo izquierdo del detective J. R. Leavelle. Oswald sonríe.

Un número aproximado de entre cuarenta y cincuenta periodistas y más de setenta policías esperan a que lo saquen. Tres cámaras de televisión graban la escena.

—¡Ahí viene! —grita alguien cuando Oswald sale de las dependencias del calabozo.

Los periodistas se echan hacia delante todos a la vez. Los micrófonos saltan hacia Oswald, le hacen preguntas a gritos. Los fotógrafos captan el momento para la posteridad, todos los *flashes* centellean.

Oswald ha avanzado tres metros desde el calabozo hacia la rampa donde le espera el coche policial.

De repente, Jack Ruby sale de entre el grupo que rodea a Oswald por la izquierda. Ha vuelto al lugar para verlo por segunda vez y también ahora lleva una pistola. Policías y reporteros conocen a Ruby, y nadie le pone ningún impedimento para acercarse a ver el paseíllo del detenido ante los medios, aunque no haya una sola razón que justifique su presencia allí.

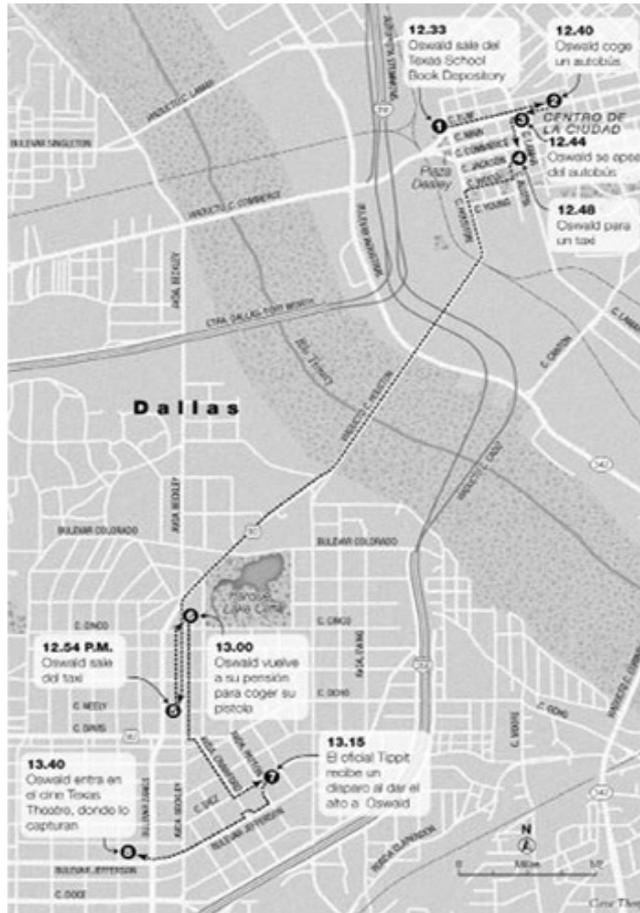
Ruby ha dejado a su perro esperando en el coche, pero es un hombre impulsivo; quienes lo conocen saben de las palizas que está dispuesto a propinar por propia iniciativa a cualquier borracho que ose tirar los tejos a una de sus artistas. El asesinato de Kennedy le ha afectado mucho, algún amigo lo ha sorprendido llorando. Ahora, al ver a Oswald sonriente, el colérico Jacob

Rubinstein hace algo que le impedirá volver a ver a su perro: da un rápido paso al frente apuntando con su arma al abdomen de Oswald y dispara. Son las once y veintiún minutos de la mañana.

La policía se abalanza sobre Jack Ruby. Lee Harvey Oswald se dobla en dos y es trasladado inmediatamente al hospital de Parkland. Al llegar, lo meten en la Sala Dos de Cirugía Traumática, en el mismo pasillo y justo enfrente de la sala de urgencias donde John Kennedy pasó los últimos minutos de su vida. A la una y siete de la tarde, cuarenta y ocho horas y siete minutos después de morir JFK, también Lee Harvey Oswald muere.

Pero, al contrario que a Kennedy, nadie llora a Oswald.

Nadie.



**La huida de Lee Harvey
Oswald**

22 de noviembre, 1963

De 12.33 a 13.50



Lyndon B. Johnson, con Jackie a su lado, jura su cargo en el Air Force One tras el asesinato del presidente John F. Kennedy. (Cecil Stoughton, fotografía de la Casa Blanca, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)



El impenitente Lee Harvey Oswald. (Associated Press)

14 DE ENERO DE 1964

DESPACHO DEL FISCAL GENERAL, WASHINGTON, D. C.

Jackie Kennedy está sentada en un sencillo sillón de cuero ante un fuego muy vivo. La bandera de los Estados Unidos se ve por encima de su hombro izquierdo. Sus ojos, antes tan brillantes y vivarachos, ahora están apagados. Va vestida de negro. Bobby y Teddy Kennedy, frente a ella, la acompañan; se los ve cuando se mueven las cámaras. Bobby en concreto ahora hace de padre para Caroline y John, y Jackie siempre cuenta con su compañía.

Cuando su marido murió hace ocho semanas, Jackie Kennedy no sabía adónde ir. El protocolo dictaba su salida inmediata de la Casa Blanca, lo que al mismo tiempo ponía fin al régimen especial de escolaridad de Caroline y a la afición de John a montarse en el *Marine One*. Desde luego, no es que Jackie no tuviera dinero, pero de hecho tenía poco a su nombre; esta circunstancia no se solucionará hasta que se ejecute el testamento de JFK.

John Kennedy había representado la vida entera para Jackie; tanto es así, que todavía a veces se olvida de que está muerto. Jackie quiere grabar este reportaje —que se exhibirá en los cines de toda la nación con carácter informativo— para agradecer el enorme cariño del pueblo americano: ha recibido más de ochocientas mil cartas de condolencia.

—Saber el afecto que todos profesaban a mi marido me ha sostenido — asegura Jackie con firmeza ante la cámara—, y nunca olvidaré su apoyo ni sus elogios.

Jackie lleva escritas las palabras en las notas que ahora lee, pero son sus propias palabras, elegidas con la única finalidad de expresar lo que siente. El pueblo americano, que equiparó la fama del presidente y su esposa a la de estrellas de cine, no ha olvidado a Jackie en su dolor. Y aunque ya no sea la primera dama, ese título y el porte de Jackie Kennedy se combinan en ella como nunca antes.

Pero las apariencias engañan: en privado está muy deprimida, fuma sus cigarrillos Newport compulsivamente y se muerde las uñas casi hasta lastimarse. Siempre tiene los ojos rojos por el llanto.

Jackie tiene que interrumpirse varias veces durante la grabación porque se queda sin voz, o para parpadear y así contener las lágrimas.

—Todos los que me han escrito saben lo mucho que lo queríamos y saben que él nos devolvía ese amor con creces —le dice al mundo.

Y adoptando el tono visionario de su marido, Jackie Kennedy habla de la futura construcción de la Biblioteca Presidencial John F. Kennedy en Boston, que se erigirá para que el mundo entero conozca el legado de su marido.

Son declaraciones valientes y emotivas. En menos de dos minutos, Jackie Kennedy da las gracias al pueblo estadounidense. Su dolor es desgarrador y tan visible como su elegancia: simboliza la grandeza de la Corte de Camelot, una grandeza de la que los estadounidenses ya sienten nostalgia.

La última vez que Jackie Kennedy vio el rostro de su marido fue aquella tarde en el hospital Parkland, antes de que el reverente silencio de la Sala Uno de Cirugía Traumática se tornara en escenario de la fea trifulca entre los agentes del servicio secreto y la policía de Dallas. Vio el rostro de Jack por última vez en aquellos momentos de calma, justo antes de ponerle su alianza en el dedo. Lo recuerda como si fuera ayer, pero prefiere detenerse solo en los buenos momentos. Todas las infidelidades y desencuentros del pasado están olvidados.

Jackie siempre recordará a Jack tranquilo y dueño de la situación; y así es como quiere que también la historia lo recuerde.

—Para Jack, la historia la hacían los héroes —le dijo a Theodore White, de la revista *Life*, una semana después del asesinato—. Era un hombre llano, pero también muy complejo. Y tenía una faceta heroica, su visión idealista de la historia; pero a la vez tenía otra faceta, la de su lado pragmático. Sus amigos eran los mismos de toda la vida, amaba a su «Mafia irlandesa».

Fue en esta entrevista publicada en el número de *Life* del 6 de diciembre cuando contó por primera vez al mundo que JFK escuchaba la banda sonora de *Camelot* antes de irse a dormir, y lo mucho que le gustaba la frase final: «No dejes que caiga en el olvido que, por un fugaz momento, hubo un reino resplandeciente llamado Camelot».

Mientras White dictaba el reportaje a los editores de Nueva York, Jackie

andaba por allí cerca, escuchando. Insistió en el predominio del tema de la Corte de Camelot: así es como desea que se recuerde la presidencia de su marido.

Por eso cuando acaban de filmar el reportaje y se levanta del sillón del despacho de Bobby Kennedy —que conservará su cargo de fiscal general otros nueve meses—, Jackie Kennedy sabe que todo esto forma parte de una obligación que aún le queda por cumplir: articular el legado de su marido. Pero también sabe que hay que seguir adelante y que, para ella y sus hijos, todo cambiará: tendrán que llevar una vida más normal, mucho menos mágica que la que Jackie desea que el mundo recuerde. Como le dijo con tristeza a Theodore White, de la revista *Life*: «Nunca habrá otra Corte de Camelot».

Esa afirmación sigue en pie el día de hoy.



El final de la Corte de Camelot. Bobby, Jackie, Patricia, hermana del presidente Kennedy, y los hijos de este, Caroline y John, en su funeral. (Abbie Rowe, National Park Service, Biblioteca y Museo Presidenciales John F. Kennedy, Boston)

Recapitulación

El inmenso dolor de **Jackie Kennedy** y la sencillez de su conducta después del asesinato no hicieron más que aumentar la admiración que ya había despertado en la opinión pública durante la presidencia de su marido. En 1968 se casó con el magnate naviero griego **Aristóteles Onassis**, en cuyo yate había pasado unos días cuando aún estaba recuperándose de la muerte de su hijo Patrick. Los *paparazzi*, que le pusieron el nombre de «Jackie O», la acosaban constantemente y no dejaron de hacerlo mientras vivió. La desgracia quiso que Onassis falleciera de insuficiencia respiratoria a los sesenta y nueve años, solo siete después de su boda, dejando a Jackie viuda por segunda vez con solo cuarenta y seis años. Tras la muerte de Onassis, Jackie rehuyó la atención pública y consiguió un trabajo de editora para la Viking Press, en la ciudad de Nueva York. A los tres años, enfadada y molesta con la editorial por la publicación de una novela en la que Ted Kennedy era el presidente de los Estados Unidos y se conspiraba contra su vida, se pasó a la competencia, en Doubleday, donde permaneció el resto de los casi veinte años que dedicó al trabajo en el mundo editorial, y publicó obras de personalidades tan diversas como Michael Jackson, Carly Simon y el novelista egipcio ganador de un premio Nobel Naguib Mahfouz. A principios de la década de 1990, el perpetuo hábito de fumar de Jackie finalmente le pasó factura. Murió de un linfoma el 19 de mayo de 1994 a los sesenta y cuatro años.

Caroline Kennedy asistió al Radcliffe College, doctorándose en Derecho en la Universidad de Columbia. Casada con Edwin Schlossberg, tiene tres hijos y por lo general vive apartada de la vida pública. En diciembre de 2011, el cantante Neil Diamond afirmó que había sido ella quien le inspiró su multimillonario éxito «Sweet Caroline».

John F. Kennedy hijo se convirtió en símbolo de la trágica historia familiar de los Kennedy. Su imagen saludando el féretro de su padre el día que cumplía tres años hizo llorar al mundo entero. «John-John» — apodo inventado por los periodistas y atribuido erróneamente a su familia— estudió en la Universidad de Brown y posteriormente en la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York: de ahí que pasara una temporada trabajando en la oficina del fiscal del distrito de

Manhattan. En 1988, la revista *People* le nombró «El hombre vivo más *sexy*». Al igual que su madre, siempre fue objeto de intensa persecución por parte de la prensa. El 16 de julio de 1999 pilotaba una avioneta cuando se estrelló en el Atlántico, frente a la costa de Martha's Vineyard. En el accidente murieron John Kennedy, su esposa Carolyn Bessette Kennedy y su cuñada Lauren. Tenía treinta y ocho años. Sus cenizas y las de su mujer fueron esparcidas en el mar.

Lyndon Johnson heredó de la administración Kennedy una cantidad nada desdeñable de asuntos pendientes: el más notable, la guerra de Vietnam. Magistral forjando coaliciones en el Congreso, Johnson consiguió aprobar la Ley de Derechos Civiles de 1964, un hito histórico; en estrecha colaboración con Martin Luther King, presentó esta ley como parte del legado de JFK para recabar el apoyo necesario para aprobarla. Pero un quebradero de cabeza heredado, Vietnam, acabó siendo su perdición. El asesinato de Diem marcó un punto de no retorno en la injerencia estadounidense, y aunque muchos ponen en duda que Estados Unidos participara en su muerte, es indiscutible que la situación no hizo más que empeorar a partir de entonces. Tras su abrumadora victoria electoral en 1964 frente a Barry Goldwater, de Arizona (una derrota republicana que JFK había pronosticado), Johnson dio sus primeras muestras de ineptitud en la guerra del Sudeste asiático. Temiendo la derrota en las urnas al ver que el movimiento de protesta contra la guerra cobraba fuerza, LBJ decidió no volver a presentarse en 1968. Al dejar Washington, Lyndon Baines Johnson regresó a su rancho de Texas. Allí murió de un ataque al corazón el 22 de enero de 1973, a los sesenta y cuatro años.

Igual que a la muerte de John Kennedy, cuando LBJ murió fue **Walter Cronkite** quien comunicó la noticia a la nación. Cronkite siguió presentando los informativos de la CBS hasta 1980. En 2009 murió a los noventa y dos años, todavía enojado por haber sido sustituido por el locutor Dan Rather en el informativo *CBS Evening News*.

El político más beneficiado por la decisión de Lyndon Johnson de no presentarse a la presidencia en 1968 fue **Bobby Kennedy**. Aunque el antiguo fiscal general sufrió mucho con el asesinato de su hermano, superó el dolor y consiguió montar una campaña de éxito arrollador. Pero igual que su hermano, Bobby Kennedy fue asesinado por un solo tirador, Sirhan Sirhan, un trastornado que disparó a Bobby en un hotel

de Los Ángeles momentos después de que fuera proclamado ganador de las primarias de California. Robert Kennedy vivió todavía veintiséis horas antes de morir el 6 de junio de 1968, a los cuarenta y dos años.

Lee Harvey Oswald fue enterrado en el cementerio de Shannon Rose Hill, en Fort Worth, Texas, el 25 de noviembre de 1963, el mismo día del entierro de John F. Kennedy en Arlington. En 1967, el día del cuarto aniversario de la muerte de Oswald, asaltaron su tumba, y aunque los vándalos acabaron devolviendo la lápida robada, la madre de Oswald, temiendo que el robo se repitiera, la sustituyó por otra mucho más barata y ocultó la original en el sótano de su casa de Fort Worth. En 1981, a la muerte de Marguerite a los setenta y tres años, la casa se vendió. Cuando los nuevos propietarios descubrieron la lápida de cuarenta y nueve kilos en el sótano, la vendieron discretamente al Museo de Atracciones Automotoras Históricas de Roscoe, en Illinois, por algo menos de diez mil dólares. En el museo también puede verse la ambulancia que trasladó a Oswald al hospital de Parkland y el taxi de la compañía Checker en el que se montó poco después de disparar a JFK.

Jack Ruby (alias de Jacob Rubinstein) dijo haber disparado a Lee Harvey Oswald para redimir del asesinato del presidente a la ciudad de Dallas. El épico fiscal de San Francisco Melvin Belli lo defendió sin cobrar honorarios, pero sus alegaciones de locura transitoria no movieron al jurado. Jack Ruby fue condenado a muerte por asesinato con premeditación. Más tarde testificó ante la Comisión Warren, que investigaba el magnicidio, y posteriormente el Tribunal de Apelación Penal de Texas le concedió un nuevo juicio, al aceptar el juez el argumento de que el juicio a Ruby en Dallas no había sido justo debido a la enorme publicidad que rodeó el caso. Sin embargo, antes de que el proceso pudiera iniciarse, Ruby ingresó con síntomas de gripe en el ya famoso hospital Parkland. Allí descubrieron que en realidad tenía un cáncer extendido por el hígado, el pulmón y el cerebro; murió de una embolia pulmonar el 3 de enero de 1967, a los cincuenta y nueve años. Está enterrado junto a sus padres en el cementerio de Westlawn, en Norridge, Illinois. Es posible que ya supiera de su agresivo cáncer antes de disparar a Oswald.

Martin Luther King prosiguió su cruzada por los derechos civiles y llegó

a ser uno de los hombres más admirados del mundo. El 4 de abril de 1968 James Earl Ray, un asesino racista, lo mató de un tiro en Memphis, Tennessee. Aunque huyó a Canadá y luego a Inglaterra, acabó siendo detenido y sentenciado a noventa y nueve años de cárcel por el asesinato del doctor King. La condena se redondeó hasta sumar cien años en castigo por su nueva huida, esta vez de la penitenciaría del estado de Brushy Mountain: lo cogieron a los tres días. Hay quien cree que Ray contó con ayuda para matar a King, pero nunca ha podido demostrarse. Los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, sumados a la intervención estadounidense en Vietnam, que no parecía tener fin, extendieron por todo el país un clima de desánimo diametralmente opuesto a la esperanza y el optimismo de la Corte de Camelot.

J. Edgar Hoover sobrevivió a los sucesivos intentos de varios presidentes de destituirlo como director del FBI. Insistentes rumores lo señalaron como homosexual por su estrecha relación con el director adjunto del FBI Clyde Tolson. Mucho después de la muerte de JFK, Hoover siguió mostrando a los presidentes que lo siguieron sus escabrosos archivos clasificados sobre las infidelidades y los deslices de personas influyentes de alto rango. Lyndon Johnson aprovechó al máximo esta práctica: recién llegado a la presidencia, pidió a Hoover los gruesos expedientes personales de cada uno de «los Harvard» —los asesores de la administración Kennedy que tanto se habían divertido a su costa en otros tiempos—. J. Edgar Hoover accedió encantado: también él se había sentido humillado personalmente por los Kennedy durante la presidencia de JFK. Pero además, desenterró información de unos mil dociientos adversarios —reales o supuestos— de Lyndon Johnson a solicitud de este, que le devolvió el favor dictando un mandato presidencial que eximía a Hoover de la jubilación forzosa, lo que permitió al director seguir al frente del FBI hasta su muerte en 1972, a los setenta y siete años.

John Connally sobrevivió a las heridas recibidas en Dallas y completó dos mandatos como gobernador de Texas antes de regresar a Washington para desempeñar el cargo de secretario del Tesoro de Richard Nixon, aunque era demócrata; más tarde se unió al Partido Republicano. En 1980 se presentó a presidente, pero su campaña fue un rotundo fracaso: solo consiguió un delegado y se vio forzado a retirar su candidatura. Murió de fibrosis pulmonar el 15 de junio de 1993. Tenía

setenta y seis años.

Marina Oswald nunca volvió a la Unión Soviética. Todavía vive, y ha pasado muchos años en Dallas. Volvió a casarse y tuvo un hijo de su segundo matrimonio, que fue breve y acabó en divorcio. Como a sus hijas **June** y **Audrey** (que ahora usa el nombre de Rachel Porter), el estigma de Lee Harvey Oswald no ha dejado de perseguirla desde el 22 de noviembre de 1963. Las niñas adoptaron el apellido del padrastro, Porter, para preservar su privacidad. La familia de Lee Harvey Oswald ha accedido alguna vez a hacer apariciones televisivas, pero por lo demás llevan una vida apartada de la esfera pública.

En marzo de 1977, un joven reportero del canal televisivo de Dallas WFAA empezó a investigar el asesinato de Kennedy, y se propuso entrevistarse con el oscuro catedrático universitario ruso que en 1962 había tenido amistad con los Oswald cuando llegaron a Dallas. El periodista localizó a **George de Mohrenschildt** en Palm Beach, en Florida, y fue hasta allá para hablar con él. En aquellos momentos, De Mohrenschildt estaba citado para testificar ante el comité del Congreso que investigaba los sucesos de noviembre de 1963. Cuando el reportero llamó a la puerta de la casa de su hija, oyó el disparo de escopeta con el que el ruso se suicidó: aquel suicidio impidió que su relación con Lee Harvey Oswald llegara nunca a despejarse del todo.

El nombre del reportero, por cierto, es Bill O'Reilly.

Un apunte: un año antes, De Mohrenschildt había enviado una carta a George H. W. Bush, por entonces director de la CIA. En esa carta el ruso pedía protección contra sus «perseguidores». La correspondencia con Bush llevó a especular sobre la posible conexión entre De Mohrenschildt y la CIA, también porque conocía datos no revelados sobre el asesinato de Kennedy.

Otro antiguo director de la CIA, **Allen Dulles**, murió en 1969 a los setenta y cinco años, víctima de un grave episodio de gripe. A día de hoy, los teóricos de la conspiración siguen creyendo que Dulles participó en el asesinato de Kennedy para desquitarse de su destitución a raíz de la malograda invasión de Bahía de Cochinos. Dulles también formó parte de la Comisión Warren, el comité que investigó el atentado contra JFK.

Los teóricos de la conspiración piensan que el capo mafioso de Chicago **Sam Giancana** también participó en el asesinato de Kennedy. Giancana estaba citado para comparecer ante un comité del Senado que investigaba la posible relación de la CIA y la Mafia con el asesinato. Pero no le dio tiempo a declarar: el 19 de junio de 1975, también Giancana fue asesinado en su casa. Le dispararon en la nuca y luego hicieron rodar su cuerpo dejándolo boca arriba para vaciarle el resto del cargador en la cara. Nunca atraparon al asesino.

Frank Sinatra se hizo republicano tras el desplante de John Kennedy en Palm Springs, y como es bien sabido, apoyó al presidente Ronald Reagan. Pero el cantante nunca quiso hacer declaraciones sobre JFK. No así **Peter Lawford**, al que John Kennedy obligó a hacer la llamada para comunicar a Sinatra que no se alojaría en su casa durante la visita a Palm Springs. En 1966, tras su divorcio de Patricia, hermana de JFK, Lawford lanzó feas acusaciones contra la familia Kennedy. Entre ellas, que Marilyn Monroe, además de tener una aventura con JFK, tuvo otra con Bobby Kennedy —según él, cómplice en la muerte de la actriz—. Estas acusaciones de Lawford coincidieron con la época en que su carrera cinematográfica se iba al traste por su afición a las mujeres, el alcohol y las drogas; y no se han demostrado nunca. Peter Lawford murió en 1984 de un paro cardíaco por insuficiencia hepática. Tenía sesenta y un años.

Greta Garbo vivió hasta los ochenta y cuatro años, y murió en la ciudad de Nueva York el 15 de abril de 1990. Llevó una vida apartada hasta el final, sin casarse nunca ni tener hijos, y siempre vivió sola. Pero a la legendaria actriz le gustaba dar largos paseos por las calles de Nueva York, casi siempre oculta tras unas enormes gafas de sol; costumbre que su admiradora Jackie Kennedy también acabaría adoptando. A Garbo se le daba muy bien administrar el dinero, y aunque llevaba retirada casi cuarenta años en el momento de morir, legó a su sobrina un patrimonio de más de treinta y dos millones de dólares.

Se ha dicho que Jackie Kennedy pergeñó el mito de la **Corte de Camelot** para dar lustre al legado de su marido. No está claro si en la Casa Blanca de Kennedy se hacía o no la comparación con la Corte de Camelot en vida del presidente. Pero la comparación es buena, y tal y como Jackie deseaba, la historia de Camelot ha conformado el recuerdo de la presidencia de su marido hasta el día de hoy.

John Fitzgerald Kennedy está enterrado en una loma muy cerca de la antigua casa de Robert E. Lee, en el Cementerio Nacional de Arlington; la belleza del lugar le impresionó pocas semanas antes de su muerte. Es uno de los dos únicos presidentes enterrados allí: el otro es William Howard Taft, fallecido en 1930.

Jackie Kennedy insistió en que el funeral de su marido se pareciera todo lo posible al de Abraham Lincoln. El catedrático James Robertson y David Mearns, directores de la Comisión del Centenario de la Guerra Civil [la Guerra de Secesión] y de la Biblioteca del Congreso, respectivamente, se documentaron sobre el funeral de Lincoln en el breve lapso de tiempo que medió entre el asesinato de JFK y su entierro. El Salón Oriental de la Casa Blanca fue decorado para evocar con la mayor exactitud posible la época en que albergó los restos mortales de Lincoln en 1865. Además, el arcón de armas y el cortejo fúnebre por la ciudad de Washington se inspiraron en el último viaje de Lincoln.

Una llama perpetua ilumina la tumba de John Kennedy en Arlington a sugerencia de Jackie Kennedy; arde en el centro de una gran losa circular de granito de Cape Cod. Jackie descansa junto a él, con sus pequeños **Arabella** y **Patrick**. La cobertura televisiva del funeral de John Fitzgerald Kennedy transformó el tranquilo cementerio de soldados y marineros de Arlington en un lugar turístico. Hasta la fecha, la tumba de John Fitzgerald Kennedy es el punto más visitado de Arlington. Una generación después de su asesinato, este cementerio todavía recibe cada año más de cuatro millones de visitantes que acuden a presentar sus respetos al presidente caído.

Y también a honrar la grandiosa visión americana que él representó.

Epílogo

Comenzamos este libro vinculando a John F. Kennedy con Abraham Lincoln, y queremos acabarlo de la misma manera.

El 10 de febrero de 1962, JFK escribió una carta a Ralph E. Becker, un abogado de Washington que leería sus palabras en un acto de celebración del Centenario de la Proclamación de la Emancipación. Durante toda su presidencia, John Kennedy aludió a Lincoln muchas veces: había una fuerte conexión entre ambos. Reproducimos aquí esta carta, que es la mejor prueba de que John F. Kennedy y Abraham Lincoln eran espíritus verdaderamente afines.

THE WHITE HOUSE

WASHINGTON

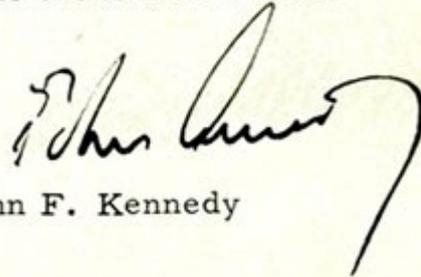
TO: Ralph E. Becker, Toastmaster

It gives me great pleasure to send greetings to all of you who are commemorating the 100th Anniversary of the Emancipation Proclamation tonight. I wish that I could have joined you.

Lincoln said about the Declaration of Independence that it "gave liberty not alone to the people of this country, but hope to all the world." It "gave promise that in due time the weights would be lifted from the shoulders of all men, and that all should have an equal chance."

The Emancipation Proclamation is even better described by his words. Its importance has never been greater than it is now -- the weights of slavery, lifted in this country 100 years ago, have now been lifted almost everywhere in the world. But it is a long slow march to a world which recognizes freedom and equality as a right basic to human life.

Our progress is marked, but it is not completed. Lincoln's clarity of purpose and thought can serve to strengthen all of us for the tasks still ahead.



John F. Kennedy

February 10, 1962

CASA BLANCA

WASHINGTON

Para Ralph E. Becker, maestro de ceremonias

Me complace mucho enviar un saludo a todos los presentes en esta velada que se celebra con motivo del Primer Centenario de la Proclamación de la Emancipación. Ojalá hubiera podido unirme a ustedes.

Lincoln dijo a propósito de la Declaración de Independencia que «no solo dio libertad a este país, sino esperanza al mundo entero». La Declaración de Independencia «representó la promesa de que, con el tiempo, se levantaría el peso que abrumba a los hombres y habría igualdad de oportunidades para todos».

Las palabras de Lincoln son las que mejor describen la Proclamación de la Emancipación. Su importancia es mayor que nunca: el peso de la esclavitud, que en este país se levantó hace cien años, ya se ha levantado prácticamente en todo el mundo. No obstante, todavía nos queda por delante la lenta marcha hacia un mundo donde la libertad y la igualdad sean reconocidas como derechos básicos para la vida humana.

Nuestro avance es notable, pero no ha culminado: que la firmeza y la claridad de Lincoln nos den fuerzas a todos para la labor aún pendiente.

JOHN F. KENNEDY

10 de febrero de 1962

Índice fotográfico

1. Lee Harvey Oswald al solicitar la ciudadanía soviética en 1959.
2. El teniente John Fitzgerald Kennedy en el puente de mando de la PT-109.
3. La familia Kennedy en su residencia de Hyannis Port en 1931.
4. Joseph Kennedy y sus hijos Joseph y John F. Kennedy en Palm Beach, en 1931.
5. El presidente Kennedy y David Powers, su mano derecha y miembro de la «Mafia irlandesa» de la Casa Blanca de Kennedy, en 1961.
6. Jacqueline Bouvier Kennedy, fotografiada en la cena de investidura de 1962.
7. Jackie con su hijo John F. Kennedy Jr, que también fue conocido como John-John.
8. El presidente Kennedy y su hermano, el fiscal general Robert F. Kennedy, con el vicepresidente Lyndon B. Johnson
9. La primera dama en un paseo en barca por el lago Pichola, en Rajastán, durante su visita oficial a la India y Pakistán en 1962.
10. Los niños Kennedy jugando en el Despacho Oval.
11. Durante una época, el presidente Kennedy fue muy amigo de Frank Sinatra, fotografiado aquí junto a él en California.
12. «Feliz cumpleaños, señor presidente», entonó Marilyn Monroe para JFK en su fiesta de cumpleaños de 1962.
13. Marina y Lee Harvey Oswald con la hija de ambos, June Lee, en 1962.
14. El director del FBI, J. Edgar Hoover, acumulaba expedientes de muchos de los líderes de los derechos civiles, e incluso había abierto uno del presidente.
15. El presidente Kennedy con sus hermanos Robert y Teddy.
16. El mandatario soviético Nikita Krushev colaboró con el entonces primer ministro cubano Fidel Castro para desafiar al presidente Kennedy en el hemisferio occidental, lejos de la sede del poder soviético.

17. Imagen de un manifestante atacado por los perros policía en una marcha no violenta por los derechos civiles, que sirvió para denunciar ante toda la nación la brutalidad de la policía de Bull Connor.
18. Espantosa fotografía de un monje budista inmolándose, que se convirtió en una de las imágenes más inolvidables de la protesta contra la guerra de Vietnam.
19. La familia Kennedy fotografiada el Domingo de Resurrección de 1963.
20. Martin Luther King y otros activistas de los derechos civiles con Bobby y el vicepresidente en una visita oficial a la Casa Blanca en 1963.
21. La primera dama a bordo del yate Christina, invitada por el naviero griego Aristóteles Onassis en 1963.
22. Lyndon B. Johnson, con Jackie a su lado, jurando su cargo en el Air Force One tras el asesinato del presidente John F. Kennedy.
23. El impenitente Lee Harvey Oswald.
24. El final de la Corte de Camelot. Bobby, Jackie, Patricia, hermana del presidente Kennedy, y los hijos de este, Caroline y John, en su funeral.
25. Carta escrita por JFK el 10 de febrero de 1962 a Ralph E. Becker, un abogado de Washington, que leería sus palabras en un acto de celebración del Centenario de la Proclamación de la Emancipación.

Índice de planos y mapas

1. PT-109. 2-8 de agosto, 1943.
2. Bahía de Cochinos. 15-19 de abril, 1961.
3. Crisis de los misiles en Cuba. 16 de octubre, 1962.
4. Ruta del convoy de Kennedy en Dallas. 22 de noviembre, 1963.
5. Plaza Dealey Kennedy en Dallas. 22 de noviembre, 1963.
6. La huida de Lee Harvey Oswald. 22 de noviembre, 1963.

Fuentes

Para escribir este libro nos hemos servido de fuentes primarias y secundarias. Gran parte del material primario son entrevistas e informes elaborados por Bill O'Reilly a lo largo de los años. De hecho, cuando trabajaba en el WFAA-TV, ganó el Premio del Club de Prensa de Dallas por su cobertura del asesinato de JFK. Hemos recabado muchos datos nuevos de diversos agentes del orden; sobre todo de Richard Wiehl, el agente del FBI asignado a la investigación e interrogatorio de Marina Oswald tras el atentado. Estamos agradecidos al señor Wiehl, que nunca había hablado oficialmente de lo que descubrió.

La vida y muerte de John Kennedy no precisa de adornos, se sostiene sola. Es un periodo histórico fascinante. Pero este libro narra tantos acontecimientos extraordinarios —y también horrible— y tantos detalles íntimos, que es importante recordar al lector que *Matar a Kennedy* es un ensayo sin una sombra de ficción. Todo es real: los actos de cada persona y todos los hechos narrados acontecieron realmente. Las citas son palabras dichas en la vida real. Si ha sido posible rescatar todos estos datos se debe en gran parte a que JFK es una figura histórica contemporánea cuya presidencia se registró minuciosamente desde el primer momento en todo tipo de medios.

Gracias al impresionante caudal de materiales sobre la vida y la muerte de John F. Kennedy, en la investigación previa a la redacción de nuestro manuscrito nos llevamos agradables sorpresas. Tuvimos acceso a textos muy diversos en primera persona con datos concretos de reuniones, conversaciones y acontecimientos, pero además encontramos en Internet muchos vídeos de discursos y apariciones televisivas de JFK; gracias a ellos, sus palabras y su voz volvían a la vida cada día mientras escribíamos. Si los lectores invierten un rato en buscar estos vídeos y verlos, conocerán muchísimo mejor a John Kennedy. En concreto, les recomendamos el discurso que dio en Galway en 1963 como ejemplo del ingenio, calidez y presencia del presidente.

Para saber de la vida en la Casa Blanca de Kennedy por boca de la propia Jackie, escuchen *Jacqueline Kennedy: conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*, una serie de grabaciones que realizó no mucho

después del asesinato. Llama la atención la franqueza de la antigua primera dama, sobre todo cuando habla de numerosas personalidades famosas y poderosas del mundo de la época. Como sucede con su marido, su ingenio, calidez y su pura presencia son palpables.

Los autores se sienten especialmente en deuda con el equipo de Laurie Austin y Stacey Chandler, de la Biblioteca Kennedy. Nuestras peticiones de documentación nunca les parecieron demasiado extensas ni demasiado breves, y baste mencionar como ejemplo la histórica avalancha de datos que contienen las copias de la agenda diaria de John Kennedy, donde figuran datos como su localización precisa, los nombres de todos los asistentes a las diversas reuniones y a qué hora se escapaba cada tarde a la piscina o a «la Mansión». Leyendo esa agenda, el día a día del presidente cobra vida, y es posible hacerse una idea muy vívida de su vida cotidiana en la Casa Blanca. Cuando vayamos a Boston, no dejaremos de hacer una visita a la Biblioteca Kennedy.

Especial reconocimiento merece también el libro *Muerte de un presidente*, escrito por William Manchester poco después del asesinato y articulado en torno a entrevistas en primera persona con casi todos los que estuvieron con JFK en Dallas el 22 de noviembre de 1963. Para escribirlo, Manchester contó con la plena cooperación de Jackie y la familia Kennedy, por lo que contiene infinidad de detalles y nos pareció muy valioso para dar la respuesta definitiva a muchas preguntas cuando las demás fuentes son contradictorias.

La columna vertebral de nuestro libro son ensayos, artículos de prensa, vídeos, el Informe de la Comisión Warren (tan vilipendiado, pero siempre muy interesante) y nuestras visitas a lugares como Dallas, Washington, Galway y Texas Hill Country. Los autores quieren expresar su enorme gratitud a los muchos y buenísimos investigadores que han estudiado a fondo la vida y época de John Fitzgerald Kennedy. Lo que sigue es una relación detallada de nuestras fuentes. No obstante, la lista no es exhaustiva, ya que solo incluye las obras utilizadas para la parte más ardua del trabajo que supone escribir un ensayo histórico.

Prólogo. *Los mil días de Kennedy* de Arthur Schlesinger, *The Fitzgeralds and the Kennedys* de Doris Kearns, *John F. Kennedy's Inaugural Speech* de Karen Price Hossell y *Ask Not: The Inauguration of John F. Kennedy and the Speech that Changed America* de Thurston Clarke. El artículo de Todd S. Purdum sobre la investidura publicado por *Vanity Fair* en febrero de 2011 también fue de gran ayuda, al igual que

la base de datos de los archivos nacionales y el Informe de la Comisión Warren.

Capítulo 1. El reportaje de John Hersey sobre la torpedera 109 publicado por el *New Yorker* en 1944 es el mejor relato de esta odisea. El libro *The Best Years of Their Lives* de Lance Morrow, trepidante y lleno de interés, contrarresta con maestría la versión un tanto hagiográfica de Hersey. Hallamos información sobre el discurso ante las Madres Estadounidenses de la Estrella Dorada y el nacimiento de la «Mafia irlandesa» en *One Brief Shining Moment*, de William Manchester.

Capítulo 2. La página web del Museo de la Casa Blanca ofrece bellos planos de todo el edificio y textos sobre su pasado e imágenes históricas. Además, los escritos de Robert Dallek sobre la infinidad de problemas médicos de JFK han sido muy útiles para familiarizarnos con los muchos medicamentos prescritos al presidente. La página web de la Biblioteca Kennedy es una gran fuente de información sobre la vida en la Casa Blanca. Los datos sobre Jackie proceden de *Grace and Power*, de Sally Bedell Smith.

Capítulo 3. William R. Falls cuenta en *Marines and Helicopters* la evolución del transporte presidencial, y Dallek y Humberto Fontova hablan de las atrocidades castristas en *Una vida inacabada* y en *Fidel: El tirano favorito de Hollywood*, respectivamente. Del almanaque *Farmer's Almanac* hemos sacado la meteorología, y de *Brief Shining Moment* de Manchester los comentarios de las personas más allegadas al presidente acerca de sus pensamientos sobre Bahía de Cochinos. Otras fuentes destacadas han sido *As I Saw It*, de Dean Rusk; *Presidents and Foreign Policy*, de Edward R. Drachman y Alan Shank; *John F. Kennedy: A Biography*, de Michael O'Brien; *Kennedy's Quest for Victory*, de Thomas G. Paterson; *The Brilliant Disaster*, de Jim Rasenberger; *Robert Kennedy*, de James Hilty; *Sons and Brothers*, de Richard Mahoney, y el soberbio *Remembering America*, de Richard Goodwin.

Capítulo 4. Se recomienda al lector meterse en Internet para ver el excelente vídeo del recorrido de Jackie por la Casa Blanca, prestando especial atención al lenguaje corporal del presidente y la primera dama cuando aparecen juntos en los minutos finales. *La cara oculta de John F. Kennedy*, de Seymour Hersh, contiene infinidad de secretos sobre las infidelidades de la Casa Blanca, mientras que *Grace and*

Power, de Sally Bedell Smith, *Jack and Jackie*, de Christopher Andersen, *The Kennedy Women*, de Laurence Leamer y *Una mujer llamada Jackie*, de C. David Heymann indagan más en sus raíces.

Capítulo 5. La Biblioteca JFK y la propia Jackie en sus *Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy* aluden al tema de la Corte de Camelot, como Sally Bedell Smith en su artículo «Private Camelot» publicado por *Vanity Fair* en mayo de 2004. *La vida secreta de Marilyn Monroe* de Randy J. Taraborrelli, *The Sinatra Files* de Tom and Paul Kuntz y el expediente del FBI sobre Sinatra añaden interesantes detalles a las correrías del presidente en Palm Springs. *Robert Kennedy*, de Evan Tomas, ahonda en la figura de RFK. *La cara oculta de John F. Kennedy*, de Hersh, también ha sido muy revelador. Los comentarios de JFK sobre la caza proceden de las entrevistas con Sally Bedell Smith en el *U.S. News and World Report* (9 de mayo de 2004). En la página web de las encuestas Gallup figuran los porcentajes de aprobación, mientras que *Fuego cruzado: Mafia, poder, asesinato*, de Sam y Chuck Giancana, retrata el ambiente y las circunstancias de los diversos complots de la Mafia contra Marilyn y los hermanos Kennedy.

Capítulo 6. Una función de la página web de la Biblioteca Kennedy permite consultar el *New York Times* por fechas, de donde procede gran parte del contenido sobre los viajes del presidente, las atrocidades que acontecieron en Berlín Este y el interés mundial por asuntos como los cosmonautas soviéticos y el revolucionario radioteléfono. *Passage of Power* de Robert Caro ha sido una auténtica mina de información acerca de Lyndon Johnson, especialmente sobre sus desvelos en la época en que fue vicepresidente. Los datos sobre la vida en el profundo Sur proceden de informes del FBI de la época, mientras que la historia de Emmett Till está sacada directamente del artículo que publicó la revista *Look* acerca de sus asesinos, junto con otras fuentes que añaden información sobre el contexto y la fotografía de su cabeza apaleada y aplastada que difundió la revista *Ebony*. El artículo de Dave Garrow en el *Atlantic Monthly* de julio y agosto de 2002 ilustra el gran interés que el FBI se tomó por Martin Luther King. Los recuerdos del agente especial del FBI Fain sobre Lee Harvey Oswald proceden de su testimonio ante la Comisión Warren.

Capítulo 7. En www.whitehousemuseum.org aparece una imagen del

dormitorio de JFK, y hemos encontrado otros datos en *Brief Shining Moment*, de Manchester. En la página web www.whitehouse.gov hay más información sobre la historia de la Casa Blanca; y Jackie Kennedy habla mucho de su vida con su marido allí en *Conversaciones históricas sobre mi vida con John F. Kennedy*. *The Kennedy Tapes*, de Ernest May y Philip Zelikow, transcribe conversaciones concretas de los días de la crisis de los misiles en Cuba, como también *Brújula fiel*, de Ted Kennedy. Destacan además *The Week the World Stood Still*, de Stern; el acta de la reunión de Dean Rusk con el ministro de Asuntos Exteriores soviético Gromyko; *The Cuban Missile Crisis*, de Charles Tustin Kamps; *Jackie, Ethel and Joan*, de Randy J. Taraborrelli; *The Mind of Oswald*, de Diane Holloway; *Kruschev, el hombre y su época*, de William Taubman, y *Memorias. El último testamento*, escrito por el desaparecido dictador soviético Nikita Kruschev. El artículo de Robert Dallek sobre los problemas de salud de Kennedy (*Atlantic*, diciembre de 2002) fue también de gran utilidad.

Capítulo 8. Lo crean o no, el momento en que destaparon la *Mona Lisa* puede verse en YouTube. Es muy interesante. *Mona Lisa in Camelot*, de Margaret Leslie David, arroja luz sobre este capítulo tan curioso de la historia de nuestra nación. El glosario de *Muerte de un presidente*, de Manchester, aporta los nombres en clave del servicio secreto, mientras que el Informe de la Comisión Warren incluye un buen resumen de la historia del magnicidio y justifica la necesidad del servicio secreto. En la página web del propio servicio secreto también puede leerse este resumen. Gran parte de los datos sobre los diversos agentes y sus turnos proceden de *Mrs. Kennedy and Me*, de Clint Hill, y de *The Kennedy Detail*, de Gerald Blaine. También es destacable *All Too Human*, de Edward Klein.

Capítulo 9. *Passage to Power*, de Caro, aporta más datos sobre LBJ. *Fuego cruzado*, de los hermanos Giancana, ahonda en las conspiraciones de la Mafia —que nosotros no hemos presentado como hechos, sino como teorías— y las explica muy bien. También son reseñables para este capítulo *Bobby Kennedy* de Evan Thomas, *Bobby and J. Edgar* de Burton Hersh, *All Too Human* de Edward Klein, *Crossfire* de Jim Marrs y la página web de la Biblioteca LBJ.

Capítulo 10. En la página web de Winston Churchill hay un buen resumen

de este acto, mientras que Noam Chomsky describe muy vívidamente los primeros días de Vietnam en *Rethinking Camelot*.

Capítulo 11. Gran parte de la información sobre los manifestantes procede del *Washington Post* del día siguiente. *But for Birmingham* de Glenn Eskew y *Carry Me Home* de Diane McWhorter aportan un gran acervo de información adicional. Shelley Tougas cuenta en *Birmingham 1963* cómo una sola fotografía cambió las actitudes de mucha gente. *Cold War Mandarin*, de Seth Jacobs, contiene espeluznantes detalles sobre los monjes que se inmolaron prendiéndose fuego y sobre el régimen de Diem. Y una vez más, Manchester aporta vívidas imágenes de la vida de Kennedy en la Casa Blanca.

Capítulo 12. *Parting the Waters* de Taylor Branch, *The 'Everything' Martin Luther King, Jr. Book* de Jessica McElrath, *Martin Luther King* de Marshall Frady, las *Conversaciones* de Jackie Kennedy y el infausto número de *Newsweek* del 19 de enero de 1998 han sido fuentes valiosas, así como *Robert Kennedy* de Evan Thomas, *Passage to Power* de Robert Caro y *The Mind of Oswald* de Diane Holloway. *Mrs. Kennedy and Me*, de Clint Hill, es una inestimable visión de la relación entre ambos que también nos ha servido de gran ayuda.

Capítulo 13. Manchester, una vez más. Y Hill. *All Too Human*, de Klein, y *The Kennedy Men*, de Leamer, también contienen valiosa información.

Capítulo 14. *Una vida inacabada*, de Dallek, y *Robert Kennedy*, de Thomas. El discurso completo de King puede oírse en www.americanrhetoric.com.

Capítulo 15. La entrevista entre Cronkite y JFK es otra joya de Internet, y merece la pena ver lo informado que estaba Kennedy sobre los variados temas planteados por Cronkite y cómo ambos charlan distendidamente una vez acabada la grabación.

Capítulo 16. El núcleo de este capítulo lo forman datos de la Biblioteca JFK, los ensayos *Muerte de un presidente* y *Passage to Power* y el Informe de la Comisión Warren. *The Road to Dallas* de David Kaiser es analítico e informativo, y los expedientes del FBI sobre Aristóteles Onassis aportan una información fascinante del contexto.

Capítulo 17. Hay varias páginas web dedicadas a Camp David. Vale la pena mirarlas todas para saber más de esta residencia tan privada y

exclusiva. La información sobre Oswald procede de la Comisión Warren, mientras que *Una mujer llamada Jackie* de Heymann y la página web del Museo de la Casa Blanca añaden muchos datos sobre el comedor de la Residencia familiar. De la cena especial a la que asistió Ben Bradlee sabemos por su libro *Conversaciones con Kennedy*. JBKO, de Donald Spoto, señala la fecha de la última aparición de Jackie en campaña; Manchester aporta detalles sobre su estilo de escritura y puntuación, y Heymann y Leamer la carta que escribió en el yate *Christina*.

Capítulo 18. El grueso de este capítulo procede de artículos de prensa y textos de Manchester. La cita de «Sin perfiles» está sacada de las conversaciones de Bradlee.

Capítulo 19. Los detalles sobre la visita del agente especial Hosty a Ruth Paine proceden del testimonio del policía ante la Comisión Warren; Carl Sferrazza Anthony aporta las citas sobre Arlington en *The Kennedy White House: Family Life and Pictures, 1961-1963*. Un detalle interesante es que el sargento Clark también tocó la corneta en el funeral de JFK.

Capítulo 20. *Garbo* de Barry Paris y *Jack and Lem* de David Pitts rescatan la noche de este encuentro tan olvidado en la historia de la Casa Blanca. Agradecemos a Camille Reisfield de Ross, en California, que nos escribiera para preguntar si íbamos a tratar este episodio; ella nos puso sobre la pista de esta velada que fue la última de todas las que se celebraron en la Corte de Camelot.

Capítulo 21. El Informe de la Comisión Warren y *Road to Dallas*, de Kaiser, contienen datos únicos sobre los días previos al asesinato. Sigue sin estar claro que Oswald fuera realmente el tirador al que vio Sterling Wood, ya que el dueño del campo de tiro juró haber visto a Oswald allí en una fecha totalmente distinta. Pero no cabe duda de que un tirador solitario estuvo allí aquel día disparando un singular rifle italiano.

Capítulo 22. Hill, Manchester, los testimonios ante la Comisión Warren y la página web del Museo de la Casa Blanca.

Capítulos 23 al 26. Hemos recurrido a gran variedad de páginas web y libros para repasar la inmensa cantidad de hechos que rodean el asesinato de John F. Kennedy. Los tiempos, las descripciones de los

testigos presenciales, la llegada de la caravana presidencial y todos los demás aspectos del atentado y el trayecto hasta el hospital Parkland son conocidos. Pero las fuentes más importantes para describir conversaciones concretas, momentos íntimos y detalles especiales han sido *Muerte de un presidente*, el Informe de la Comisión Warren, el fascinante *Mrs. Kennedy and Me*, de Clint Hill, *Reclaiming History*, de Vincent Bugliosi, los escritos de Dallek sobre las dolencias de JFK y el asesinato mismo y, desde luego, la película grabada por Zapruder, que vimos repetidas veces para descifrar la secuencia de los acontecimientos, sin que su horror disminuyera nunca... ni cambiara lo más mínimo el desenlace.

Capítulo 27. El reportaje de Jackie puede verse en Internet; contemplar su dolor sigue siendo muy triste. Todos sus biógrafos hacen al menos una breve referencia a esta grabación. Pero no fue intrascendente en absoluto: como la velada con Garbo o la de la *Mona Lisa*, fue una ocasión única y notable que ha pasado muy desapercibida.

Agradecimientos

El increíble agente literario Eric Simonoff sigue siendo muy perspicaz tanto en empresas creativas como en los negocios.

Makeda Wubneh, mi ayudante durante más de veinte años, mantiene en marcha y sobre ruedas todas mis iniciativas: una tarea nada fácil.

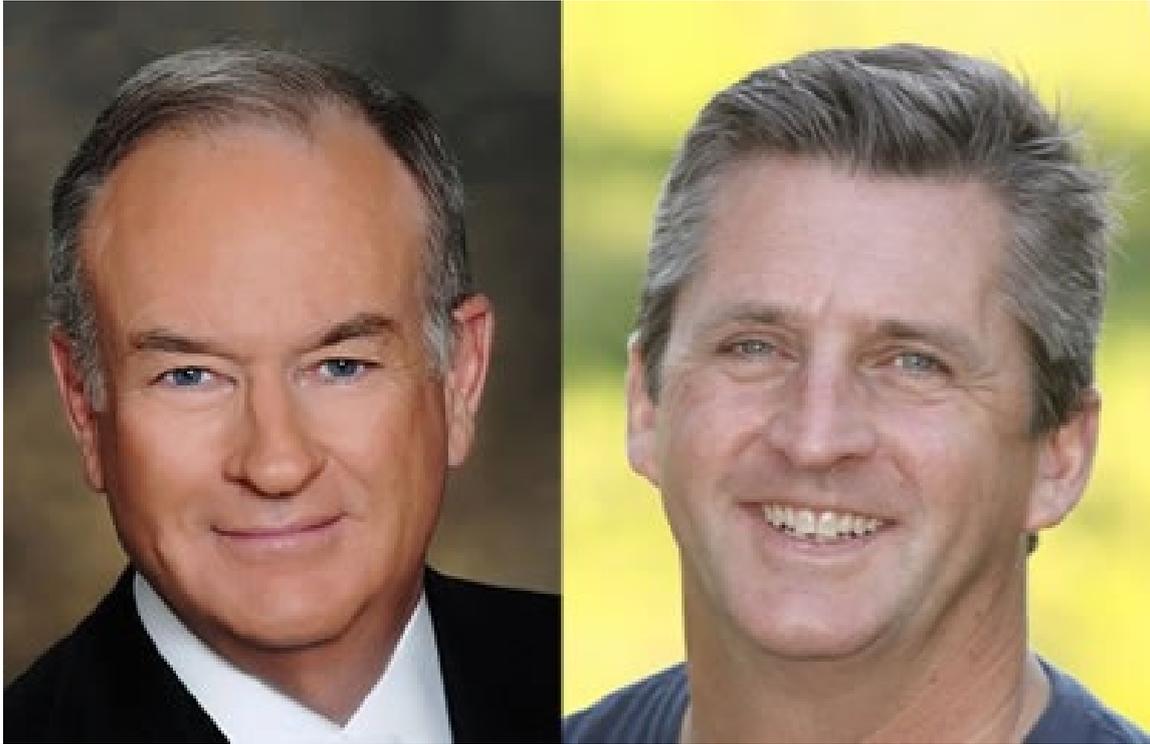
Además, debo una enorme gratitud a mi editor Stephen Rubin, el mejor del sector, y al arrojado e inteligente Roger Ailes, un luchador y mi jefe en Fox News.

BILL O'REILLY



Me gustaría expresar mi agradecimiento a todos los que han hecho posible este libro, entre ellos Steve Rubin, Gillian Blake —firme como una roca— y Eric Simonoff. Y, por supuesto, mi amor y mis más sentidas gracias a Calene Dugard: musa, alma gemela e historiadora secreta.

MARTIN DUGARD



BILL O'REILLY (Nueva York, EE. UU., 10 de septiembre de 1949). Presentador de televisión, director de un programa de radio, escritor, columnista y autoproclamado comentarista político "tradicionalista". Es el presentador del programa de televisión por cable *The O'Reilly Factor*. Antes de ser el anfitrión de *The O'Reilly Factor*, fue presentador del programa de entretenimiento *Inside Edition*. O'Reilly también es locutor del programa de radiofónico *The Radio Factor* y es autor de siete libros.

MARTIN DUGARD (Maine, EE. UU., 1 de junio de 1961). Escritor americano con residencia en Rancho Santa Margarita, Orange County, California. Dugard concentra su vida cotidiana en la investigación para entender el carácter y las motivaciones del personaje sobre el que escribe. Para entender a Colón (*The last voyage of Columbus*) viajó por España, el Caribe y Centroamérica. Siguió los pasos de Henry Morton Stanley a través de Tanzania mientras investigaba para *Into Africa* (consiguiendo que le arrestaran en el proceso) y se sumergió en las aguas infestadas de tiburones tigre de Kealakekua Bay en Hawaii para recrear la muerte del capitán Cook para su libro *Farther than any man*. Ha publicado en revistas tales como *Esquire*, *Outside*, *Sports Illustrated*, y *GQ*.

Juntos han publicado *Killing Lincoln: The Shocking Assassination That Changed America Forever* (Matar a Lincoln: el espantoso asesinato que cambió América para siempre) y *Killing Kennedy: The End of Camelot*

(Matar a Kennedy: El fin de la corte de Camelot).

Notas

[1] Porque fue también el presidente de la Comisión Warren, encargada de investigar el asesinato de JFK. *(N. de la T.)*. <<

[2] «Little Boy Blue» es una canción infantil cuyo protagonista es un pastorcillo que llora cuando le despiertan de su sueño. *(N. de la T.)*. <<

[3] *Fiddle-faddle* significa «tonterías», «trivialidades». (N. de la T.) <<

[4] En realidad es el Día de los Trabajadores, pero como sonaba a comunismo, cambiaron el nombre durante un tiempo. (N. de la T.) <<

[5] Referencia a Roosevelt, que habló de su presidencia con esta misma expresión. (*N. de la T.*) <<

[6] En el Oeste se llamaba *soiled doves* [«palomas sucias»] a las prostitutas: en inglés *whores*, que suena parecido a *d'oeuvres*. (N. de la T.). <<

[7] El poema de Henry Wadsworth Longfellow «La cabalgada de Paul Revere» hizo famoso a este patriota que advirtió de la presencia de tropas británicas en Massachusetts al comienzo de la Guerra de la Independencia. *(N. de la T.)*. <<

[8] Bandera muy grande para que todos los que practicaban en el campo de tiro la vieran y tuvieran cuidado de no dar al monitor que la ondeaba junto a la diana cuando fallaban; todavía la llaman *Maggie's drawers*. (*N. de la T.*)

<<

[9] Saludo tradicional en Irlanda. (*N. de la T.*) <<

[¹⁰] Breve oración llamada «Breton Fisherman's Prayer» [La plegaria del pescador bretón]. La placa se la entregó el almirante Hyman Rickover. (*N. de la T.*). <<

[11] Celebrado en Estados Unidos el primer lunes de septiembre. (*N. de la T.*)

<<

[12] El sur de Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[13] Washington D. C. (*N. de la T.*). <<